



LA
TUINBA

DE

EWALGOTH

D.J.57

DAVID ORANGE

LA TUMBA
DE
EVA GOTH

DAVID ORANGE

Título original: La tumba de Eva Goth.

© David Orange, 2018

Diseño de portada: David Orange

Primera edición: Mayo, 2018

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía o el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

*A mi mujer,
Tú eres la auténtica protagonista de la historia de nuestras vidas.*

*Y a mi familia,
En especial a mi hermano,
Siempre has brillado con luz propia*

*«No he vuelto a tener amigos como aquellos que tenía a los doce años, de veras. ¿Acaso los tiene
alguien?»*

Stephen King. El cuerpo. 1982.

ÍNDICE

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[EPÍLOGO](#)

[NOTA DEL AUTOR](#)

CAPÍTULO 1

NO PROFANAR EL SUEÑO DE LOS MUERTOS

1

El Buick Roadmaster del 94

El cementerio con más historia de Nueva York, el cementerio Green-Wood de Brooklyn, tenía cerca de doscientos años de antigüedad. Y eso significaba una cosa, muchas historias a sus espaldas. Muchas historias y también un buen puñado de viejas leyendas con las que atemorizar a niños y adultos cuando no tenían prisa por irse a dormir. Pero había una en particular que no dejaba indiferente a nadie, una que tenía que ver con la joven Eva Goth.

La extensión de Green-Wood abarcaba cerca de dos millones de metros cuadrados. Más de seiscientas mil almas descansaban enterradas entre sus extensas praderas, sus interminables colinas, sus monumentales mausoleos y sus gigantescas fosas comunes, entre otras muchas formaciones arquitectónicas que, en ocasiones, eran el lugar donde descansaban múltiples generaciones de una misma rama familiar, como por ejemplo las criptas y las capillas privadas de las familias Roberts o Lieberman.

Cuando anochecía, allí dentro tan solo había sombras. A veces también se escuchaban sonidos extraños, ese tipo de sonidos que a uno no le apetece averiguar de dónde proceden. Pero sobre todo, sombras. Un auténtico ejército de grotescas y deformes sombras que se entrelazaban unas con otras y que cambiaban de forma al ritmo del movimiento lunar. Como seres sin rostro, incorpóreos. A veces incluso daba la impresión de que estuviesen moviéndose realmente. Que tuviesen voluntad y vida propia. En el interior de Green-Wood se podían ver las hermosas figuras de cientos de viejos árboles cuyas gruesas

raíces, algunas tanto como el tórax de una persona, se levantaban por encima del suelo y hacían que la tierra se abriese de par en par. Como una herida mal cicatrizada. Esculturas góticas cubiertas de musgo, líquen y humedad ennegrecida por el paso del tiempo permanecían en la más absoluta oscuridad y parecían observar y vigilar que todo a su alrededor conservase esa extraña calma, esa tenebrosa quietud previa a la explosión de lo inesperado, de lo que se esconde más allá del mundo de las tinieblas. A todo ello había que sumarle el graznido de los cuervos batiéndose en retirada los días fríos, o el maullido de los gatos batiéndose en duelo por el asunto del territorio, los días cálidos. El cementerio de Green-Wood no era el lugar más indicado para colarse de noche y hacer ese tipo de cosas que solo se hacen cuando se tienen dieciséis años. Esas cosas de las que, con los años, a veces uno se arrepiente.

Billy King, Jules Long y Hunter Cox aguardaban en el interior del viejo Buick Roadmaster del 94 del padre de Billy a unos treinta metros de distancia de la parte sur del cementerio. Hacía frío allí dentro, casi tanto como fuera. Las puertas del viejo Buick no cerraban demasiado bien. No eran estancas y a través de sus diminutas aberturas el aire silbaba con fuerza cuando hacía viento, como el que hacía aquella noche. Se pasaban «el litro» y hacían cábalas acerca de con qué se encontrarían cuando saltaran la verja. Billy era el que estaba sentado al volante. Él era quien diría cuándo era el momento. Era dos años mayor y a esa edad se notaba. Mucho. Los dieciocho de Billy eran demasiado para los dieciséis de Jules y de Hunter.

—Dicen que solo tenía dieciséis cuando la enterraron. Nuestra edad. Bueno, tú edad no, Billy. Me refería a Hunter y a mí.

—Ya. Claro —Billy tenía la vista fija en la parte sur del cementerio. Tamborileaba los dedos sobre la parte central del volante al ritmo de una antigua cinta de casete con música de The Cure, The Smiths y también algo de Kraftwerk. El Buick solo aceptaba cintas y, esa en particular, había sido de su hermano. El hermano que ya no estaba. Los tres esperaban a que Jeremiah Backhouse, el único guarda de Green-Wood esa noche, acabara de hacer su

ronda de las once y se retirase a fumarse su «cigarro» de las doce. El cristal del Buick se empañaba con facilidad a pesar de tener bajadas las ventanillas al menos un par de dedos. Calor humano condensado. La humedad ambiental era cada vez más alta y todo parecía estar envolviéndose en una fina capa de vapor de agua.

—Al principio no se escuchó nada, ya sabéis, cuando la enterraron y eso. Pero cuando llegó la noche... ahí fue cuando se empezaron a escuchar los ruidos. Bueno, decir ruidos es una bonita forma de decirlo. Gritos, es la palabra. Se escuchaban gritos que provenían directamente de allí abajo. Los gritos más desgarradores que podáis imaginar.

—Joder, Jules. Al final vas a conseguir que no vaya, eh. ¿Por qué no dejas de hacer eso de una maldita vez? —Hunter era el que más dudas tenía de los tres. Su padre era policía y lo había advertido. No de aquello en concreto, porque no tenía ni idea de que su hijo sería capaz de hacer algo así, sino de todo en general.

—¿Hacer, qué?

—Entrar en detalles. Los detalles son los que acojonan, ya lo sabes, los que marcan la diferencia y hacen que todo parezca más real...

—Es que es real, Hunter. Tan real como todos nosotros —dijo Jules girándose hacia atrás desde el asiento de copiloto.

—Bah, paso de ti, paso de vosotros.

Hunter accionó el tirador de la puerta, pero el viejo Roadmaster familiar había echado el cerrojo y no se abría.

—¿Qué se supone que estás haciendo, Hunter? —preguntó Billy mirando en el reflejo del espejo retrovisor central la asustada figura de Hunter.

—Quiero salir.

—Ya. Y yo quiero cambiarme de planeta. Pero no puedo. Y me aguanto. Lo mismo que vas a hacer tú, Hunter. Aguantar. Ten, anda, bebe un poco —dijo Billy pasándole el «litro» a Hunter—. El alcohol hace que el miedo desaparezca, ¿no lo sabías?

Hunter no dijo nada. Tan solo cogió el litro de vodka con zumo de piña que habían preparado para la ocasión y le dio dos buenos sorbos.

Los tres tenían edad suficiente para saber que el alcohol no hacía desaparecer el miedo. Tan solo lo paralizaba durante unos instantes, después volvía con más fuerza. Aunque también era cierto que todavía eran lo suficientemente jóvenes como para seguir soñando con que, tal vez, a lo mejor sí hubiese algo de verdad en aquello, en que se podía hacer desaparecer el miedo con tan solo unos tragos de alcohol.

—Tres días. Tres largos y tormentosos días fueron los que duraron los gritos y los arañazos. ¿Os podéis imaginar qué forma de morir tan horrible? ¿Os podéis imaginar lo terrible que debe de ser que te entierren con vida? Dicen que se escuchaban sobre todo de noche, tal vez fuese debido a que solo cuando todo estaba en silencio, era cuando llegaban hasta la superficie sus súplicas, sus aterradores lamentos —Jules conocía todas las leyendas urbanas de la ciudad. Pero de todas ellas, la leyenda de que a Eva Goth la habían enterrado con vida, era de la que más hablaba. La que más le inquietaba y fascinaba al mismo tiempo.

Billy continuaba tamborileando los dedos sobre la parte central del volante mientras esperaba a que apareciese entre las sombras del cementerio el haz de luz de la linterna de Jeremiah. Una vez vieran pasar al guarda de seguridad y estuviera lo suficientemente lejos de la parte sur de Green-Wood, sería el momento de entrar. Y eso fue exactamente lo que ocurrió apenas unos instantes después.

—Mirad, ahí va Jeremiah —dijo Billy dejando de tamborilear los dedos y rodeando el volante con ambas manos.

Todos vieron la luz de la linterna a lo lejos. Se movía a trompicones, como dando saltos. El terreno en aquella zona del cementerio era bastante irregular. Muchos terraplenes. Muchas raíces. Lápidas. Nichos. Sepulturas de diferentes tamaños y panteones familiares. No era fácil mantener una marcha de paso recta y estable. Llamaba la atención que todo el perímetro de muchos de esos

panteones estaba flanqueado por columnas formadas por pilastras y apoyadas sobre impresionantes zócalos poligonales. Eran auténticos monumentos arquitectónicos, tan bellos de día como tenebrosos de noche. Pero aquella noche en particular, lo que más debía estar dificultando la caminata nocturna de Jeremiah Backhouse, era la niebla. La densa y profunda niebla que se había ido asentando sobre todo Green-Wood durante las últimas horas y, de forma más intensa, durante la última media hora, en la que el viento había ido dejando de soplar. Jeremiah llevaba esa vieja chaqueta de nylon grueso dos tallas grandes con la chapa que decía «guarda» ligeramente torcida. Era la chaqueta que se ponía las noches frías, las noches en las que bebía. Las que se empleaba a fondo y lo daba todo, en plan profesional. Era su forma de combatir el frío, como él mismo decía, «no hay mejor calor que el que proviene de nuestro interior, amigo». Y eso era precisamente a lo que se dedicaba en cuerpo y alma cuando tenía que pasar la noche en vela dando tumbos entre sombras y miles de cruces clavadas en el suelo como árboles del miedo. Del sueño eterno.

Cuando la luz de la linterna de Jeremiah se hubo alejado lo suficiente, Billy apuró el cigarrillo que se había encendido y lo tiró por la ventanilla. Se giró y les hizo un gesto con la cabeza a Jules y a Hunter.

—Vamos. Es ahora o nunca.

Jules asintió y se subió la cremallera de la chaqueta hasta arriba. Hunter cerró los ojos un instante y le dio un buen trago a lo poco que les quedaba del «litro». El miedo había vuelto de su momentánea parálisis y, como ya sabía, había vuelto con fuerza. Recordó lo que tantas y tantas veces le había dicho su padre, el condecorado e incorruptible agente Grady. Grady el sobreprotector, el agente de la ley, dentro y fuera de su propia casa. «Hunter, escúchame con atención, antes de hacer cualquier estupidez que a ti o a alguno de tus amigos se os haya pasado por la cabezota, pregúntate para qué demonios vas a hacer eso y, sobre todo, por qué necesitas hacerlo. Y si la respuesta es que no lo sabes, entonces no lo hagas. ¿Lo entiendes, Hunter? Si no sabes para qué demonios vas a hacer algo, entonces no lo hagas, porque eso sí sería hacer una gran estupidez.

Sería lo que yo llamo una cagada de las gordas, o si lo prefieres, cagarla a lo grande».

—Un momento —dijo Hunter justo cuando Billy y Jules ya estaban abriendo las puertas del Buick para salir.

—Qué pasa ahora, Hunter... —dijo Billy con pesadez.

—¿Podéis recordarme por qué vamos a entrar ahí dentro? ¿Para qué demonios íbamos a querer entrar a un cementerio de noche? ¿No os parece una gran estupidez, una de las gordas? ¿Sabéis lo que nos pasará si nos pillan haciendo lo que vamos a hacer? Exhumar un cuerpo es un delito grave, muy grave —A pesar del frío, Hunter había empezado a sudar a borbotones. Los nervios. Tenía la frente y el nacimiento del pelo totalmente mojado. Parecía un alcohólico en fase de desintoxicación.

Jules miró a Billy esperando una respuesta contundente.

—Sabes perfectamente para qué hemos venido, Hunter. ¿Qué pasa ahora? ¿Tienes miedo? ¿Es eso? ¿Eres un miedica? Vamos a ver si realmente pasó lo que tantas y tantas veces nos han dicho que pasó. ¿Es que ya no te importa si enterraron a Eva Goth con vida? No vamos a hacer nada malo, Hunter, si eso es lo que te preocupa. Vamos a hacer lo que hace mucho tiempo alguien debería haber hecho. Sacar a la luz la verdad. Porque si realmente enterraron a Eva con vida... me parece que alguien hizo una cagada muy pero que muy gorda. Además, quién sabe, a lo mejor descubrimos algo de ese gran secreto que dicen que se llevó con ella a la tumba... porque, eso es precisamente lo que se dice, que se llevó algo muy grande con ella, ¿no lo sabías?

Hunter escuchó justo lo que necesitaba. Convicción. Esa era una de las grandes cualidades de Billy. Tenía carisma. Tenía ese no sé qué que hacía que te creyeras todo lo que te dijese. Y que lo siguieses.

—Está bien, vamos a ver qué hay de verdad tras todas esas historias —dijo Hunter armándose de valor y olvidando por un momento la insidiosa voz del agente Grady.

Salieron del coche exhalando pequeñas nubes de vapor caliente. La

temperatura descendía rápido en esa época del año y el contraste al salir del Buick fue mayor del esperado.

Billy abrió el maletero haciendo una extraña maniobra. Apoyó su peso sobre la chapa color beige y empujó con fuerza hacia abajo. Se escuchó un *clac* y la puerta se abrió entre los gruñidos de las bisagras. Le dio una pala a Hunter y otra a Jules. Él se cargó a la espalda una pesada bolsa de deportes en la que llevaba algunas barras de acero para hacer palanca, un par de mazas y alguna que otra de las herramientas que su padre guardaba en el garaje y que podrían serles útiles para abrir la tumba de Eva Goth. Casi con total seguridad, su padre no echaría de menos ninguna de esas herramientas, como tampoco echaría de menos el Buick, ni a él. Tampoco a él. Entre otras cosas porque estaba de «vacaciones». A veces su padre se iba de «vacaciones». Así era como Billy llamaba a ese estado de alcoholismo absoluto y profunda depresión en el que su padre se veía sumido cada vez con más frecuencia. Le ocurría desde que su hermano Scott murió. Su inesperada muerte supuso para la familia un golpe durísimo. Uno de esos que no se superan jamás. Que ni el paso del tiempo es capaz de curar. Era como si a una mesa de cuatro patas le hubiesen quitado una de ellas, la más importante. Billy sabía que esa mesa no aguantaría demasiado tiempo más en pie, sobre todo viendo que su padre se iba de «vacaciones» cada vez con más frecuencia y que su madre parecía estar cerrando los ojos también cada vez con más fuerza. Tenía que hacer algo, necesitaba hacer algo, y tenía que empezar por abrir la tumba de Eva Goth y arreglar cuentas con el pasado.

2

El cementerio

Los primeros en saltar fueron Jules y Hunter. Billy se quedó el último para asegurarse de que ninguno de los dos se daba a la fuga y también para echarles una mano con el salto. La verja de acero forjado de la parte sur de Green-Wood

medía más de dos metros de alto. No era fácil saltar esa verja. Menos aún en una noche tan húmeda como aquella. Los barrotes de acero estaban medio mojados y las manos se les resbalaban cuando trataban de coger impulso. A pesar de ello, aquella noche nadie les impediría hacer lo que habían ido a hacer. Nadie.

La distancia hasta la tumba de Eva era de aproximadamente un kilómetro. Se encontraba en uno de los lugares más apartados de la cara noroeste del cementerio. Un lugar poco transitado y rodeado de tejos milenarios. El tejo era considerado el árbol de la vida eterna. Su copa con forma cónica y sus gruesas ramas horizontales le conferían un aspecto muy siniestro. De lejos parecía una extraña criatura de brazos largos y enroscados, con interminables dedos que trataban de llegar un poco más allá de la vida y, también, de dónde alcanzaba la vista. Su grueso tronco estaba formado por un montón de raíces enroscadas unas con otras. Que hubiesen puesto la tumba de Eva Goth junto a esos árboles, no había hecho otra cosa que agrandar aún más la leyenda que se arrastraba durante cerca de diez años entorno a la misteriosa muerte de la joven de piel blanquecina, ojos azules y rostro angelical. ¿Por qué tuvieron que enterrarla precisamente en esa zona del cementerio? ¿Por qué junto a los tejos milenarios, esos árboles que simbolizaban la vida eterna? ¿Es que había alguien que quería que Eva viviese eternamente? ¿O era al contrario y lo que alguien en alguna parte deseaba era que jamás pudiese descansar en paz? Esas y muchas otras preguntas rondaban por las cabezas de muchos los días en los que reinaba el silencio, esos días en los que a uno le daba por pensar en preguntas sin respuesta o por contar historias de miedo bajo la luz de las velas.

Los tres caminaban ligeramente agachados. Encorvados como extrañas bestias de esa densa y neblinosa noche. En silencio. El ruido de sus jadeos era su única compañía. De momento. Bajo sus pies, la hierba húmeda les dificultaba el paso. El suelo se estaba volviendo resbaladizo y algunas zonas se habían empezado a embarrar. Hunter parecía presentar una creciente y alarmante ansiedad que lo hacía sudar y jadear cada vez más. Jules había entrado en una especie de trance y estaba completamente absorto y concentrado en ese camino

que tantas y tantas veces había estudiado durante el día. Para él, ver qué era lo que se ocultaba bajo la lápida en la que se había enterrado a Eva tenía un significado especial. Para él, esa especie de aventura hacia el mundo de los muertos, de lo desconocido, significaba atravesar por fin esa puerta a través de la cual observaba la vida, el mundo, uno distinto al que tenía en su propia casa. La misma en la que su Josie, su hermana pequeña de diez años, pasaba hambre día sí día también. Pero todo eso era algo de lo que nunca hablaba. Algo que ni Hunter ni Billy sabían. Al menos no de la boca del propio Jules.

Atravesaron la zona de las secuoyas apartándose sus frondosas ramas de encima. Con cuidado. Tratando de no molestarlos demasiado. Era curioso lo respetuoso que se volvía uno con todos y con todo cuando tenía el miedo pisándole los talones, acechándolo desde el lugar más oscuro y profundo de la propia alma, de la imaginación y del pensamiento. Pasaron junto a uno de los cuatro lagos y rodearon el pequeño bosque de cedros y abetos. Cerca de la zona de los tejos, entraron en la llamada zona judía, caracterizada por la multitud de sabinas y enebros que se retorcían dando forma a extraños arcos y figuras grotescas. Como un pequeño escuadrón de orcos, espada en mano y protección alzada, quizá esperando la señal para entrar definitivamente al ataque.

Poco antes de llegar a la tumba de Eva, Jules se detuvo en seco junto al llamado Altar a la Libertad. Una centenaria estatua de la diosa Minerva hecha de bronce oscurecido. La diosa de las artes, de la sabiduría y también de la guerra. Su brazo izquierdo lo tenía levantado a la altura del hombro y simbolizaba un saludo a la Estatua de la Libertad, que se encontraba justo en el otro extremo de la bahía de Nueva York.

—Pusieron esta estatua aquí en honor a los cientos de personas que perdieron su vida en este mismo sitio, el que estamos pisando en estos momentos. Aquí tuvo lugar la batalla de Long Island, una de las más importantes en la guerra de la Independencia. La primera después de la declaración del cuatro de julio. Tal vez no fue una idea demasiado buena levantar un cementerio en un lugar así. ¿No os parece? Demasiada sangre derramada, demasiadas vidas

perdidas para siempre. Gritos. Dolor. Olvido.

Hunter y Billy respetaron esa pequeña conmemoración que Jules les estaba ofreciendo a los caídos tras el cuatro de julio. Pero había que darse prisa si no querían que Jeremiah Backhouse o cualquier otro tipo de imprevisto se cruzase en su camino. Que se hubiesen colado de noche en un cementerio por voluntad propia no significaba que se encontrasen a gusto allí dentro. De ninguna manera. Pero así de contradictorio era el final de la adolescencia.

3

La tumba de Eva Goth

Cuando por fin llegaron a la tumba de Eva, los tres se quedaron observando en silencio el lugar donde le habían dado sepultura a esa joven que, leyendas aparte, perdió la vida con tan solo dieciséis años. Guardaron silencio durante aproximadamente un par de minutos ante esa gran piedra de mármol sin trabajar de unos dos metros de longitud. Parecía que la hubiesen dejado caer allí con prisa. Urgencia. No había florituras. No había adornos. Ni tan siquiera unas flores secas que cambiar. En uno de sus extremos se levantaba una gran cruz de piedra de casi un metro de alto. En el centro se podía ver la inscripción con el nombre de Eva y la fecha de su nacimiento, 27 de Septiembre de 1992, seguida de la fecha de su defunción, 31 de Noviembre de 2008.

A Hunter se le pasaron por la cabeza muchas de las advertencias de su padre, del agente Grady, sobre todo la de que tenía que tener mucho cuidado con hacer cagadas gordas, porque las cagadas gordas solían tener «mal arreglo». Pero rápidamente consiguió apartar todas esas voces de su cabeza y concentrarse en ese momento. Estaba allí por algo. Aquello no era ninguna cagada. Estaba allí porque como decía Billy, tal vez alguien no hizo bien su trabajo y alguien tenía que sacar a la luz esa horrible verdad que todo el mundo se negaba a aceptar. La de que a Eva la habían enterrado con vida. Y si fuese ese el caso, entonces habría

que plantearse el averiguar si se había tratado de un accidente o si había algo más. Eso también era algo que el agente Grady no se cansaba nunca de repetir. «Siempre hay algo más, Hunter. Detrás de todo lo que se ve y se dice, siempre hay algo más que permanece oculto. Por eso es tan importante que lo observes todo con la máxima atención. Tienes que observar, Hunty, tienes que ser como yo. Un observador o, mejor aún, un buscador».

Jules sintió cómo sus pulsaciones se elevaban. Durante los últimos minutos un ligero cosquilleo le había ido subiendo desde la base del abdomen hasta rodearlo por completo. Como dos grandes brazos tratando de estrechar sus pulmones más y más. Se preguntó si Josie, la pequeña Josie, habría cenado, si su madre habría vuelto ya de trabajar y su padre de «buscar» trabajo. Se preguntó si todo aquello, si toda esa miserable vida que parecía estar ensañándose cada vez más con su familia, tenía algún sentido. Sintió cómo justo en el instante en el que iba a desenterrar una auténtica leyenda, una de esas que tantas y tantas horas de refugio mental le habían supuesto, frente a él, aparecía el final de esa pequeña trinchera tras la que se había estado escondiendo de la realidad durante tanto tiempo. Una molesta y galopante ansiedad empezó a extenderse por todo su cuerpo. Una ansiedad que estaba cargada de miedo a no soportar lo que pudiesen encontrar bajo esa piedra, pero también de un miedo a no poder soportar lo que se encontraría allí afuera, cuando llegase a casa y todo hubiese terminado, cuando tuviese que hacerle frente de nuevo a su cruda y dura realidad. Porque tenía claro que algún día, y ese día estaba cada vez más próximo, tendría que abandonar para siempre «el refugio» y enfrentarse a todos sus miedos.

A Billy le pareció escuchar una vez más cómo sonaban los Smiths en su cabeza. Nostalgia. El recuerdo era su particular salvoconducto. La música, el Buick, la moto, el pendiente de la cruz en la oreja o la pelota de béisbol firmada por la gran estrella de los Yankees, Derek Jeter, conocido como «el tanque». Todo ello ejercía una misma función. Lo transportaban directamente hasta su hermano. Lo hacían volver. Regresar de ese extraño lugar al que iban los muertos para sentarse un rato junto a él. A veces incluso podía sentir su

presencia. Su aroma corporal. No le cabía ninguna duda de que, por alguna extraña razón, el día que perdiese todos esos objetos y recuerdos que lo mantenían con vida, desaparecería para siempre, se iría definitivamente, y eso era precisamente lo que tenía que evitar a toda costa. La pérdida.

Billy tenía su propia teoría acerca de lo que le pasó a su hermano. También a Eva. En realidad más que una teoría era una presunción, con suficiente peso como para constituir un buen motivo para profanar el sueño de los muertos. Eva y su hermano Scott se conocían. Aunque no todo el mundo sabía eso, al menos que él supiese. Tampoco él sabía el alcance de la relación que podían haber tenido, pero sí recordaba perfectamente haberlos visto juntos en más de una ocasión, en su propia casa. Días antes de la trágica muerte de Eva fue cuando ocurrió el sospechoso accidente de su hermano. Contaron que se pasó un semáforo en rojo a la velocidad de un maldito reactor espacial. También se dijo, y se decía, y eso era algo que le dolía en todo su ser, que en realidad lo de su hermano más que un accidente fue más bien... un suicidio... Ya. En el fondo Billy guardaba la esperanza de que todo aquello no fuesen más que mentiras. Mentiras podridas y llenas de oscuros secretos y de una terrible verdad que por alguna razón alguien había tratado de ocultar, de matar para que nadie más conociese. Había depositado todas sus esperanzas en encontrar algo allí abajo, no solo que efectivamente habían enterrado a Eva con vida, sino que tal vez pudiese descubrir algo de ese secreto que decían que se había llevado literalmente a la tumba y que de algún modo estuviese también relacionado con su hermano. Un secreto que lo acercase aún más a Scott, a la extraña muerte de esa sombra alargada que había condicionado toda su vida. Que todavía la condicionaba. Pero de todo aquello no sabían nada ni Hunter ni Jules. Revelar sus verdaderas intenciones le pareció algo así como una traición a Scott. Él y nadie más que él tenía derecho a hurgar en la memoria y la muerte de su hermano. Nadie más.

—Bueno, creo que ha llegado el momento —dijo Billy rompiendo ese introspectivo y particular silencio en el que los tres se encontraban. Abrió la bolsa de deportes y sacó tres largas barras de acero. Las palancas. Le pasó una a

Hunter y otra a Jules, la tercera se la quedó él.

El miedo de Hunter parecía haber sido sustituido por una especie de nerviosismo que trataba de disfrazar con algo parecido al valor. A muchas personas, cuando tenían miedo, les daba por comportarse de forma extraña. Algunos se atenazaban completamente, inmóviles. Otros trataban de enfrentarse a ese espantoso miedo plantándole cara con todas sus fuerzas, aunque muchas veces eso tan solo supusiese un irracional e improductivo ataque contra la nada. Un tercer grupo se dejaba llevar, como un pequeño velero en la más grande de las tormentas en alta mar, esperando pacientes la menor oportunidad para poder huir, darle la espalda a ese miedo y volar, salir muy lejos de allí. En su jerga a eso se le llamaba «hacerse el muerto».

Jules cogió la barra de acero con las dos manos y la apretó con fuerza como si estuviese preparándose para asestarle el golpe mortal a alguien en la cabeza. Tal vez en alguna parte de su mente creyese que cabía alguna posibilidad de que Eva todavía pudiese estar con vida, y a lo mejor, habría que estar preparados por si se levantaba de mal humor y había que rematarla. Tal vez. Alguien dijo alguna vez que son mucho peores los malos despertares que los malos sueños.

Billy sacó una maza de la mochila y se arrodilló junto a la tumba. Acercó la cabeza a la junta que unía la enorme piedra de mármol con la pequeña base, también de piedra, sobre la que había sido dejada caer. Normalmente las tumbas las solían cerrar con algún tipo de cemento o cola industrial. El espesor de dicha cola no solía ser mucho más grueso que un centímetro.

—Jules, alúmbrame un poco que no quiero machacarme ningún dedo.

—Sí, claro.

Jules se arrodilló junto a Billy y alumbró de cerca con una pequeña linterna la fina línea de unión entre las dos piedras.

—Vale. Hemos tenido suerte. No es demasiado gruesa. Seguro que esta tumba la cerró nuestro gran amigo Jeremiah. A ver cómo responde a unos cuantos martillazos —A Jeremiah Backhouse, el guarda del cementerio de aquella noche, también se le conocía como Jeremiah «el sepulturero». Por lo

visto aceptaba por unos cuantos pavos compaginar el trabajo de vigilante con el de sepulturero los días en los que Teddy, el sepulturero oficial, tenía fiebre. Y Teddy tenía fiebre al menos uno de cada cinco días. A veces a la fiebre se le sumaba su dolor de codos y de rodillas y entonces fallaba dos o tres días seguidos. Ahí era cuando Jeremiah lo sustituía. Siempre se decía que esos días no se cerraban muy bien las tumbas. En palabras del propio Teddy, «Jeremiah no sabe hacer bien la pasta, y sin una buena pasta no puede haber nunca un buen sellado». Teddy era un profesional, uno con la salud muy débil, pero un profesional al fin y al cabo. Jeremiah en cambio solo pensaba en terminar aquello que estuviese haciendo para «echarse un cigarro o entrar en calor con un trago».

Billy puso la punta plana de la barra de acero sobre la junta que separaba las dos piedras de la tumba y empezó a golpearla con suavidad con la maza de goma. Sopló un poco para ver si había conseguido desprender el cemento cola y continuó dando martillazos por todo el perímetro de la tumba. Jules lo seguía con la linterna, agazapado, arrimándose tanto a él que Billy tuvo que decirle un par de veces que se apartara un poco porque no le dejaba maniobrar bien y al final iban a tener un accidente con la barra, la maza y algún dedo.

El frío era cada vez más intenso, pero el viento parecía haberse detenido por completo. Eso había hecho que la niebla fuese todavía más densa y que todo a su alrededor estuviese como flotando en una gran nube de algodón. Como si estuviesen en el interior de una gran sauna. Las copas de los árboles se veían como suspendidas en el aire y a lo lejos, las esculturas de ángeles enmohecidos rezando o de vírgenes bendiciendo almas, solo se dejaban ver parcialmente en esa densa y pesada atmósfera.

Cuando Billy acabó de rodear toda la tumba, se puso en pie, estiró la espalda y se llevó las dos manos a los riñones. El pendiente con forma de cruz de su oreja izquierda brilló bajo la tenue luz lunar. Miró a Jules y a Hunter y ellos le devolvieron una mirada cargada de miedo. De auténtico pavor.

—Creo que el momento de pensar lo que íbamos a hacer ya pasó —dijo

Billy adelantándose a algún posible comentario desalentador—. Tú ponte en aquel extremo, Jules, junto a la cruz, y tú en este otro, Hunter. Yo me pondré en el medio. Esto es muy fácil, solo tenéis que introducir la parte plana de vuestras barras de acero en la junta y cuando yo diga, tiráis con fuerza hacia arriba. Si no pasa nada, la piedra se moverá. ¿Me seguís?

Ni Jules ni Hunter dijeron nada. Tan solo asintieron tragando saliva y haciendo mover la nuez de Adán arriba y abajo con dificultad. Lo seguían.

Los tres se agacharon y clavaron las palancas sobre la junta.

—Vale. A la de tres. Una, dos, y tres. Ahora —dijo Billy mientras tiraba de la palanca hacia arriba con todas sus fuerzas. Jules y Hunter lo imitaron, pero la gruesa placa de mármol no se movió ni un centímetro.

—Esto no se mueve, Billy. ¿Estás seguro que solo estaba sellada por el cemento cola? ¿No había tornillos o algo así?—preguntó Hunter con la remota esperanza de que no consiguieran mover esa piedra y se fueran a sus casas sin hacer lo que habían ido a hacer. En ese momento el sacar a la luz la verdad le pareció una completa estupidez. Una de las gordas.

—Otra vez —dijo Billy—. Vamos a intentarlo otra vez. Lleva muchos años cerrada y al principio cuesta un poco. Vale. A la de tres. Una, dos, y tres. Ahora.

Los tres tiraron con todas sus fuerzas. Sobre todo Jules y Billy. Hunter había empezado bien, pero rápidamente se abandonó de nuevo a ese miedo que lo atenazaba y lo controlaba. Finalmente la piedra emitió un pequeño crujido por el lado de Billy y Jules y se movió unos centímetros.

—Otra vez. Ya casi está —dijo Billy de nuevo.

Esta vez no hubo cuenta atrás. Los tres tiraron con fuerza y movieron la piedra unos tres o cuatro dedos.

—Vale. Ahora vamos a empujar con las manos —dijo Billy arrodillándose en el suelo y empujando el borde de esa gigantesca lápida. Jules y Hunter se habían quedado mudos. Aun así ayudaron a Billy y entre los tres movieron la piedra hasta dejar casi la totalidad de su interior al descubierto.

Los tres se asomaron a ese oscuro agujero por el que les llegaba un olor

rancio, a cerrado. A humedad. Carcoma. Abandono. A muerte.

—¿Podrías alumbrar ahí abajo, Jules? No se ve nada —dijo Billy con entereza. De los tres era de lejos el que mejor llevaba la situación. Sus dieciocho eran demasiado para los dieciséis de Hunter y de Jules.

Jules cogió la linterna y con la mano temblorosa alumbró el interior de la fosa. Le temblaba tanto que parecía que la estuviese moviendo a propósito. Los tres observaron cómo ante ellos, tras disiparse ligeramente una pequeña nube de polvo, apareció el ataúd de Eva Goth. Una caja de madera, ancha en uno de sus extremos, el del tronco y la cabeza, estrecha en el otro, el de los pies. No era como esperaban, como se habían imaginado. Era una caja sencilla. Demasiado, quizá. Sin adornos ni cruces ni otro tipo de ornamentos. Tan solo una caja de madera con la capa de barniz superficial prácticamente decapada y tres anillas de latón a cada lado, por las que debió pasar la cuerda con la que la bajaron. Siempre lo que menos esperas, lo que menos imaginas que va a pasar, es lo que más miedo nos da.

Otra vez se produjo ese extraño y desagradable silencio. Otra vez se sintieron inundados por algo que no habían sentido nunca. Ese miedo a algo que está más allá de la propia imaginación. Esa sensación de estar a punto de cruzar la maldita línea que separa el cielo del infierno.

El ataúd estaba más o menos a un metro y medio de profundidad, así que para abrirlo tendrían que entrar en la fosa, en el interior de la sepultura. Las guías de madera con las que se ayudaron para bajarlo en su día permanecían allí, pero hubieran necesitado cuerdas para sacarlo. Algo que no tenían.

—Bueno. Acabemos con esto de una vez. Bajemos ahí abajo y abramos el... —A Billy le costó coger el aire. De nuevo se quedó momentáneamente atrapado en esas «telarañas» que a veces lo paralizaban y lo dejaban en mitad de la nada —. Abramos la tumba de Eva Goth de una santa vez—. Tal vez, en ese momento sintiera de nuevo esa fragancia deportiva que los fines de semana se ponía Scott. Tal vez, en ese preciso último instante se le pasara por la cabeza que a lo mejor estaban cometiendo un terrible error.

A lo mejor.

Billy se introdujo en la fosa con cuidado, tratando de no poner los pies sobre la superficie del ataúd. Un respeto a los muertos. Un respeto a Eva. Se situó en el pequeño espacio de unos treinta centímetros que había libre entre el féretro y la pared de tierra y empujó como pudo la caja hasta una de las paredes para que les quedase algo más de espacio para maniobrar, aún así tan solo les quedó poco más de medio metro. Suficiente para que pudiesen agacharse y abrir el cajón. Después de eso sintió un pequeño escalofrío seguido de un extraño hormigueo en la nuca. ¿Qué diablos era aquello?

—¿A qué demonios estáis esperando? ¿Queréis bajar de una maldita vez?
—Que Billy no se mostrase dubitativo ni aparentase estar cagado de miedo no significaba que en el fondo también estuviese completamente aterrado.

Jules y Hunter se miraron y vieron el uno en el otro el reflejo de la inseguridad, la angustia, el arrepentimiento previo. No debieron hacer lo que iban a hacer. Paradójico pero cierto. Eso sintieron. Los restos de alcohol habían sido neutralizados por sus organismos y como era de esperar, el miedo había vuelto con todas sus fuerzas y los tenía maniatados de pies y manos. Y amordazados. Eso también.

—¿Pero se puede saber a qué estáis jugando? ¿Creéis que esto es una maldita broma? No os lo volveré a repetir. Bajad de una santa vez o subo ahí arriba y os bajo de las putas orejas.

A Billy no solo lo admiraban y tenían plena confianza en él, sino que también les daba un poco de miedo. Más que miedo lo que en su jerga solía llamarse «respeto».

Jules y Hunter bajaron a la fosa sin decir nada, con las piernas y las manos envueltas en un creciente tembleque. Estaban más asustados de lo que lo habían estado en la vida, y todavía no habían abierto la caja.

Billy miró primero a Jules. Pausa. Después a Hunter. Fue una mirada dura, reprobatoria. Con sus ojos les dijo algo así como, «que sea la última vez que intentáis jugármela, la vida ya ha jugado conmigo bastante como para tener que

lidiar con estas pequeñeces».

—Bien, supongo que es a esto a lo que hemos venido. Tú alumbra bien ahí abajo, Jules, y tú, Hunter... Tú solo permanece justo donde estás y trata de conservar la calma, de no pensar en nada, tú solo mira y observa.

Después de aquello Billy llenó sus pulmones de aire y al agacharse para abrir el ataúd pudo sentir cómo las manos le habían empezado a temblar de forma vergonzosa. Un calambre recorrió la parte posterior de sus piernas y una fuerte náusea inundó su boca y su garganta.

Levantó las pestañas de acero esmaltado en oro de los cierres de la parte superior. Eran cuatro en total. Los tres pudieron escuchar cómo crujían los pequeños y desengrasados pernios. Billy cerró los ojos por última vez y antes de abrir el cajón pensó de nuevo en Scott, se repitió a sí mismo que aquello lo hacía por él, por él y por su familia. Y le pidió perdón a Eva Goth por lo que estaba a punto de hacer. Nadie en su sano juicio debería profanar el sueño de los muertos. Es algo que no está bien. Nada bien.

Aferró sus manos a la puerta y tiró hacia arriba con decisión, dejando al descubierto el interior del féretro.

Billy se incorporó y se quedó mirando aquello con Jules a un lado y Hunter al otro. Ninguno de los tres estaba preparado para lo que vieron. Nadie debería ver nunca nada como lo que tenían frente a ellos. Hunter no pudo evitar mearse en los pantalones. Fue algo totalmente involuntario. Fisiológico. Algo que no pudo controlar y de lo cual es posible que todavía no fuese ni consciente. Jules se quedó totalmente paralizado. Como una de esas estatuas de mármol enmohecido que estaban repartidas por todo el cementerio. Tal vez estuviese en shock, o tal vez se le hubiese ido totalmente la cabeza. A Billy se le escapó una lágrima que se abrió paso entre sus párpados y es posible que contuviera la poca inocencia frente a la vida que debía quedarle.

El cuerpo de Eva estaba al revés. Su cabeza estaba en la parte de los pies y los pies en la de la cabeza. Debió darse la vuelta después haber sido enterrada, porque a nadie lo entierran al revés, ¿no? Su boca estaba completamente abierta.

Desencajada. Le faltaban varios dientes y los pocos que le quedaban parecían más largos de lo normal, igual que sus ondulantes y largos cabellos, igual que sus uñas. La mayoría partidas, o torcidas. Parecían garras. Lo debió intentar hasta el final. Debió morder todo lo que pudo. Arañar y gritar en la más completa oscuridad hasta quedarse sin fuerzas. Sin voz. Sin vida. Sus dedos y manos estaban engarrotados y curvados en la posición que se adopta al arañar. Y así es como estaba la parte interior de la puerta de la caja. Completamente rayada. La tela que cubría por dentro ese portón estaba deshilachada. Había sido arrancada casi por completo. No había ni un solo centímetro de esa madera que no hubiese sido arañado. Se podía observar cómo en algunas partes, Eva había conseguido abrir un buen surco en la madera, pero todavía quedaba muy lejos de atravesarla por completo. Jamás hubiese podido salir de allí. Aún así lo intentó hasta el final. Pobre Eva.

—No tenía ni idea de que fuese pelirroja —dijo Hunter con una voz débil, casi inaudible.

El color del pelo de Eva daba la impresión de no haber perdido ni un ápice de su brillo. Era de un tono rojizo muy vivo, como si estuviese envuelto en llamas. A pesar de no ser más que la única nota de color de todo aquel montón de restos y de huesos, tenía algo que la dotaba de vida. Un brillo ligeramente antinatural.

Billy y Jules estaban totalmente absortos y ni tan siquiera se atrevieron a contestar.

El horror que tenían ante sus ojos era algo mucho peor de lo que habían podido imaginar. Efectivamente, Eva había sido enterrada con vida. Y por lo que pudieron ver, con todavía bastante energía. Ahora ya sabían cuál era la auténtica verdad acerca de la tumba de Eva Goth, desgraciadamente también supieron el alto precio que acababan de pagar por ello. Desde ese mismo instante los tres sintieron desde lo más profundo de su ser que ya nada volvería a ser lo mismo. Ya nada volvería a ser como antes. Algo en su interior se había roto completamente, algo había cambiado para siempre.

—Ya tenéis lo que queríais —dijo Hunter con los ojos totalmente empañados y el corazón hecho pedazos—. Era esto lo que buscabais, ¿no? Era esta esa verdad que tanto anhelabais conocer, ¿cierto? Pues aquí está. Ahí tenéis vuestra jodida verdad. Ahora vayámonos de aquí de una puta vez.

Billy le devolvió una mirada llena de lágrimas. Quiso pedirle perdón, disculparse, ahora se arrepentía de haberlo forzado, de haberlo empujado hasta allí. Hunter no estaba preparado, ninguno lo estaba. Pero Hunter menos.

—Yo... lo siento, Hunter, yo no sabía que...

—Ya. Desde luego que no. Tú solo sabes lo que te conviene.

Hunter apoyó sus dos manos sobre el borde de la fosa y se impulsó hacia arriba para salir. Echó un vistazo a sus pantalones meados y se dio la vuelta para romper a llorar en un llanto ahogado, silencioso. Su caja torácica temblaba como el motor de un coche que no arranca.

Billy miró a Jules, todavía en estado de trance. Ahora ya sabían que a Eva la habían enterrado con vida. Pero Billy necesitaba algo más, necesitaba saber qué era eso otro de que Eva se había llevado un gran secreto a la tumba, un secreto que esperaba poder relacionar de algún modo con la muerte de su hermano.

—Jules...

Jules parecía estar observando el esqueleto de Eva desde otra dimensión, tal vez desde el rincón más oscuro y profundo de «su refugio». El cuerpo de Eva tan solo estaba cubierto por ese bonito vestido blanco con el que la enterraron. En uno de sus pies llevaba puesto un discreto e infantil zapato, el otro en cambio no se veía por ningún lado.

—Jules, escúchame, vuelve aquí...

Billy observó cómo además de no responder, Jules había empezado a mover los labios susurrando algo totalmente inaudible, como si estuviese rezando entre débiles suspiros o hablando en una lengua desconocida.

—Eh, Jules, ¿te encuentras bien? Me estás asustando —preguntó Billy cogiendo a Jules por un hombro.

Hunter se giró hacia ellos al escuchar aquello. Todavía sollozaba. Se había

desmoronado completamente y apenas se tenía en pie.

—¿Qué le ocurre, Billy? ¿Qué está diciendo?

—No lo sé, Hunter, eso es lo que trato de averiguar —dijo Billy mirando a Hunter desde la fosa—. Eh, Jules, despierta, venga, espabila —Billy lo zarandó de los hombros y Jules dejó de susurrar. Lo miró fijamente y pareció observarlo desde otros ojos, observarlo como si fuese la primera vez que lo veía en la vida.

—Vamos a morir todos, Billy. Todos —dijo Jules con una total convicción.

Billy miró a Hunter con preocupación, que trataba de serenarse y de secarse las lágrimas desde el exterior de la fosa. Después volvió a mirar a Jules.

—Jules, escúchame bien —Billy sabía que era el que más imaginación tenía de los tres, y eso le confería cierta habilidad para la deducción—. Si te quisieses llevar un secreto a la tumba, uno que nadie más quisieses que viera y supieses que vas a morir, ¿qué lugar escogerías para guardarlo?

Jules estudió a Billy con la mirada. Abrió la boca y soltó una pequeña nube de vapor caliente. Después dirigió esa mirada suya, mitad inteligente, mitad delirante, hacia el cuerpo de Eva. Jules parecía estar sacando un poco la cabeza del «refugio». Solo un poco.

—¿Hablas en serio, Billy? ¿Es que todavía no has tenido suficiente? —dijo Hunter entre lágrimas.

—Cállate, Hunter. Lárgate si quieres, pero yo no me voy de aquí sin llegar al fondo de todo esto. ¿No te has parado a pensar que si era cierto que la enterraron con vida también podría ser cierto lo de que se llevó un gran secreto con ella y que tal vez eso fue la causa de su muerte? ¿No te has parado a pensar que a lo mejor estamos ante un horrible crimen? Tú haz lo que te dé la gana, pero yo me quedo. Yo de aquí no me muevo hasta que descubra cuál es ese secreto y qué diablos era eso tan importante como para querer matar a un chica de solo dieciséis años —Billy dijo aquello con solemnidad, desde el centro mismo de su auténtica sinceridad.

—Vete a la mierda, Billy, el plan era abrir la tumba, nada más. Eres un mentiroso, un manipulador que nos ha traído aquí engañados —El trauma que

acababa de sufrir Hunter había sacado de él un carácter desconocido hasta el momento. O tal vez estuviese totalmente preso del miedo y ese miedo era el que estaba haciendo que le estuviese hablando así a Billy, que lo estuviese empujando a comportarse de una forma diferente a como lo había hecho siempre.

—Vete tú a la mierda, Hunter.

El viento se había puesto de nuevo en movimiento y eso estaba provocando que la niebla fuese menos densa. Eso hacía que todo se viese con mayor claridad y que su presencia allí y aquello que estaban haciendo se pudiese ver y observar desde una distancia mayor. Tendrían que darse prisa tomasen la decisión que tomasen si no querían verse sorprendidos por Jeremiah o por los perros. Jeremiah tenía dos perros, Júpiter y Saturno. Por lo visto era un fanático de la astronomía. Y también de los animales de presa. Júpiter y Saturno eran dos bulldogs americanos color negro brillante que a veces sacaba a pasear para ahuyentar a «las malas ánimas de la noche, a los depredadores nocturnos y a los golfos y descarriados que se colaban allí para hacer pintadas, reírse de los muertos o, quién sabe, quizá tratar de colarse en el interior de un panteón, una cripta o incluso también, de una maldita tumba». Otras veces los sacaba solo porque como decía el propio Jeremiah, «en lo más profundo de su naturaleza son dos auténticos mordedores, y los mordedores necesitan morder algo de vez en cuando».

Jules parecía haber sacado el cuerpo entero de su «refugio» y escrutaba con la mirada el interior del ataúd. Después alzó la vista y miró a Billy con una respuesta en la punta de la lengua.

—En el supuesto caso de que yo supiese de alguna forma que voy a morir y quisiese llevarme algún tipo de secreto conmigo para que nadie más lo viese o conociese, lo que haría es esconderlo en algún lugar que nadie más pudiese ver. Hay que tener en cuenta que es posible que Eva sospechase que algo malo podía ocurrirle, por algún motivo que ahora mismo se nos escapa, pero que no tuviese ni idea de cuándo ocurriría eso, y en ese caso... —Jules hizo una pausa y miró a

Billy de esa forma que a veces hacía, mitad inteligente, mitad delirante.

—¿Y bien? —preguntó Billy viendo que no terminaba de darle una pista por dónde empezar a buscar.

—Lo cierto, Billy, es que en ese supuesto caso yo no escondería ese algo conmigo, yo lo hubiese escondido en otro lugar que no fuese mi tumba, porque el único lugar en el que es posible esconder algo ahí dentro sin miedo a que alguien lo encuentre, es en el interior de tu propio cuerpo... —Jules se quedó pensando en lo que acababa de decir. Claro, eso era, es posible que Eva hubiese escondido algo en su interior, el único lugar seguro de ahí dentro.

—¿En el interior de su cuerpo dices? No soy experto en anatomía, Jules, pero imagino que te refieres a que la única forma sería comiéndose algo o metiéndoselo por... ya sabes, por ahí abajo. ¿Estoy en lo cierto?

—Estás en lo cierto.

Billy cogió aire a fondo y observó los restos de Eva, sus ojos se detuvieron a la altura de su abdomen, un poco más arriba de la pelvis. Se inclinó un poco hacia delante y trató de subirle el vestido blanco hacia arriba.

—Billy, Billy, ¿se puede saber qué coño haces? ¿Se te ha ido la cabeza o qué? ¿Qué demonios te crees que estás haciendo? ¡Ni se te ocurra tocarla! —Hunter estaba totalmente histérico. Fuera de sí.

—Hunter, solo voy a pegar un vistazo, te lo prometo, solo un vistazo, después podremos marcharnos —dijo Billy tragándose ese gran pesar que sentía por algo que todavía no había hecho, pero que nadie impediría que hiciese. Nadie.

Terminó de subirle el vestido y los tres contuvieron la respiración al ver cómo gran parte del esqueleto de Eva quedaba al descubierto.

—Alúmbrame un poco más por aquí, Jules, por favor —dijo Billy mientras introducía sus manos con sumo cuidado por entre los restos de Eva. Jules obedeció y se acercó un poco más a él.

—Te odio, Billy, y a ti también, Jules, os odio a los dos —dijo Hunter desde el exterior de la fosa. Ya no lloraba, pero estaba más nervioso aún si cabe. A

punto de sufrir uno de sus «ataques de pánico». Miraba hacia todos lados vigilando que ni Jeremiah ni los perros ni nadie más se estuviesen acercando. El fuerte viento que se estaba levantando estaba haciendo que la niebla fuese ya casi insignificante.

Billy tenía las manos en el interior del ataúd de Eva y palpaba toda la zona colindante a lo que había sido su abdomen.

—Baja un poco más las manos, Billy, si se comió algo y estuvo varios días con vida ese algo puede que acabase en algún lugar del intestino grueso o delgado, y eso quedaría un poco más abajo —dijo Jules alumbrando el lugar al que se refería.

Billy escuchó las palabras de Jules y siguió sus indicaciones. Empezó a palpar por esa zona y de repente sus manos se detuvieron en seco. Su corazón empezó a bombear sangre con fuerza, extrema violencia.

—Aquí hay algo, creo que he encontrado algo, chicos.

Billy sacó las manos del interior del ataúd y se incorporó para poder ver bien lo que acababa de encontrar.

—¿Qué es, Billy? ¿Qué demonios es eso? —preguntó Jules acercándose más a él y alumbrando lo que Billy tenía entre las manos. El temblor en la mano con la que sujetaba esa linterna había vuelto y todo se veía como entre los flashes de una discoteca.

Hunter también se acercó un poco más. Los tres se quedaron observando ese hallazgo.

Eran dos los objetos que Billy tenía entre las manos, uno de ellos era una llave, antigua, extraña. El otro una especie de moneda dorada con forma cuadrada y con extraños símbolos grabados en ella.

Los tres se miraron sin decir nada. Estaban totalmente atónitos ante lo que acababan de descubrir. No solo era cierto que habían enterrado a Eva con vida, sino también que se había llevado consigo un gran secreto a la tumba, uno que debía esconderse tras esa llave y estar relacionado de algún modo con esa moneda.

De repente, un extraño ruido, como algo que ha empezado a moverse y que se arrastra, hizo que los tres giraran la cabeza instintivamente hacia el interior del ataúd.

—¡Se ha movido! ¡Joder, se ha movido! ¡Se está moviendo! ¡Corred! — Jules empezó a gritar como un loco. En sus ojos había verdadero pánico. Trató de salir de la fosa, pero sus manos parecían no encontrar un punto del que impulsarse. Hunter, ahora sí, sintió cómo era invadido por uno de sus «ataques de pánico». Empezó a gritar con todas sus fuerzas y salió corriendo a toda velocidad. Billy no pudo permanecer al margen de todo aquello, no sabía qué demonios estaba ocurriendo pero se contagió de ese repentino e intenso miedo colectivo. Ayudó a Jules a salir de la fosa y después salió él de un ágil salto.

Los tres corrieron con todas sus fuerzas hacia la parte sur del cementerio, donde aguardaba el Buick Roadmaster del padre de Billy. Parecían tres velocistas en una carrera de obstáculos. Saltando cruces y esquivando tumbas.

Cuando llevaban casi la mitad del recorrido, Billy les dio el alto. No podían marcharse así. No todavía.

—¡Eh! ¡Esperad! ¡No podemos marcharnos así! ¡No podemos irnos aún!

Jules aminoró un poco la marcha al escuchar a Billy, Hunter también, aunque menos.

—¡Jules, Hunter! ¿Se puede saber qué estáis haciendo? ¿Queréis parar de una vez?

Los dos se detuvieron en seco y se dieron la vuelta sin dejar de jadear. Las manos apoyadas sobre las rodillas.

—¿Qué te pasa ahora, Billy? ¿Qué demonios quieres? ¿Es que no ves lo que acaba de pasar? —dijo Hunter sin tratar de contener el tono de voz.

—¿Qué? ¿Qué acaba de pasar? No ha pasado nada, nada, os habéis puesto los dos histéricos por una puta rata, joder.

—¿Una rata? —preguntó Jules.

—Sí, una rata.

—Y una mierda, te lo estás inventando, Billy, los tres hemos visto lo que ha

pasado —dijo Hunter apuntándolo con un dedo.

—No hemos visto una mierda, Hunter. Tan solo hemos escuchado el ruido de una puta rata moviéndose ahí abajo y os habéis puesto los dos a gritar como locos.

—¡Que no era una rata, joder! ¡No era una rata! —Hunter tenía el rostro encendido.

—¿No? ¿Y qué se supone que era, Hunter? ¿Crees que era Eva moviéndose? ¿Eh? ¿Estáis los dos mal de la cabeza o qué os pasa? —dijo Billy mirando primero a Hunter y después a Jules, que permanecía cabizbajo. Si acaso pensando en volver al «refugio»—. Los muertos no se mueven, ¿me habéis oído? No se mueven, joder. Así que antes de que venga Jeremiah con los mordedores más nos vale volver allí cuanto antes para recoger nuestras cosas y para dejar aquello tal y como lo hemos encontrado.

—¿Volver? Me parece que eres tú el que está mal de la cabeza, Billy, yo allí no vuelvo. Yo me largo. Me parece que esta noche ya hemos molestado bastante a los muertos, es hora de volver a casa, Billy —dijo Hunter algo más calmado.

—Puedes irte cuando te dé la gana, Hunter, pero solo después de dejar aquello como estaba. No podemos marcharnos así. Si encuentran la tumba de Eva abierta se va a liar una buena, lo sabes mejor que yo. Y lo van a investigar, y te puedo asegurar que nos encontrarán, lo sabes mejor que yo. Hay que volver. Recogemos nuestras cosas, cerramos la tumba y nos largamos. Te prometo que será rápido, te doy mi palabra. Dos minutos máximo.

Hunter cerró los ojos y respiró profundamente tratando de buscar qué era lo que debían hacer, qué era lo correcto en aquella ocasión. Billy tenía razón, si se iban así y encontraban la tumba de Eva abierta... eso sí sería una cagada de las gordas. Abrirían una investigación y su propio padre no descansaría hasta dar con los responsables de esa atrocidad. Empezó de nuevo el paso en dirección hacia la tumba de Eva y pasó junto a Billy mirándolo con odio, rabia.

Jules y Billy fueron tras él. Los tres estaban cansados. Los tres deseaban que esa noche terminase de una vez.

Pero aquella noche estaba muy lejos de terminar. Cuando llegaron de nuevo a la tumba de Eva vieron algo que hizo que sus corazones casi se detuvieran por completo.

La tumba de Eva estaba vacía. Su cuerpo no estaba. Tampoco estaba el ataúd. Tan solo la enorme piedra que habían movido.

No dijeron ni una palabra. Sintieron tanto miedo que sus cuerdas vocales se quedaron totalmente paralizadas. Miraron a su alrededor con la respiración entrecortada, con los ojos llenos de lágrimas. Esperando a que el cuerpo de Eva, su espíritu o lo que demonios fuera, cayese sobre ellos de un momento a otro para llevárselos al mismo infierno con ella. Pero nada de eso ocurrió, al menos no en los tres o cuatro minutos siguientes, que fue lo que duró ese estado de parálisis que no les permitió moverse ni un centímetro. Parecía que sus piernas se hubiesen quedado atrapadas en las más densas arenas movedizas y que cualquier movimiento no hubiese hecho otra cosa que hundirlos todavía más.

Billy fue el primero que se movió. Se acercó a la tumba de Eva y, tras comprobar que efectivamente no habían sido imaginaciones suyas y el ataúd con el cuerpo de Eva había desaparecido, empezó a empujar la lápida, la gran piedra de mármol. Jules se puso a su lado y empujó con él. Hunter dudó unos instantes, pero finalmente también se agachó y los ayudó hasta que colocaron la piedra en su sitio. Los tres tenían los ojos empañados en lágrimas, pensando qué demonios habían hecho. Qué demonios significaba todo aquello y cómo era posible que hubiese desaparecido el cuerpo de Eva. No les cupo ninguna duda de que aquello tendría consecuencias. Graves consecuencias. De que sobre ellos acababa de caer la más terrible de las maldiciones y que el castigo por lo que habían hecho no había hecho más que comenzar.

Recogieron sus cosas y salieron de allí sin decir nada más.

Ninguno de los tres pudo dormir esa noche.

Ya sabían la verdad sobre el entierro de Eva Goth, sobre su tumba, pero, ¿qué verdad era esa? ¿Qué horrible verdad era la que acababan de desenterrar y dónde se encontraba ahora su cuerpo?

CAPÍTULO 2

QUÉ FEO TODO

1

Vacaciones

Billy no pudo pegar ojo en toda la noche. Ninguno de los tres dijo absolutamente nada en todo el viaje de vuelta. Tan solo un triste y apagado «hasta mañana» cuando se bajaron del Roadmaster.

Esa noche Billy decidió pasarla en el cuarto de Scott. Lo hacía muchas veces. Colarse allí dentro y rebuscar entre sus cosas. A veces lo hacía de forma casi instintiva cuando llegaba la hora de irse a dormir. Le gustaba estar allí, sentir y pensar lo que su hermano sintió y pensó durante sus últimos días. Todo estaba más o menos igual que cuando su hermano vivía. Sus padres no tuvieron nunca el valor de tocar nada. En el fondo tal vez albergasen la extraña esperanza de que su hijo regresase a casa el día menos pensado y no querían que cuando ese día llegase, pudiese echar en falta alguna de sus cosas. No era tan raro que las personas que habían sufrido la traumática e inesperada pérdida de un ser querido experimentasen esa sensación, la de la esperanza del milagroso regreso. La del «regresado». Algunas personas, de hecho, la sentían hasta el último de sus días. Como la persona a la que se le ha amputado un miembro y continúa sintiéndolo. Lo mismo. Pero peor. El miembro fantasma. Hasta el último de sus días.

La habitación de Scott siempre fue como una especie de templo sagrado para Billy. Un micromundo lleno de revistas de ciencia ficción y de cine, antiguas novelas negras de Raymond Chandler o Patricia Highsmith, pósters de The Cure, The Smiths, Anne Clark, New Order o incluso Devo. También tenía

algunas cuantas cosas de los Yankees. A Billy lo que más le gustaba era la pelota firmada. La de las grandes ligas. Una de las paredes del cuarto estaba cubierta de parte a parte por una estantería que estaba totalmente combada por el sobrepeso con el que había sido cargada a base de cintas de video, devedés, discos de música y un montón de chapas y recortes de periódico. A su hermano le encantaba recortar fotografías de periódico. No seguía ningún patrón determinado. Cuando veía una fotografía en blanco y negro con la que «conectaba», como él decía, se la quedaba. Tenía montones de ellas por todas partes. En algunas fotografías, según Scott, había un hálito de vida. Algo difícil de explicar, pero algunas le transmitían una sensación tan sobrecogedora que realmente parecían esconder parte de la vida de ese momento, esas personas o cosas que quedaron congeladas para siempre en el tiempo.

Cuando los primeros rayos de luz de ese tardío amanecer empezaron a inundar el cuarto de Scott, Billy, todavía tumbado en la cama, cogió la pelota de los Yankees y empezó a lanzarla contra el techo de la habitación, contra el póster de Bonnie y Clyde que tenía sobre su cabeza. Esa imagen debía haber sido lo primero que viese su hermano cada vez que abría los ojos por la mañana, cada vez que se despertaba. Por alguna razón a Scott siempre la causó cierta fascinación la famosa pareja de forajidos. El póster era la ampliación de una fotografía auténtica en blanco y negro en la que se veía a Bonnie Parker sostenida por uno de los brazos de Clyde Barrow, el amor de su vida. Sonreían. Principios de 1934. Cinco años antes de la segunda gran guerra y cinco después del fatídico crack del 29. Aquel era un día soleado. Brillaba un sol de los de antes. Abrumador. Tras ellos podía verse el morro del Ford V8 Model B, el coche favorito de Clyde, y que además era su principal herramienta de trabajo. También el mismo en el que murieron acibillados por una lluvia de balas tan solo unos meses después. El «coche de la muerte». Lo cierto es que esa imagen, esa fotografía, sí tenía algo especial. Transmitía. Bonnie sonreía, irradiaba felicidad. Vitalidad. En una de sus manos sostenía un revólver. Mala cosa. Clyde se había quitado un bonito sombrero italiano que sujetaba con su mano derecha y

miraba a la cámara con verdadera pasión, vida, auténtica hambre. Un hambre tan grande como para querer comerse el mundo entero. Lo que nadie sabía es quién demonios hizo aquella fotografía. Billy pensó que a lo mejor su hermano y Eva Goth tuvieron una relación de ese estilo. Como Bonnie y Clyde. Una relación tan prohibida como peligrosa. A lo mejor ese fue el motivo por el que Scott había «conectado» con esa foto, con ese hálito de vida. Y por eso la colocó justo ahí, en el cielo de su habitación.

Billy tiraba la pelota de béisbol hacia el techo tratando de quedarse lo más cerca posible de esa pareja de forajidos que lo miraban como dos ángeles del infierno. Su propósito no era golpear el techo, sino de quedarse lo más cerca posible de él. A veces conseguía que la pelota se quedase a escasos milímetros del póster, otras no controlaba bien la fuerza y el techo se la devolvía con más fuerza aún y tenía que emplearse a fondo para que no le diese en la cara. Eso le ayudaba a pensar. A impedir que su mente se quedase atrapada en las «telarañas», esa parte de su mente que parecía querer atraparlo y dejarlo momentáneamente en blanco, en el centro de una gran laguna de aguas muertas. Las actividades secundarias eran como un imán para esas horribles «telarañas», que cada vez parecían extenderse más y más a lo largo de su cerebro, pero también para los pensamientos improductivos y para las preocupaciones. Esas actividades secundarias, como lanzar la pelota de los Yankees contra el techo, conseguían que permaneciese centrado, que pudiese pensar con relativa claridad.

Desde que había vuelto a casa no se había podido quitar de la cabeza ni un solo segundo todo lo que había pasado. Todo lo que habían descubierto. Lo que encerraba la tumba de Eva y, también, qué demonios había pasado con su cuerpo. ¿Por qué no estaba? ¿Quién se lo había llevado? Porque, a Billy, eso de que el esqueleto de Eva se hubiese puesto a caminar solo no le entraba en la cabeza. Sin embargo le aterraba igualmente no saber dónde diablos podría estar en ese preciso momento. Además, aquello que les dijo a Jules y Hunter, lo de que aquel ruido que se había escuchado procedía de una rata... después de pensarlo detenidamente llegó a la conclusión de que, de haber sido así, debió

haberse tratado de una rata muy muy grande. Porque las ratas comunes no hacían ese tipo de ruidos. Al menos no las que él conocía.

Pensar en lo horroroso que debió ser para ella descubrir que había sido enterrada con vida y que nada podía hacer por salir de allí, hacía que se le pusiese la piel de gallina. En su cabeza se asaltaba la gran duda de si aquello había sido un accidente o algo premeditado. Un asesinato. El más terrible que se pueda imaginar. Pero, de ser así, ¿quién en su sano juicio querría hacerle algo así a alguien como Eva? ¿Por qué razón? Una parte de él le decía que eso no podía ser, que lo más normal sería que hubiese sido víctima de un terrible accidente, una catastrófica equivocación. Que Eva padeciese de catalepsia o algo parecido y la hubiesen dado por muerta accidentalmente, pero otra parte de él... pensaba que había algo más que se escondía tras ese cuerpo que había desaparecido misteriosamente, esa fosa, y sobre todo, tras esa llave y esa extraña moneda que habían encontrado. ¿Por qué razón iba alguien a comerse una llave y una moneda si no era para llevárselas consigo a la tumba?

Todo parecía indicar que, efectivamente, algo feo había detrás de todo aquello. Y también, que alguien debió ver lo que hicieron y aprovechó el momento en el que salieron corriendo para llevarse el cuerpo de Eva por alguna razón. Ambas cosas le aterraban profundamente, que alguien cuya identidad les era totalmente desconocida los hubiese visto y que ese alguien tuviese motivos para querer ocultar el cuerpo de Eva.

Desde luego, qué feo todo.

Encontrar la cerradura que abría esa llave era ahora su máxima prioridad. Y andarse con ojo. Mucho ojo. Precaución. Dado que alguien sabía quiénes eran y lo que habían hecho, tal vez, incluso también lo que podría encerrar aquella extraña llave.

Se calzó las botas y antes de salir del cuarto de Scott, se giró e inclinó su cuerpo ligeramente hacia delante. Solía hacerlo, despedirse de su hermano antes de salir de su templo, de esas cosas que de alguna forma lo mantenían con vida.

Su madre, Margaret, estaba sentada junto a la mesa de la cocina. Tenía la

cabeza llena de rulos y se estaba pintando las uñas. Bajo sus manos se podía ver una revista del corazón que ojeaba con desinterés y, a unos dos metros de ella, en la pared, la tele encendida y a un volumen casi irrespetuoso. Por suerte, a esas horas solo hacían la teletienda. Compañía.

—Buenos días, hijo. ¿Qué tal has dormido?

—Como un leño.

—Oh, cuánto me alegro, hijo. Yo ya llevo un par de horas despierta, y ya ves...

—¿Sesión de belleza?

—Algo así —dijo Margaret observando el efecto de sus diez uñas recién pintadas color azul cobalto —¿Qué te parece este color, hijo? ¿Te gusta?

—No.

—A mi tampoco —Margaret sacó un par de algodones de una bolsa y los roció con quita-esmaltes. Acto seguido se puso a eliminar la pintura azul de sus uñas con la misma delicadeza y meticulosidad con la que se las había pintado. A veces, Margaret se pasaba horas pintando sus uñas una y otra vez.

Billy sacó un brick de zumo de la nevera y, apoyado en el banco, le dio un par de buenos tragos.

—¿Y el papá? ¿De vacaciones?

—Ay, hijo, ya sabes que no me gusta nada que emplees esa palabra, tu padre está atravesando una mala racha, ya lo sabes...

Billy le dio otro trago al zumo de naranja mientras observaba cómo su madre trataba de decidirse entre un bote de esmalte granate y otro marrón chocolate.

—¿Qué te parecen estos, hijo? —dijo Margaret sosteniendo un bote en cada mano.

—El granate no está mal.

—Buena elección.

Billy le dio un nuevo trago al zumo y lo guardó en la nevera.

Antes de salir de la cocina su madre pareció reparar en él.

—¿Vas a salir, hijo?

—Sí.

—De acuerdo, hijo, ve con cuidado.

—Eso haré —dijo Billy asegurándose de que el pendiente de la cruz plateada seguía colgando de su oreja izquierda. El mismo pendiente que había sido de Scott.

Su madre no se iba de «vacaciones» como su padre, su madre solo se había puesto una venda tan grande en los ojos que apenas podía ver nada de lo que ocurría o pasaba a su alrededor. Estaba como encerrada en un cuarto oscuro, muy oscuro. Tanto como para no dejar entrar ni un solo rayo de luz.

Era una de esas mujeres con aspecto de «colgada», como decían en su jerga. Decía cosas de «colgada» y hacía cosas de «colgada», como pasarse una mañana entera pintándose las uñas o viendo todo el santo día el bucle de la teletienda. Otras veces, lo que hacía era tomar drogas. Drogas medicamentosas como potentes somníferos y tranquilizantes, pero drogas al fin y al cabo. Ella antes no era así. Billy conoció a la verdadera Margaret, su madre, a la Margaret de antes de la muerte de Scott. Cariñosa, atenta, expeditiva. Original. Pero esa mujer que acababa de dejar en la cocina de casa con la cabeza llena de rulos no era más que una suplantadora, una Margaret falsa. En el fondo Billy sabía que el problema de su madre no era que no hubiese superado la muerte de Scott, sino que todavía no se había atrevido a enfrentarse a la pérdida. La gran fatalidad es que habían pasado ya diez años desde la pérdida. Y su madre continuaba como el primer día, en ese estado de shock bajo el que algunas personas se camuflan para no ser conscientes de lo que ha pasado.

Antes de salir de casa decidió pasar por el garaje. El garaje de su casa era como un gigantesco trastero en el que toda la familia había ido apilando montones de cajas y de objetos viejos o «para arreglar». La mayoría eran cosas para tirar. Así que en lugar de un trastero, aquello también podría confundirse con un mini vertedero. Encontrar y recopilar todo lo que pudiese estar relacionado con su hermano Scott sería una de sus prioridades a partir de ese

momento. Tal vez hubiese escondido algo allí relacionado con Eva o con esa llave y esa moneda. Tal vez.

En cuanto abrió la cerradura para entrar escuchó un ruido, ruido de alguien removiendo cajas y cartones. Se quedó momentáneamente paralizado. Trató de pensar con rapidez. Tal vez un mapache, era frecuente verlos vagabundear a esas horas de la mañana, tal vez el gato de la señora Lisey, Rainbow, el gato de colores. No sería la primera vez que se colaba en su casa. Rainbow tenía especial fijación por colarse en su habitación y tumbarse en la cama. Cuando lo sorprendía allí recostado, él solo se limitaba a mover la cola arriba y abajo y, a veces, incluso le gruñía. El cerebro de Billy no cesaba de trabajar buscando una explicación lógica e inofensiva a ese matutino ruido, lo que fuese menos pensar que un intruso se había colado en su garaje tratando de encontrar algo relacionado con...

No. Rápidamente apartó esa idea de su cabeza. Lo último que tenía que hacer era perder los nervios, ver fantasmas donde no los había. En cuanto entró dentro vio la fuente de procedencia de esos madrugadores ruidos.

Su padre. Paul King.

Estaba revolviendo unas cajas que estaban apiladas al fondo, tras otra pila de cajas que había conseguido apartar a duras penas. A unos cuantos metros, junto a una vieja silla de playa, los ojos de Billy repararon en la botella de bourbon Four Roses y el paquete de Marlboro; el único equipaje de mano que llevaba su padre cuando se iba de «vacaciones».

—Hola, padre, ¿qué estás buscando?

Paul se giró sobresaltado al escuchar tras él la voz de su hijo. Ese hijo del cual se había perdido los diez últimos años, más de la mitad de su vida. Se dio la vuelta después de tropezar con un par de cajas que a punto estuvieron de zancadillearlo y hacerlo caer al suelo. No tenía buen aspecto esa mañana. La botella de bourbon estaba un poquito más vacía de lo que solía estar a esas horas.

—Oh, Billy. Perdón, no te había escuchado. ¿He hecho mucho ruido? ¿Te he despertado y por eso has bajado? —Tenía la voz especialmente empañada esa

mañana, su aspecto era igual de penoso que siempre. Peor, incluso. El gran Paul King parecía un vagabundo en horas bajas.

—No, padre, he bajado porque quería buscar unas cosas. ¿Y tú? Hacía tiempo que no te veía aquí abajo —Los ojos de Billy hicieron un barrido por aquel garaje. Tan lleno de trastos como de viejos recuerdos. Cuando Scott vivía solían pasar allí abajo muchas horas jugando, ellos dos solos o en familia.

—Nada importante, me había acordado de las vacaciones del dos mil tres y creí recordar que guardé por aquí atrás el álbum de fotos... —A Paul empezó a temblarle la voz y los ojos se le humedecieron. Billy reparó que los tenía más rojos de lo habitual. Estaban como surcados por un montón de pliegues y finas arrugas de la piel. Reparó en que los párpados inferiores los tenía aún más caídos, mucho más. Como los de un San Bernardo cuando se hace mayor. Tan caídos que parece que apenas pueden ya sostener el ojo.

Paul siguió a su hijo con la mirada que, a su vez, evitaba mirarlo a los ojos. A veces Paul parecía estar esperando a que lo mirasen, a que tratasen de consolarle, de preguntarle cómo estaba, para romper a llorar con más fuerza. Como un niño que se cae al suelo y solo llora cuando su madre o su padre le preguntan si está bien. Por eso Billy evitaba siempre mirarlo a la cara, preguntarle cómo estaba. Por eso no había reparado hasta esa mañana en lo mayor que se veía al gran Paul King.

Paul se dejó caer en la silla de playa y se encendió un Marlboro, soltando el humo con más alegría de la que lo inhalaba.

A Billy se le fueron las ganas de ponerse a buscar nada con su padre allí. Así que se dirigió hacia la puerta.

—Billy, ¿ya te marchas?, ¿ya no te interesa eso que habías venido a buscar?

—Acabo de acordarme que había quedado con Hunter y con Jules. Hasta luego, padre.

Antes de salir vio cómo aplastaba el Marlboro que se estaba fumando con sus dedos índice y pulgar. Cuando le daba las últimas caladas a un cigarro siempre lo apretaba como si sostuviera una tuerca con unas tenazas. En los

últimos años, Paul King se había convertido en una auténtica chimenea. Billy imaginó cómo debió ser su padre cuando era un niño. Cuál sería su cara de felicidad cuando sopló las velas de su décimo cumpleaños, si le regalaron un caballo de madera o sus padres lo llevaron a comer al lago. Imaginó qué sintió cuando descubrió por primera vez el amor, cuando descubrió por primera vez que estaba enamorado de su mujer, su madre, Margaret. La misma Margaret de los rulos en la cabeza y los ciento un botes de esmaltes. No podía evitar que su mente evocase el pasado, recordase y recrease un pasado que, la mayoría de las veces, ni tan siquiera conocía. No era nostalgia, ni melancolía, aunque se le parecía. Era algo que estaba un poco más allá.

Billy salió del garaje dejando allí a su padre en su particular periodo vacacional. No había podido buscar nada relacionado con su hermano, con su padre allí le hubiera resultado insufrible. Tal vez a la vuelta tuviese algo más de suerte.

Se metió en el Roadmaster y antes de arrancar sacó de nuevo la llave y la moneda. Trató de observar bien cada detalle. Sentir el frío metal en su mano. Cerró los ojos y se concentró en aquello que el contacto con esos objetos le transmitía. Igual que todas esas cosas que guardaba de su hermano lo mantenían de alguna forma con vida, ¿no era posible que esos objetos también guardasen algo de sus vidas anteriores? ¿Algo relacionado con las últimas personas que los poseyeron? Siempre pensó que algo así podía pasar. Tal vez, a lo mejor, algún día...

Trató de viajar con su mente. Transportarse a otro lugar, a otra época, imaginar que él era Eva, que con esa llave acababa de abrir una cerradura, una tras la que se ocultaba algo terrible, algo que nadie más debía saber...

El ruido de un par de cubos metálicos de basura rodando por el suelo lo sacaron de ese estado de ensoñación vívida en el que trataba de sumergirse. Escaramuza de gatos. Rainbow se las estaba viendo con Casius, el gato de la familia Burroughs. Casius era uno de esos gatos bajitos y de patas cortas, pero muy recio. Musculoso. Negro estilo pantera. Tenía atemorizada a toda la

comunidad felina y, no tan felina, menos a Rainbow, que también le gustaba el jaleo y nunca decía que no a un asalto. El problema de las peleas de gatos es que normalmente daban como resultado daños a terceros, ellos rara vez se hacían daño, daño auténtico.

Arrancó el Buick y salió de allí en dirección al cementerio. Antes de tratar de reunirse con Hunter y con Jules decidió que sería buena idea dar una vuelta por los alrededores de Green-Wood. Ver si habían descubierto algo o si se habían dejado algún resto o prueba que pudiera identificarlos de alguna manera. Quería descubrir la verdad, sí, pero él ya tenía dieciocho y no le apetecía nada que todo aquello acabase por meterlo en la cárcel.

2

Agente Grady

Hunter salió de su habitación con los calzoncillos y los pantalones meados de la noche anterior envueltos en una pelota. Se dirigió al lavadero con sigilo. Trataba de evitar que su madre lo viese y husmeara entre sus cosas, entre su ropa, algo que, sin duda alguna, haría. Aunque mucho peor sería si era su padre el que lo veía.

Pasó de puntillas a la cocina. De momento nadie. Entró al lavadero y soltó en el gran cesto de la ropa sucia la pelota de ropa meada y, con ella, parte del desasosiego con el que se había levantado esa mañana.

—Buenos días, Hunter, ¿qué estabas haciendo?

Su padre estaba apoyado en el marco de la puerta de la cocina. Le dio un mordisco a una manzana y empezó a mover esas musculosas mandíbulas que tenía. *Cras-cras-cras*. Su padre solía decir que las manzanas verdes eran como el tres en uno para las personas. No solo desatascaban las venas, sino también ayudaban a sacar toda la mierda acumulada en los órganos. Un limpiador.

—Hola, papá. Solo buscaba si mamá ya había lavado mis Levi's, pero ya

veo que no.

Hunter salió del lavadero sintiéndose observado por el agente. Su intención era perderlo de vista cuanto antes, pero... su padre franqueaba la puerta de la cocina.

El agente Grady, que era como todo el maldito barrio conocía a su padre, era uno de esos policías que ejercía su profesión veinticuatro horas al día siete días a la semana. Era lo que se conocía como un auténtico sabueso. Policía dentro y fuera de casa.

—Eh, Hunty, ¿a dónde vas tan deprisa? —preguntó su padre abriendo mucho los ojos—. Yo voy a ir a Green-Wood un momento, me han llamado diciendo no sé qué de algo que pasó entre esta noche y esta mañana. Pero el resto de la mañana estaré libre. ¿Te apetece que hagamos algo? Pescar estaría bien. Hace tiempo que no pescamos, Hunty ¿Qué me dices, eh, te apetece? — Grady continuó mordisqueando su manzana verde mientras esperaba una respuesta por parte de su hijo. *Cras-cras-cras*. A Grady había que darle siempre una respuesta, sí o no. Nada de ya veremos o tal vez.

Hunter se quedó paralizado al escuchar lo del cementerio. La cagada de las gordas. Ahí estaba.

—¿Estás hablando del cementerio Green-Wood? ¿Qué ha ocurrido?

—Sí, claro, ¿a qué lugar me iba a referir si no? ¿Por qué te preocupa?

—No, por nada, es solo que... los cementerios siempre me han dado un poco de respeto... no imagino qué puede haber pasado.

—En efecto, Hunter. A los cementerios hay que respetarlos. Es allí donde descansan nuestros muertos, nuestros antepasados, y es precisamente allí donde más respetuosos debemos ser. Siempre.

Cras-cras-cras. Grady lanzó el minúsculo corazón de la manzana a la papelerera que había en el otro extremo de la cocina y, cómo no, encestó.

Hunter se quedó pensativo un par de segundos y trató de responder con rapidez para poder salir de allí lo antes posible. Estaba completamente aterrado, no solo por todo lo que había pasado la noche anterior o porque no tuviesen ni

idea de dónde podría estar en esos momentos el cuerpo de Eva, sino también por ese «algo» que habían encontrado en el cementerio y que era precisamente su padre el que iba a ir a investigarlo. Ese «algo», sin lugar a dudas, debía de estar relacionado con la exhumación y desaparición del cuerpo de Eva. Problemas.

—Lo siento, papá, me encantaría ir a pescar, pero me temo que no voy a poder. He quedado con Jules y con... Billy. Tal vez mañana podamos ir, ¿te parece?

Grady arqueó las cejas al escuchar aquello.

—Hunter...ya sabes que ni a tu madre ni a mí nos gusta meternos en tu vida privada, y que tú eres completamente libre para tomar tus propias decisiones, y eso incluye escoger a las personas que quieres tener al lado, pero hijo... creía que ya habíamos hablado sobre la conveniencia de ir por ahí con Billy King. ¿No lo habíamos hablado ya?

Hunter tragó saliva. Sí, lo habían hablado ya.

—Sí, papá. Pero Billy no es como vosotros creéis, en serio, no es como la gente cree que es. Es una buena persona, de verdad, una de las mejores que he conocido. Lo que pasa es que no sé por qué diablos la gente de este barrio le ha cogido esa manía. Mala fama. Eso es. Tiene mala fama, solo eso.

Grady escuchó con atención las palabras de su hijo. Incluso se sonrió al escuchar lo de la «mala fama» y la «manía» que le habían cogido a ese chico. Sí. Desde luego que ya habían hablado del maldito tema.

—Hunter, te diré algo que si no recuerdo mal, ya te dije, pero no me importa volvértelo a recordar las veces que hagan falta. Conozco a su padre desde hace mucho, concretamente desde los diez años, y, créeme, sé cómo es. Sé cómo es él y su familia, su sangre, su linaje. Porque, hijo mío, la sangre es más poderosa de lo que puedas imaginar y, ciertas cosas, se llevan en la sangre. Puedes estar bien seguro de ello. Paul King ya era un gamberro a los doce años, no había ni sola profesora del colegio que no le rehuyese. A todas, y con ello me estoy refiriendo a absolutamente todas, les levantó la falda al menos una vez. A los dieciséis, cómo no, ya era todo un delincuente juvenil, no sabría decir el

número exacto, pero desde luego fueron muchas las veces que lo detuvieron por saltarse los límites de velocidad con su moto Arcade o por haberlo cogido robando en la tienda del señor Andrews o en los supermercados Trady's. Cuando cumplió los dieciocho, la mitad del género femenino iba tras él y la otra mitad le tenía miedo, pavor, ¿sabes por qué? Porque Paul King no era bueno con ellas, no, desde luego que no. Paul King salía con una chica y la dejaba por ahí tirada cuando se cansaba de ella. Paul King fumaba marihuana cuando los demás todavía no sabíamos ni lo que era un cigarro. Así que no. No señor, no era bueno. Su hijo Scott, que en paz descanse, siguió sus mismos pasos. Exactamente los mismos. Hablar de Scott era hablar de Paul. Lo mismo. ¿Cómo crees que murió? Acabó empotrado con su moto contra un camión lleno de heno, curiosamente, una Arcade. Iba a una velocidad tan alta que los que pudieron verlo no dudaron en afirmar que, Scott King, sin ningún lugar a dudas, jugó con fuego aquel día y, lamento decir, acabó quemándose. Pero me parece que ya hemos hablado de que eso no fue lo único, no, claro que no. Scott era la viva imagen de su padre, siguió el mismo camino desde que fue lo bastante mayorcito como para dar sus primeros pasos. Cometió los mismos errores y las mismas fechorías. Y ahora tenemos a Billy. ¿Quién demonios te crees que es Billy? ¿Quién es Billy? Te diré lo que es Billy, tan solo una línea sucesoria de lo que fue primero su padre, Paul, y después su hermano, Scott. Y no me cabría ninguna duda de que si retrocediésemos un poco en los anales y hurgásemos en el pasado de esa familia, hijo mío, puedes estar bien seguro que sus antepasados serían gente de la misma calaña. Gente de la peor calaña. Eso es. Así que, Hunter, te lo repito otra vez, las que hagan falta, Billy King no te conviene. Y no, no me gusta nada que salgas por ahí con él, ni a tu madre tampoco.

Cuando Grady acabó de hablar, el silencio cayó como una gran losa en mitad de la cocina. Hunter pudo sentir cómo uno de sus ataques de pánico había ido trepando por su interior hasta colarse justo entre sus cejas. Tan solo atinó a decir algo banal y ligero, lo primero que se le ocurrió.

—Pero Billy no tiene moto, él no tiene una Arcade, de hecho detesta las

motos. Eso lo hace diferente, ¿no?

El agente Grady se quedó mirando unos instantes a su hijo y resopló con desesperación.

—Ahora tengo que marcharme, Hunter, me esperan en Green-Wood, ya seguiremos hablando de esto más tarde. Ven con cuidado, hijo, y aléjate de Billy, hazme ese favor. En serio, no te conviene.

Cuando su padre cerró la puerta de casa, Hunter sintió unas irrefrenables ganas de llorar, de estallar en un poderoso grito, pero en lugar de eso, decidió darse una buena ducha y pensar en todo lo que había pasado. Reflexionar. Tenía que ponerse en contacto con Billy y con Jules y hablar de lo que habían hecho y de todo lo demás. Y, también, de la llamada de alerta que había recibido su padre. Si por alguna de aquellas su padre se enteraba de que él había estado involucrado en la desaparición del cuerpo de Eva, no imaginaba qué sería capaz de hacerle, pero intuía que algo bastante malo.

3

El refugio de Jules

Jules, al igual que sus dos únicos amigos, no había podido dormir absolutamente nada. Se despertó cuando escuchó a Josie trajar por la cocina. Su madre debía de tener uno de esos turnos dobles o triples en la residencia de ancianos. Se marchaba de casa cuando todos dormían y volvía, de nuevo, cuando todos dormían. Había días en los que ni la veían. Su padre debía de haber salido a «buscar trabajo», sí, probablemente. El caso era que, como solía ser habitual, entre unos y otros habían dejado a Josie sola. Una niña de diez años sola en casa y con un hambre casi perpetua. La mente de Jules no pudo evitar volar hacia ese pensamiento que lo asediaba a diario, «al final va a pasar algo, algo malo de verdad».

Cuando entró en la cocina, efectivamente, allí estaba la pequeña Josie. Se

había subido a una silla, «su silla», y estaba fregando unos cacharros apoyada sobre la pila. Se había arremangado las mangas del pijama de los renos hasta los codos, pero una de ellas se le había ido escurriendo hacia abajo y la tenía totalmente empapada. Un mechón de pelo le caía por el centro de la cara y trataba de quitárselo de encima dando pequeños soplidos. Pero el mechón apenas se movía.

—Josie, ¿cómo tengo que decirte que no te subas ahí? Ya sabes que es peligroso y que te puedes caer. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo para que lo entiendas?

—Hola, Jules. Es que... quería preparar salchichas con huevos revueltos para desayunar y he visto que todas las sartenes estaban en el fregadero.

Josie le dio un nuevo soplido al mechón de pelo y continuó fregando los cacharros. Lo estaba poniendo todo perdido. No solo sus mangas estaban empapadas, sino todo el suelo a su alrededor. Josie tenía solo diez años, pero parecía toda una mujercita en miniatura. Se movía como una mujercita, quería hacer cosas propias de una mujer adulta y sobre todo, muchas veces, incluso hablaba como una mujer mayor. Aunque, no siempre.

—Josie... ¿huevos revueltos? ¿En serio? ¿Cuántas veces te he dicho que no toques los fogones? ¿Cuántas? —Al final va a pasar algo, algo malo de verdad. La mente de Jules no dejaba de repetirle esa angustiada frase una y otra vez.

—Pero es que...

—No. No hay peros que valgan. En la cocina hay muchos peligros, te lo he dicho un millón de veces. Y sabes que tienes totalmente prohibido encender el gas, así como también subirte a esa estúpida silla. Lo sabes perfectamente, Josie. ¿Lo sabes o no lo sabes?

Los ojos y los labios de su hermana pequeña empezaron a temblar ligeramente. Su angelical rostro se ensombreció como un rápido anochecer. Alrededor de sus redondos ojos marrones se empezaron a concentrar esas primeras e indecisas lágrimas que preceden al llanto.

—Pero es que... tenía hambre, Jules... mamá se fue muy temprano y... tenía

hambre, Jules...

Josie rompió a llorar y Jules fue hasta ella para consolarla. La abrazó con fuerza y respiró ese aroma a perfume de lavanda que ella solía ponerse cuando nadie la veía y tenía vía libre en el tocador de su madre.

No podía soportar la infancia que le estaba tocando vivir a su hermana. En una casa donde su madre nunca estaba porque se mataba a trabajar por un raquítico sueldo que no alcanzaba para nada, donde a su padre se le veía cada vez menos porque según él, pasaba todo su tiempo buscando un trabajo que nunca llegaba. Estar parado se lo comía por dentro, decía. Y él, Él se había inventado un lugar en el que refugiarse. El maldito problema era que en ese refugio solo había espacio para una sola persona, él mismo. Y Josie parecía estar justo en el centro de la diana de esa cosa llamada consecuencias. Malas consecuencias, para ser exactos.

Entre los dos acabaron de fregar los cacharros. Jules era el que se había arremangado y Josie la encargada de pasar el paño de tela para secarlos. Una vez hubieron terminado, Josie cascó un par de huevos y Jules los echó a la sartén junto con unas salchichas. Ese era el plato preferido de su hermana. Josie hizo de pinche, eso le encantaba y, durante un rato, en su cara pareció volverse a dibujar esa maravillosa sonrisa que hacía que todo el maldito planeta resplandeciera. Todo.

Josie le confesó lo que quería ser de mayor; astronauta. Vaya, pensó Jules. En eso, por lo que veo, nos parecemos. Solo que ella en lugar de refugiarse, prefiere escapar, salir volando, volar tan lejos como grande y extenso fuese el universo. También le confesó que odiaba a los chicos, solo un poco. En realidad, cuando cayó en la cuenta de que su propio hermano también era un chico, el odio lo dejó en un «no me gustan los chicos». Algo es algo. Decía que eran todos muy brutos y que nunca querían jugar con ella.

—Pues si no quieren jugar contigo, Josie, ellos se lo pierden. De todas formas, tienes que tener en cuenta que los chicos maduramos un poquito más tarde que las chicas y, a lo mejor, es por eso que a veces hacemos ciertas

estupideces, algunas de ellas, a decir verdad, son realmente grandes estupideces, tanto como para llegar a arrepentirnos de ellas durante el resto de nuestra vida — Josie abrió mucho los ojos cuando escuchó lo del «resto de nuestra vida». Que pareciera una mujercita en miniatura y que muchas veces también se comportase como tal, no significaba que no fuese más que una niña, una niña que, en ocasiones, era muy impresionable—. Lo que quiero decir con todo esto, es que no debes hacer demasiado caso de lo que digan o hagan ahora. Tú solo deja que pasen los días, meses, tal vez, a lo mejor incluso años, y, verás como poco a poco, empiezan a cambiar las cosas. Empezarán no solo a querer jugar contigo, sino también a querer estar allá donde tú estés.

Josie se quedó pensando un par de segundos, cogiendo todo el aire que podía por su pequeña nariz. No solía hacer demasiadas preguntas. No las que se presupone que debería hacer una niña de su edad. Ella simplemente procesaba la información y asimilaba, a su manera. Tras unos segundos pensando en lo que Jules le acababa de decir, se abrazó a él con todas sus fuerzas.

—Te quiero mucho, Jules. Me encanta que seas mi hermano.

A Jules se le escapó una lágrima tras escuchar aquello.

—Y a mí que tú seas mi hermana, Josie. Eres el ser más maravilloso del planeta.

Josie sonrió en silencio, pegado a su hermano con los ojos bien cerrados. Se le ocurrió la loca idea de que, tal vez... tras ese día en el que había podido desayunar su plato preferido, a lo mejor también tenía la suerte de...

—Jules...

—Dime, Josie.

Josie se mordió el labio y cerró con fuerza los ojos antes de preguntar lo que iba a preguntar. Se concentró con todas sus fuerzas en la única respuesta que deseaba escuchar.

—Me preguntaba si... ¿me llevarías a la feria que hay junto al Sunset Park?

Jules respiró hondo unos segundos. No tenía dinero para llevar a su hermana a la feria, y ella lo sabía, pero aún así, su hermana... solo era una niña

con necesidades de niña y, ¿a qué niña no le gustan las ferias?

—No hace falta que subamos a nada si no podemos, Jules. Ya sé que no tenemos dinero, pero podemos ir a mirar, ¿verdad? Por mirar no cobran, ¿no, Jules? Yo solo quiero ir a mirar, te lo prometo.

La humildad y madurez que mostraba Josie por poco hizo que a Jules se le saltasen las lágrimas de la emoción. Su hermana se contentaba realmente con bien poco y, a veces, con nada.

—Claro que te llevaré, Josie, ¿te parece si vamos esta tarde? Así podrás ver bien todas las luces encendidas.

—¡Gracias, Jules! ¡Gracias gracias gracias!

La cara de Josie era la viva imagen de la felicidad más pura y real que pudiera existir. Adoraba las ferias, desde bien pequeña se quedaba como hipnotizada con todas las luces de colores, las voces a través de los megáfonos, las tómbolas, los gritos de miedo y de pura emoción en el tren del terror, o el inconfundible aroma a algodón de azúcar recién tostado. Jules pensó que había que ser realmente inhumano para negarle a Josie disfrutar de algo así.

Apenas unos segundos después, recibió la notificación de un nuevo mensaje. Era de Billy.

—Tenemos que hablar. Cuanto antes. Ha pasado algo.

El perro de Jeremiah

Todo parecía estar complicándose más todavía. Tras haber ido a pegar un vistazo a Green-Wood, las noticias que Billy traía bajo el brazo no eran buenas.

Estuvo tamborileando los dedos contra el volante del Buick hasta que llegaron Hunter y Jules. Estaba nervioso. Llevaba puestos los guantes de cuero con la parte de los dedos recortada, los mismos guantes que solía utilizar Scott cuando se subía a la Arcade. Apuró el tercer cigarro de la última media hora y lo

lanzó por la ventanilla con sus dedos pulgar e índice. Tratando de apuntar justo al centro de la misma nada.

Hunter reparó en los guantes de Billy y pensó en la conversación que había tenido esa mañana con su padre. Pensó en lo de que primero fue su padre, luego su hermano mayor y, luego... sí, luego era el turno de Billy en la línea sucesoria de aquel linaje. «Si hurgásemos en el pasado de esa familia, hijo mío, puedes estar bien seguro que sus antepasados serían gente de la misma calaña. Gente de la peor calaña.» Las palabras del agente Grady perseguían a Hunter allá donde fuera.

—¿Tienes un cigarro, Billy? —preguntó Jules.

Billy lo miró e hizo una pausa antes de responder.

—Sí, tengo un cigarro, pero, Jules, no te lo recomiendo, de hecho esta mierda engancha, ya lo sabes.

—Sí, ya lo sé, no te preocupes, lo tengo controlado.

Billy sacó un Marlboro y se lo pasó a Jules. El mismo tabaco que fumaban, primero su padre y después su hermano.

—Te engancharás.

—Yo te digo que no.

—¿Y bien? ¿Qué es lo que ha pasado, Billy? ¿Saben lo que hicimos? ¿Lo saben? —preguntó Hunter con el nacimiento del pelo totalmente empapado. Sus ojos se fijaron en los guantes de Billy y en el paquete de tabaco que estaba sobre el salpicadero.

«...si hurgásemos en el pasado...»

«... encontraríamos a gente de la misma calaña...»

«...gente de la peor calaña».

—Veréis, lo cierto es que todo esto se está complicando, chicos —dijo Billy encendiéndose otro Marlboro—. Esta mañana me he acercado a Green-Wood a pegar un vistazo más que nada. Ya sabéis, ver si veía u oía algo raro. Merodear por allí por si veía movimiento.

—¿Movimiento? —preguntó Hunter dejando caer sus ojos en la luz

incandescente que desprendía el cigarro de Billy.

—Sí, movimiento. Coches de policía, gente del juzgado, del ayuntamiento, qué sé yo. Lo que quería saber es si había jaleo alrededor de la tumba de Eva, ver si nos habíamos dejado algo importante o si habían descubierto que alguien había abierto su tumba... —Billy hizo una pausa para llenar bien los pulmones de humo.

—¿Y? —preguntó Hunter de nuevo. Nervioso. El sudor ya no solo estaba en el nacimiento de su pelo, ahora también bordeaba toda su frente y parte de su nariz.

Billy lo miró a él primero y después a Jules, que exhalaba el humo con nerviosismo y parecía saber de antemano lo que Billy estaba a punto de contar.

—Veréis, ha sido algo extraño. Antes de aventurarme a entrar, he decidido dar una vuelta con el Buick por el perímetro del cementerio. Quería observar desde lejos, tener una posición privilegiada. Ya sabéis que en todas esas películas de asesinatos, al final, el asesino siempre es alguien que se encuentra entre los asistentes al funeral de su propia víctima. Bien. Al principio no he visto nada, todo parecía en calma. Pero cuando he llegado a la altura de la zona de los tejos milenarios... he visto cómo de repente se acercaba una pareja de policías y, poco después, se acercaban un par más... me temo que uno de ellos era tu padre, Hunter —añadió Billy mirándolo con cierto recelo. Hunter bajó la mirada y se tapó la cara en medio de un suspiro pesado. Hunter ya sabía que uno de ellos era su padre, lo que no sabía todavía es qué fue lo que vio allí su padre.

—Bien —continuó Billy—. Yo me había agazapado ligeramente tras el volante del Buick, bajo ningún concepto quería que me viesen allí merodeando, pero el caso es que tampoco veía demasiado bien, además, estaba lejos y las propias ramas de los tejos y las viejas coníferas me tapaban casi todo el visual. Así que al final decidí incorporarme un poco, solo un poco, ¿por qué demonios tenía alguien que sospechar de mí? ¿Eh? Aunque me viesen no tendrían por qué pensar que yo he tenido algo que ver con todo aquello, ¿qué razones iba yo a tener para hacer semejante estupidez? ¿Eh? ¿Qué razones? ¿Por qué alguien iba

a pensar mal de mí aunque me viesen merodeando por los alrededores? —Billy se estaba autojustificando antes de confesar el delito. Más que autojustificarse, trataba de autoconvencerse. Pero sabía de sobra que su presencia en el lugar donde se había cometido algún tipo de delito, solía considerarse como sospechosa. Desde que tenía uso de razón, siempre había tenido la impresión de tener una especie de cartel colgando de su cuello que dijera, «es aquí, soy yo, yo soy a quién han venido buscar, el responsable de este horrible delito, agente».

—Billy, por dios, ¿quieres contarnos de una vez lo que ha pasado? —dijo Hunter con esa insistente frase sobrevolando su cabeza como un buitre carroñero. «Porque son gente de la peor calaña...», «si hurgásemos en su pasado...».

—El caso es que al incorporarme para ver bien qué demonios hacían por allí todos esos agentes de policía, mis ojos se han cruzado un instante con... con los de Jeremiah el sepulturero, joder...

Billy hizo una pausa que aprovechó para rematar el Marlboro y echarlo por la ventanilla del Buick. Hunter y Jules prefirieron no decir nada.

—Los ojos del maldito sepulturero se cruzaron con los míos. Estaba lejos, con todos esos tejos y coníferas entre nosotros dos, pero allí estaban sus ojos empañados en lágrimas atravesándome como si fuesen un par de lanzas. Tenía pinta de haberse empleado a fondo por la noche, ya me entendéis, estaba pálido, con su chaqueta de las noches frías dejada caer de mala manera. Un policía le había puesto una manta por encima mientras el resto parecía estar haciendo una inspección ocular del lugar. Y ha sido justo en ese momento cuando... ha entrado en escena el maldito Stu...

—¿Stu? ¿Stuart el barrendero? —preguntó Jules mientras se fijaba en cómo Billy sacaba otro Marlboro. Desde luego, a ese ritmo, pronto seguiría la estela de su padre, del gran y, también venido a menos, Paul King.

—En efecto, Stu el barrendero.

—Billy, ¿te importaría darme otro cigarro? —preguntó Jules con cierta vergüenza. Billy lo miró de reojo con cierto reparo, pero sacó un cigarro y se lo

pasó.

—Te engancharás.

—Lo tengo controlado.

—¿Me das otro a mí? —preguntó Hunter, que prácticamente sudaba ya a borbotones. Los dos se quedaron mirándolo. Billy le pasó un Marlboro y eludió hacer más comentarios acerca de la conveniencia o no de fumar. ¿Quién era él para dar consejos? ¿Eh? ¿Quién?

—Como iba diciendo, Stu el barrendero me sorprendió desde un ángulo que no tenía controlado, el muy canalla dio unos golpecitos en la ventanilla y por poco se cayó de culo de la risa que le entró al ver el susto que me había dado. Ha sido él quién me ha puesto al día de lo que se estaba cocinando allí dentro, en las proximidades de la tumba de Eva. Por lo visto... joder, todavía se me ponen los pelos de punta cuando lo recuerdo. Por lo visto, según me ha contado Stu, esta noche ha pasado algo, «algo malo», y, ese algo se ha cobrado una víctima...

Tanto Hunter como Jules se habían fumado el cigarro en tiempo récord. El interior del Buick estaba totalmente empañado. El ambiente y la tensión allí dentro habían convertido esa micro atmósfera en irrespirable.

—Ese «algo malo» que, según Stu, se ha cobrado una víctima, no saben todavía qué ha podido ser, pero desde luego ha debido de ser algo fuerte, algo fuerte y realmente cruel, tanto como para llegar a arrancarle la cabeza al pobre Júpiter... dios... el maldito Stu me ha descrito con pelos y señales el estado en el que había quedado uno de los mordedores de Jeremiah. Le he dicho que podía ahorrarse los detalles, pero ya conocéis al bocazas de Stu, no ha podido evitar describirme hasta el más mínimo detalle de cómo había quedado el bulldog de Jeremiah. Os ahorraré tener que imaginar la escena, como he tenido que hacer yo tras escuchar a quien ya sabéis, pero para que os hagáis una idea aproximada, a ese musculoso perro le habían cortado la cabeza, alguien o, quién sabe, quizá ese «algo malo» del que ha hablado Stuart. Lo ha decapitado de la peor de las formas, nada de un corte limpio, no qué va. Al parecer es como si... como si le hubiesen cortado la cabeza de forma tosca, con rudeza... ha sido algo sangriento,

de hecho... como si se la hubiesen arrancado, en lugar de cortado.

Jules y Hunter se habían quedado sin palabras. No esperaban semejante noticia. El cuello de Júpiter, uno de los bulldogs americanos de Jeremiah el sepulturero, era bastante más grande y musculoso que el de una persona normal.

—El problema —continuó Billy— es que según Stu, la cabeza del perro no aparece, con sus propias palabras, «es como si alguien o algo malo se la hubiese comido, quizá la noche, quizá algo que habita en el interior de este cementerio, algo que llevaba mucho dormido, y que ha despertado».

En el interior del Buick se hizo de nuevo el silencio. Alguien o algo no solo le había arrancado la cabeza a un musculoso y muy bien entrenado perro de presa, sino que también se la había llevado o, quién sabe, incluso comido...

—No quiero asustaros ni tampoco que parezca que creo en fantasmas ni cosas así, pero desde luego, hay algo en todo esto que, por el momento, y no me avergüenzo de ello, me tiene totalmente acojonado.

—¿Y de la tumba? ¿Saben lo de la tumba? —preguntó Hunter con preocupación.

—De la tumba al parecer no saben nada, al menos que me haya podido decir Stuart. Lo cierto es que no he visto que trajinasen ni con la losa ni tampoco que llegase la científica ni nada por el estilo. Simplemente han estado hablando con Jeremiah hasta que ha llegado una de esas furgonetas de Paw Dog y se ha llevado el cuerpo de Júpiter envuelto en una bolsa de plástico negra. Después de eso, los policías se han ido, tu padre incluido, Hunter. Y, también he de decir que he podido ver cómo Jeremiah Backhouse parecía estar buscándome en la lejanía, parecía estar esperando a que yo asomase la cabeza para ajusticiarme con la mirada... me ha dado la impresión de que sabe algo, de que de alguna forma sabe algo o parte de lo que hicimos allí anoche. No sé si nos vería correr o merodear por allí dentro, no sé si incluso nos vería... abrir la tumba de Eva.

—En cualquier caso, de habernos visto, no parece que le haya dicho nada a la policía ni tampoco a Stu, ¿cierto? —trató de razonar Jules.

—Cierto —asintió Billy.

—Tal vez, en ese caso, y teniendo en cuenta lo bocazas que es tanto él como el propio Stu, yo me inclinaría por pensar que suponiendo que Jeremiah nos viera anoche, dudo mucho que nos viese cuando estuvimos abriendo la tumba, tal vez nos vio de pasada o cuando nos marchábamos y, ahora, todavía con el cuerpo en caliente, ha preferido no decir nada. De todas formas, tampoco sabemos a qué hora pasó lo de su perro, tal vez fue bastante después de que nosotros estuviésemos por allí y no tiene motivos para pensar que podamos tener algo que ver con ese brutal crimen. Por dios santo, ¿quién haría algo así?

Los razonamientos de Jules parecieron convencer o, al menos tranquilizar, a Hunter y a Billy.

—¿No podrías preguntarle directamente a tu padre, Hunter? —preguntó Billy de forma desinteresada—. Quizá sea la manera más sencilla de conocer de primera mano qué ha pasado exactamente y qué es lo que han encontrado, así no tendríamos que depender de la versión de los hechos de Stu.

—¿Hablas en serio, Billy? ¿No conoces a mi padre? A mi padre nadie le hace preguntas, mi padre es quien hace las preguntas.

La respuesta de Hunter fue tan rotunda que a nadie se le ocurrió insistir en que hablar con el súper agente podría ser una buena idea.

Algo que a cada uno de ellos se les pasó por la cabeza y que, ninguno tuvo el valor siquiera de decir en voz alta, fue el supuesto caso de que, el desaparecido en misteriosas circunstancias y tiempo récord cuerpo de Eva pudiera tener algo que ver con la extraña y cruel muerte de Júpiter. Porque, tal vez, como había dicho Stu, ese «algo malo» que había decapitado al perro de Jeremiah fuese algo que habitaba en el interior de ese cementerio, entre todas esas tumbas, algo que llevaba mucho tiempo dormido y que ahora había despertado.

Los tres sintieron un escalofrío solo de imaginar que algo así pudiese suceder.

Antes de marcharse cada uno a su casa, se dijeron que habría que estar con

los ojos muy abiertos no solo por el cuerpo desaparecido de Eva y el o los responsables que podrían estar detrás, sino también porque si Jeremiah los había visto merodear por allí, a lo mejor no sería demasiado de extrañar que quisiera tener unas palabras con ellos en privado. Cuestiones de venganza personal, más que nada.

En cualquier caso, a ninguno se les olvidó que en el interior del cuerpo de Eva habían encontrado una llave con apariencia antigua y una extraña moneda de oro cuadrada. Y, eso conllevaba un misterioso secreto tras el que podría ocultarse una aterradora verdad, una verdad que tal vez fuese la propia causa de la muerte de la joven de dieciséis años y, tal vez, también de la muerte de Scott. Decidieron que tendrían que hacerle una visita al viejo Budkins, al mismo que regentaba la tienda de Antigüedades Budkins. Tal vez él pudiese decirles algo sobre esa llave y esa moneda. Porque si había algo en lo que los tres parecían coincidir una vez se hubieron enfriado los enfados y disipado las dudas de la noche anterior, era en que, una vez empezado, querían llegar al fondo de todo el asunto, y eso pasaba por saber qué cerradura abría esa extraña llave. Lo cierto es que el final de la adolescencia tenía esas cosas. Un día te acostabas maldiciendo a tus amigos y aquello que habías hecho con ellos, y al día siguiente firmabas con los ojos cerrados ese documento con el que te comprometías a ir con esos mismos amigos hasta el fin del mundo si fuese preciso.

CAPÍTULO 3

ALGO DORMIDO, HA DESPERTADO

1

Merodeadores

El viaje hasta la bahía de Sheepshead fue un tanto incómodo. Ni Hunter ni el agente Grady abrieron la boca en todo el camino. El cielo estaba cubierto de unas horrendas nubes negras, pero Hunter no se atrevió a decirle «no» otra vez a su padre a la propuesta de ir a pasar un día de pesca entre padre e hijo.

La bahía de Sheepshead era uno de los lugares más tranquilos de todo Brooklyn. A lo lejos podía verse la gran Cyclone, la famosa montaña rusa del parque de atracciones de Coney Island. Cyclone no solo era una de las montañas rusas más antiguas de todo el país, sino también el lugar en el que su padre, cuando todavía era solo un mozalvete, llevó a su madre en su primera cita. Aquello debió ser algo bonito.

Grady se aseguró de aparcar en una zona donde no hubiese nadie más, al menos de momento. Para él ir a pescar era una especie de viaje espiritual, y en ese viaje no tenían cabida las conversaciones desinteresadas con extraños que no conocía de nada. En sus viajes espirituales solo podían estar él, su hijo Hunter y, a veces, también Radford, su mejor amigo.

Tras clavar en el suelo las dos cañas, comprobar el buen estado del sedal y poner los anzuelos con un par de lombrices de cebo, se sentaron cada uno en una silla.

Grady apenas había hablado y Hunter se temía que su padre le estaba dando forma a algo gordo en el interior de su cabeza. Cuando las primeras gotas de lluvia empezaron a caer, fue cuando Grady decidió que había llegado el

momento de romper el silencio.

—¿Has visto, Hunt? Lluvia. Precisamente por eso hemos traído a «las viejas» —Las viejas eran las dos cañas de pescar fabricadas en bambú que acababan de plantar. La mayoría de pescadores las habían ido dejando poco a poco en desuso porque preferían otras que estuviesen fabricadas en materiales más modernos y, presuntamente, con mejores prestaciones—. El problema de las cañas de fibra de carbono es precisamente este, Hunt. Son buenas cañas, no lo niego, muy flexibles y resistentes, además de ligeras, tal y como prometen, pero... también conducen la electricidad estática endemoniadamente bien. Si una de esas tormentas eléctricas, como la que está a punto de estallar ahora, te coge pescando con una de esas cañas, hijo mío, prepárate para una buena sacudida, eso en el mejor de los casos, en el peor... no quieras saber cómo acabó el cuerpo de mi compañero Ludlow... —Grady miró a su hijo e hizo una mueca con la boca y con la nariz—. Solo te diré que cuando lo recogieron, olía a carne de pollo quemado.

Grady sacó un par de latas de cerveza. Se abrió una y le pasó la otra a su hijo. Nunca habían hecho algo así, beber cerveza juntos, pero Hunter extendió la mano y prefirió no preguntar, tiró de la anilla de aluminio y le dio un buen trago. Por el comportamiento de su padre, no tenía ninguna duda de que, efectivamente, algo gordo estaba cobrando forma en el interior de su cabeza.

—Si bien es cierto que también podríamos haber traído las de fibra de vidrio, pero esas cañas... no son más que adornos, Hunt. Esas cañas son para los que quieren aparentar que adoran la pesca, que les importa la pesca, que viven la pesca y que no tienen ningún problema en invertir todo su maldito dinero en su única pasión —Grady había ido elevando poco a poco el tono de voz. Hunter escuchaba y asentía, sabía que, por la mirada de su padre, mejor no intervenir todavía. Mejor que terminase de hablar. Que acabase con el prólogo y empezase cuanto antes con la fase de preguntas, porque, esa fase, sin lugar a dudas, llegaría de un momento a otro—. Te cuento lo de las cañas porque es importante que sepas que antes de hacer algo, hay que prever las consecuencias que pueden traer

consigo nuestras acciones. Imagina que yo hoy no hubiese pensado que podía llover y me planto aquí con las cañas de fibras de carbono... en ese caso, Hunty, puede que tú, yo o, quién sabe, incluso los dos, hubiésemos vuelto a casa oliendo a pollo quemado. ¿Ves por dónde voy, Hunt?

Hunter asintió después de darle un trago a la cerveza. Por supuesto que sabía por dónde iba. El súper agente Grady estaba acechándolo con su extraña y casi hipnótica danza de palabras.

—¿Ves por dónde voy, Hunt? —Grady repitió la pregunta. Ahora sí, tocaba respuesta, pensó Hunter.

—Sí, papá, veo por dónde vas.

Grady asintió, sonrió ligeramente y le pasó una mano por la nuca a su hijo. Fue un gesto tierno, cariñoso, incluso.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de ir a pescar?

—Qué.

—Que mientras estás aquí, esperando a que algún pobre pez muerda el anzuelo y le dé un buen tirón al sedal, tú mente es libre para viajar a otra parte, hijo. Ir hasta todos esos lugares llamados preocupaciones y ver de bien cerca el origen del problema. Me gusta venir a pescar porque es una buena forma de pensar, hijo, una buena manera de dejar volar tu mente para ver las cosas con claridad. La maldita caña, el sedal, el anzuelo o el asqueroso cubo lleno de lombrices son solo una excusa, Hunty, una excusa para poder separar tu mente de lo cotidiano, del ruido de la civilización que te impide encontrar la paz y la tranquilidad interior necesaria para ver las cosas como se deben ver. Por eso me gusta venir aquí, Hunt, a pescar, por eso quiero que tú también vengas aquí. Pensar, Hunter, pensar. Pescar y pensar. Pescar pensamientos, hijo mío, eso es lo que hacemos. Pescar esos grandes y salvajes pensamientos que son la maldita clave de todo. El alimento para nuestro cerebro, para nuestro buen juicio. La base de toda razón.

Hunter ya se estaba haciendo una idea de por dónde quería llevarlo su padre con ese rodeo que estaba dando. Con esa extraña danza de palabras. Utilizaba

esa táctica de persuasión desde siempre. Lo cogía de la mano, lo hacía pasear a su lado un buen rato, para, al final, enseñarle justo aquello que quería que viese. Más que viese, aquello en lo que quería que creyese.

—Bien, Hunt, no me andaré con más rodeos. Ayer pasó algo malo en el cementerio Green-Wood. Algún canalla hijo de mala madre hizo algo feo, algo feo de verdad. Decapitaron a uno de los mordedores de Jeremiah el sepulturero... algo feo, de eso no hay duda —Grady hizo una pausa para estudiar a su hijo, que tenía la vista en las dos cañas de bambú que todavía no se habían movido ni un solo milímetro—. Todavía no sabemos quién demonios haría algo así, a qué tipo de monstruo se le ocurriría hacer algo así... vale que los mordedores de Jeremiah no eran precisamente pacifistas, tú ya me entiendes, y que cuando tenían hambre y llevaban días sin morder... se agarraban a todo aquello que se moviese si a Jeremiah se le había olvidado ponerles el bozal, pero lo de arrancarle la cabeza de esa manera al chucho... esos son palabras mayores, hijo. Eso es crimen con ensañamiento. Algo feo, muy feo. Ya sabes que a mí nunca me han gustado los perros, no sé, ellos y yo no nos llevamos bien, incompatibilidad de caracteres tal vez, llámalo como quieras. Pero el caso es que a pesar de que no nos llevemos bien, soy muy consciente de que esos animales sufren, sienten dolor como tú y como yo, y sobre todo, pertenecen a alguien, alguien que también sufre por el animal. No se me ocurre ningún motivo para que alguien quisiese hacer semejante atrocidad, ningún motivo.

Hunter se había quedado totalmente paralizado. El miedo a ser descubierto lo tenía completamente atenazado. Empezó a pensar seriamente en que su padre supiese algo de lo que habían hecho. Aun así, como buen sabueso, quería sacarle a su hijo «su verdad», como él decía.

Grady sacó dos nuevas cervezas. Hunter cogió la suya y se caló el sombrero de pescador. La fina lluvia estaba cogiendo cada vez más intensidad. Su padre lo observó y pareció pensar, «los hombres nos mojamos, Hunty, no me seas nenaza, ¿por qué demonios tapas tu cabeza con ese estúpido sombrero?».

—Verás, hijo. Lo del perro de Jeremiah es un asunto serio, es un delito,

¿entiendes? Una de esas cagadas de las gordas de las que te hablé —La mirada y el tono de voz de Grady habían adquirido un tinte solemne, incluso fúnebre. Tras esas palabras parecía esconderse una auténtica sentencia de muerte—. Hunter, escúchame bien. Te cuento todo esto porque ayer vieron merodeando a tu amigo Billy por los alrededores de Green-Wood. Cielos, yo mismo pude ver a lo lejos su cochambroso coche observando lo que estábamos haciendo, el muy estúpido había montado guardia en su propio coche, en el mismo coche que llevaba su padre, Paul King...

—No sé a dónde quieres ir a parar, papá —atinó a decir Hunter tras otro buen trago de cerveza. No solo era la primera vez que él y su padre se iban «de cervezas», sino que, a ese ritmo, también sería la primera vez que se cogía una buena delante de sus propias narices.

—Ya... Pues a mí me parece que sí lo sabes, Hunt, sí lo sabes. Solo te lo preguntaré una vez, ¿sabes si Billy ha tenido algo que ver con lo que le pasó al chuchó de Jeremiah? Porque de lo que estoy seguro, es que haya hecho lo que haya hecho, tú nunca en la vida te habrías involucrado en semejante estupidez. No, mi hijo nunca. ¿Me equivoco, Hunter?

Grady se quedó mirando a su hijo con esa mirada condenatoria. Con esa mirada capaz de atravesar todas las mentiras y falsedades del mundo.

—No, papá.

—No, qué.

—Que no... que no sé si ha tenido algo que ver con todo eso, papá, pero en cualquier caso, no veo a Billy capaz de hacer nada semejante, de ninguna manera, él nunca le haría daño a nadie, menos a un perro. Ya te dije que Billy es buena persona, que le han cogido manía y que...

Grady interrumpió a su hijo con una sonora carcajada. En cuanto escuchó «le han cogido manía», no pudo evitar que le volviese esa cínica sonrisa.

—Billy estaba ayer merodeando en la escena de un crimen, Hunt, ¿sabes lo que eso significa?

Hunter giró el cuello hacia ambos lados. Tenía la nuca y la frente totalmente

empapadas, y no precisamente debido a la lluvia. Era sudor. Sudor nervioso.

—Un merodeador es alguien que se deja caer desinteresadamente por ciertos lugares. Lugares en los que, casualmente, pasan cosas, cosas malas. Alguien que merodea es alguien que busca la ocasión, alguien que se deja caer como una maldita sombra y que se cierne sobre tu coche cuando te has dejado la puerta abierta y las llaves puestas, o, también, alguien que recoge tú móvil y tú cartera mientras tú te das la vuelta, alguien que, no solo busca la ocasión, sino también la oportunidad. La oportunidad de sacar provecho de su maldita forma de vida y de la buena fe de las personas normales y corrientes. Eso es un merodeador, Hunter, y eso es exactamente lo que estaba ayer haciendo tu amigo Billy, merodear. Merodeaba porque es un maldito merodeador, igual que lo fue su padre y su hermano. Buscan la ocasión, la oportunidad de sacar provecho de los demás, aunque, en este caso, puede que no solo fuese eso, ¿me equivoco? En este caso, puede que haya algo más detrás, ¿cierto?

Hunter remató la cerveza y eso hizo que se armara de valor. Vale que Billy tuviera sus cosas, pero no le gustaba nada que su padre hablase así de él. Entre otras cosas porque no creía que fuese cierto todo eso que decía de él.

—Te digo que él no ha tenido nada que ver, papá. Estoy completamente seguro.

Grady estudió a su hijo con la mirada y apretó ligeramente los párpados, como si quisiese centrar un punto concreto en el espacio, como si quisiese... ver un poco más allá de esas palabras y esa cara. Atravesar las mentiras y la falsedad.

—Eso ya lo veremos, Hunty, eso ya lo veremos. No te lo volveré a repetir, aléjate de Billy, no es buena gente, no para ti, no para mi hijo.

Después de aquello la tormenta eléctrica de la que su padre le había hablado pareció romper de verdad y la lluvia se volvió tan intensa que apenas se veía nada. Recogieron las cañas y el resto del equipo y se fueron de allí sin pescar nada. Tal vez, si acaso, lo único que pescaron fueron un par de pensamientos, unas cuantas palabras. Algo con lo que alimentar un poco el cerebro y la razón,

como decía el súper agente.

Grady sospechaba, y cuando Grady sospechaba, no se detenía ante nada. Eso era algo que Hunter sabía perfectamente. Y eso no hacía sino que todo tuviese que acelerarse.

2

La tienda de antigüedades del señor Budkins

Tuvieron que esperar hasta el lunes para hacerle una visita al señor Budkins.

Antigüedades Budkins era, haciendo honor a su propio nombre, un lugar antiguo, muy antiguo. Esperaron a una hora próxima al cierre, no querían que aquello estuviera lleno de gente, así que estuvieron «merodeando» por la entrada hasta estar seguros de que ya no quedaba nadie en el interior de la tienda a excepción del señor Budkins y todas sus antigüedades.

Al abrir la puerta se escuchó un agradable y melódico tintineo. Sobre sus cabezas había un elegante y extraño móvil de viento formado por un conjunto de cilindros de latón. Se asemejaban a diminutas flautas y sobre ellas pendían unas cuantas plumas. Los indios sioux utilizaban los móviles de viento con esas largas plumas de faisán colgando para evitar que los malos espíritus entrasen, para atraer solo la energía positiva, mantener el mal alejado. Tal vez Budkins había puesto ese móvil de viento ahí sencillamente porque le gustaba como quedaba o, tal vez no.

El suelo de la tienda era de madera, una madera, cómo no, antigua. Tanto que bajo ellos se escuchaba un ligero crepitar con cada paso, un crujir como si estuviesen en la cubierta del barco del pirata Barbanegra en alta mar. Allí dentro olía a viejo, a iglesia, a... los tres pensaron en el olor que les invadió cuando abrieron la tumba de Eva. Un olor a cerrado, a tierra húmeda, a madera podrida.

La luz con la que el señor Budkins tenía iluminado el local era muy tenue. Muchos de los objetos que había expuestos en los estrechos y sobrecargados

pasillos solo se veían entre sombras. Tenebrosas sombras. Lo cierto es que esa iluminación amarillenta y apagada dotaba al lugar de cierta magia, de cierto misterio y misticismo. Parecía que, realmente, acabases de cruzar una puerta al pasado, a ese pasado anterior a la luz, ese pasado gobernado por las tinieblas y la oscuridad.

Al fondo del local podían escuchar al señor Budkins moviendo objetos arriba y abajo y también abrir y cerrar la caja registradora, debía estar cerrando las cuentas del día para irse a casa a descansar. Los viejos como el señor Budkins, aunque infatigables, también descansan, pensó Billy mientras se aproximaban. Los pasillos estaban llenos de cuadros antiguos, extrañas figuras y objetos de decoración, viejos joyeros y utensilios del hogar, fotografías e ilustraciones que casi habían perdido la tinta, e incluso vieron una vitrina cerrada con llaves y candados de todo tipo en su interior. Los tres se buscaron con la mirada y sonrieron. Si había alguien que podía darles información acerca de esa vieja llave, ese era sin duda el señor Budkins.

Cuando llegaron hasta él, el pequeño hombrecillo ni tan siquiera levantó la vista del libro de cuentas que tenía abierto sobre el mostrador. Llevaba un elegante chaleco gris sobre una camisa blanca de doble puño. Sobre su nariz descansaban unas diminutas gafas ovaladas que debía utilizar solo para leer. El señor Budkins era pequeño, y era mayor, tanto como para que ninguno de los tres tuviese una idea aproximada de cuántos años podría tener.

Billy se quedó unos instantes imaginando cómo debió ser Budkins cuando tenía su misma edad. Cuáles eran sus ilusiones, cuáles sus sueños, qué música escuchaba y si se atrevió a besar a esa chica que, tras mucho pensárselo, se atrevió a invitar al cine. Ella lo miraría de reojo mientras cruzaba las piernas y juntaba las manos a la altura de la cintura, él sentiría cómo a medida que sus cuerpos se aproximaban, sus pulsaciones aumentaban. Después, acabaría esa extraña película y las luces se encenderían, no habría podido prestar la menor atención durante la hora y media que duró, pero esa película, curiosamente, jamás la olvidaría.

—Qué queréis —dijo Budkins sin ni siquiera levantar la vista del libro de cuentas. El bolígrafo que estaba utilizando era metálico, en su totalidad. Tenía unos extraños grabados en toda su longitud. Definitivamente, o el señor Budkins sabía interpretar muy bien su papel o, realmente adoraba todo lo antiguo, lo antiguo y lo extraño.

Los tres amigos se miraron y fue Billy el que dio un paso al frente.

—Hola, señor Budkins... verá, nos gustaría que nos ayudase con algo que tenemos... que nos dijese el valor que podría tener esto de aquí —dijo Billy mientras se echaba mano al bolsillo para sacar la llave y la moneda.

—Si habéis robado algo y queréis que yo os lo compre ya os podéis marchar por donde habéis venido, marchaos antes de que llame a la policía.

Budkins ni siquiera levantó la vista del libro de cuentas.

—Señor Budkins, creo que no me explicado bien, no hemos venido a venderle nada, solo queríamos que nos dijese si había visto alguna vez algo como esto, es algo que... hemos encontrado en la vieja casa en la que vivía mi abuela, que en paz descanse —La voz de Billy pareció encontrar ese tono al que tanto le costaba llegar. El tono que genera confianza. El pendiente con la cruz que colgaba de su oreja izquierda, los guantes de cuero recortados y la longitud de su pelo por detrás de la nuca, tampoco ayudaban. El pendiente, por cierto, desde hacía unos cuantos días parecía estar causándole algún tipo de infección o de reacción alérgica porque se notaba la zona donde tenía el agujero un poco más engrosada de lo normal, además de estar provocándole un ligero escozor que iba y venía.

Budkins paró de escribir y alzó la vista con lentitud. Pegó un vistazo a los tres chicos que tenía frente a él y después miró a Billy a los ojos.

—A ver, chico, enséñamelo.

Billy sonrió y abrió la mano en la que tenía la llave y la moneda cuadrada. Budkins le aguantó un poco la mirada y después llevó sus ojos azul celeste hasta los dos objetos que Billy sostenía justo en el centro de la palma de su mano.

El viejo Budkins observó los dos objetos sin tocarlos, con profesionalidad.

Veneración y oficio. Se subió un poco las gafas y se acercó mucho a ellos, parecía que incluso los estuviese oliendo, escuchando. A Billy había empezado a temblarle ligeramente la mano. Budkins se acercó más todavía y frunció el ceño, alargó su pequeña, arrugada y sorprendentemente vigorosa mano, y la detuvo a escasos milímetros de la llave y la moneda.

—¿Puedo? —preguntó mirando a Billy.

—Sí, claro, por supuesto.

Budkins cogió los dos objetos y los apoyó sobre el mostrador. A Billy parecía que le hubiesen quitado un gran peso de encima, se giró con disimulo y le sonrió a Hunter y a Jules moviendo el cuello arriba y abajo. El viejo Budkins sacó un pequeño visor monocular y se lo colocó sobre su ojo derecho. A continuación cogió la llave y se la acercó todo lo que pudo. Le dio un par de vueltas y la recorrió con el monóculo como si le estuviese haciendo un escáner. La dejó de nuevo sobre el mostrador y repitió la misma operación con la moneda. Estuvo recorriéndola arriba y abajo y deteniéndose en cada uno de los extraños y pequeños símbolos que tenía grabados. La dejó sobre el mostrador y volvió a coger la llave. La respiración de Budkins se había agitado ligeramente, los tres pudieron escuchar cómo entraba y salía el aire a través de su pequeña y afilada nariz. Cómo su estrecho tórax se inflaba y desinflaba tras ese elegante chaleco sobre el que colgaba una diminuta cadena, probablemente una de esas en cuyo extremo hay un pequeño y antiguo reloj de mano escondido en un bolsillo. Los tres se miraron con un ligero y galopante palpitar tras su pecho. No había duda de que esos objetos tenían algo que había llamado poderosamente la atención del viejo anticuario. Tenían algo que, estaba poniéndolo muy nervioso.

Se empezó a hacer presente el sonido que emitía un viejo reloj de pared. El sonido que emitía el ir y venir el poderoso péndulo central que parecía ser el encargado de marcarle el pulso a la propia vida.

Tic-Tac.

Tic-Tac.

Tic-Tac.

Finalmente, Budkins dejó la llave sobre el mostrador y emitió un suspiro cargado de fatiga, cansancio acumulado. Se quitó el monóculo y se pasó los dedos índice y pulgar por el lagrimal, entrecerrando de forma pausada esos claros ojos azules.

—¿Y dices que estos dos objetos estaban en casa de tu abuela?

—Así es, señor Budkins. Mi abuela faltó hace poco más de dos semanas y ya sabe cómo son estas cosas, estamos vaciando la casa y tirando todo aquello que no vale. Cuando encontré estos dos objetos, pensé que tal vez tuviesen algún significado, no sé, o algún tipo de valor, pensé que quizá serían una buena forma de conocer un poco mejor a mi abuela, de mantenerla con vida en la memoria...

—A Billy, aquello que dijo, a pesar de ser una completa mentira, le salió desde el centro mismo de su corazón.

—Así que tu abuela, eh.

—En efecto, señor Budkins, mi abuela.

—¿Y puedo preguntar cómo se llamaba tu abuela, si no es mucho preguntar?

Billy arrugó el centro de las cejas. No se giró para no levantar sospechas, pero se pudo imaginar que tanto Hunter como Jules tendrían la boca completamente abierta, abierta y tan seca como la fina arena del desierto.

—Carole. Carole Wood. Así se llamaba mi abuela —Billy agachó la cabeza y fingió dolor. Fingió que todavía sentía muy viva la pérdida, muy vivo el dolor. Aunque la realidad es que, ciertamente, sentía un dolor y una pérdida muy muy vivos. Pero no por su abuela.

Budkins observó a Billy y a sus dos amigos levantando un poco su delgado cuello. Parecía estar dudando en si creerlos o no.

—Muy bien. Os diré lo que pienso. No sé si toda esa historia que me acabáis de contar es cierta o no, como tampoco sé de dónde habéis sacado estos dos objetos, pero eso no quita para que, a falta de realizar las pruebas de confirmación correspondientes en estos casos, tanto la llave como la moneda que me habéis traído daten de una fecha bastante antigua.

—¿Antigua? ¿Cuánto de antigua? —preguntó Billy con interés.

Budkins se encogió de hombros y apretó los labios. Después movió el cuello hacia ambos lados y se llevó la mano a su costado izquierdo, el lugar donde se escondía el extremo de esa cadenita tras la cual, parecía ocultarse un antiguo reloj de bolsillo.

—Quién sabe, ya he dicho que habría que hacer unas cuantas pruebas para fijar la fecha en la que fueron fabricados, pero, no sé, si tuviera que apostar, yo apostaría a que al menos tienen setecientos años, quizá más.

—¿Setecientos años?

—Probablemente unos cuantos más, es difícil de determinar así a simple vista. Como ya os he dicho, habría que hacer unas cuantas pruebas para fijar su antigüedad exacta y también su procedencia.

—¿Y podría saber qué tipo de cerradura abre esta llave? —Billy preguntó con ese diminuto reducto de inocencia que todavía conservaba en algún lugar de su interior.

Budkins volvió a suspirar y a llevarse los dedos índice y pulgar a su lagrimal. Estaba cansado, demasiado cansado. Pareció como si de repente, todos esos años luchando al pie del cañón, estuviesen pasándole la más grande de las facturas justo en ese preciso instante. Cogió de nuevo la llave y examinó por encima sus diferentes partes. El cuerpo cilíndrico, el extremo de la empuñadura con esa forma ligeramente cuadrada y la punta con las dos lengüetas que, a su vez, estaban formadas por dos lengüetas cada una. La respiración del viejo se volvió a agitar.

—Bien. Este tipo de llave, si tenemos en cuenta su antigüedad, su longitud y las lengüetas, solía utilizarse casi exclusivamente para abrir puertas, puertas eclesiásticas y, esta en concreto, yo apostaría a que abría una puerta de pequeñas dimensiones. Tal vez, también podría ser que no fuese una puerta lo que abría, sino un especie de cofre o baúl de dimensiones medias o grandes. ¿Ves que el hueco recortado que hay entre las dos lengüetas y también en el interior de cada una de esas lengüetas tiene forma de cruz? Eso significa que es una llave

religiosa, una llave eclesiástica.

Billy asintió y, ahora sí, no pudo evitar girarse para ver la expresión de Hunter y de Jules. Los dos escuchaban atónitos lo que Budkins les estaba explicando. Billy les sonrió y volvió a mover el cuello arriba y abajo, «estamos en el buen camino», pareció que les decía. Hunter torció una sonrisa a medias y cauta y Jules estiró un poco el cuello para observar de nuevo al viejo, que parecía estar observando otra vez la llave.

Budkins se había vuelto a poner el monóculo y recorría la llave de arriba abajo con meticulosidad.

—No puede ser... —dijo entre susurros.

—¿Cómo ha dicho? —preguntó Billy.

—No... No es posible... —Budkins susurraba entre dientes mientras observaba la llave, que la sostenía a escasos milímetros de distancia de la lente del monóculo. Un nuevo detalle había llamado su atención, uno que, al parecer, era muy importante.

Dejó de nuevo la llave sobre el mostrador mientras volvía a emitir un ligero y arrítmico suspiro. Fue casi como una sacudida. Sus manos le habían empezado a temblar.

—Esperad aquí un momento, enseguida vuelvo —Budkins se esfumó por la pequeña puerta que había tras el mostrador tropezando con el marco de madera. Parecía que de repente estuviese ebrio, borracho perdido. O eso o es que le estaba dando algún tipo de derrame cerebral. Billy conocía a la perfección esa marcha, esa forma tambaleante de caminar. La veía casi a diario cuando su padre volvía de sus «vacaciones» particulares.

Tic-Tac.

Tic-Tac.

Tic-Tac.

Budkins tan solo tardó unos cuantos segundos en volver a aparecer por la pequeña puerta de la trastienda y, de nuevo, tropezó con el marco como si estuviese borracho. Traía consigo un grueso y viejo libro tapizado en piel. En la

cubierta se podía distinguir el rastro de lo que debió ser el título de dicho libro. Pero ahora no podía leerse nada de lo que allí ponía, ahora tan solo se veía un ilegible rastro del pasado. Como un viejo recuerdo a punto de ser completamente olvidado.

El viejo abrió el libro con las manos bailándole cada vez de forma más exagerada. Su piel se había vuelto ligeramente pálida. De su frente habían empezado a brotar pequeñas gotas de sudor. Un sudor con un penetrante olor a muerte.

—¿Y bien? ¿Qué ocurre, Budkins? ¿Qué está buscando en ese libro? —preguntó Billy nervioso. Su corazón también se había agitado viendo el extraño comportamiento del anticuario. Hunter y Jules no estaban mucho mejor.

Budkins se detuvo en una página y le dio la vuelta al libro, de cara a Billy y a sus dos amigos.

—Bien. No sé si todo esto es algún tipo de broma, si se trata de algún tipo de falsificación, si esa llave es de quién decís que era o, definitivamente, es lo que parece que es.

Budkins apuntó con su dedo índice un dibujo. Un extraño dibujo que se asemejaba a un escudo de armas.

—Este dibujo que veis aquí, es una de las imágenes más antiguas que se han encontrado del escudo de armas del Vaticano y, como podéis ver, la llave que me habéis traído es... —Budkins hizo una pequeña pausa para coger aire y se llevó de nuevo su mano derecha al costado izquierdo, donde guardaba el pequeño reloj de bolsillo—. Es exactamente igual a las dos llaves que forman el escudo. Bueno, igual que las dos llaves no, pero igual que esta, sí.

El escudo de armas del Vaticano estaba formado por dos llaves antiguas que, tal y como había dicho Budkins, eran exactamente igual a la que ellos le habían llevado. Una de ellas era dorada, la derecha, y la otra plateada, la izquierda. La que ellos le habían llevado era la dorada. Ambas llaves estaban cruzadas o, puestas en sotuer, la una sobre la otra y formando una X, formando la conocida imagen de la cruz aspada o cruz de San Andrés. La parte de las

lengüetas apuntaba hacia arriba y las empuñaduras estaban en la parte de abajo. Estaban unidas por la parte de la empuñadura con un cordón de gules rojo. En el centro de ambas llaves, estaba dibujada la tiara pontificia, el alargado sombrero del santo padre con forma de cono.

Tanto Billy como Hunter y Jules se quedaron asombrados contemplando ese dibujo. Cogieron su llave y comprobaron que, efectivamente, era igual a la del dibujo que Budkins acababa de mostrarles.

—¿Qué significado tienen las llaves? ¿Qué simbolizan? —preguntó Jules tuteando al anticuario con la mirada, con el tono de su pregunta.

Budkins apretó un poco sus arrugados párpados y abrió la boca con esfuerzo para coger algo de aire.

—Las llaves del escudo de armas del Vaticano simbolizan... —Budkins hizo una nueva pausa y volvió a llevarse la mano al costado izquierdo, los miró con cierto esfuerzo y trató de coger aire de nuevo—. Este par de llaves también se las conoce como las llaves de San Pedro o, también, las llaves del Reino de los Cielos. Según está escrito en el Evangelio de San Mateo, Jesucristo le dijo a Pedro eso de que sobre esta piedra edificarás mi iglesia y yo te haré entrega de las llaves del reino de los cielos. ¿No os suena de nada?

Los tres amigos asintieron sin poder formar palabra alguna.

—Obviamente, esa historia... esa historia quizá no sea más que una historia más. Una de esas viejas leyendas. Un cuento con el que mandar a la gente a dormir. Pero de lo que no hay duda es de que, por alguna razón, alguien mandó fabricar esas llaves a imagen y semejanza de las llamadas llaves de San Pedro y que, probablemente, esas llaves debieron abrir alguna vez una puerta, tal vez un baúl, quién sabe. Quizá algún sacerdote amante de las antiguas escrituras las mandó hacer para no olvidar nunca que esas llaves eran las que abrían la despensa donde guardaba el queso y los barriles de cerveza y vino.

El señor Budkins estalló en una extraña y sonora carcajada. Una risa que se fue tornando en unas pequeñas sacudidas de su pequeña caja torácica. Los miraba y reía con fuerza. Su pecho convulsionaba de forma violenta, como un

viejo motor escupiendo su última bocanada de humo. Parecía no poder parar de reír. Apretaba los ojos con una mueca parecida a la que se dibuja en la cara de alguien que está sufriendo un gran dolor. De nuevo se llevó la mano derecha al costado izquierdo y trató de agarrarlo con fuerza. Trató de arañar y de agarrarse con todas sus fuerzas, agarrarse a la vida una última vez. Apoyó su rugosa mano en el mostrador, su risa paró de golpe, los miró a los tres con los ojos llenos de preocupación, de miedo, de grandes y urgentes preguntas, desesperación, auténtico pavor. Acto seguido se desplomó sobre el cristal del mostrador.

Billy se giró y pudo ver que tanto Hunter como Jules estaban completamente pálidos. Budkins no se movía, su tronco se había quedado inclinado sobre el mostrador. Sus ojos permanecían completamente abiertos, pero ya no había parpadeo, y, en su rostro, el rictus era de auténtica angustia. Ya no se escuchaba esa ruidosa respiración que hacía mover el pequeño tórax del anticuario. Tan solo el tic-tac del viejo y majestuoso reloj de pared.

—¿Está...? —preguntó Hunter antes de que Billy pusiese sus dedos índice y corazón en el cuello del anticuario. ¿De verdad acababa de morir el viejo Budkins delante de sus narices?

—Está —dijo Billy con rotundidad.

Los tres se miraron un par de segundos y pensaron exactamente lo mismo. Hay que irse. Ya.

Recogieron la llave y la moneda y Jules se llevó de recuerdo el viejo libro tapizado en piel en el que estaba el dibujo del viejo escudo de armas. Se aseguraron de que no había nadie observando y salieron de allí con el corazón en un puño y la cabeza llena de preguntas, de dudas, de miedos y ansiedades. No solo podían estar tras su pista por haber abierto la tumba de Eva y por ser sospechosos de haber acabado de forma cruel y violenta con la vida de un animal, sino que ahora también acaban de estar presentes en el lugar en el que una persona acababa de perder la vida de forma súbita, fulminante, extraña.

A Jules le dio la impresión de que estaban empezando a suceder cosas malas a su alrededor. Fue como un palpito. Una sensación.

Se subieron al Buick y antes de que Billy pudiese arrancar, una de las puertas traseras se abrió de nuevo y se cerró de un fuerte golpe.

—Ahora vamos a hablar los cuatro un rato de lo que pasó la otra noche.

Jeremiah Backhouse, el sepulturero. Su voz parecía que hubiese atravesado una poza de aguas residuales y eso hizo que a los tres les llegase un fétido olor. Su aliento olía a cloaca.

Debió haber estado siguiéndolos primero y, «merodeando» por la zona después, hasta que salieron de la tienda de antigüedades y allí encontró su «oportunidad». Se había sentado en la parte de atrás, junto a Hunter, que apenas podía contener el grito que se le había concentrado en la garganta. Sostenía una pequeña y roñosa pistola en su mano derecha y llevaba puesta la chaqueta de las noches frías. Al parecer se había estado empleando a fondo, había estado dándolo todo. Y apestaba a alcohol.

—Arranca, chaval, que no tengo todo el día.

3

Rendir culto a los muertos

Jeremiah debía llevar como tres días bebiendo sin parar. Efectivamente, llevaba la chaqueta de trabajo de las noches frías con la chapa de guarda torcida porque todavía no se la había quitado desde su último turno, desde la noche en la que abrieron la tumba de Eva y, casualmente, también perdió la vida uno de sus mordedores. Apestaba. No solo a alcohol, sino también a suciedad y a sudor reseado. Todo su cuerpo emitía un fuerte olor nauseabundo. Vomitivo. Como un potente ambientador con aroma a vertedero. Su pelo estaba más desgredado de lo habitual y había pasado de estar aceitoso a estar pajizo. Debía haber estado rindiéndole culto a Júpiter, su ya difunto bulldog americano. Algo así como se hacía en algunos funerales irlandeses. Brindando hasta altas horas del amanecer para despedir con alegría el paso a la otra vida de un ser querido. Recordando

anécdotas y rememorando los buenos tiempos. El problema era que, por lo visto, Jeremiah todavía no había visto la luz de ese amanecer, de ese nuevo día. Debió querer mucho a ese perro, su dolor parecía inmenso, inagotable. La cogorza que llevaba hacía pensar que no había forma humana de tapar ese dolor, ni todo el whisky barato del mundo ni todos los «cigarros» podrían taparlo.

Durante el trayecto hasta el cementerio Green-Wood, que fue el lugar al que Jeremiah les ordenó que fueran, el sepulturero a punto estuvo de dormirse hasta en un par de ocasiones y, otras tantas, de vomitarle encima a Hunter, que era el que lo tenía al lado en el asiento de atrás. Los ojos se le cerraban y parecía estar haciendo un esfuerzo enorme por mantenerlos abiertos. Pero se le cerraban, no podía evitarlo. El alcohol. La pistola en la mano le temblaba cada vez más y, o bien podría disparársele de un momento a otro accidentalmente, o bien podría caérsele de las manos con la misma facilidad. Los tres estaban completamente aterrados con la idea de que Jeremiah apretase ese gatillo. Lo veían capaz, muy capaz. Tanto de forma consciente como después de coger un bache con el Buick. La vieja amortiguación del Buick tampoco ayudaría en ese caso y, podría ser solo un reflejo de alguien que se está quedando dormido y de repente se sobresalta, no sería tan extraño que, en ese caso, el entumecido dedo de Jeremiah, como cuando te estremeces en mitad de una pesadilla, apretase ese gatillo después de saltar un badén.

Billy no dejaba de mirarlo por el retrovisor. Quizá esperando la ocasión, encontrar la oportunidad, como hubiese dicho el agente Grady. Hunter le devolvía miradas de auténtico terror. A esas alturas era un milagro que todavía no hubiese tenido uno de sus ataques de pánico. Tal vez lo estuviese superando. Aunque sí estaba sudando mucho. Suplicaba con la mirada, le suplicaba a Billy que los sacase de aquella, que lo arreglase. Él era Billy King, el hermano de Scott King e hijo del gran Paul King. Él podía. Él debía.

Ya estaban llegando a Green-Wood y los últimos rayos de sol estaban a punto de perderse por el horizonte. La temperatura había empezado con ese rápido descenso que experimentaba tras la puesta de sol. Un descenso en picado.

Es posible que en un par de horas volviese la niebla, que todo se viese a través de una espesa nube entre el blanco y el gris. Exactamente igual que la noche «de autos».

—Jeremiah, no sé qué piensas que hicimos, pero me temo que estás cometiendo un error, uno muy grande. Nosotros no le hemos hecho absolutamente nada a tu perro, si es lo que tienes en mente —dijo Billy templando la voz.

Jeremiah trató de abrir mucho los ojos. Pero sus párpados eran como dos persianas retráctiles a las que se les ha estropeado el mecanismo retenedor. Los abría y se le cerraban casi con la misma rapidez.

—Cállate, Billy King... —Jeremiah dio la impresión de sentir cierto hastío al pronunciar ese nombre—. Sé perfectamente quién eres tú, y sé perfectamente lo que hicisteis, malnacidos, y ahora el pobre Júpiter está muerto, ¡muerto! —Jeremiah levantó la voz y de su boca salieron tres o cuatro pequeños salivazos. Se tambaleó peligrosamente en el asiento de atrás cuando Billy cogió una curva.

—Jeremiah, nosotros no le hemos hecho nada a Júpiter, te lo prometo, jamás haríamos algo así...

—¡Sí! ¡Por supuesto que sí! Vosotros sois los únicos responsables de la muerte de Júpiter, vosotros, paganos, yo os vi, os vi... —Las lágrimas se habían concentrado alrededor de sus enrojecidos ojos, que parecían estar sumergidos en lava hirviendo—. Yo os vi, malnacidos, yo os vi, vi lo que hicisteis, y ahora Júpiter está muerto, ¡muerto!

Apenas faltaban unas cuantas manzanas para llegar a Green-Wood. Los tres sabían que como entraran al cementerio encañonados por Jeremiah, la cosa podría ponerse bastante fea. Sin nadie que los viera, ni oyera. Con cada giro que daba el viejo Buick, el sepulturero se iba de lado a lado del asiento trasero. Cómo no, no llevaba puesto el cinturón de seguridad y Hunter prácticamente lo tenía que sostener para que no se le cayera encima.

Billy vio la oportunidad, su oportunidad, a tan solo unos treinta metros de él. Una gran recta en la que acelerar como un auténtico cohete espacial.

Propulsado hacia el más allá. Levantó la vista y se aseguró de que Jeremiah seguía dando cabezazos con los ojos medio cerrados. Miró a Hunter y pareció decirle algo con la mirada, aunque Hunter dio la impresión de no entender nada, igual que Jules, que solo tenía pensamientos para rezar todo lo que le venía a la cabeza. Billy los miró de nuevo con firmeza y les dijo «ahora» con un movimiento de su cuello. Antes de nada, se aseguró de que tanto Jules como Hunter llevaban puesto el cinturón. Pisó el pedal del acelerador a fondo, las ruedas del Buick chillaron, Hunter y Jules se agarraron bien fuerte del asa que había sobre sus ventanillas, Jeremiah abrió mucho los ojos, todo lo que pudo y, justo cuando iba a abrir la boca, cuando se disponía a decirle a Billy King que aflojara, el Buick se detuvo de golpe. Frenazo en seco.

Jeremiah acabó en la parte delantera del Roadmaster con la cabeza aplastada contra los botones del radiocasete que, en esos momentos, había empezado a emitir un tema de Anne Clark, uno de los preferidos de Scott, *Poem Without Words*. Un poema sin palabras. De la boca de Jeremiah salió un sonido sofocado, una expulsión de aire carbonizado.

Ouch.

Billy y Jules, que eran los que estaban delante, trataron de localizar la pistola con rapidez, ver dónde había ido a parar, pero no se veía por ninguna parte. De todas formas, en la mano derecha de Jeremiah ya no estaba. Billy puso una mano sobre el cuello de Jeremiah para impedir que recuperase de nuevo la posición, algo que no parecía bastante probable tras ver su reacción. Se había derrumbado completamente, tanto en lo físico como en lo emocional. Rompió a llorar en un llanto tan desconsolado y estremecedor que a los tres se les puso la piel de gallina. Ahora es cuando estaba soltándolo todo. La pena. Pensaron.

Billy miró a Jules y a Hunter y los dos le devolvieron una mirada con el mismo significado. «Suéltalo, Billy, bastante está sufriendo ya». Billy aflojó la mano con la que apretaba su cuello y Jeremiah no luchó ni por incorporarse ni por pelear, simplemente continuó llorando sobre el salpicadero. Ya no le

quedaban fuerzas para más.

Encontraron la pistola en la parte de atrás del coche, debió caérsele cuando Billy pisó el freno del Buick. La pistola estaba cargada. Menos mal que el dedo de Jeremiah no tuvo ninguno de esos reflejos nerviosos e involuntarios.

Cuando Jeremiah logró calmarse un poco, les contó que los había visto abriendo la tumba de Eva. Que ellos habían desatado el mal, algo que estaba dormido, y que ahora había despertado.

—Sois estúpidos, no sabéis lo que habéis hecho, ¿por qué lo hicisteis, eh? ¿por qué? Habéis despertado el mal y por vuestra culpa ahora Júpiter está muerto. Tú, Billy King... —Jeremiah gimoteaba y moqueaba, pero parecía más tranquilo, más consciente de que el dolor, en cierta manera, estaba pasando. Ahora lo que tenía encima era ese lacerante y corrosivo sufrimiento. Pidió permiso para fumarse uno de sus «cigarros» y ninguno se opuso a eso.

—Jeremiah, escúchame bien un momento, para empezar, nosotros no le hicimos nada a Júpiter, eso creo que en el fondo ya lo sabes, y para continuar, lo que hicimos en la tumba de Eva... en fin, era algo que se tenía que hacer, maldita sea. Alguien tenía que hacerlo alguna vez y fuimos nosotros, sí, y ahora también cargamos con ello, ¿vale? Tú mejor que nadie debiste escuchar sus gritos de socorro y de lamento, ¿y qué hiciste? ¡Nada! ¡Nadie hizo nada! —Billy también había empezado a levantar la voz. Jeremiah pareció esconderse un poco tras su caparazón, tras la chaqueta dos tallas grandes con la placa de «guarda» ladeada.

—No debisteis hacerlo, Billy... no debisteis... ¿Nunca habéis oído que a los muertos no se les debe de molestar nunca? ¿Que solo se les ha de rendir culto en su eterno descanso? ¿Acaso no sabíais que quien despierta a un muerto está despertando el mal? —Jeremiah los miró a los tres, uno a uno, con esos ojos cubiertos por unas alarmantes venas rojas.

Los tres estaban empezando a palidecer. Jeremiah hablaba como un auténtico lunático, berreaba como si se le hubiese ido totalmente la cabeza. De hecho, tras tres días bebiendo y fumando «cigarros», era bastante probable que, aunque solo fuese de forma pasajera, se le hubiese ido la cabeza. Pero... todo eso

no quitaba para que en el fondo, algo de razón tuviese. Estaban pasando demasiadas cosas. Cosas malas.

Billy miró bien al sepulturero durante un instante y pareció invadirlo ese sentimiento extraño, parecido a la pena, a la nostalgia, al recuerdo del pasado. Vio a Jeremiah cuando solo tenía diez años. Su madre lo peinaría haciéndole la raya al lado y le echaría agua de colonia, él la miraría con devoción, casi con veneración. Su madre le daría un tierno beso en la frente y él se abrazaría a sus piernas con todas sus fuerzas. Horas después, cuando ya estuviese bien entrada la tarde y su padre volviese de trabajar y de «pasar un rato con los muchachos», a él le dedicaría una desinteresada palmada en la parte de atrás de la cabeza mientras se llevaba a su madre a rastras a la habitación. Se escucharían algunos gritos, puede que incluso también algún que otro golpe. Él se quedaría en el porche, con su perro labrador, siempre a su lado, esperando a que acabaran, a que su padre, algún día, se marchara.

—Jeremiah, escúchame bien, necesito que me respondas a dos preguntas, es muy importante, de verdad —Billy se aseguró de que le estaba prestando atención, que esos ojos, temporalmente estrábicos, lo miraban más o menos a él —. ¿Viste exactamente cómo murió Júpiter? ¿Pudiste ver u oír qué le sucedió y a qué hora más o menos pasó? ¿Pudiste ver quién lo hizo? Y también, ¿viste quién o quiénes se llevaron el cuerpo de Eva?

Jeremiah miró a Billy con cierto encogimiento de hombros. Luego miró a Hunter y a Jules. Parecía aterrado, parecía a punto de venirse abajo de nuevo.

—Jeremiah, por favor...

—¿Qué quieres decir con que se llevaron el cuerpo de Eva? —Jeremiah respondió a la segunda de las preguntas, a la primera, no.

—Mira, Jeremiah, no sé lo que viste aquella noche, todo estaba muy oscuro, la niebla era densa, y el viento había empezado a soplar con fuerza. Sí, abrimos el sepulcro de Eva, pero tras... —Billy hizo una pequeña pausa tratando de recordar qué había pasado exactamente. Lo cierto es que todo estaba muy oscuro, la niebla era densa y el viento soplaba con fuerza. ¿Qué había pasado

exactamente? —Tras escuchar un extraño ruido que provenía de... de allí dentro, salimos corriendo y al volver para cerrar de nuevo la tumba, su cuerpo ya no estaba, no estaba ni el cuerpo de Eva ni el ataúd donde la habían enterrado. ¿Me quieres decir que nos viste abrir la tumba y no viste quién se llevó el cuerpo? ¿Me tomas el pelo? ¿O acaso tuviste tú algo que ver?

Jeremiah abrió mucho los ojos, de nuevo luchando contra esos párpados que se le caían constantemente, como unos pantalones que te vienen grandes.

—Yo no tuve nada que ver, ni tan siquiera sabía que se lo habían llevado, yo solo os vi allí, trajar con la tumba de Eva, y después me acerqué, y entonces traté de levantar la losa de piedra para ver qué era aquello que habíais visto, y entonces fue cuando...

Jeremiah rompió a llorar de nuevo antes de terminar la frase.

—¿Entonces qué, Jeremiah? ¿Qué pasó entonces?

Jeremiah movía el cuello hacia los lados. No se lo podía creer. Ni todo el alcohol barato ni todos sus cigarros podrían tapar ese infatigable dolor.

—Maldita sea, levanté esa losa del demonio para ver qué era lo que habías visto y... dios mío... pesaba mucho, tan solo logré alzarla un par de palmos, tres a lo sumo, Júpiter y Saturno estaban conmigo, los había sacado para que mordiesen un rato... dios mío... —Jeremiah seguía gimoteando y moviendo el cuello hacia los lados—. Pesaba mucho esa losa, pero yo sé que fue otra cosa, algo malo, lo que me hizo soltar la losa de golpe... dios... Júpiter se había asomado allí dentro, era un perro curioso sabéis, solo quería ver qué se escondía allí abajo... yo ni siquiera lo vi, y cuando la losa se me soltó de las manos... dios... pobre Júpiter... lo decapitó al instante...

Jeremiah rompió a llorar de nuevo tras confesar lo que había sucedido, cómo había muerto Júpiter. Los tres se miraron, y respiraron. Parecieron quitarse un gran peso de encima. La muerte del perro de Jeremiah era algo muy triste, algo trágico, pero al menos ya tenía una explicación. Ni había sido un asesino despiadado y cruel ni tampoco el fantasma de Eva Goth ni nada parecido. Había sido simple y mala suerte. Un accidente, nada más.

—Lo siento mucho, Jeremiah, siento mucho lo de tu perro, de verdad —dijo Billy mientras el sepulturero rompía a llorar con más fuerza todavía.

—No lo entendéis... no sabéis el lío en el que os habéis metido, yo no solté la losa, no la solté, fue algo malo la que me hizo soltarla, algo malo... algo que quería acabar con la vida de Júpiter, algo tan malvado como nunca antes os hayáis imaginado...

Sí, Jeremiah, sí, lo que tú digas. Pensaron los tres amigos mientras Billy le daba tiernos golpecitos en la espalda.

Cuando estuvo algo más calmado, lo dejaron en un lugar próximo a su casa, dijo que todavía tenía «hueco» para una última ronda. Un último brindis por Júpiter. Les dio las gracias por haberlo consolado y les aseguró que no diría nada de lo que había visto, también les volvió a aseverar que no tenía ni idea de que el cuerpo de Eva hubiese desaparecido, de eso él no había visto nada.

Les dijo que en un par de días, cuando hubiese terminado de rendirle culto a su difunto perro, se pasaran a verlo, y, tal vez, podrían compartir algunas historias sobre Eva. Ellos le contarían qué habían visto cuando abrieron el sepulcro y él ciertos aspectos relacionados con su entierro. Él fue el sepulturero en aquella ocasión y, hubo cosas...

Antes de marcharse, se metió su roñosa pistola en la cintura del pantalón y la ocultó bajo la chaqueta de guarda extragrande. Cruzó la calle a la carrera y sin mirar y...

Un camión rojo de la Kenworth Trucks nuevecito de trinquí pasó como un rayo justo en ese preciso momento. El poderoso claxon doble se escuchó a kilómetros, sonó como el órgano de una catedral...

A los tres se les encogió el pecho de golpe.

Cuando el camión desapareció de su vista, vieron a Jeremiah al otro lado de la calzada tratando de levantarse a duras penas. Se puso en pie, se espolsó un poco el pantalón y entró como si nada en la taberna irlandesa en la que bebería por Júpiter hasta el amanecer. El camión debió pasar rozándolo y la fuerza de arrastre del viento que generó a su paso, debió lanzarlo contra la cuneta.

Los tres pensaron lo mismo, si a Jeremiah no lo atropellaba un camión, se le acabaría disparando de un momento a otro esa pistola que guardaba en la cintura, todo ello si el alcohol no acababa antes con él.

Sí, Jeremiah, están pasando cosas malas, pero tú tampoco estás poniendo mucho de tu parte por evitarlas. Pensó Billy antes de girar la llave de contacto del Buick.

Los tres se marcharon de allí con nuevas preguntas sobrevolando sus cabezas.

Jules les pidió si no les importaría que él se quedase con el libro que se habían llevado de Antigüedades Budkins, a Billy y a Hunter les pareció bien.

Esa noche, a pesar de haber resuelto el enigma de la muerte de Júpiter, tampoco les sería nada fácil conciliar el sueño a ninguno de los tres. Hacía pocas horas que habían visto cómo delante de sus propios ojos, alguien perdía la vida, cómo alguien moría tras haber descubierto la procedencia de unos objetos que ahora descansaban entre sus manos. Y luego estaba Jeremiah y su casi muerte por atropello de camión, que, más que un milagro, parecía un aviso, un aviso de lo que le podía pasar a cada uno de ellos si seguían jugando con fuego.

CAPÍTULO 4

EL ENTIERRO DE EVA GOTH

1

Las Llaves del Reino de los Cielos

Jules apenas había podido dormir de la emoción. Más que de la emoción, de la extraña inquietud que lo embargaba. En un rato tendría que arreglarse para ir al instituto, pero todavía tenía algo de tiempo para reordenar todos los datos que había tratado de absorber durante la noche. Todo ese mundo de fantasía y de leyendas parecía estar trascendiendo del mundo imaginario, de ese mundo que solo existía en su «refugio», y estar haciéndose cada vez más real. Peligrosamente real.

El viejo libro encuadernado con gruesas y rugosas tapas de piel que tomó «prestado» de Antigüedades Budkins, era algo así como una antigua enciclopedia de símbolos, emblemas, viejos parentescos, ritos y leyendas. En ese libro se reunían casi todas las cosas que a Jules tanto le fascinaban. Y lo mejor de todo era que ese libro estaba escrito no como un compendio de cuentos y de viejas historias, sino como si todo lo que allí ponía fuese completamente real.

El problema era que el libro estaba realmente deteriorado, le faltaban bastantes páginas y muchas de ellas ni tan siquiera se podían leer bien. No disponía ni de índices, ni de bibliografía, fuentes utilizadas ni nada que se le pareciese. Era un libro antiguo, uno de verdad. Con todo lo que ello conllevaba. Tampoco tenía ni idea de quién podría ser el autor, tal vez debió estar escrito en la cubierta, tal vez en alguna de esas páginas arrancadas, pero nada de eso estaba ya. Tampoco podía ir a preguntarle al señor Budkins y mantener una interesante conversación con él sobre todo aquello. Obviamente, eso ya no era posible.

Le pesaban los brazos y los ojos le escocían, pero no había podido soltarlo ni un solo momento. Las ganas y la necesidad por saber, explorar y conocer, eran superiores a toda molestia física. Había llenado sus páginas de marcadores de papel, realizando pequeñas anotaciones y tratando de poner un poco de orden allí dentro, sobre todo dentro de su cabeza. A pesar de los años que debía tener (no podía imaginar cuántos), y también por las manos por las que debía haber pasado, seguía oliendo a libro. A libro de los de antes, de los que tenían auténtica magia y estaban escritos con sangre, con el corazón. Sus páginas desprendían una magnética y casi embriagadora fragancia a almendras y a vainilla y, cada vez que volteaba una nueva hoja, le llegaba una suave ráfaga de viento que hacía que le peinase el flequillo como una suave caricia. Las costuras del lomo parecían estar a punto de deshilacharse y la cubierta de piel presentaba una erosión y una fragilidad tan grande, que el calor de sus manos hacía que se desprendieran pequeñas partículas de ella cuando llevaba mucho rato manoseándolo.

Buscó todo lo relacionado con «Las llaves de San Pedro» o «Las llaves del Reino de los Cielos», y lo cierto es que los versículos de San Mateo escritos en la Biblia, no podían ser más claros.

“18. Yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta Roca edificaré mi iglesia, y las puertas del reino de la muerte no prevalecerán contra ella. 19. Te daré las llaves del reino de los cielos; todo lo que ates en la tierra quedará atado en el cielo, y todo lo que desates en la tierra quedará desatado en el cielo.”

Mateo 16: 18-19

Bajo esos dos versículos había sido grabado el original escudo de armas. La tiara pontificia, que era el símbolo de San Pedro, el llamado «primer papa de la historia», y las dos llaves cruzadas, la dorada y la plateada.

No era la primera vez que Jules leía esos famosos versículos, pero jamás en la vida se le pasó por la cabeza que algo de lo que allí pusiese tuviese algo de real, en su sentido más literal, claro está, y que, siendo ese el caso, llegase a tener en su poder un pedacito de esa vieja realidad, en este caso, una de esas

llaves del Reino de los Cielos. Él siempre escuchó decir, sobre todo a su tío Stan, que fue durante muchos años pastor de la Iglesia Adventista del Séptimo Día, que mucho de lo que se decía en la Biblia estaba escrito de forma metafórica, por no decir que todo lo que allí ponía no era más que una gran metáfora, una metáfora de mil trescientas páginas sin márgenes y con las letras bien apretadas. Eran textos muy antiguos escritos en una época difícil, y esos textos había que interpretarlos y no tomárselos al pie de la letra. Eso decía su tío Stan, que de la Biblia sabía un rato.

Jules buscó en internet todo lo que pudo alrededor de esos versículos y según pudo averiguar, existía cierta controversia acerca de si esos versículos eran originales o los había interpolado la Iglesia tiempo después. Existía la leyenda de que la Iglesia los interpoló alrededor del siglo II después de Cristo para otorgarse a sí misma más poder, ya que, según la exégesis más aceptada de lo que significaban esas palabras, dichas llaves simbolizaban el poder de decidir lo que está bien y lo que está mal y, ese poder, a saber, se lo entregaba Jesucristo a San Pedro, el primer papa, el primero de una iglesia que sería la encargada de velar por una moralidad, unas creencias, una religión. Dicha concepción tenía su base, además, en los términos «atar-desatar», los cuales, según la época y el contexto en el que fueron escritos, podrían traducirse en «prohibir-permitir». De ahí que se entendiera que dichas llaves significaban que era la Iglesia la que tenía el poder y la obligación de permitir y prohibir qué acciones, comportamientos y creencias eran las correctas y cuáles no. Cuál era esa diferencia entre el bien y el mal. La llave dorada, que era la que ellos tenían, simbolizaba el poder sobre ese «Reino de los Cielos», esa religión y moralidad para salvar a la humanidad. La llave plateada simbolizaba la autoridad de la iglesia en la tierra.

También encontró ciertas interpretaciones «paralelas» en las que se hablaba de que dichas llaves, efectivamente, existieron en realidad, y que, cuando Jesucristo dijo «sobre esta Roca edificaré mi iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella», se refería a un lugar en concreto, a una puerta en concreto que separaba el cielo del infierno, el bien del mal. Dichas

interpretaciones paralelas se apoyaban en el siguiente versículo del evangelio de Mateo, cuando decía que, «todo lo que ates en la tierra quedará atado en el cielo, y todo lo que desates en la tierra quedará desatado en el cielo». En esta ocasión, dichas interpretaciones le daban a «atar» y «desatar» un significado diferente al de «prohibir» y «permitir», afirmando que en realidad era una clara referencia a «atar demonios, enfermedades, y maldades para mantenerlos alejados del hombre, o por el contrario, desatarlos, permitir que infectasen, invadiesen y gobernasen todo cuanto se conocía». En definitiva, esas llaves servirían según esta segunda lectura de los evangelios, tanto para mantener el mal encerrado como para desatarlo, dejarlo entrar en el reino de los cielos o mantenerlo por siempre alejado. Un mal que, tendría consecuencias tanto en la tierra como en el cielo. En cuanto al significado real del concepto «Reino de los Cielos», término utilizado en diferentes ocasiones a lo largo de las sagradas escrituras, había quien decía que era el tesoro mejor guardado de toda la historia, de todo el cristianismo. Que, «Reino de los Cielos», significaba en realidad un pasaje, una puerta hacia la vida eterna, quién sabe, quizá hacia la inmortalidad, a otra vida, a un lugar superior, uno inimaginable por el ser humano. Pero sin lugar a dudas, uno infinitamente mejor al que suponía la vida en la tierra tal y como la conocían. Algo así como el paraíso. Eso era el Reino de los Cielos, y eso es lo que debía abrir esa llave. Al menos eso quiso pensar Jules, eso deseó que fuese la auténtica verdad.

A Jules todo aquello le pareció fascinante, la más grande y real de las leyendas existentes en la historia. En su cabeza no podía dejar de imaginar cómo sería ese Reino de los Cielos en el caso de que existiese en realidad, cómo de grande era el secreto que esa llave escondía. Podía imaginárselo, casi visualizarlo, y eso hacía que se le pusiese la piel de gallina. Una puerta que separase el bien del mal, el cielo del infierno, tal vez que incluso condujese al más allá, a la verdadera inmortalidad. Una puerta con una cerradura real como la vida, tan real como la llave que tenían en su poder, como la llave que formaba parte del escudo de armas del Vaticano desde tiempos inmemoriales,

precisamente el llamado guardián y encargado de velar por la palabra de Jesucristo en la tierra. Desde luego, tenía suficientes motivos para, al menos, pensar en toda esa historia como algo realmente fascinante y, por qué no, soñar con que hubiese algo en todo aquello que fuese real. En ese caso, en el caso de que hubiese algo de real en todo aquello que apenas acababa de acariciar con la punta de los dedos, no le cabía ninguna duda de que podría suponer un buen motivo para que alguien hiciese cosas malas para mantenerlo ocultado, que alguien hiciese cosas horribles en el caso de que le hubiese sido encomendada la misión de velar porque esa hipotética puerta, no se abriese jamás. Tanto para bien como para mal.

La cuestión ahora era, si todo aquello tenía algo de cierto, ¿qué demonios pintaba Eva Goth en todo aquello? ¿Y cómo era posible que esa llave hubiese caído en su poder y por qué terminó tragándose para que nadie pudiese nunca encontrarla? ¿Realmente la enterraron con vida a propósito o solo fue un accidente? Enseguida recordó cómo desapareció su cuerpo de repente y acto seguido pensó que sí, que por supuesto que tenían algo muy grande y oscuro ante ellos

En la cabeza de Jules se acumulaban las preguntas, las más increíbles preguntas que jamás se había hecho a la espera de encontrar las más increíbles respuestas. Pero antes tenía que descifrar cuál era el significado del segundo objeto que habían encontrado entre los restos de Eva, la moneda cuadrada. Deseó que el viejo Budkins no hubiese muerto de esa forma tan repentina, estaba seguro de que el viejo anticuario les habría podido orientar un poco sobre su procedencia, al menos indicarles por dónde empezar a buscar. De repente a Jules le embargó una fuerte sensación de pena y de pesar por el viejo, pensó que quizá, él mismo, de aquí a muchos años, podría no ser muy distinto al viejo Budkins. Fue como verse reflejado en un extraño futuro ya pasado, un futuro pasado en el que, obviamente, ya estaba muerto. Un fuerte escalofrío recorrió toda su espalda y aceleró la búsqueda de todo lo relacionado con dicha moneda antes de que todo aquello empezase a afectarle seriamente a la cabeza. Demasiadas horas en

el «refugio», pensó.

La única conclusión a la que llegó tras observar nuevamente ese libro y de pasar sus gruesas y desgastadas páginas arriba y abajo fue que, esa moneda cuadrada, era posible que se tratase de un antiguo sello papal. Uno muy antiguo. El sello que los papas utilizaban como firma personal y del cual jamás se separaban. En el viejo libro de Budkins había sellos de muchos tipos, formas y tamaños, algunos de ellos con un cierto parecido al que ellos tenían, no obstante, tanto esa moneda como los dibujos de ese libro estaban tan deteriorados que no estaba seguro de poder establecer esa relación. Esa conexión real. Si hubiese podido hablar con Budkins solo unos minutos más... De nuevo le vino la imagen del viejo anticuario a la cabeza. Su extraña forma de morir, su perplejidad y desazón inicial al descubrir qué era lo que tenía entre las manos, su extraña negación después, entre una extraña risa diciendo que aquello no eran más que alegorías, pamplinas, mentiras. Su rictus de pavor y de angustia final, cuando dejó de respirar, con los ojos completamente abiertos, llenos de miedo.

Antes de cerrar el libro y prepararse para salir, pensó que, ya que Budkins había muerto antes de contarles todo lo que sabía, no sería mala idea buscarle un «sustituto» al anticuario, con todos los respetos. Esa búsqueda a la que se había entregado le quedaba un poco grande, tal vez, extragrande. Su tendencia a creer en lo fantástico y lo mágico no ayudaban a que se forjase una visión objetiva de la verdadera magnitud de lo que parecía ocultarse en algún lugar, muy próximo a él y a sus dos amigos. Al pensar en lo viejo que era el libro que tenía entre las manos y en su anterior propietario, Budkins el anticuario, le vinieron a la cabeza unas palabras que dijo en una ocasión su profesor de historia, el doctor William Draper, y eso le hizo sonreír. «La diferencia entre lo viejo, lo muy viejo y lo antiguo, es tan solo una cuestión de semántica. Además, la realidad es que no me gusta cómo suenan ninguno de los tres términos, son un tanto despectivos, ¿no os lo parece? A mí particularmente me gusta más el término «veterano», y de esa forma me gustaría que os refirieseis a aquello que tiene muchos años». Muy bien, «veterano», pensó Jules, ya puedes ir preparándote para responder a la

pregunta más difícil de tu vida.

Cuando Jules salió de su habitación, vio a su hermana Josie sentada en el sofá del salón viendo la televisión. Lo miró con esa cara de mujercita y le dio los buenos días. Jules se fijó en que se había vestido para ir al colegio, pero no se había vestido bien. La ropa estaba arrugada, la camisa mal abotonada y con un par de manchurroneos, la falda tampoco se la había colocado recta. El pelo lo tenía para lavar y, además, mal peinado y sin cepillar. Se había intentado hacer una coleta, pero no había apretado bien la goma y se le estaba deshaciendo. Jules se acercó hasta ella y vio que estaba un poco pálida, más de lo normal, bajo sus ojos se habían formado dos finas líneas moradas y sus labios estaban un poco resecos.

—¿Te encuentras bien, Josie?

Su hermana asintió. En la televisión estaban emitiendo un capítulo de los «veteranos» Tom y Jerry.

—¿Has desayunado?

Josie movió el cuello hacia ambos lados.

—¿Y mamá?

—Duerme, ayer vino tarde y... por la noche la oí llorar.

Los ojos de Josie estaban más apagados de lo normal y su voz parecía tener un punto de debilidad. Un punto más de lo habitual. Jules puso una mano sobre su frente para comprobar su temperatura. No le pareció que tuviese fiebre.

—¿Y papá? ¿Lo has visto, ya se ha ido?

Josie volvió a mover el cuello a izquierda y a derecha.

—Ayer no vino a dormir. Creo que por eso lloraba mamá —Los ojos de Josie también estaban a punto de romper en una atronadora tormenta—. ¿Crees que papá y mamá se van a separar, Jules? —La voz de Josie sonó adulta, pero también cargada de auténtico miedo. Una lágrima dio una vuelta completa a la bonita circunferencia que formaban sus ojos. Sus labios se empezaron a contraer. Ya no podía contener más ese llanto que debía llevar bastantes horas acumulándose bajo sus párpados.

—¿Sabes qué vamos a hacer ahora mismo tú y yo, Josie?

Josie movió el cuello a izquierda y a derecha con los ojos y los labios aguantando la tormenta de lágrimas.

—Vamos a ir desayunar a Franky's, ahora mismo, tú y yo, y vamos a desayunar hasta que no podamos más, todo lo que nos dé la gana, ¿te parece bien?

Josie asintió con ese silencio que la tenía paralizada.

—Pero solo si alegras esa preciosa cara que tienes, ¿trato hecho?

Josie asintió de nuevo y no pudo evitar, ahora sí, abrazarse a su hermano en un fuerte llanto. Hubiese sido peor guardárselo.

Jules se odió a sí mismo, odió a su madre por no estar nunca, a su padre, por estar cada vez más lejos, por estar distanciándose cada vez más como un astro que ha perdido la órbita.

Deseó que ojalá todas esas leyendas, ese gran secreto oculto tras la llave de San Pedro, y sobre todo, el Reino de los Cielos, existiesen en realidad. Necesitaba que fuese cierto, necesitaba escapar, volar hasta allí y llevarse con él a su hermana. Josie no solo se estaba perdiendo la infancia, sino que cualquier día, el día menos pensado, iba a pasar algo malo, algo malo de verdad, cada vez lo tenía más claro.

Pero esa mañana desayunaron todo lo que quisieron en Franky's con el dinero que su madre guardaba para las emergencias. Y esa mañana, Josie volvió a iluminar al mundo con esa sonrisa suya.

Tendría que darse prisa, más prisa todavía. Porque su «refugio para una sola persona» ya no servía, necesitaba otro, otro en el que tuviesen cabida él y su hermana, necesitaba abrir las puertas del Reino de los Cielos y perderse para siempre en él.

Billy había tomado la decisión de instalarse definitivamente en el cuarto de Scott. Se dijo a sí mismo que hasta que todo aquello terminase, se quedaría allí para poder absorber y sentir todo lo que su hermano sintió y vivió durante sus últimos días. Todo lo que esos objetos y pertenencias que un día fueron de su hermano le pudiesen transmitir.

Lo primero que vio esa mañana cuando abrió los ojos fue, cómo no, el póster con la fotografía real de Bonnie y Clyde. La pareja de forajidos más famosa de la historia. Ellos dos contra el mundo.

Apenas sin abrir bien los ojos y antes de que el cerebro se le llenase de «telarañas», cogió la pelota de los Yankees de la mesilla de noche y empezó a lanzarla contra el techo, contra esa imagen que parecía estar mirándolo fijamente a los ojos desde algún lugar del pasado. Contra ese hálito de vida que su hermano colocó un día precisamente ahí, sobre su cabeza. Al tercer lanzamiento, no calculó bien la fuerza y la pelota golpeó en el techo, una de las cuatro chinchetas con las que el póster había sido clavado se soltó y a punto estuvo de caerle en un ojo. No fue así porque consiguió girar el cuello de forma casi milagrosa en el último instante. Su corazón empezó a latir con fuerza y pensó en eso de que iban a pasar cosas malas, en eso de que estaban malditos, tal y como había dicho Jeremiah.

Una de las cuatro esquinas del póster quedó colgando sobre él. Balanceándose con suavidad. Billy buscó la chincheta para volverla a colocar, pero no la vio por ninguna parte. Esa chincheta, cuando menos me lo espere, aparecerá para darme problemas. Pensó Billy mientras pasaba la mano por las sábanas y la almohada.

Su mente voló de nuevo hacia todos los hechos que habían estado pasando durante los últimos días y no le cupo ninguna duda de que tenía que investigar todo lo que pudiese acerca de la vida de Eva y de su propio hermano. Y tenía que ser cuanto antes. Porque si algo de lo que Jeremiah les había dicho era cierto y, de alguna forma que no terminaba de comprender, iban a pasar cosas malas, tal

vez pudiesen estar en peligro.

Además, no había podido evitar quitarse de la cabeza que si esa llave que tenía en su poder era lo que el viejo anticuario les había dicho que era, ¿cómo era posible que hubiese acabado en las manos de Eva primero y en su interior después? Pero, sobre todo, ¿qué parte jugaba su hermano Scott en todo aquello? ¿Qué papel le tocó interpretar en esa extraña función?

Se levantó como un resorte y revolvió nuevamente unas cuantas cajas y carpetas con el interior lleno de fotografías recortadas de periódicos que estaban amontonadas por el cuarto de su hermano, pero no vio nada más aparte de lo que ya había visto cientos de veces. Puso en su mano derecha la llave y la moneda cuadrada, cerró los ojos y trató de sentir las, de ir más allá, hasta su anterior propietario, más atrás, hasta su mismo origen. Pero por alguna razón, esos dos objetos apenas le transmitían nada, solo el frío metal en su piel, tal vez hubiesen perdido definitivamente ese hábito de vida y ya no fuesen más que simple materia inerte. Tal vez. Lo intentaría de nuevo cuando estuviese algo más despejado y sus sentidos más afilados.

Antes de salir de su «nueva» habitación se dijo a sí mismo que ese día no iría al instituto, lo dedicaría en cuerpo y alma a realizar esa búsqueda del tiempo pasado, de cómo fueron los últimos días de Eva y de su hermano. Tal vez, incluso no volvería a ir hasta que todo aquello se resolviese. De todas formas, en su casa ni se enterarían y en el instituto puede que hasta lo celebraran. Él era Billy King y, al parecer, su reputación siempre estuvo ahí de algún modo, incluso antes de que él llegase al mundo. Podría decirse que la reputación de Billy King era bastante más grande y poderosa que el propio Billy King. Pero así estaban las cosas. Él lo sabía, y él asumía.

Bajó al trastero a reanudar esa búsqueda que se le había estado resistiendo durante los últimos días. Y lo hizo antes siquiera de darle los buenos días a sus padres. Su madre estaría probablemente en la cocina, y su padre, tal vez durmiendo, tal vez fumando, o tal vez bebiendo, solo esperaba no volver a encontrárselo allí abajo.

Al entrar al pequeño vertedero de la familia King, Rainbow, el gato de colores de la señora Lisey, lo sorprendió desde el lugar más oscuro del trastero y se acercó hasta él con un trote ligero y un suave ronroneo. Billy le pasó una mano por el lomo y el gato encorvó todo el espinazo agradeciendo el contacto. Era el tercer día seguido que se encontraba con el gatazo en su propia casa.

—Últimamente vienes mucho por aquí, eh amigo.

Rainbow respondió moviendo el rabo y aumentando el volumen y la intensidad de su ronroneo.

Billy trató de orientarse allí abajo entre tanto trasto. En uno de los laterales habían dos grandes armarios de resina de al menos un par de metros de ancho cada uno y en cuyo interior había básicamente botes de pintura semivacíos y, cómo no, caducados. También había guardados productos de limpieza, restos de materiales de construcción y algunos botes con pegamento y colas que su madre solía utilizar para la restauración de muebles antiguos, afición que la «nueva» Margaret tenía más que olvidada.

En el otro lateral del garaje-trastero había un largo banco de madera maciza anclado tanto al suelo como a la pared. Era un banco de trabajo, el banco de trabajo de su padre. Estaba acompañado por un panel de chapa de acero inoxidable de casi la misma longitud que el banco y del que pendían un montón de herramientas de todo tipo. Las herramientas estaban tan llenas de polvo que a algunas de ellas incluso parecía que les hubiese salido pelo. A un lado del banco, apoyada contra la pared, estaba la pala que Billy se había llevado para abrir la tumba, también las tres palancas de acero. Y, un poco más allá, envuelta entre sombras y formando una amorfa silueta, estaba la Arcade de su hermano Scott tapada por una funda de plástico color gris oscuro. Siempre que Billy bajaba allí, no podía evitar quedarse mirándola durante unos instantes. Ese bulto, inmóvil, testigo de los últimos segundos de vida de su hermano. Tenía un extraño y peligroso magnetismo que lo atrapaba momentáneamente, que hacía que se quedase mirándolo, imaginando la moto que se escondía bajo esa funda. En la oscuridad parecía un fantasma, uno de los de verdad. Después se acercaba a ella

y justo cuando iba a tocarla, había algo que lo apartaba, algo que lo repelía.

Pero el objetivo de Billy se encontraba en la parte del fondo de ese garaje, no en la vieja Arcade que se ocultaba bajo esa funda. Billy tenía puesto el punto de mira en el lugar donde habían sido almacenadas durante años cajas y cajas de trastos. Ropa vieja, libros, cuadernos de la escuela, álbumes fotográficos, cintas de video y de casete, vinilos y multitud de pequeños electrodomésticos que, o bien no funcionaban, o bien fueron allí abandonados hasta nueva orden, orden que nunca llegó. Entre aquellas montañas de cajas polvorientas no solo se concentraban los recuerdos de su familia, sino también de las familias de sus padres. Cuando se mudaron a esa casa se trajo cada uno ese pedacito de memoria física y portátil, de mochila de pertenencias materiales, unas pertenencias que fueron depositadas allí para terminar siendo ordenadas de algún modo, pero, tal la cual las dejaron en su día, así se habían quedado. Como esa eterna cuenta pendiente que nunca se termina de pagar.

Billy empezó a apartar aquellas cajas que estaban rotuladas en su exterior con aquello que contenían y las fue amontonando en otro extremo tratando de mantener un orden. Un orden cronológico y personal. Pensó que ya que iba a remover todo aquello, no estaría de más aprovechar la ocasión para ordenarlo un poco. Haría una hilera para las cosas de su padre, otra para las de su madre, otra para él y otra para Scott, que era la que a él le interesaba.

Tras dos horas de duro trabajo, había conseguido su primera parte del plan. Ordenar todas esas cajas, las que estaban rotuladas. Ahora, el viejo trastero sí parecía un auténtico almacén, un gran almacén en miniatura.

De momento pasaría de largo de la hilera de cajas de sus padres y de la suya y se dedicaría a abrir solo las de su hermano y las que estaban sin rotular. Rainbow no se había movido de allí en todo el tiempo y parecía que incluso estuviese expectante por ver qué encontraba. Pensó que el animal necesitaría comer algo y le prometió que en cuanto hiciera una pausa le conseguiría algo que llevarse a la boca.

—¿No tienes hambre, amigo? Vamos a hacer una cosa, tú ayúdame a

encontrar algo interesante de Scott y yo te prometo que te conseguiré el bocado más jugoso que jamás hayas probado —Billy le pasó una mano por el lomo y el gato de colores respondió de nuevo encorvando toda la espalda y soltando un largo y melódico maullido. Lo llamaban el gato de colores porque su pelaje era mitad de un color pardusco a franjas negras y verdes y mitad blanco. Sus ojos eran azul turquesa. Cuando tenía cerca a Rainbow y empezaba a danzar en círculos sobre sí mismo, cosa que hacía con relativa frecuencia, esa combinación de colores creaba un extraño efecto y daba la impresión de tener muchas más tonalidades en su pelaje de las que realmente tenía. Por eso lo llamaban el gato de colores.

Billy empezó por las cajas sin rotular. Le pareció más emocionante, casi tanto como abrir un regalo sorpresa. Empezó a abrir cajas y a dejarlas en una nueva pila. La mayoría eran, efectivamente, cosas para tirar de toda la familia. Un secador del pelo roto. Una tostadora. Una batidora. Un montón de cubiertos desgastados y sin ningún brillo. Mantel viejos. Ropa de otras temporadas que no reconocía ni de quién era. Montones de recibos y de viejas facturas. Incluso se encontró con varias cajas llenas de folletos publicitarios, revistas que regalaban con el periódico de los domingos y multitud de ejemplares del Reader's Digest. En esa casa no se tiraba absolutamente nada. Nada.

Pero al final, cuando casi estaba a punto de desfallecer, encontró algo que sí era interesante. Un buen y jugoso bocado que echarse a la boca. Se giró para ver si Rainbow seguía allí y el gato lo miró abriendo mucho los ojos. Realmente, ese gato parecía estar colaborando con él en esa búsqueda, ayudándolo de algún modo con su presencia. Bajo un montón de revistas de ciencia ficción y de publicaciones mensuales de relatos cortos, encontró un sobre doblado y precintado con celo. Un sobre con el sello de una casa fotográfica. Rapid Photo.

El corazón empezó a latirle con fuerza. Se sentó en la misma silla de playa en la que se había sentado su padre a fumar y a beber días atrás y le quitó el celo a ese sobre con un más que alarmante temblor de manos. No tenía ni idea de qué se iba a encontrar en su interior, pero intuía que era algo importante.

Eran fotos en blanco y negro de aproximadamente doce por veinte centímetros. Unas quince fotos en blanco y negro impresas en papel mate en las que se veía a su hermano y a... Eva Goth. También había unas tiras con los negativos. Le llamó la atención que había más negativos que fotografías, al menos unas siete u ocho más. Ya comprobaría cuando tuviese algo de tiempo si esos negativos simplemente eran fotos borrosas o, por el contrario, habían eludido revelarlas por algún motivo.

Billy empezó a pasar las fotos detenidamente, tomándose su tiempo, no quería que se le pasase por alto ningún detalle. Quería observar bien, con minuciosidad. En la primera se veían a Eva y a Scott mirando fijamente a la cámara con cierto misterio en la mirada. Estaban subidos encima de la Arcade. Scott con las manos sobre el manillar y Eva detrás, cogida a su cintura y con la cabeza apoyada sobre su espalda. Poética imagen. En la oreja izquierda de su hermano brillaba ese pendiente con la cruz que ahora llevaba él mismo. Aquel debió ser un día soleado, un sol de los de antes. De los que hacía que todo resplandeciese.

En la segunda foto estaban de nuevo abrazados, pero en esta ocasión era Scott el que abrazaba a Eva por detrás. Él tenía sus manos cruzadas a la altura de la cintura de Eva, y ella había puesto sus manos sobre las de él. En sus miradas había sobriedad, seguridad, fuerza natural. Y sobre todo, vitalidad, mucha vitalidad. Billy no pudo evitar pensar en Bonnie y Clyde, la pareja de forajidos. Ellos dos solos contra el mundo. ¿Eso es lo que erais, dos forajidos al margen de la ley como Bonnie y Clyde? Se preguntó Billy acariciando con suavidad el papel de plástico.

Siguió pasando fotos y la mayoría eran similares. Aparecían los dos posando de diferentes maneras mirando a la cámara con esa extraña madurez. No parecía que tuviesen dieciocho y dieciséis años, o en todo caso, parecían los dieciocho y dieciséis de los de antes, cuando la gente maduraba antes y llegaba a la edad adulta antes de los veinte.

Billy se preguntó quién hizo aquellas fotos, siempre se preguntaba esas

cosas, quién estaba al otro lado de esas imágenes, de esa novela, ese objeto. También cabía la posibilidad de que hubiesen utilizado el automático y ellos dos fuesen lo único, sin nadie más al otro lado de la imagen. La idea de que hubiesen utilizado un automático se reforzó cuando vio un par de fotos que se habían hecho en primer plano. Scott era el que debía sujetar la cámara con uno de sus brazos estirados. Sonreían, pero, nuevamente, sus sonrisas tenían cierto aire de madurez. Como si hubiesen pasado ya por muchas cosas en la vida y ya no conservasen ese ímpetu y energía al reír que solo se tiene mientras se conserva cierta inocencia, cierta ilusión.

Las tres últimas fotos fueron las que más llamaron la atención de Billy. En ellas solo aparecía Eva. No se veía a Scott por ningún lado. En la primera se veía el rostro de Eva de bastante cerca. Tenía cierta inexpresión en el conjunto de su cara, como si hubiese dejado la mente completamente en blanco, los músculos relajados y el tiempo congelado durante un instante. Pero ni debía tener la mente en blanco, ni todo estaba cubierto por la inexpresión. Sus ojos. Había fuerza en sus ojos, determinación en la mirada. A Billy le pareció que incluso, allá en el fondo, había algo de... preocupación. En la segunda foto aparecía de nuevo el rostro de Eva mirando fijamente a la cámara, tenía unos ojos realmente preciosos, grandes y ovalados, toda ella era, a decir verdad, increíblemente bella. La fotografía había sido tomada de más cerca y salía apoyando la barbilla en el dorso de su mano derecha, y de nuevo, con esa extraña mirada de madurez y de cierta pena, de cierta preocupación. Pero fue la tercera de las fotos en la que Eva salía sola la que más inquietó a Billy. La que más aceleró el pulso de su corazón. Era de nuevo un primer plano, pero esta vez se había acercado más a la cámara. Su mirada y el rictus de su rostro se habían endurecido, en sus ojos había aumentado el miedo y la preocupación, incluso podía verse algo de agresividad. Tenía el dedo índice de su mano derecha apoyado sobre sus carnosos y redondeados labios, como cuando alguien pide con un susurro que guarden silencio. Billy se quedó medio hipnotizado viendo ese rostro, contemplando esa fotografía, esa mirada, esa expresión. ¿Por qué pedía Eva que se guardase

silencio? ¿Y a quién? ¿A Scott? ¿Le estaba pidiendo a Scott que guardase silencio por algo?

Rainbow, el gato de la señora Lisey, fue el que lo sacó de ese estado de trance en el que a veces entraba cuando tocaba el pasado, cuando trataba de buscar en la memoria del tiempo olvidado, rescatar algo de ese pozo de recuerdos sin fondo que el día a día se encargaba de ir llenando a palazos. Rainbow empezó a maullar y a rozarse por sus piernas moviendo el rabo y encorvando el lomo. Parecía estar pidiéndole su recompensa por haberlo ayudado con su presencia.

A Billy se le dibujó una sonrisa en la cara.

—Está bien, amiguito, lo prometido es deuda.

Cuando Billy se levantó para subir a la cocina y darle a Rainbow su bocado, tropezó con una de las pilas de cajas que él mismo había apilado y una de ellas se desparramó por el suelo. Era una de las cajas del gran Paul King. Diversas cosas olvidadas de su padre salieron rodando por el sucio suelo del garaje, cosas entre las que se encontraba... una antigua fotografía en la que se veía vestido de militar. Tendría unos veinticinco o treinta años, se le veía en plena forma y, también, equipado de arriba a abajo como si estuviese a punto de entrar en combate. Billy sabía que su padre había servido en el ejército durante varios años, pero jamás había visto ninguna foto suya vestido de militar, ese era un tema del que nunca habían hablado, un tema que, por alguna razón, habían tratado de enterrar. Tal vez su padre volvió del frente con uno de esos síndromes de estrés postraumático que muchos excombatientes decían tener. Jamás le escuchó mencionar nada de aquel tiempo ni tampoco había visto ninguna fotografía hasta ese momento. Se preguntó, de nuevo, quién estaba al otro lado de la foto empuñando la cámara, quién sería ese personaje que, a tan solo unos metros de su padre, compartió con él ese hálito de vida.

Se guardó la foto de su padre junto con las de Eva y, antes de salir, sus ojos volvieron a encontrarse con la lona de plástico gris bajo la que se ocultaba la Arcade. Se dijo a sí mismo que algún día él y esa moto tendrían que hablar de

algún modo. Salió del trastero sintiendo que había dado un pequeño paso hacia delante, esperaba que en la dirección correcta. Ahora ya no tenía ninguna duda de que, efectivamente, su hermano y Eva no solo eran amigos, sino que habían tenido una relación, una relación de pareja que, al parecer, fue bastante intensa. Al menos eso le habían dado a entender todas esas fotografías. La cuestión ahora era averiguar por qué de esa relación nadie hablaba, por qué nunca se hablaba de Scott como novio de Eva. Solo de Eva, a secas. De Eva y de su extraña muerte. De la leyenda de su terrorífico entierro.

3

La historia de Jeremiah

Todavía tuvieron que pasar un par de días más para que Jeremiah diese por terminados los ritos de despedida de su perro Júpiter. Ni los propios irlandeses hubiesen podido seguirle el ritmo al sepulturero. Tal vez lo de Júpiter solo fue el detonante y Jeremiah llevaba ya demasiados años aguantando el dolor, ese dolor interior que, como una herida mal curada, llevaba infectándose durante toda la vida.

Recibió a Billy, Hunter y Jules en su propia casa y, cuando les abrió la puerta, a los tres les pareció que el Jeremiah que tenían delante era una persona totalmente diferente a la que casi atropella un camión de dieciséis ruedas de la Kenworth Trucks apenas un par de días antes. El Jeremiah de la pistola roñosa en la cintura y los ojos a medio abrir parecía haber sido borrado del mapa.

Se había pegado una buena ducha y se había afeitado. Incluso olía bien, olía a limpio. Se había peinado remojando un poco el peine de púas gruesas haciéndose la raya a un lado. A Billy le hizo gracia que se hubiese hecho precisamente ese peinado, el mismo que imaginó que le haría su madre cuando alguna vez fue solo un inocente niño lleno de vida, y de sueños.

Por supuesto, también se había quitado la chaqueta de las noches frías y el

resto de la ropa que se ponía las noches de guardia en el cementerio. Se había puesto un pantalón de pana marrón y una camisa a cuadros que, a pesar de no ser nada del otro mundo, le daban otro aire, un aire de persona más o menos normal. Más o menos.

La casa de Jeremiah era humilde, pero al menos tenía una casa y no vivía en la indigencia, algo que, por su aspecto en los últimos tiempos, parecía algo bastante obvio. Cuando entraron vieron que había amontonado a un lado del salón, junto a la puerta de entrada, un montón de trastos y de bolsas de basura. Por lo visto había decidido poner un poco de orden y limpieza en aquel caos que parecía reinar allí desde hacía mucho. Más tarde tendría que hacer unas cuantas veces el trayecto hasta los contenedores de la esquina cargando con todo aquello.

Se sentaron en un viejo sofá y esperaron a que Jeremiah volviese con los cafés que les había prometido.

Billy observó los objetos y muebles con los que el sepulturero había decorado el salón y se acordó de algo que solía decir su madre, la Margaret auténtica, no la de los rulos en la cabeza y las conversaciones de chalada. Decía que algunos muebles u objetos los compraba, no porque hiciesen falta o le gustasen especialmente, sino porque hacían «casa», hacían «hogar». Un cuadro, una figura de porcelana, un reloj de pared, una vitrina llena de copas, un televisor, unos libros, incluso una lamparilla para leer de noche que nunca utilizaría. Todas esas cosas, según Margaret, hacían «casa», hacían «hogar», había que tenerlas, aunque no valiesen para nada. Billy pensó que Jeremiah llenó aquel salón de cosas escogidas únicamente para tratar de hacer «casa», para tratar de hacer de aquel lugar un «hogar».

Llegaron los cafés y a Jeremiah le temblaron escandalosamente las manos cuando empezó a rellenar las tazas. Primeros síntomas del síndrome de abstinencia. El aliento ya no le olía a alcohol, pero todo su cuerpo desprendía un aroma a fermentación, a flora bacteriana en descomposición. Y así sería hasta que su cuerpo eliminase hasta la última gota de alcohol acumulado durante días en su interior, hecho que, podría ser cuestión de horas o, como en el caso de

Jeremiah, tal vez de días.

—¿Sabéis?, han pasado ya diez años desde aquello, pero a mí me parece que fue ayer. Es raro cómo a veces se comporta la memoria. Hay hechos que los recuerdas perfectamente, con claridad, como si estuvieses viéndolos delante de tus ojos en ese preciso instante. En cambio, otros muchos recuerdos, a decir verdad la mayoría, se pierden para siempre en el olvido, como si nunca hubiesen existido.

Jeremiah le dio un sorbo a su taza de café y todos se quedaron observando cómo le temblaba la mano. Le costó horrores llegar con ella hasta su boca y no derramarla por completo por el camino. Pero lo hizo, llegó hasta su boca sin derramar ni una gota y volvió a dejarla en la mesa con torpeza.

—¿Entonces estuviste allí, verdad? En el entierro de Eva... —preguntó Billy. Directo pero con respeto.

Jeremiah asintió viendo cómo se balanceaba el café en el interior de la taza, como un mar negro en miniatura contenido en una balsa de porcelana.

—Así es. Teddy Chadburn estaba aquellos días en temporada baja, como él mismo se refiere a esos bajones físicos que lo tienen de baja cada dos por tres, ya sabéis, fiebre, dolores articulares, entumecimiento... esas cosas que le pasan a Teddy. Así que no les quedó más remedio que llamarme a mí. Y digo esto — Jeremiah se sonrió con sorna torciendo un poco la boca—. Porque nadie de los que allí estaba quería que fuese yo. No se fiaban de mí porque, según el bocazas de Teddy, yo nunca he sabido hacer bien la pasta y sin una buena pasta no puede haber nunca un buen sellado... en fin... Diez años después y la tumba seguía sellada, ¿me equivoco? —dijo Jeremiah arqueando las cejas.

—Bueno, sí, estaba sellada, pero la verdad es que el sellado no era muy b... —dijo Billy antes de que Jeremiah lo interrumpiese de nuevo.

—¿Estaba sellada?

—Bueno, sí, lo estaba, pero...

—Pues ya está —dijo Jeremiah con rotundidad. Se acabó el café y se rellenó la taza haciendo grandes esfuerzos por no tirarlo todo fuera con su mano

temblorosa. Se encendió un cigarro y les ofreció uno. Billy cogió uno dándole las gracias y Jules hizo lo propio. Hunter se quedó observando la situación, tres fumadores contra un no fumador. Alargó la mano y cogió uno él también. «Al final os engancharéis», pensó Billy, que los miró a los dos con cierto aire reprobatorio. En el fondo se sentía mal porque era él el que había llevado el tabaco a ese mundo de inocencia que poco a poco estaban abandonando sus dos amigos. Un mundo que, una vez se abandona, rara vez se vuelve a encontrar el camino de regreso que te vuelva a llevar hasta él.

—Bien, como os iba diciendo, fui yo el encargado de cerrar la tumba de Eva. Fue un entierro raro desde el principio, de los más raros que he visto. Me llamaron una mañana después de haber estado haciendo guardia y me dijeron que en una hora más o menos tenía que estar de vuelta en el cementerio. Que me llevara «mis cosas», es decir, el cemento cola para hacer la pasta, unas cuerdas, y los barreños y la paleta para poder trabajar el sellado. Me presenté allí sin decir ni pío y cuando llegué, las cosas raras continuaron sucediendo. Para empezar, apenas había nadie, algo raro, muy raro. Había un párroco, un representante del ayuntamiento, uno de la policía, uno de los encargados de gestionar el terreno de Green-Wood, los padres de la chica y yo, si no me he dejado a nadie, que también podría ser. Yo no es que sea un experto en entierros, pero, qué queréis que os diga, en aquellos tiempos yo ya llevaba al menos un par de docenas a mis espaldas y, cuando uno se acostumbra mucho a ver algo, al final, creedme, acaba aprendiendo algo de ello. Allí todos tenían prisa por acabar. Yo pregunté quién había en el interior del féretro y tanto el policía como el párroco se buscaron con la mirada como si estuviesen pensándose qué respuesta darme. Porque, os diré algo, chicos, aunque a veces lo parezca, uno no tiene un pelo de tonto y, aunque a veces me calle muchas cosas, no significa que no las vea, que no me dé cuenta de ellas.

Los tres amigos asintieron entre esa pequeña nube de humo que entre los cuatro habían generado con los cigarros. Curiosamente, esa nube de toxicidad, parecía también estar siendo testigo de una especie de vínculo, de hermandad

que entre los cuatro se había ido forjando desde que decidieron confiar los unos en los otros.

—Al final me dijeron que era la joven Eva Goth la que había en el interior del cajón, un cajón que, como ya pudisteis comprobar, no era muy normal. Una caja extremadamente sencilla, sin ningún tipo de adorno religioso ni de otro tipo, ni tan siquiera una cruz. Recuerdo que en ese momento la madre de Eva rompió a llorar con fuerza y con desconsuelo y fue en ese instante cuando el párroco me alentó a que me diese aire. Antes de que se me olvide, como ya visteis, a Eva la enterramos en la zona de los milenarios y peligrosos tejos. No sé por qué, pero cuando yo llegué ya habían hecho el agujero y dijeron que tenía que ser allí. A mí me extraño porque, qué queréis que os diga, no era muy normal enterrar a una joven tan guapa y popular que debía de tener cientos de amigos en una de las zonas más antiguas y apartadas del cementerio. Pero no hice más preguntas al respecto, y aunque las hubiese hecho, sé perfectamente lo que me hubiesen respondido. «Tú a lo tuyo, sepulturero, entierra la caja y después, sigue con tus cosas». No sería la primera vez, creedme.

Jeremiah hizo una nueva pausa para rellenarse la taza de café. Por lo visto, estaba combatiendo el mono del alcohol a base de cafeína. Algo que, si no se andaba con ojo, podía darle un buen susto a su corazón porque el ritmo que llevaba era endiablado. Se encendió un nuevo cigarro y volvió a ofrecer. Los tres amigos repitieron ronda. De tabaco y de café.

—Bien, sigo. Yo procedí a pasarle las cuerdas a la caja para poder bajarla, ya sabéis, pasarlas por el interior de las anillas que había repartidas por su perímetro. Me ayudó el encargado de los terrenos de Green-Wood, Alfred Major, murió el año pasado de una embolia pulmonar, que en paz descanse, y también me ayudó el representante del ayuntamiento, alguien que yo no había visto en mi vida. Una vez lo tuvimos todo preparado y antes de proceder a bajarla, yo hice una pequeña pausa de cortesía. Miré a sus padres para ver si querían despedirse, decirle un último adiós, era costumbre hacer algo así por aquí, bueno, era costumbre y, que yo sepa, sigue siendo. De nuevo, el cura me miró con aire

condenatorio y después miró a los padres de la chica. La madre estaba realmente deshecha y era su marido el que a duras penas la sostenía en pie. Finalmente ella se acercó hasta la caja y abrió la puerta con un temblor tan grande en las manos que os juro que pensé que se le iba a partir un dedo o una uña de un momento a otro. Dios, todavía se me revuelven las tripas cuando recuerdo todo aquello...

Jeremiah se pasó una mano por su antebrazo y miró de nuevo hacia el infinito, hacia ese café que se balanceaba ante sus ojos desde esa vieja taza.

—Al abrir la puerta... no os lo vais a creer... Eva tenía los ojos abiertos...

—¿Cómo? ¿Tú sabías que estaba viva y aún así la enterraste? —saltó Hunter de repente.

Jeremiah agachó la cabeza y movió el cuello hacia ambos lados.

—No, no lo estaba, al menos es fue lo que me dijeron. Me dijeron que lo de los ojos fue como un reflejo, y qué queréis que os diga, no era la primera vez que veía algo parecido, aunque los ojos de Eva tenían algo que... me puso los pelos de punta. Tenían un pequeño brillo allá en el fondo. El cura se acercó y volvió a cerrarle los ojos con brusquedad, también le temblaban un poco las manos. Él mismo se encargó de cerrar la puerta y volvió a condenarme con la mirada. Me ordenó que me diese prisa y eso fue lo que hice. Procedí a bajar la caja y, una vez retiramos las cuerdas y antes de proceder a sellar la losa superior, el cura me dio el alto poniendo una mano sobre mi hombro. Se acercó hasta el agujero, sacó un bonito hisopo plateado y empezó a rociar la caja con agua bendita entre extraños susurros. Veréis, eso fue algo muy raro también, no hubo ni unas palabras ni una oración, ni tan siquiera las partes del rito católico que se suelen seguir en cualquier entierro, simplemente, el cura se aseguró de que había rociado hasta la última gota de agua del interior del hisopo y, después sí, me ordenaron que procediese con el sellado de la tumba. Recuerdo que se me hizo eterno, todos en silencio, observándome, yo levantaba la mirada y veía esos rostros rogándome que acabara, que cerrara la tumba de una maldita vez. Cuando terminé, recuerdo que el representante de Green-Wood, Alfred Major, que en paz descanse, me pidió que no hablara del tema con nadie, no por nada en

particular, sino porque la familia estaba muy afectada y había veces que era mejor olvidar y aquella era una de esas veces, dejar que el tiempo pasase. No querían nada de conversaciones de bar ni de borracho ni de comentarios acerca de este o de aquel entierro. Acababan de enterrar a una joven y punto, fin de la historia. Antes de recoger mis cosas y salir de allí, recuerdo que vi algo más... algo que también llamó mi atención. Y no fue por otra razón que porque había empezado a llover. Habían empezado a caer pequeñas gotas que, cada vez, parecían estar haciéndose más grandes. A lo lejos, como a unos doscientos metros, quizá más, vi cómo se abrían tres paraguas de esos con una buena copa, imagino que ya sabéis a cuáles me refiero, paraguas de los buenos. Bajo ellos, tres hombres observaban la escena, es posible que hubiesen estado allí todo el tiempo que duró el entierro, pero como digo, yo no reparé en ellos hasta que empezó a llover y abrieron esos condenados paraguas. Me quedé mirándolos unos segundos, pero rápidamente desaparecieron por el horizonte. La lluvia estaba arreciando y todo el mundo allí quería irse a casa. Yo incluido.

Jeremiah soltó un suspiro y se puso en pie metiendo una de sus manos en uno de los bolsillos del pantalón de pana. Le dio dos fuertes caladas al cigarro y lo aplastó en el centro del cenicero. Se acercó a la ventana y miró al exterior. Parecía estar contemplando el mundo, la vida, ese mundo y esa vida que no entendía, que de alguna forma, le aterrizzaba.

—Imagino que lo que vino después, ya lo conocéis...

—Los gritos de Eva... —dijo Jules que no había perdido ni un solo detalle de la historia.

—Exacto, los gritos de Eva.

—¿Los escuchaste? ¿Pudiste oírlos? —preguntó Billy con ese tono y esa mirada dura herencia directa de los King. Los tres amigos parecían estar esperando, de algún modo, a echarse al cuello de Jeremiah. Sabían, o al menos intuían, que no era él quien estaba detrás de todo aquello, pero fue tal el horror de la imagen que vieron cuando abrieron la caja que necesitaban alguien a quien señalar y condenar. Jeremiah era un buen candidato para ser ese alguien, aunque

ninguno pensase que fuese el verdadero culpable que estaban buscando.

—Sí, no os voy a mentir, los escuché, al tercer día más o menos. A mí me dieron fiesta después del entierro, me dijeron que me cogiera unos días, que descansara, y eso fue lo que hice. Pero al día siguiente y, también al siguiente, se empezó a rumorear lo de los gritos, lo de los golpes y arañazos que provenían de allí abajo. No sé quién empezó a contar aquello, tal vez Teddy, tal vez algunos adolescentes que se colaron en el cementerio para divertirse un rato, algo que, jamás se ha de hacer —Jermiah hizo una pequeña pausa mirándolos a los tres—. A mí, obviamente se me paró el corazón al escuchar todo aquello, pero no fue hasta el tercer día del entierro cuando los escuché por mí mismo. A Teddy volvió a subirle la fiebre y tuve que volver a cubrirlo, hacer la noche. Dios... fue algo realmente... aterrador... escuché como unos arañazos, algo lejano, después como un murmullo agudo, apagado, casi inaudible, sonaba igual que el viento cuando sopla con fuerza y hace silbar las hojas de los árboles.

—¿Y no hiciste nada? —preguntó Billy de nuevo con esa dureza de los King, esa que atemorizada.

—Hice. Sí hice. Al principio me costó reponerme. Estaba oscuro, era de noche y, como digo, el viento soplaba con fuerza, y qué queréis que os diga, yo estaba completamente cagado. Completamente. No sabía si aquello era real, me lo estaba imaginando por culpa de la maldita sugestión o... quizá solo fuese el fantasma de Eva clamando justicia desde el más allá. ¿Qué iba a saber yo? ¿Cómo iba alguien a seguir vivo tras tres días enterrado? ¿Era eso posible? Pero claro que hice. Hice. Fui corriendo a hablar con Alfred Major, ya sabéis, el encargado de Green-Wood. Abrir una tumba sin un permiso judicial es un delito muy grave, muy grave, además, yo solo no hubiese podido aunque hubiese querido. En fin, Alfred Major me dijo que aquello era imposible, imaginaciones mías, imaginaciones de borracho. Que un médico «titulado», matizó, había certificado su defunción y no había más que hablar. Aún así, fue tal mi insistencia que logré sacarlo de la cama para que me acompañara hasta la tumba de Eva y escuchase los gritos por él mismo. Pero... cuando llegamos allí... ya no

volvió a escucharse nada más. Os lo juro, estuvimos allí un buen rato y una vez Alfred se marchó totalmente indignado, yo me quedé toda la noche haciendo guardia junto a la tumba de Eva, con la oreja pegada a esa losa, esperando escuchar algo, algo que me diese pie a mover esa piedra... dios, os juro que me dije a mí mismo que si escuchaba el más mínimo ruido que viniese de allí abajo, por insignificante que fuese, abriría esa maldita tumba yo solo pasase lo que pasase y me hiciesen lo que me hiciesen. Pero no escuché nada más. Lo juro. Es posible que los gritos y los arañazos que escuché antes de ir a por Alfred fuesen los últimos segundos de Eva con vida... pero... con los años, traté de convencerme de que lo que escuché aquella noche solo fue el viento, las imaginaciones de un borracho.

Jeremiah volvió a encenderse otro cigarro, esta vez no se rellenó la taza de café. Tenía los ojos enrojecidos, sentía desde lo más profundo de su corazón lo que le pasó a Eva, pero por otra parte, se notaba que acababa de quitarse un enorme peso de encima. Nunca había hablado de aquello con nadie y era algo que, diariamente, volvía hasta su cabeza para atormentarlo hasta postrarlo de rodillas en el más grande de los lamentos. En ese instante, Saturno, el otro de los mordedores de Jeremiah, salió desde algún rincón de la casa y se acercó hasta los pies del sepulturero. Jeremiah acarició su cuello y el bulldog americano se tumbó en el suelo golpeando el pavimento con su corta cola.

Billy se levantó y se acercó hasta Jeremiah, que miraba por la ventana con la mirada vacía, empañada. Puso una mano sobre su hombro y Jeremiah cerró los ojos, necesitaba eso, ese pequeño gesto de perdón, de consuelo.

—¿Qué fue lo que visteis, Billy? ¿Qué fue lo que visteis exactamente cuando la desenterrasteis? —En los ojos de Jeremiah había súplica, había miedo, había dolor.

Billy asintió antes de contestar.

—Que la enterrasteis con vida, Jeremiah, solo eso.

Jeremiah rompió a llorar y Billy lo consoló como pudo. Jules y Hunter sintieron una fuerte punzada en el pecho recordando aquello que vieron,

sintiendo el dolor que tenía a Jeremiah ensartado en todo su ser. Se encendieron otro cigarro, esta vez, sin el ofrecimiento previo del sepulturero.

Salieron de allí bastante destrozados. Desconsolados. La historia de Jeremiah los había dejado muy tocados. Algo muy grande debió pasar con Eva para que hiciesen algo así. Algo muy feo estaban removiendo, algo que, quizá, desde algún lugar, pudiese estar observándolos. Eludieron hablarle a Jeremiah de la llave y la moneda por el momento, entre otras cosas porque se había hecho muy tarde y porque no querían calentarle más la cabeza al pobre hombre. Quizá en la próxima visita hablarían de ese tema y qué sabía el sepulturero al respecto.

En realidad solo eran tres críos que se habían puesto a jugar con viejas leyendas y con antiguos y misteriosos secretos, tan peligrosos como para enterrar a alguien con vida. Aunque podían intuirlo, todavía no tenían ni idea de en qué lío se habían metido. Solo eran tres críos abandonando para siempre ese planeta llamado inocencia.

Es posible, solo posible, que a unos cuantos metros de distancia y desde un lugar apenas visible, alguien escupiese el chicle que había estado mascando con auténtica violencia durante la última media hora cuando vio salir a los tres chicos de la casa del sepulturero. Se pasó una mano por la mandíbula y la sintió rígida, dolorida, le dolían las muelas y, no solo eso, ante él podía vislumbrar el comienzo de un auténtico dolor de cabeza.

CAPÍTULO 5

MÁS ABAJO DEL AGUJERO

1

El doctor William Draper

A Jules se le hizo el día eterno en el instituto. Había pedido cita para ver al doctor William Draper, su profesor de historia, y le habían dado a última hora de la tarde, cuando todas las clases ya hubiesen terminado.

Se pasó prácticamente todo el día pensando en su hermana Josie. En qué iba a ser de ella. Ese día su madre libraba, por fin, y podría hacerse cargo de la pequeña. Su padre continuaba ausente, tanto en el plano físico como en el emocional. El número de noches que no había ido a dormir a casa durante la última semana ascendía a tres. Tenía toda la pinta, tal y como ya avanzó Josie, que sus padres se iban a separar más pronto que tarde. Esa mañana se propuso seguirlo, ver a dónde demonios iba cada día con tanta prisa. Jules salió de casa unos segundos después de que su padre cerrase la puerta con apenas un café en el cuerpo y como el que dice terminándose de abrochar los botones de la camisa. Estuvo siguiéndolo unas cuantas manzanas, su padre parecía tener algo de prisa y saber perfectamente a dónde se dirigía, pero tras unos cuantos minutos tras él, le perdió la pista. Se esfumó como por arte de magia y Jules se quedó en mitad de una estrecha y vieja calle por la que no pasaba nadie, preguntándose qué demonios hacía allí, a dónde iba su padre cada día con tanta prisa. Porque lo de que iba a buscar trabajo, hacía días que tenía claro que no era más que una gran mentira. Nadie se tiraba todo el día buscando trabajo, y menos tantos días seguidos.

Jules se fue dando un largo paseo hasta el instituto y, tanto sus problemas en

casa, como todo lo relacionado con Eva Goth, ocuparon su mente de un modo u otro hasta que llegó la hora de la cita con William Draper.

Habían quedado en el departamento de Historia, lugar que, el propio William Draper, pedía insistentemente que fuese llamado de forma adecuada y respetuosa, es decir, que se refiriesen a su santuario como el «laboratorio de Historia». El doctor Draper, como siempre que decía o hacía algo, tenía sus motivos, uno motivos que, solían ser de peso. Lo de «laboratorio» no era, según él, una cuestión de semántica, sino más bien, una cuestión de denominación, de llamar a las cosas por su nombre. La Historia era una ciencia, igual que lo era la Física, las Matemáticas o la Química. Todas ellas disponían de su «laboratorio científico», todas excepto Historia, que solo disponía de un «departamento». Draper insistía en que se le llamase adecuadamente porque, además, allí también se procedían a hacer diversas técnicas de las llamadas «de laboratorio», como por ejemplo datar cualquier tipo de cosa con un pasado, restaurar diferentes tipos de objetos con cierta antigüedad, observar por el microscopio materiales y texturas, incluso analizar compuestos químicos y materiales con procesadores, reactivos y centrifugadoras. Aquello era un laboratorio en toda regla y debía ser tratado como tal. Un departamento era otra cosa, pero no aquello.

Cuando Jules entró, vio a William observando un viejo documento bajo una enorme lupa. Estaba de pie junto a un bonito ventanal que daba al patio interior del instituto. Los últimos rayos de luz solar se estaban extinguiendo, pero al parecer, a William le bastaban para aquello que estaba haciendo.

El «departamento» de Historia era con mucho, el que más le gustaba a Jules. Estaba lleno de estanterías que llegaban hasta el techo, unas estanterías que rebosaban libros de todo tipo. Gruesos tomos que, si bien muchos de ellos no eran ni mucho menos primeras ediciones, sí habían mantenido el estilo original, el estilo de los «veteranos». Encuadernaciones cuidadas, elaborados ornamentos en las cubiertas hechos con metales nobles, costura del paginado a mano, y así un largo etcétera de virtudes que, poco a poco, habían ido desapareciendo de la industria editorial, siendo en la actualidad cada vez más

difíciles de encontrar.

—Tome asiento por favor, señor Jules, enseguida le atiendo —dijo Draper con su habitual cuidada educación mientras terminaba de repasar ese documento con la gran lupa.

Jules se sentó junto al gran escritorio de Draper, escritorio fabricado con madera maciza de roble. Miró a su alrededor y no vio ningún lugar apropiado en el que dejar su mochila, así que se abrazó a ella como si fuese su propio corazón. Y no era para menos, porque en la mochila no solo guardaba el valioso libro de Budkins, sino también la llave y la moneda que encontraron en el cuerpo de Eva. Se las había «dejado» Billy bajo la promesa de que las protegiese con su propia vida si hiciese falta. Le dijo que esa llave y esa moneda eran su única esperanza, no solo de llegar al fondo del asunto de la horrible muerte de Eva, sino de encontrar ese lugar, ese tesoro que, al parecer, se escondía en alguna parte. Un tesoro que, es posible, podría cambiar sus vidas para siempre, ser el origen de algo nuevo, algo mejor.

—Es falso. No sé cómo lo hacen, pero cada vez lo hacen mejor —dijo William Draper dejando sobre la mesa el documento que había estado examinando—. ¿Y bien? ¿Qué le trae por aquí, señor Jules?

William Draper no solo tenía porte de aristócrata, sino que vestía como un aristócrata. Uno de los de antes. Llevaba puesto un elegante traje azul con finas rayas, de solapas anchas y bastante ajustado. Bajo la chaqueta se entreveía un elegante chaleco parecido al que llevaba Budkins. Draper también parecía guardar en el costado izquierdo uno de esos relojes de mano que pendían de una cadenita dorada. Su larga y tupida barba blanca contrastaba con sus ojos, en los cuales podía adivinarse todavía mucha vida por delante. Era como si William fuese alguien joven disfrazado de alguien mayor.

—Hola William, perdón, doctor Draper, quería decir —respondió Jules nervioso. La mirada del doctor en historia era profunda, era de contemplación y atención máxima, algo a lo que no estaba acostumbrado Jules—. El caso es que hace poco, yo y unos amigos encontramos algo, un par de objetos en la vieja

casa de la abuela de uno de ellos, de uno de mis amigos, quería decir, y... me preguntaba si usted sería tan amable de echarles un vistazo, decirme de qué se tratan más que nada.

Jules terminó de hablar y no pudo evitar bajar la mirada para no ver esos oscuros y juveniles ojos del doctor Draper que lo observaban y atendían con todo su ser. Todavía no se había desprendido de la mochila, que continuaba apretándola contra su pecho, algo que no había pasado desapercibido para el doctor.

—Claro, Jules, sin ningún problema. Enséñame los dos objetos y te diré lo que sepa, si es que puedo decirte algo de ellos, claro está —William alargó la mano con seriedad, extendiendo los dedos para que Jules depositara sobre ellos los dos objetos. El doctor estiró los labios y sonrió sutilmente, tal vez estaba siendo consciente de que, por alguna razón, Jules Long estaba bastante nervioso aquella tarde.

—Sí, por supuesto, claro —dijo Jules abriendo la mochila. Sus ojos se encontraron con el libro del señor Budkins y decidió que por el momento no le hablaría de ese libro a Draper. Sacó la llave y la moneda y cuando las puso sobre la mano del doctor sintió, no solo que le temblaban, sino que las tenía completamente mojadas por el sudor. William cogió los dos objetos y, antes de examinarlos, se quedó observando un par de segundos más a Jules, a sus ojos y a la forma tan extraña que tenía de comportarse.

El doctor en historia puso finalmente los dos objetos sobre el bade de piel que tenía sobre el escritorio y, a continuación, empuñó de nuevo esa enorme lupa que había estado utilizando hacía solo unos instantes. Escogió la llave en primer lugar, exactamente igual que hiciera Budkins tan solo unos cuantos días atrás, y empezó a recorrerla lentamente con la lupa a tan solo unos milímetros de ella.

Jules lo observaba con cierto nerviosismo, había decidido pedirle ayuda a Draper porque durante el curso, en la clases, era uno de los profesores con los que mejor relación tenía, pero al estar frente a frente, y los dos solos, la cosa cambiaba. Ese hombre le imponía más de lo que esperaba.

William le dio la vuelta a la llave y levantó disimuladamente la mirada para observar a Jules, que seguía abrazado a la mochila y encogido en la silla que tenía frente a él.

—¿Y dices que lo encontrasteis en casa de la abuela de...? —preguntó el señor Draper dejando la frase sin acabar mientras continuaba analizando la llave.

—En la casa de la abuela de un amigo.

—Oh.

William dejó la llave a un lado y repitió la misma operación con la moneda. Observándola de arriba abajo con esa grandiosa lupa.

—¿Y qué es lo que quiere saber exactamente, señor Jules? ¿Qué espera encontrar en estos dos objetos? —preguntó William dejando la lupa en la mesa y entrelazando los dedos de sus manos.

—¿A qué se refiere? Quiero saber de dónde proceden, su antigüedad, si tienen algún valor, ya sabe, ese tipo de cosas. Es por mi amigo, ¿entiende? Lo encontró en casa de su difunta abuela y solo quería saber si esa llave y esa moneda pudieran tener algún tipo de valor...

William Draper sonrió torciendo un poco la boca.

—Ya... ¿Por qué no hacemos una cosa, señor Jules? Usted me dice la verdad acerca de dónde ha sacado estos dos objetos, y yo le digo lo que sé de ellos, ¿qué le parece? Yo creo que es justo. Compartir conocimientos, señor Jules, ¿recuerda? Compartir conocimientos para que sigan vivos en la memoria colectiva, a lo largo de la historia, nunca mejor dicho.

Jules quería confiar en el doctor Draper, necesitaba confiar en él, pero algo en su interior le dijo que aguantase un poco más.

—Ya se lo he dicho, doctor, y le aseguro que lo que le he dicho es cierto. Los encontramos en la vieja casa de la abuela de un amigo y, verá, el caso es que mi amigo, por alguna razón, está convencido de que esa llave puede que abra algo, no sé, una puerta o un cofre. Tiene esa esperanza porque, según él, su abuela coleccionaba muchas cosas, cosas «veteranas» y, algunas de ellas, muy valiosas. Por eso está convencido de que deben tener algún valor, uno

importante, al menos en el plano sentimental, usted ya me endiente, era la última abuela que le quedaba con vida y el pobre está destrozado, necesita permanecer conectado a ella de alguna forma. Esa llave y esa moneda son la última esperanza que le queda para mantenerse apegado a ella, saber quién era en realidad.

Jules inventó aquella historia apoyándose en la misma explicación que Billy le había dado al viejo Budkins. Él tan solo se encargó de darle un poco de forma a los hechos de manera que parecieran no solo reales, sino unos hechos totalmente razonables.

William asintió y pareció creer la historia de Jules.

—Está bien, señor Jules. Me parecen nobles los motivos de su amigo... —dijo «amigo» con cierta ironía—. Le diré lo que sé de esos dos objetos. Como usted ya debe saber a estas alturas del curso, uno no puede hacer un diagnóstico cien por cien fiable con tan solo una lupa. Precisamente, señor Jules, esto es un laboratorio de Historia que se dedica a hacer determinaciones, a estudiar los objetos con una técnica, con precisión, con la ciencia. Bien. No obstante, eso no quita para que yo pueda darle una primera impresión acerca de lo que es eso que me ha traído.

William se levantó con elegancia y se desabotonó la chaqueta, dejando entrever los singulares botones cruzados del chaleco. Parecía estar calentando para afrontar una de sus maratonianas clases. Se quedó mirando la ventana y después se giró con ánimo de contarle a Jules lo que había visto en esa llave y esa moneda.

—En primer lugar. La llave. Resulta obvio que se trata de un objeto antiguo, muy antiguo, y que es real, de eso estoy seguro, no se trata de ninguna falsificación, al menos no una de nuestro tiempo. La descomposición del metal y el tipo de aleación utilizada, así lo indican. Por otra parte, me ha llamado la atención que las lengüetas no han sido utilizadas demasiadas veces, al menos no las veces que se les presupone a unas llaves tan antiguas, lo cual me lleva a pensar que tal vez esa llave no fuese más que un objeto de decoración o, también

podría ser, que aquello que abriese tan solo fue abierto en contadas ocasiones, aunque, si quiere saber mi opinión, yo apostaría por lo primero, que fue fabricada como objeto de decoración y no para abrir ninguna cerradura. Por otra parte, son precisamente esas lengüetas de lo que quisiera hablarle, dado que, son uno de los elementos más importantes y que sin duda alguna, es lo que al final distingue una llave de otra. No sé si se ha dado usted cuenta, Jules, pero dichas lengüetas tienen por todas partes el signo de la cruz católica, de hecho, esa llave es parecida a la que está grabada en el escudo de la mayoría de papas que se conocen, aparte de estar también presente en el propio escudo del estado del Vaticano —Draper hizo una pausa para coger aire. Dio unos cuantos pasos sobre sí mismo apoyando su mano izquierda en el interior de su chaleco, a lo Napoleón. Después señaló la llave, que estaba sobre la mesa, como si estuviese haciendo una exposición ante un gran elenco de personalidades.

—Lo que más me ha llamado la atención sin duda alguna, a falta de confirmar su edad exacta, ha sido su característica forma. Ya le he dicho que su procedencia es eclesiástica, de eso no cabe duda, y no solo eso, sino que responde al escudo de armas de algún papa, uno que, por lo que podemos ver se encargó de crear esa llave por alguna razón, para poder abrir y cerrar algo importante o bien porque para él tenía algún tipo de simbolismo especial y deseaba tener una réplica material del dibujo. La cuestión ahora es, ¿al escudo de qué papa perteneció esa llave en concreto y, por qué demonios iba a tener esa llave la abuela de un amigo suyo, señor Jules?

William miró a Jules con seriedad esperando una respuesta. Jules se abrazó con fuerza a la mochila y movió el cuello hacia ambos lados.

—No tengo ni la menor idea.

—Ya, claro. ¿Por qué iba usted a saber algo así, señor Jules? Le diré algo — Draper lo señaló con un dedo—. Le diré algo que por alguna razón, me parece que usted ya sabe. Esa llave que me ha traído, tiene un nombre, uno muy característico, ¿verdad, señor Jules? Es una de las llaves de San Pedro, un de las llamadas llaves del Reino de los Cielos, concretamente la dorada, la más

importante de las dos. Pero, como digo, me parece que usted ya sabía eso, ¿cierto, señor Jules? Cuenta la historia que, Jesucristo le dio esas llaves a San Pedro para que cuidase bien de su reino, para que cuidase bien de a quién dejaba pasar y a quién no, ¿me equivoco, señor Jules?

Jules se quedó mirando al doctor en historia y trató de interpretar qué era exactamente lo que estaba insinuando y cuáles eran sus intenciones. Porque, en esos momentos, Jules se sintió como si estuviese siendo interrogado por los mejores agentes del FBI como principal sospechoso del asesinato de por ejemplo un viejo anticuario. Por una parte, su instinto le decía que aquel hombre, como el gran historiador que era, tan solo quería saber, saber la trayectoria exacta de los hechos y encajar todas las piezas del puzzle, nada más. Draper odiaba que le tomasen el pelo y solo pretendía conocer la verdad, la única y auténtica verdad. Pero, por otra parte, ese tono entre incriminatorio y acusador que estaba empleando, le hacían pensar que quizá Draper ocultase algo, que quizá supiese algo de aquellos dos objetos, algo por lo que valiese la pena cerrarle para siempre la boca a un insignificante jovencito sin nada mejor que hacer que amarrarse con todas sus fuerzas a una tiñosa mochila.

—Le seré franco, señor Draper, y ruego que me perdone por no haberle contado la historia al completo desde el principio —Jules tomó algo de aire y trató de ser más convincente. Si algo se le daba bien y hacía constantemente, era imaginar historias—. Efectivamente, antes de venir aquí, ya sabía que esa llave era igual a las llamadas llaves de San Pedro y que dichas llaves aparecen tanto en el escudo del Vaticano como en muchos de los escudos papales. Por otra parte, la moneda no tengo del todo claro si se trata de un sello papal, en este caso, del mismo papa al que perteneció la llave, o si por el contrario es tan solo una moneda sin más, una moneda antigua, claro está. Siento no haberle dicho todo esto antes, señor Draper, pero siéndole sincero, he hecho estas averiguaciones por mi cuenta y... —Jules volvió a encogerse sobre la silla aplastando aún más la mochila sobre su pecho—. Lo cierto es que me daba una vergüenza tremenda que me hubiese equivocado en mis indagaciones y usted...

se riera de mí... —Jules bajó de nuevo la mirada y escuchó cómo el doctor soltaba un suspiro cargado de condescendencia. Un suspiro casi paternal.

—Señor Jules, no diga eso, yo nunca me reiría de usted, de hecho... estoy impresionado si es cierto que ha averiguado todo esto usted solo. ¿Sabe? No todo el mundo tiene lo que yo llamo ojo clínico para la historia, pero me atrevería a decir que usted va bastante sobrado de ello.

Jules levantó la vista y vio cierta bondad en esos juveniles y oscuros ojos de Draper.

—Gracias, doctor Draper, gracias por todo y por... sus palabras...

—No tiene por qué dárme las, señor Jules. A propósito, y siguiendo con esos dos objetos, si estoy en lo cierto, me temo que lo que usted trataba de saber exactamente era a qué papa en concreto perteneció tanto la llave como la moneda, ¿cierto? Porque, tenga por seguro que tanto la moneda como la llave pertenecieron al mismo papa —dijo Draper con rotundidad y una bondadosa sonrisa.

—Así es, señor Draper, ni idea de quién podría ser el papa al que pertenecieron, ni mucho menos qué debió abrir exactamente esa llave, si es que abrió algo alguna vez, claro.

William Draper asintió en silencio. Parecía estar realmente impresionado con Jules, con su forma de hablar de la historia, sus ganas de saber, igual que él cuando tenía su misma edad. Por un instante, Draper se vio a sí mismo como el chico que estaba abrazado a la mochila cagado de miedo y lleno de preguntas sin respuesta. Y eso le hizo sentir que, de algún modo, estaba realmente conectado con el universo, con la vida.

—Acompáñeme, señor Draper. Vamos a hacer un poco de historia —dijo el doctor, de nuevo con esa sonrisa paternal.

William Draper llevó a Jules hasta una dependencia a la que se accedía por una puerta contigua al «laboratorio» de Historia. Aquel lugar era algo así como un archivo, un almacén donde había almacenados documentos y libros que probablemente no eran consultados con tanta frecuencia como los que estaban en

las estanterías del «laboratorio». También podría ser que, esos libros y documentos estuviesen allí precisamente porque Draper no quería que nadie más que él los tocara. Una vez dentro, el doctor cerró la puerta con llave y Jules pensó de nuevo en eso de que si el doctor quisiera por algún motivo cerrarle la boca para siempre a un jovencito con un oscuro secreto entre las manos, aquella sería sin duda una gran oportunidad.

—Es para que nadie nos moleste, señor Jules, no se preocupe —dijo Draper, que parecía haberle leído la mente.

Fueron hasta el fondo de ese archivo y Draper le pidió a Jules que tomara asiento junto a una pequeña mesa que había en un rincón. El doctor desapareció de su vista momentáneamente y volvió a aparecer con un grueso libro al estilo del que un día fue propiedad del señor Budkins y que ahora descansaba en el interior de su mochila.

William puso el libro sobre la mesa, lo abrió y empezó a pasar páginas en el más absoluto silencio. Jules se fijó en cómo el doctor pasaba las páginas, casi con veneración, con sumo respeto a cada una de esas hojas. Jamás había visto a nadie tan entusiasta con aquello a lo que se dedicaba. William Draper había nacido para el estudio y la construcción de la Historia, de eso no había duda.

Tras unos minutos de absoluto silencio y de no escucharse nada más aparte de sus propias respiraciones y el ruido de las gruesas páginas al pasar, Draper se detuvo en una de ellas y levantó la vista en dirección a Jules.

—Aquí está, señor Jules, lo tenemos —aseveró el doctor con seguridad.

Jules sonrió y se acercó hasta él, hasta esa página por la que tenía abierto ese bonito y casi mágico libro.

En la página de la izquierda había un dibujo que era el retrato de un peculiar y enigmático hombre. Su mirada era poco menos que inquietante. Bajo ese retrato, estaba su nombre. Papa Silvestre II. Gerberto de Aurillac.

—Si no me equivoco, y como puedes comprobar, la llave que tú tienes es exactamente igual a la que se le atribuye al escudo del Papa Silvestre II, al llamado Papa Mago o, también, Papa druida. Gerberto de Aurillac fue un papa

francés que estuvo al mando de la iglesia católica alrededor del año mil después de cristo. Fue un papa polémico, como muchos otros, pero lo que distinguió a Silvestre II del resto, fue sin duda las diferentes leyendas que se forjaron entorno a su figura.

Jules abrió mucho los ojos en un claro signo de sorpresa y de fascinación. Si William Draper iba a hablarle de leyendas, ese era su tema.

—Gerberto de Aurillac estuvo rodeado de polémica y de diferentes... dejémoslo en, misterios, casi desde el principio, incluso según se dice, casi desde su nacimiento. Se le atribuyó estar en posesión de conocimientos que no estaban al alcance de ningún otro ser humano, como por ejemplo su avanzada sabiduría en los números, la astronomía y la química. En realidad, la explicación que se le dan a todas esas leyendas, es que Gerberto tan solo fue un gran científico, uno muy bueno, por cierto. Un gran matemático que había pasado horas y horas de su vida al estudio y al aprendizaje de diferentes ciencias. Y eso ocurrió precisamente en una época de cambio, de mucho recelo y muchas leyendas y creencias en el más allá. Supongo que el cambio de milenio, tal y como nos pasó a nosotros con el año dos mil, trastornó un poco a la gente de la época, y se empezaron a decir cosas de Gerberto... cosas realmente malas...

Jules sintió cómo su corazón se aceleraba por momentos. La historia que Draper le estaba contando no solo lo tenía totalmente intrigado, sino que estaba empezando a asustarlo.

—¿Qué cosas? ¿Qué cosas se decían de él? —preguntó Jules casi con voracidad. El doctor Draper sonrió al ver el hambre de saber del chico.

—Se empezó a decir que Silvestre II había hecho un pacto con el diablo, un pacto con el propio Satanás. Decían que había vendido su alma a cambio de obtener el conocimiento, el saber. A cambio de todas esas cosas que había aprendido en algún lugar y que lo colocaban en clara ventaja no solo con respecto a sus competidores por hacerse con el trono de la iglesia, sino también con respecto a la mayoría de los mortales. Estamos hablando de una ventaja, claro está, intelectual. Se decía también que... el propio Silvestre II, era el

anticristo del que se hablaba en el libro del Apocalipsis.

Draper hizo una nueva pausa que aprovechó para contemplar de nuevo esa llave y lo que se decía en aquel viejo libro.

—Obviamente, señor Jules, todo aquello no eran más que historias sin un fundamento de peso, historias de una época en constante cambio dichas por una gente atemorizada muchas veces por la propia iglesia, una gente con un miedo terrible a quemarse para siempre en el infierno, a arder envueltos por sus propios pecados. También es cierto que, todas estas leyendas, tuvieron cierta repercusión, una repercusión algo mayor de lo habitual para la época.

—¿Mayor de lo habitual? ¿A qué se refiere?

—A que esas leyendas se hicieron, como se diría hoy en día, virales. Todo el mundo empezó a hablar de Silvestre II y de su posible vinculación con Satanás y con el llamado Anticristo. Para que te hagas una idea, multitud de iglesias y de catedrales conservan a día de hoy grabados y cuadros en los que está representado Silvestre II junto a la figura del diablo. Aquello se extendió a lo largo y ancho de todo el planeta y se empezó a urdir seriamente un plan... dios, un plan para acabar con la vida de Silvestre II. Sí, he de reconocer que la historia no solo es fascinante sino que, muchas veces, también aterradora. En fin, el caso es que, y esto es lo que más nos interesa, se dijo que Gerberto, antes de morir, encerró algo en una caja, algo realmente peligroso o, quién sabe, tal vez al propio demonio. Se habló mucho del lugar al que fue a parar la llamada «Caja de Gerberto», durante un tiempo, al menos, pero después, como por arte de magia, todo el mundo dejó de hablar de aquella historia, de Gerberto y, por supuesto, de la caja. Al parecer, la gente olvidó, o simplemente siguió hacia delante y empezó a pensar en otras cosas, ya sabes, cambiaron una leyenda por otra y esta empezó a caer en el olvido. Lo cierto es que cuando lo pienso, aquel debió ser un caso sonado y nunca ha dejado de llamarme la atención que la historia que acabo de contarte no pasara nunca de ser tan solo una leyenda. Ni se escribió formalmente de todo aquello ni tampoco hay documentos ni nada sobre lo que sustentar lo que en realidad pasó. También he de decir que corría otro rumor, uno que decía que

aquella caja de Gerberto, no fue él quien la mandó construir, tampoco que allí estuviese contenido algún tipo de mal. Se dijo que lo que aquella caja era en realidad, era aquello que Jesucristo le entregó a San Pedro junto con las llaves del Reino de los Cielos. Eso mismo. Lo que fuese. Tal vez el propio Reino de los Cielos, tal vez algún tipo de poder sobrehumano.

William Draper hizo una pausa y sus ojos volvieron a recorrer las páginas por las que estaba abierto ese libro y la llave que Jules le había dado. Estaba cansado, esa fuerza juvenil en la mirada parecía haberse tomado un respiro y ahora solo quedaban las ganas de irse a casa.

Jules estaba sintiendo cómo ante él, acababa de abrirse un mundo nuevo, un mundo que, ahora ya no le quedaba ninguna duda, acabaría llevándolo de la mano al mismísimo Reino de los Cielos.

—Esto es todo lo que sé, señor Jules. Como ve, la Historia está llena de historias —dijo Draper con una sonrisa apagada—. Creo que debería irse a casa, señor Jules, se ha hecho un poco tarde y estarán echándolo de menos.

Jules respiró hondo y asintió en un claro gesto de gratitud y admiración hacia el doctor.

—Muchas gracias por todo, doctor Draper, pero todavía no me ha dicho si la llave... —A Jules le costó acabar la frase.

—¿Si la llave es real? Por supuesto que lo es, ¿no la ve? ¿No la tiene entre sus manos? Claro que es real. Pero, señor Jules, no piense ni por un momento que esa llave abre algo y que ese algo está en algún lugar al que usted pueda tener acceso. Puede que esa llave perteneciese a Silvestre II y que por alguna razón acabó en manos de la abuela de su amigo, claro que sí, por qué no, pero no se piense ni por un instante que hay algo de cierto en todo lo demás, señor Jules, ya le he dicho que son solo leyendas, el mundo está lleno de ellas, ya lo sabe. Hágame caso, váyase a casa a descansar y continúe con sus estudios, veo mucho potencial en usted, de verdad, aprovéchelo. Cojan usted y su amigo esa llave y esa moneda y véndansela a algún museo, qué demonios, véndanmela a mí si quieren —dijo Draper volviendo a sacar esa sonrisa apagada—. Pero no pierda

el tiempo pensando en que hay algo más, señor Jules. La vida real ya es bastante compleja y difícil de entender como para pensar en historias de brujas y de fantasmas.

Jules atendió con respeto las últimas palabras del doctor William Draper.

—Muchas gracias por todo, doctor. Descuide, no perderé el tiempo en buscar algo que no existe. Buenas noches, William.

—Buenas noches, señor Jules, ha sido un verdadero placer poder hablar con usted.

Cuando Jules estuvo de nuevo en la calle y pudo respirar el aire limpio, sintió que, efectivamente, la caja de Gerberto o esa misteriosa puerta que daba acceso al Reino de los Cielos existían en algún lugar cercano a él, y se dedicaría en cuerpo y alma a encontrarlo.

En su cabeza parecía haber quedado atrás el miedo que lo invadió cuando descubrió el cuerpo de Eva, cuando descubrió lo que le había pasado por algo que, tal vez, era exactamente lo mismo que él ansiaba tener, que él ansiaba encontrar por encima de todo.

2

Los padres de Eva

Jules compartió con Billy y con Hunter todo lo que le había contado el doctor William Draper y los dos se quedaron bastante impresionados con la historia del Papa Silvestre II y, también, con que tal vez, esa llave y esa moneda que ahora tenían en su poder, pudiesen haber pertenecido a alguien que vivió hacía más de mil años. Lo cierto es que sintieron auténtico vértigo solo de imaginárselo. A veces, los objetos, algunos objetos, tenían el extraño poder de transmitir ciertas cosas, contar algunas de las cosas de las que habían sido testigos a lo largo del tiempo. Billy tenía esa certeza, ese pleno convencimiento,

pero con la llave y la moneda, de momento nada.

Los tres coincidieron en que si querían seguir el rastro de esa llave para saber hasta dónde llegaba, descubrir hasta dónde les llevaba, tenían que seguir irremediablemente los pasos que siguió Eva Goth, su antigua propietaria, y eso pasaba por hacerle una visita a quienes mejor la conocían, sus padres. Habría que seguir los pasos de Eva y, también de Scott, pensó Billy para sus adentros. Todavía no les había dicho nada a sus amigos de esa relación entre su hermano y Eva ni, obviamente, de las fotos que había encontrado, pero pensó que tal vez ya iba siendo hora de abrir un poco la boca y empezar a ser un poco más sincero con sus dos únicos amigos, los mismos que confiaban en él a muerte y que lo seguían incluso en la más oscura de las noches.

Justo antes de llegar a la casa de los padres de Eva, se produjo una situación bastante incómoda que pareció separar un poco esa fraternal unión que se había forjado entre ellos durante los últimos días. Y fue a tan solo unos metros de su misma puerta.

—¿Me devuelves la llave y la moneda, por favor, Jules? —dijo Billy, con educación pero casi dándole una orden.

Jules se quedó un momento mirándolo a los ojos y después trató de observar la expresión de Hunter, que parecía tener la cabeza en otra parte.

—¿Te importaría si las guardase yo, Billy?

—Oh, no, claro que no, Jules, por supuesto que no me importaría, pero devuélvemelas, anda —dijo Billy con una sonrisa de seguridad, autoritaria.

—¿Por qué tienes que guardarlas tú y no yo?

Billy lo miró, después miró a Hunter y después sonrió con sorna mirando al suelo.

—En primer lugar, Jules, las guardo yo porque yo fui quien dijo de ir a abrir la tumba de Eva, no sé si te acuerdas, y en segundo lugar, las guardo yo porque te recuerdo que fui yo quien se ensució las manos para encontrarlas mientras tú y Hunter estabais dios sabe dónde, yo fui quién metió las jodidas manos entre los restos de Eva para llegar al fondo de todo este maldito asunto. Así que, me

parece que si no tienes razones de peso para decir lo contrario... ya estás tardando en darme la llave y la moneda —concluyó Billy endureciendo el rostro y alargando la mano con la palma hacia arriba.

Jules soltó un suspiro cargado de rabia y de impotencia, pero hizo lo que Billy le pedía. Sacó la llave y la moneda y se las dio de malas maneras. Hunter observaba atónito la escena y decidió no posicionarse a favor de ninguno. Aunque por su cabeza pasó la idea de, para no discutir, ¿por qué no podía ser él quien custodiase los dos objetos?

De repente, parecía haber brotado en los tres las ansias y las ganas de adueñarse de ese par de objetos que, por otra parte, todo indicaba a que habían conducido a la muerte a su anterior propietaria. Tal vez fuese debido a la edad, a esa época en el que se está abandonando para siempre el país de nunca jamás o, quizá, fuese otra la causa de esa súbita necesidad por poseer esos dos trozos de viejo metal.

Con ese pequeño tema resuelto, por el momento, se presentaron frente a la casa de los padres de Eva y cuando les abrieron la puerta y vieron la tosca silueta que apareció tras la puerta mosquitera, los tres se quedaron pensando que a lo mejor no había sido demasiado buena idea presentarse allí sin avisar y sin saber siquiera ni qué decir.

Aunque no todos ellos eran tan inocentes ya.

Fue Billy, de nuevo, quien dio un paso al frente. Y lo mejor que se le ocurrió fue sencillamente decir la verdad, una verdad a medias y que ni tan siquiera conocían los que se supone que eran sus mejores amigos. Pero si estaban juntos en aquello y juntos iban a llegar hasta el final, lo mejor sería ir enseñando qué cartas escondía cada cual.

—Buenas tardes, señor Goth, ¿podríamos pasar un momento? Quisiéramos hablar con usted sobre un tema importante —Billy no hubiera querido entrar así, de ese modo, pero pensó que mejor eso que andarse con mentiras para después ser echado a patadas de aquella casa.

—¿De qué tema?

—Señor Goth, ¿podríamos hablar dentro si no es mucho pedir?, es un tema un poco sensible y... no creo que sea apropiado hablar de ello aquí en mitad de la calle. Le aseguro que nos iremos enseguida y que no hemos venido a crear problemas. Solo hablar de un tema importante, solo eso.

Johnston Goth les hizo pasar y se aseguró de que los tres veían bien la escopeta que tenía apoyada sobre el marco de la puerta. Se sentaron juntos en un estrecho sofá y Johnston hizo lo propio en un elegante y hundido sillón frente a ellos. Tenía remaches de latón por todos lados que contrastaban muy bien con el verde oscuro del tapizado.

—Clarice, Clarice —dijo Johnston levantando un poco el cuello y la voz.

—¿Sí, Johnston? —preguntó una voz de mujer desde otra parte de la casa.

—Trae un poco de café y unas pastas si eres tan amable, por favor.

—¿Café y pastas? ¿Ahora?

—Sí, para la visita.

A tan solo unos cuantos metros se escuchaba el ruido procedente del movimiento de platos, cacerolas y sartenes. Un ruido que, se detuvo casi inmediatamente.

—Bien, vosotros diréis —dijo Johnston apoyando sus dos grandes manos sobre los reposabrazos del sillón. Su prominente abdomen subía y bajaba haciendo un recorrido bastante considerable con cada respiración. Su frondoso y descuidado bigote, entre el amarillo y el blanco, le tapaba casi toda la boca. Tenía los pelos tan gruesos como los de una escoba de paja para barrer el jardín.

Billy no pudo evitar que sus ojos volaran de parte a parte de ese salón en el que, un día, vivió, creció y sonrió la joven Eva Goth. La mujer a la que amaba su hermano. La mujer de la que, ya no tenía ninguna duda, estuvo completamente enamorado su hermano. Eso hizo que se le formara un pequeño nudo en la garganta y que lo invadiesen unas terribles ganas de llorar. Unas ganas como nunca antes había sentido. Se imaginó a Eva entrando a hurtadillas en casa pasadas la medianoche y cruzando de puntillas ese salón para no hacer ruido después de haber llegado tarde tras esa primera cita con ese chico, con el chico

malo y atractivo del que todo el mundo hablaba. Scott King.

—Verá, señor Johnston, usted no me conoce, pero el caso es que ahora hacen aproximadamente diez años que murió...

El señor Goth abrió mucho los ojos y clavó sus uñas en los reposabrazos del sillón al escuchar esas palabras, como si acabasen de echarle un poco de sal a esa herida que jamás se cerraría. Su mujer, Clarice Goth, apareció por la puerta del salón antes de que Billy pudiese terminar la frase.

—¿Qué visita, Johnston? ¿De qué visita me estás hablando? —preguntó la señora Goth con una sonrisa tan triste como apagada. Su rostro se ensombreció de golpe cuando vio a los tres chicos que estaban sentados en el sofá, sobre todo cuando sus ojos se detuvieron en el rostro de uno de ellos.

Billy alzó la mirada y pudo ver cómo la madre de Eva pasaba de la tristeza a la furia en milésimas de segundo.

—Johnston, ¿quiénes son estas personas? ¿Por qué las has dejado entrar?

—Eso mismo me pregunto yo, Clarice, dicen que han venido a hablar de algo importante. Pero, no sé, estoy empezando a pensar que no ha sido muy buena idea dejarlos pasar.

Clarice se acercó un poco más y se situó a un lado de su marido. Se quedó observando fijamente a Billy, que trató de aguantarle la mirada, una mirada cargada de pena, de tristeza, de condolencia. Hunter y Jules se miraron y se preguntaron internamente qué demonios estaba pasando allí y por qué esa mujer miraba de esa forma a Billy.

—Señor y señora Goth, no hemos venido ni a molestar ni a crear problemas —dijo Billy tratando de controlar ese tono de voz que no siempre era bien recibido. Al menos se había acordado de quitarse los guantes de cuero recortado, aunque, el pendiente de la cruz sí lo llevaba—. Hace poco se cumplieron diez años de la muerte de mi hermano, un hermano al que no tuve la oportunidad de conocer tanto como me hubiese gustado, al que apenas tuve la oportunidad de conocer, de hecho —En los ojos de Billy se habían empezado a dibujar la silueta de dos grandes lágrimas. Su voz temblaba—. Hace unos días encontré... encontré

un par de fotos en los que salían mi hermano Scott y... su hija, Eva.

Johnston Goth infló mucho el pecho y clavó sus uñas con más fuerza en los reposabrazos del sillón. Clarice se había tapado la boca con una mano y sus ojos se habían convertido en la viva expresión de dolor, del horror más grande jamás imaginado por una madre.

—Les aseguro que no estaría aquí si no fuese porque... lo echo mucho de menos, echo de menos cada parte de él, cada uno de esos segundos que me perdí, y no hay nada que quiera más en esta vida que conocerlo a fondo, mantenerlo vivo en mi interior, en mi cabeza. Les ruego que me disculpen si esto les está causando dolor, no era esa mi intención, pero les juro que lo único que pretendo es conocer más cosas sobre él, saber si tenía algún tipo de relación con su hija, no sé, tal vez ustedes llegaron a conocerlo, tal vez su hija les habló de él alguna vez. Solo deseó eso, lo prometo, conocer cómo fueron esos últimos días, esas últimas semanas de vida de mi hermano. Si su hija fue importante para él, me gustaría saberlo, solo eso, porque en ese caso, también ella es muy importante para mí —Billy tenía la mirada completamente llena de lágrimas. Hunter y Jules se miraron y después llevaron sus ojos al suelo. No tenían ni la menor idea de que el hermano de Billy y Eva se conocieran, ni mucho menos que hubiesen podido tener una relación. Más tarde hablarían del asunto con Billy, más que nada porque esa falta de confianza en ellos, dolía, y porque, algo había empezado a coger forma en su interior, tal vez la idea de que las intenciones de Billy con todo lo relacionado con la tumba de Eva no fuesen las que ellos creían. De algún modo se sintieron terriblemente manipulados y traicionados, aunque ver llorar y sufrir a Billy de esa manera parecía estar equilibrando un poco esa balanza que llevaba por nombre confianza.

Clarice Goth se quitó la mano con la que había estado tapando su boca y señaló a Billy con un dedo. Además del dolor, de esa insoportable forma de dolor, en su expresión ahora también había llegado la rabia. La ira infinita.

—Tú. Tú, maldito seas, maldita sea toda tu familia. Eres igual que tu hermano, los dos iguales —Clarice estaba levantando la voz y acercándose a

Billy apuntándolo con un dedo—. Tu maldito hermano fue quien la llevó por el mal camino, él fue quien nos robó a nuestra pequeña, él fue quien nos la robó. ¡Maldito seas, malditos seáis los dos! ¡Él me la robó y luego nuestra pequeña murió! ¡Maldito seas, malditos seáis los dos!

Clarice había llegado hasta Billy y no pudo evitar romper a llorar con fuerza mientras empezaba a darle fuertes manotazos sobre sus hombros y sobre su pecho. Billy tan solo agachó la cabeza con los ojos llenos de lágrimas y la dejó hacer, dejó que lo golpease todo lo que necesitase. En aquel momento, de algún modo, pudo sentir el horrible e insoportable dolor de Clarice Goth. Pudo sentirlo con toda su crudeza. Y si unos cuantos golpes podían hacer que se sintiese mejor, adelante con ellos.

—Clarice, ya está bien. Para —Johnston se había levantado y trataba de contener a su mujer rodeándola con sus fuertes brazos, que no dejaba de gritar y de llorar. Él también tenía los ojos cubiertos de lágrimas, pero aguantaba, de algún modo aguantaba—. Por favor, Clarice, para ya, el chico no tiene la culpa de lo que pasó. Clarice, por favor, para de una vez —La voz de Johnston estaba cada vez más empañada y no tardaría demasiado en romper también a llorar.

—Lo siento, Clarice, lo siento mucho, siento muchísimo lo que le pasó a su hija, lo siento desde lo más profundo de mi corazón —Billy no pudo evitar romper a llorar desconsoladamente mientras miraba a la madre de Eva a los ojos. Suplicándole un perdón heredado. Rogándole que aceptara unas disculpas que no eran suyas, sino de parte de su hermano. Hunter y Jules no sabían ni dónde esconderse. Jamás habían visto llorar a Billy. Un llanto que, definitivamente, estaba equilibrando la llamada balanza de la confianza.

Johnston logró calmar a su mujer de forma casi milagrosa. A pesar de su ruda apariencia, tenía una sensibilidad especial para consolar. Estuvo besando la frente de su mujer y dándole todo el amor que pudo reunir hasta que pudo calmarla lo suficiente para poder recuperar un ritmo respiratorio normal, para poder hablar.

Billy les pidió disculpas de nuevo y les dijo que se marchaban, que había sido una idea horrible ir hasta allí. Pero, sorprendentemente, los dos le dijeron que se quedaran, que tal vez, ya que se habían tomado la molestia de ir hasta allí, podrían hablar un poco.

Entre Clarice y Johnston prepararon un poco de café que acompañaron con unas pastas de mantequilla hechas a mano por la propia Clarice. Resultaba tremendamente tierno ver cómo la pareja, a pesar de todo por lo que había tenido que pasar, seguía amándose y con ganas de seguir cuidando el uno del otro, con ganas de seguir viviendo un poco más, aunque solo fuese para no dejar al otro solo. Pasar por la pérdida de una hija a una edad tan temprana y de una forma tan inesperada, era algo tan horroroso que, si no te mataba en el acto, te consumía poco a poco hasta dejarte completamente vacío de vida. Pero esa pareja ahí estaba, como el último barco en pie después de la gran tormenta, aguantando hasta el final.

Johnston se encendió un cigarrillo sin filtro mientras probaba la temperatura del café con los labios. Era ese tipo de tabaco negro que, si no estás muy acostumbrado, es capaz de abrirte un boquete entre pulmón y pulmón.

—Johnston, ¿cómo habíamos quedado tú y yo con el tabaco? —Clarice había parado de llorar, pero bajo sus dos ojos habían aparecido un par de enormes bolsas fruto de lo castigada y descolgada que tenía esa zona de la cara como consecuencia de horas y horas de interminables llantos.

—Clarice... es solo uno, con el café.

—Johnston, no me gusta que fumes, ya lo sabes, algún día el tabaco acabará por matarte.

Johnston movió el cuello hacia ambos lados mientras chupaba la improvisada boquilla de ese cigarro sin filtro.

—No, Clarice, el tabaco no me matará, no. Si no lo ha hecho ya a estas alturas, ten por seguro que ya ha perdido la batalla.

—Lo que tú digas, Johnston —dijo Clarice mientras cogía la taza de café de una forma muy delicada. Con su mano derecha sujetaba el asa y la izquierda la

tenía bajo la base. Parecía una distinguida cortesana inglesa.

Jules, Hunter y Billy se sirvieron un café y cogieron una pasta cada uno. Estaban realmente exquisitas. Había de diferentes formas y sabores. Unas con azúcar por encima, otras con una fina capa de chocolate y otras espolvoreadas con canela, entre unas cuantas más. Jules y Hunter se decantaron por una de las que tenían una pequeña cereza confitada encima, Billy cogió la más sencilla, la que tan solo estaba ligeramente dorada por la parte superior, curiosamente la misma que, sin él saberlo, solía coger su hermano Scott. Clarice las hacía por puro entretenimiento, y porque le recordaban a su hija. Hacer pastas de mantequilla era algo que siempre habían hecho juntas desde que Eva apenas llegaba al metro de altura, siempre fue como un ritual privado entre madre e hija, era «algo de ellas». Pero Eva ya no estaba, aunque eso no había impedido que hasta la fecha, Clarice continuase con ese pequeño ritual, en su honor, conservándola con vida cada uno de sus días.

Clarice se había levantado a por un bonito retrato de Eva que tenían sobre un mueble del salón. Sobre el mueble santuario del salón, para ser exactos. Sujetaba la fotografía con las manos sin poder evitar que se le dibujase una tierna sonrisa en la cara. Ya que iban a hablar un poco de su hija, al menos, que todos los allí presentes vieran bien quién era y lo hermosa que era. Clarice tenía el pelo completamente gris y la cara surcada de arrugas, pero si uno era capaz de quitarle unos cuantos años de encima, de hacer que ese pelo volviese a tener su color rojizo habitual, y que ese rostro volviese a irradiar la felicidad y alegría con las que un día brilló, entonces se podía adivinar lo extraordinariamente bella que debió ser.

—Eva siempre fue un poco por delante en todo —Clarice hablaba mirando la fotografía de su hija. En su cara había aparecido una expresión agradable, tranquila, bondadosa—. Faltaban aún casi dos meses para llegar a su primer año de edad cuando dio sus primeros pasos, sí, siempre fue por delante en todo. Cuando empezó a ir al colegio, algunos de los padres y también algún que otro profesor, empezaron a decir que Eva no tenía la edad que yo decía que tenía.

Estaban completamente convencidos de que era al menos un año mayor que el resto de su compañeros, algunos aseveraban que era dos años mayor, por lo menos. No podían aceptar que ella aprendiese a leer y a escribir tanto tiempo antes que el resto, no podían aceptar que ella fuese, sencillamente diferente — Clarice sonreía con nostalgia recordando aquellos tiempos—. Para cuando empezó el instituto, Eva ya había sido confundida en más de una ocasión por una universitaria o, quién sabe, quizá por alguien incluso mayor. Recuerdo que un día me confesó que un par de compañeros suyos la habían confundido con la profesora de álgebra el primer día de clase. Dos años más tarde, nadie dudaba de que, definitivamente, Eva era mayor que el resto. No solo era por lo rápido que aprendía o por lo desarrollado de su cuerpo que, como podéis ver, tenía todo el aspecto de una mujer completamente desarrollada y en el cénit de su vida, no, no por eso, sino por su madurez mental, por eso es por lo que todo el mundo le echaba más años.

Clarice hizo una pausa para coger aire. Apretó la foto contra su pecho y cerró los ojos con suavidad. Ternura. Parecía estar sintiendo a su hija en ese preciso instante. Johnston aprovechó para encenderse otro de esos consistentes cigarros sin filtro. Qué caray, pensó, un día es un día y, no todos los días hablamos de Eva de esta manera, además, el tabaco, si no me ha matado ya, no me matará, no señor.

—Era una chica muy madura para su edad, ya lo creo. Siempre tan responsable, siempre tan atenta y tan consciente de todo aquello que la rodeaba, de este mundo que nadie entiende. Pero llegó un día en que todo eso cambió...

El rostro de Clarice pareció ensombrecerse. Dejó la fotografía sobre la mesa y se rellenó la taza de café. Todos los allí presentes intuían de quién iba a hablar a continuación.

—Todo cambió cuando conoció a Scott, a Scott King —dijo Clarice mirando a Billy fugazmente—. Yo no me enteré hasta que llevaban un tiempo. Y eso fue algo que al principio me costó entender, que me costó asimilar, porque Eva siempre me lo contaba todo, siempre. En cambio, nunca supe por qué tuvo

miedo de decirme que había empezado a salir con un chico... supongo que era porque Scott King no era alguien que gozase de muy buena fama y pensó que, tal vez, tanto yo como Johnston podríamos oponernos a esa relación. El caso es que empezó a salir más y a volverse más introvertida, era como si de repente, la Eva que conocíamos, nos la hubiesen cambiado por otra, otra más rebelde, más arisca y mucho menos cariñosa. Le he dado muchas vueltas al asunto, pero supongo que debió ser cosa de la edad, Scott era el primer chico con el que estaba y ella debía estar en plena fase de descubrimiento de su sexualidad, tampoco era tan raro que se comportase un poco diferente después de todo, ¿verdad? —preguntó Clarice mirando de nuevo a la fotografía de su hija—. El problema de la gente tan madura, responsable y consecuente con lo que hace, es que no se le permite hacer ninguna locura, no se le tolera que haga o diga algo inesperado. Es como si se volviesen esclavos de su propia bondad, esclavos de su propia sensatez. Algo así debió pasarle a Eva, todos esperábamos de ella que hiciese, dijese o se comportase de una determinada manera y nunca pensamos que a lo mejor también podía querer cometer alguna pequeña locura de vez en cuando. Scott King fue esa pequeña locura, no querer hablar de él su pequeño secreto, su pequeña insensatez... y eso fue lo que la llevó a la muerte...

Clarice no pudo evitar romper a llorar otra vez, pero fue un llanto mucho más contenido que el que había tenido hacía tan solo un rato. Cogió un pañuelo de papel y se secó las lágrimas con clase, con elegancia.

—Ya está, Clarice, ya está. No fue eso la que la mató, ya lo sabes, ya sabes lo que dijeron los médicos. Ya está, Clarice, ya está —Johnston trató nuevamente de consolar a su mujer con esa tierna y agravada voz. Frotó con suavidad su hombro y ella lo miró con cierto recelo cuando dijo eso de «ya sabes lo que dijeron los médicos».

—Yo ya no sé lo que pasó o dejó de pasar. Solo sé que Eva empezó a cambiar y que cuando descubrí que el motivo de su extraño y nuevo comportamiento era que había empezado a salir con Scott King, no pude evitar pensar que aquello traería problemas, que aquello no sería bueno para ella... y

eso fue lo que terminó pasando...

Billy no pudo evitar bajar la mirada con tristeza. Tristeza y también dolor. La mujer que tenía a un metro escaso, la madre de la que fue la mujer a la que amaba su hermano, estaba completamente convencida de que fue Scott el causante de su muerte. Y así se había pasado nada más y nada menos que los últimos diez años.

—Clarice, Clarice, no digas eso del chico, no digas eso, Clarice, acuérdate cuando lo conocimos, cuando Eva nos lo presentó —Johnston le habló a su mujer con ese tono tranquilizador. Ella le devolvió una bonita mirada y sus labios describieron una tímida sonrisa, una preciosa y encantadora sonrisa. Billy no pudo evitar pensar que con una sonrisa parecida debió cautivarlo al menos treinta años atrás. Johnston no dormiría ni un solo minuto durante aquella noche y Clarice se quedaría durante horas esperando asomada en la ventana de su habitación a que ese chico que acababa de conocer hubiese sentido exactamente lo mismo que ella y se armase de valor para ir hasta allí a medianoche, aunque solo fuese por consumir la remota posibilidad de verla allí asomada. Esa noche, Clarice se iría a la cama con cierta tristeza, pero a la mañana siguiente, cuando la despertó el trino de los pájaros con los primeros rayos del sol, abriría la ventana y, junto al poyete de piedra, recogería el hermoso ramo de amapolas que alguien había dejado allí misteriosamente, mientras ella aún dormía.

—Sí, lo cierto es que cuando supimos que Eva salía con Scott, nos cogimos un buen enfado, uno de los buenos. Pero cuando nos lo presentó y pudimos conocerlo en persona... —Clarice levantó una mirada en dirección a Billy cargada de recuerdos, de sueños rotos e inacabados. Estiró el brazo y acarició sutilmente su mejilla—. Lo cierto es que cuando lo conocimos nos llevamos una gran sorpresa con él. Debajo de esa chaqueta de cuero, esos guantes recortados, el pendiente en la oreja, la moto y... y toda esa fama que le habían colgado, debajo de todo eso se escondía un gran chico, ya lo creo que sí —Clarice volvió a mirar a Billy con ternura—. Y lo mejor de todo es que a Eva la trataba con extremada veneración, la trataba como si ella fuese su única razón para vivir.

Jamás escuché que le dijese una palabra más alta que la otra o que le faltase el respeto de alguna forma, todo lo contrario, la trataba tan bien que incluso, he de reconocer, en ocasiones me molestaba. Me molestaba porque... —A Clarice le estaban empezando a caer de nuevo las lágrimas. Su voz también había empezado otra vez a temblar—. Me molestaba porque no encontré ni una sola razón para que se alejara de ese chico, porque veía que llenaba a Eva de una felicidad tan grande como nunca antes había visto, como yo nunca podría darle... dios... que dios me perdone, pero esa fue una de las razones por las que yo seguí insistiéndole en que no me gustaba que saliese con chicos mayores que ella, que todavía era muy joven para mantener una relación seria...

Clarice se llevó las manos a la cara y trató de serenarse de nuevo. Los recuerdos y la emoción estaban siendo tan intensos que apenas podía encadenar tres o cuatro palabras seguidas sin que se le enturbiara la voz.

—Recuerdo que aproximadamente un mes antes de su... de su muerte, debió de pasarle algo, algo de lo que nunca tuve conocimiento. Empezamos a notar a Eva más preocupada, más esquiva todavía, más introvertida. A pesar de que ya conocíamos a Scott, no quería traerlo a casa. Johnston y yo empezamos a pensar que habían discutido, que estaban atravesando una de esas crisis tan dolorosas que se tienen en el primer amor, incluso llegamos a pensar que... dios... que Scott le había hecho daño de algún tipo y tenía miedo de confesárnoslo. Aunque, he de admitir que, a pesar de que en cierto modo hubiese deseado que ese chico tuviese ciertos defectos, en mi cabeza no entraba que hubiese podido hacerle algo así a Eva. Ella apenas comía, su piel y su pelo perdieron parte de su brillo habitual, incluso pareció que había dejado de arreglarse o de querer estar bella. Era como si estuviese atravesando una especie de depresión, una de esas profundas depresiones que a veces tienen los adolescentes y la gente joven, tan intensa y poderosa como vacía de motivos o causas reales. Pero nunca nos contó nada, nunca nos dijo lo que le pasaba. Un par de semanas después de que aquello empezara, fue cuando falleció tu hermano.

Clarice miró de nuevo a Billy, que tenía, en el más completo de los silencios, los ojos llenos de lágrimas. Acarició de nuevo su mejilla y le dijo «lo siento muchísimo», pero eso se lo dijo solo con la mirada, aunque Billy supo interpretarla perfectamente.

—Johnston y yo estábamos convencidos de que le había pasado algo, algo grave que en cierta manera la inquietaba y la perturbaba a partes iguales. No era posible que en tan poco tiempo hubiese pasado de ser tan feliz a estar tan sumamente apagada. Parecía estar siendo consumida día a día ante nuestros propios ojos, consumida por algo que no entendíamos ni comprendíamos, algo que nos estaba matando a nosotros también. Incluso nos dio la impresión de que vivía con miedo, en constante alerta, ella que siempre había sido confiada y optimista como nadie. Luego sucedió el horrible accidente de tu hermano, que en paz descansa —dijo Clarice mirando de nuevo a Billy con ternura—. Y eso no hizo sino agravar aún más el problema. Eva apenas salía ni comía, no quería ver a ninguna de sus amigas, ni siquiera a nosotros. La llevamos al médico hasta en tres ocasiones, y nos dijeron que solo estaba atravesando el duelo, que se recuperaría. Depresión. Eso es lo que dijeron que tenía. Dios... qué estúpidos pueden llegar a ser a veces algunos médicos. Depresión. Así, a secas. Como si nosotros, sus padres, no supiésemos cuánto de raro era el comportamiento de nuestra propia hija. A veces me daba la impresión de que estaban dando a entender que quizá, Johnston y yo podríamos no ser las personas más apropiadas para ayudarla o comprenderla, que quizá, solo quizá, tal vez formásemos parte del problema, y no de la solución.

Clarice hizo una nueva pausa que aprovechó para beber un poco de agua. Estaba llegando al final de su historia y daba la impresión de que hablar de ello no le estaba sentando del todo mal.

—Un día todo es maravilloso, todos tus sueños parecen a punto de hacerse realidad. Te acuestas con ilusión y te despiertas con una sonrisa en la cara. Tu vida es tan bonita que incluso parece de mentira, a veces incluso te sientes como en un sueño del cual, tienes la remota sensación, acabarás en cualquier momento

por despertar. Y eso fue lo que pasó una tarde, una oscura tarde. Eva había salido, no nos dijo ni adonde ni a qué ni si había quedado con alguien. Un par de horas después estaba llamando a la puerta un agente de policía. Sostenía su sombrero con las dos manos a la altura de la cintura. Estaba asustado, temblaba de arriba abajo antes siquiera de darnos la noticia que había venido a dar en su primera semana de trabajo.

Clarice negaba con la cabeza. Johnston cogió aire llenando su prominente abdomen y acarició la espalda de su mujer.

—Todavía hay días en los que me levanto y tengo la sensación de que solo estoy en medio de una horrible pesadilla. Ese policía nos dijo que habían encontrado a Eva sin vida cerca de nuestra casa, en un parque al que solíamos ir los tres cuando ella todavía era una niña. Los médicos dijeron que había sido un caso de muerte súbita. Yo no creía que algo así podía pasar, que algo así podía existir. Pero nos dijeron que no había duda al respecto. Eva tenía un defecto genético en el corazón que hacía que pudiese parársele por completo en cualquier momento. Dijeron que se le podría haber parado mucho antes, como también mucho después, pero se le paró en ese instante. No nos dieron más explicaciones y, lo cierto es que hubiésemos preguntado lo que hubiésemos preguntado, ya nada ni nadie nos la devolvería, ya nada volvería a ser como antes. Ya nada volvería a ser ni remotamente parecido.

Ya había empezado a anochecer cuando Clarice y Johnston agradecieron a Billy, Hunter y Jules la visita que les habían hecho. Les dijeron que hacía tiempo que no hablaban de esa forma tan sincera y abierta de la muerte de su hija y que eso les había hecho sentir bien. Extrañamente bien. Que sintieron algo parecido a cuando a un ex combatiente le quitan ese trozo de metralla que llevaba años alojado y abriéndose paso en su interior, la herida y los daños seguirán ahí para siempre, pero al menos, es posible que deje de crecer un poco cada día. Clarice le pidió disculpas a Billy por cómo lo había tratado y le dijo que podía volver a verlos cuando quisiese, Billy aceptó las disculpas y le aseguró que por supuesto

que volvería.

A ninguno de los tres se les ocurrió preguntar por el médico que practicó esa autopsia ni qué explicación les dieron al motivo de enterrar a Eva tan deprisa y en un lugar tan apartado como el de los tejos milenarios. Mucho menos se les ocurrió sacar el tema de si habían escuchado decir que habían enterrado a su hija con vida. Pero no les cabía ninguna duda de que alguien, en algún lugar, se había tomado las suficientes molestias para que todo pareciese perfectamente razonable y explicable, al menos a ojos de un matrimonio que estaba pasando por el más terrible de los horrores. Clarice les dijo antes de que se marcharan que tal vez dos de las mejores amigas de Eva podrían contarle más cosas que ella de la relación de su hija con Scott, de aquellas últimas semanas de vida, incluso a lo mejor, con un poco de suerte, podrían llegar a contarles el verdadero motivo de la extraña depresión por la que estaba pasando Eva. El problema es que de esas dos amigas, una estaba muerta, Rachel, aunque podían hablar si querían con la otra, Emily. No vivía demasiado lejos de allí y tal vez estaría dispuesta a recibirlos.

Cuando los tres amigos se sentaron en el Buick y emprendieron el camino a sus respectivas casas, a unos doscientos metros de distancia, las luces de un coche negro y alargado se encendieron. Esperó a que el Buick desapareciera de su vista, y arrancó.

Prácticas de tiro

Tanto la visita a la casa de los padres de Eva como lo que Jules contó acerca de la historia del papa Silvestre II y su posible vinculación con las llaves del Reino de los Cielos y el mundo de lo oculto, no hicieron sino aumentar el sentimiento que los tres tenían acerca de que había algo ante ellos realmente grande. Tan grande como peligroso. Pero aun así todo aquello tenía algo que los

atraía y los empujaba a querer saber más, a querer llegar hasta el final, hasta ese final en el que los esperaba la verdad.

Cada uno tenía sus motivos. Billy lo hacía porque necesitaba saber la verdad de lo que le pasó a su hermano y a su novia. Porque no podía dejarlo marchar así sin más, no podía dejarlo ir para siempre sin descubrir quién era y qué fue lo que le pasó. La muerte de su hermano, además, había destrozado completamente su familia y pensaba que, tal vez, cerrando ese triste capítulo de su vida podría reconducir sus vidas, volver a empezar otra vez desde el principio. Jules lo hacía porque necesitaba encontrar una salida a esa vida, a ese mundo que cada vez se le hacía más cuesta arriba. Cada día le costaba más ver esa pequeña luz en el horizonte hacia la que avanzar. Su familia era un completo desastre y su hermana estaba tan desatendida que si por alguna de aquellas, asuntos sociales tuviese conocimiento de las condiciones en las que vivía, no dudarían ni un solo instante en llevársela a un hogar o centro de acogida. Necesitaba abandonar para siempre ese lugar imaginario en el que se «refugiaba», pero para ello tenía que encontrar un sitio en el que poder vivir con su hermana. Un lugar en el que tuvieran cabida los dos y la vida no le pareciese tan mala. Pensó que, podría ser posible que tras esa cerradura que debía abrir esa llave, estuviese allí esperándolos ese lugar. Hunter, en cambio, lo hacía más bien por pura rebeldía. Una rebeldía nacida como reacción de supervivencia ante esa gran opresión con la que vivía. Pero eso era algo de lo que todavía no era plenamente consciente. Era algo que le salía de dentro, desde ese recóndito lugar en el que permanece y, en muchas ocasiones, se oculta, nuestra verdadera voluntad. Una parte de él quería hacer una de esas cagadas de las gordas de las que su padre nunca se cansaba de hablarle. Necesitaba cagarla a lo grande, necesitaba hacer justo lo contrario a lo que su padre deseaba. Un padre que cada vez lo asfixiaba más y más hasta el punto de que desde hacía ya algún tiempo, Hunter se despertaba en mitad de la noche con principios de ansiedad pensando que súper Grady estaba ahí de pie, observándolo junto a la puerta, cada uno de sus movimientos y cada uno de sus pasos. Como una figura omnipresente, un

dios todopoderoso acusador y condenatorio. Controlando su posición y su vida en todo momento. Se sentía como en el interior de una cárcel. Atrapado en una celda sin barrotes ni paredes. Pero una celda desde la que gritaba internamente al mundo entero que él también tenía una voz, él también tenía el derecho a tomar sus propias decisiones, porque él y nadie más que él era el dueño de su propia vida. Él, no su padre ni Billy ni ningún otro. Él.

Pero por encima de todo, los tres hacían aquello, esa búsqueda, porque estaban juntos en ello. Los tres se habían visto de la noche a la mañana involucrados en una oscura y peligrosa historia que los superaba por completo, aunque paradójicamente, precisamente aquello estaba haciendo que estuviesen más unidos que nunca. Se había creado un vínculo entre ellos que, sin ser muy bien conscientes, hacía que los tres estuviesen casi constantemente pensando en lo mismo, que los tres estuviesen temiendo de algún modo que, no solo pudiesen estar ellos mismos en peligro, sino también sus amigos.

Hunter, que esa mañana se había levantado precisamente en medio de uno de sus principios de ansiedad, recordó que en una ocasión le preguntó a Jules por qué le gustaban tanto las leyendas y las historias sobre mundos imaginarios y terroríficos. Jules le respondió de forma sencilla y natural, «porque me hacen sentir vivo». Hunter no entendió por aquel entonces nada de lo que eso podía significar. Tan solo asintió y pensó que aquello no era más que algo que Jules había escuchado decir en alguna parte. Pero ahora sabía perfectamente a qué se refería su amigo, ahora comprendía qué quería decir con eso de que las leyendas y las historias de terror le hacían sentirse vivo. La vida real podía llegar a ser sumamente tediosa y complicada, podía llegar a ser un completo aburrimiento y un camino plagado de trabas, obstáculos y piedras en el camino, pero cuando sentías el aliento del auténtico miedo en tu nuca, cuando sentías la presencia del verdadero horror a tan solo unos centímetros de ti, oh, entonces se despertaba algo en tu interior que te hacía desear con todas tus fuerzas continuar en este mundo, seguir vivo un día más, dar gracias por ver un nuevo amanecer y tener la

oportunidad de hacer bien las cosas por una vez. ¿Era eso, Jules? Era eso a lo que te referías, ¿verdad? Se dijo Hunter antes de que tres golpecitos en la puerta de su cuarto dieran pie a que antes de que pudiese siquiera contestar tuviese frente a él a su padre. Al incorruptible agente Grady de los cojones.

—Buenos días, Hunty, ¿has dormido bien?

—Buenos días, papá. Sí, bueno, yo...

—No haces buena cara.

—Ya, bueno yo, no he podido...

—Vístete, nos vamos.

—¿Cómo? ¿Dónde? Papá, he quedado con...

—Tienes diez minutos, Hunter. Ponte algo cómodo y lleva las botas que te regalé, quizá no volvamos hasta tarde.

El agente Grady no estaba de buen humor esa mañana. Lo mejor sería «no provocarlo» y obedecer en todo lo que dijera. Eso mismo le decía su madre desde que tenía uso de razón. «No provoques a tu padre, Hunter, hoy no tiene un buen día». ¿Que no lo provoque? ¿Yo? Pero si no he dicho ni he hecho completamente nada. Eso solía ser lo que pensaba. Pero eso era antes, ahora, tras muchos años de incompreensión, solo pensaba en «no provocarlo».

Hunter se vistió todo lo rápido que pudo con un nudo bien fuerte apretando de su garganta y otro de sus pelotas. Desde el preciso instante en el que habían abierto la tumba de Eva vivía cada segundo con el miedo a que su padre acabara descubriendo lo que habían hecho. Porque, Jeremiah podía tener a los mordedores, al menos a uno de ellos, pero su padre era un auténtico sabueso y, no le cabía la menor duda de que en el momento menos pensado, averiguaría lo que habían hecho. Seguro. Y con ese miedo vivía desde entonces cada minuto de su vida, pero era precisamente ese miedo lo que hacía que se sintiese más vivo que nunca. Era eso, ¿verdad, Jules? Ese miedo que te hace aferrarte con fuerza y dar gracias por estar aquí, ahora. Ese que te hace sentirte fuerte y querer dar solo lo mejor de ti.

Hunter se subió a la Pick-up de su padre y emprendieron el camino hacia un

antiguo campo de tiro del cuerpo de policía. Ese era el plan. El plan de Grady. Estaba a las afueras de Brooklyn, a unas dos horas en coche aproximadamente.

El viaje fue más que incómodo. Básicamente, Grady preguntaba con frases cortas y Hunter trataba de responder razonando de la forma más adulta de la que era capaz, pero sus respuestas rara vez obtenían nuevas respuestas por parte de su padre. Era como estar siendo sometido a un examen en el que tú respondes a las preguntas y, días después, te dicen la nota que has sacado, sin ninguna posibilidad de establecer cualquier tipo de diálogo con el examinador ni mucho menos con el propio examen.

Cuando llegaron al campo de tiro, Hunter se bajó de la Pick-up de un salto y contempló la grandiosa majestuosidad de los abetos y los arces de Prospect Park. Todo a su alrededor estaba cubierto de verde. Los árboles eran tan altos que cuando mirabas hacia arriba, sus copas parecían estar prácticamente unas junto a las otras. El viento apenas soplaba esa mañana, pero el ambiente era bastante frío. Gélido.

—Ten, tú lleva esta, y espabila, que todavía queda un trozo del camino por recorrer —Grady aplastó de malas maneras una pesada mochila de aspecto militar sobre el pecho de su hijo. Se escuchó un ruido de metal contra metal, parecía que Grady hubiese metido allí la cubertería entera de todo el maldito regimiento. Cerró de un fuerte golpe el maletero de la Pick-up y él cargó con dos mochilas más parecidas a las que le había dado a su hijo. En su rostro la expresión no era de enfado, era algo peor que eso. Rabia. A Hunter no se le ocurrió ni preguntar a dónde se dirigían, aunque intuía que esta vez no iban precisamente a pescar.

Se adentraron en el bosque y Hunter se alegró de haberse puesto la botas de montañismo que su padre le regaló, tal y como él mismo le había dicho. Al menos, si he venido aquí a sufrir, tampoco quiere hacerme sufrir demasiado, al menos no en el aspecto físico. Pensó Hunter mientras trataba de seguirle el ritmo a su padre.

Grady no dijo ni una sola palabra en la media hora que estuvieron

caminando hacia el interior de ese bosque que, con cada uno de sus pasos, se iba volviendo más salvaje y agreste. Los pies de Hunter estaban protegidos por las botas, pero la fina tela de sus pantalones no impidió que a lo largo de sus piernas se dibujaran al menos una docena de arañazos. Uno de ellos, incluso lo hizo parar y subirse el camal del pantalón para ver si había sido tan profundo como doloroso. A unos tres o cuatro dedos por debajo de la rodilla, la rama seca de una zarza le había dibujado una sonrisa en la piel. Una sonrisa sangrante. Ja, qué gracia. Pensó Hunter mientras veía cómo estaba a punto de perder de vista a su padre, que avanzaba con ese paso constante y contundente del martillo neumático de una cadena de prensado.

Llegaron hasta un claro y allí fue donde su padre descargó las dos mochilas. Hunter hizo lo propio con la suya y se secó el sudor que había empezado a brotar con fuerza de su frente. En ese momento se olvidó absolutamente de todo lo relacionado con Eva, su mente solo tenía lugar para pensar en qué era lo que su padre había planeado para ese día.

Grady abrió la primera de las mochilas y sacó las piezas de lo que parecía ser un auténtico fusil de asalto. Se sentó en un pequeño tronco y extendió en el suelo cada una de las piezas que había en el interior de la bolsa. Cogió el cuerpo del fusil y, antes de montar el cañón, levantó la vista y miró a Hunter con dureza.

—¿Qué estás haciendo, si se puede saber?

—No-no sé a qué te refieres, no entiendo. ¿Qué se supone que debería de hacer? —Hunter temblaba. Tenía sudada no solo la frente y todo el contorno de su pelo, sino también su espalda. Ese principio de ansiedad que lo despertaba cada noche y también esa mañana, seguía ahí, esperando a ser desatado cuando Hunter dijera “ahora”. Pero hacía días que se había propuesto acabar con aquello, así que aguantaría, y se lo tragaría.

Grady miró a su hijo con rabia, se levantó en un movimiento extremadamente ágil, cogió la mochila que su propio hijo había cargado hasta allí, y volvió a aplastarla contra su pecho, esta vez con más fuerza que la anterior.

—Haz lo que haga yo.

Hunter se sentó al lado de su padre y trató de no perder detalle de ninguno de sus movimientos. En menos de tres minutos tenían cada uno de los dos un auténtico fusil de asalto entre las manos. A Hunter le empezaron a temblar las piernas solamente de pensar lo que vendría a continuación. Jamás había utilizado un arma, de hecho, no solo le aterraban, sino que las odiaba. Por no hablar de que no tenía ni idea de que su padre tuviese esas armas, ni siquiera sabía que tuviese esa extraña afición de la que estaba a punto de ser testigo activo y presencial.

Grady abrió la tercera de las mochilas, en la que básicamente había un puñado de cargadores y un montón de latas metálicas de conserva, algunas de ellas, llenas. Cogió dos latas con cada mano y se quedó mirando a su hijo con dureza, que tardó menos de un segundo en reaccionar y coger también dos latas en cada mano, “haz lo que haga yo”. Resonó en la cabeza de Hunter.

Caminaron unos veinte metros y colocaron las latas sobre una hilera de postes de madera que estaban a una altura entre el metro y el metro ochenta, una madera con claras muestras de haber recibido ya una buena cantidad de impactos de bala. Volvieron sobre sus pasos y cuando llegaron al lugar donde habían dejado las mochilas, se colocaron mirando hacia las latas. Grady empuñó con firmeza el fusil, apoyó la culata sobre su hombro y le quitó el seguro. Antes de empezar a disparar, se giró hacia su hijo levantando el fusil con su mano derecha.

—Este de aquí es el rifle semiautomático AR-15, el rifle de los americanos. Accionado por gas y alimentado desde un cargador, como ves, tiene un cerrojo rotativo y un diseño lineal. Es el rifle de América porque es el más fiable y el más adaptable a cualquier persona. Es el rifle que más gusta a los americanos porque es el que conocen y siempre se comporta como se espera de él. Nunca falla y siempre está ahí cuando lo necesitas. Por eso es el rifle de América. Fácil de ensamblar, fácil de limpiar y fácil de reparar, llegado el caso. Permite disparar en ráfaga o permite hacer disparos únicos. La ráfaga no es su punto fuerte

porque tiene una frecuencia de disparo demasiado lenta para ser efectiva, pero según la ocasión, nunca se sabe, todo depende de lo rápido que se mueva el objetivo. Su retroceso es fuerte, por eso cuenta con esta culata que ves reforzada en caucho ultracompacto, para apoyarla en el hombro y evitar que nos dé una buena sacudida, aun así, cuando dispaes, mucho cuidado, porque el rifle de América tiene más fuerza de la que parece. Tú asegúrate de cogerlo con firmeza, de que la culata no baile sobre tu hombro, sino que se asiente de forma estable. Localizas a tu objetivo, coges aire y aprietas el gatillo cuando lo sueltes. El propio gas de la detonación preparará la siguiente bala, así que no hay que volver a amartillar. ¿Has comprendido todo lo que te he dicho? —preguntó Grady cuando consideró que ya había dicho todo lo que tenía que decir para que su hijo fuese consciente de lo que tenía entre las manos.

—Sí, creo que sí —respondió Hunter con cierto miedo.

—Bien, las tuyas son las que tú has puesto, las mías ni las toques. Hasta que no las derribes todas no pasaremos a la siguiente ronda.

Grady se colocó el rifle sobre su hombro derecho y empezó a disparar a las latas. Las «suyas» era las que estaban más hacia la izquierda del claro. Bastaron seis disparos para derribar las cuatro latas.

—Estoy un poco desentrenado. A ver qué tal se te da a ti —Grady miró a su hijo, que no sabía cómo decirle a su padre que no tenía ningún interés en aprender a disparar un arma. Qué demonios, tampoco tenía ningún interés en ver a su propio padre disparándola. Aun así se puso el rifle en el hombro y trató de copiar la postura que había utilizado súper Grady.

Realizó el primer disparo y los dos escucharon cómo la bala silbaba alejándose hasta el infinito. Dio la impresión de que no había estado ni cerca de dar en el blanco. Disparó nuevamente con el mismo resultado. La bala desapareció en las profundidades de ese oscuro y hostil bosque.

Al quinto disparo, Hunter empezó a ponerse nervioso. El hombro había empezado a dolerle de verdad y con cada nuevo disparo sentía como si alguien le estuviese golpeando con un martillo de goma justo en ese lugar.

Al décimo disparo, bajó el arma y miró a su padre con un suspiro de desesperación.

—No puedo, papá, lo siento, esto a mí no se me da bien.

Grady lo miró con cierta vergüenza.

—A mí tampoco se me daba, pero aprendí. Continúa.

Hunter disparó otros cinco disparos con el mismo resultado. Ese principio de ansiedad que llevaba todo el día persiguiéndolo, lo tenía justo encima, abrazando su cuello con las dos manos. Pero no iba a permitirselo de nuevo, de ninguna manera. Cogió aire a fondo, apretó los dientes y empezó a disparar un disparo tras otro mientras de su garganta y, sin su permiso, salía un ensordecedor grito de pura rabia. Apretaría el gatillo unas quince o veinte veces sin apenas coger aire, solo lo necesario para poder seguir gritando. Derribó las cuatro latas y su padre lo premió con un débil y lento aplauso. Uno de esos que más que una felicitación es un, «ya era hora».

Tras esa primera «ronda», repitieron «ronda» con otra hilera de postes que había unos cuantos metros más lejos, y después con otra que estaba un poco más allá, al menos a cuarenta o cincuenta metros de distancia de donde ellos estaban. El tema de conversación era nulo y tan solo se limitaban a disparar, cargar el fusil y colocar latas. Así estuvieron durante al menos dos o tres horas sin ningún tipo de pausa o interrupción. Hunter estaba realmente agotado y ese hombro derecho suyo lo tenía completamente entumecido, ya no le dolía, simplemente no lo sentía. No tenía ni idea de lo que pretendía su padre con todo aquello, tal vez, sencillamente, hacerlo sufrir, o tal vez, quisiera enseñarle o demostrarle algo que escapaba totalmente a su comprensión. Pero decidió que no se quedaría así eternamente, esperando a que el súper agente Grady diese por terminada la lección.

Hunter le quitó el cargador al rifle y lo desmontó hasta donde recordaba que aquello se podía desmontar. Las manos le ardían, el dedo índice con el que había estado apretando el gatillo lo notaba totalmente hinchado y el hombro derecho seguía sintiéndolo como si no perteneciese a su propio cuerpo. Se sentó en uno

de los troncos y esperó, cómo no, la reacción de su padre. En ese momento pensó que, después de todo, tal vez aquella era la lección que quería darle. Enfrentarse. Un enfrentamiento entre padre e hijo. Lucha.

—¿Qué demonios se supone que estás haciendo?

—Se acabó, padre, no voy a disparar más.

—¿Padre? ¿Es que ahora me llamas «padre»? —Grady arrugó el rostro como si estuviese ingiriendo ácido—. Más te vale coger el arma ahora mismo y volver a montarla antes de que cuente diez —Esta vez abrió mucho los ojos y lo señaló con un dedo. Hunter movió la cabeza a izquierda y a derecha.

—Te he dicho que no, padre, no quiero disparar más, no voy a volver coger ese rifle. Lo siento —El cansancio y el propio miedo estaban sacando una cara de él totalmente desconocida, tanto para su padre como para él mismo. Le estaba pasando exactamente lo mismo que el día que abrieron la tumba.

—Muy bien, Hunter, muy bien. Tú lo has querido. Pero te aseguro que a partir de ahora van a cambiar mucho las cosas. Empezando porque vas dejar de ver a ese estúpido de Billy King, porque te aseguro que si vuelvo a enterarme de que vas por ahí merodeando con ese delincuente de poca monta, te juro por mi vida que te envío a la otra punta del país y no vuelves hasta que te crezca el pelo en esas pelotas de niño que tienes. No me gustan los maleantes y vagos como Billy y su padre, no me gustan los jaraneros como ellos, no son buenos, nada buenos, y la gente que se mueve con ellos, créeme, es porque son como ellos. No tienes ni la menor idea de quién esa gente ni lo poco que te conviene. Te estás haciendo un flaco favor. Así que ya lo has oído, y esto no es ninguna advertencia, no, eso ya se terminó, esto es una orden. Ah, y se me olvidaba, al otro, al tontito, también puedes ir dejando de verlo. No voy a permitir que mi hijo tire su vida a la basura delante de mis propios ojos, de ningún modo. Por encima de mi cadáver.

Hunter tragó saliva y eludió entrar en esa estúpida conversación con su padre. Una conversación en la que su padre elevaría la voz y su expresión corporal se tornaría cada vez más agresiva mientras él apenas tendría ese

minúsculo espacio desde el que asentir o negar. Demasiado cansado para enfrentarse a más desgaste emocional.

Recogieron las armas y todas las latas que habían acribillado y se fueron de allí sin mediar palabra. Como si fuesen dos completos desconocidos.

Al llegar a casa, antes de bajar de la Pick-up, Grady miró a su hijo de una forma que jamás había hecho. Amenazante. Fue una mirada casi enemiga, cargada de un extraño y desconocido odio.

—Ves con mucho cuidado con lo que haces, hijo. Mucho cuidado con quién vas, a dónde vas, y a quién vas a ver. Porque te aseguro que yo me entero de todo, y porque, ten claro que, si me entero de que has estado haciendo algo feo...

—Grady miró al suelo de la Pick-up con una sonrisa de superioridad—. Si me entero de que has estado haciendo algo feo, hijo mío, prepárate porque te aseguro que no pararé hasta que te arrepientas cada uno de los minutos de tu vida. Ah, se me olvidaba, no vuelvas a darle una calada a un puto cigarro, estúpido. Puedo olerlo a kilómetros de distancia. Lo que faltaba...

Una vez Hunter se encontró de nuevo a solas en su habitación, cerró la puerta, cogió aire a fondo y dejó que ese principio de ansiedad que llevaba todo el día acechándolo lo atrapase en un fuerte e incontenible llanto. El más grande de los que podía recordar.

CAPÍTULO 6

LÍBRANOS DEL MAL

1

Rainbow, el gato de colores

Billy se despertó con un ligero cosquilleo justo en la base de la nariz. Cuando abrió los ojos vio frente a él a Rainbow, el gato de colores de la señora Lisey. Estaba sentado sobre su pecho, tan cerca de su cara que sus bigotes rozaban con su boca y con su nariz. A Billy le hizo gracia recordar esa vieja historia de fantasmas que hablaba de la existencia de un espíritu maligno que venía a visitarte mientras dormías y se sentaba sobre tu pecho para absorber tu aliento, tu alma. Seguro que Jules conocía bien esa historia, la historia del *Incubus*. Pero, desde luego, Rainbow no le parecía en absoluto ni un espíritu ni un demonio ni nada semejante. Tan solo era un gato que últimamente pasaba tantas horas allí como en su propia casa. Un cariñoso y peludo compañero con una gran habilidad para colarse en las casas ajenas y hacerse de querer.

Cuando Billy trató de incorporarse se fijó de nuevo en ese póster de Bonnie y Clyde que tenía sobre su cabeza, en esa esquina que colgaba y se balanceaba debido a la chincheta que se desprendió después del pelotazo que le dio con la pelota de los Yankees. Chincheta que, todavía no había podido encontrar.

Salió de su habitación con Rainbow enredándose entre sus piernas mientras soltaba uno de sus tiernos y melódicos maullidos.

—¿Tienes hambre, amiguito? Vamos a ver qué encontramos para ti —Billy recorrió con su mano todo el lomo de Rainbow, que se lo agradeció dándole un gracioso cabezazo en la pierna.

Por la tarde, cuando las clases terminaran y Jules y Hunter estuvieran libres

de obligaciones le harían una visita a Emily, esa amiga de Eva de la que les había hablado Clarice. Pero antes se había propuesto hacer un par de importantes cosas para esa mañana. Al haberse autoliberado de tener que ir al instituto hasta descubrir toda la verdad relacionada con la muerte de Eva y de su hermano, contaba con tiempo más que suficiente para no pasar nada por alto.

En los negativos que encontró junto a las fotos en blanco y negro en las que aparecían Eva y Scott, había algunos que no habían sido revelados. Al menos seis o siete que, vistos bajo una buena luz, tenían toda la pinta de ser fotos «íntimas», eso parecían. El día que los encontró ya reparó en ese detalle, pero desde entonces los había observado varias veces y tampoco le había dado la apariencia de que escondiesen algo revelador, solo parecían fotos «privadas», nada más. Aunque lo cierto es que apenas se veía nada. Pero, tal y como se hacía en el procedimiento policial, había que llegar hasta el final de cada una de las pruebas existentes. Así que lo primero que haría al salir de casa sería ir en busca de una tienda fotográfica a ver si se las podían revelar. Tal vez incluso iría a ver si por casualidad, Rapid Photo, la tienda que aparecía en el sobre que contenía las fotos, todavía permanecía abierta. La llegada de la era digital había arrasado con muchas cosas, y una de ellas eran las tiendas de revelado fotográfico tradicional.

La segunda de las cosas importantes que había planeado hacer esa mañana, era tener una «conversación» privada con la Arcade de su hermano. Hacía tiempo, mucho tiempo, que tenían esa «conversación» pendiente y pensó que había llegado la hora de afrontarla, pasase lo que pasase y sintiese lo que sintiese. En el fondo, Billy siempre tuvo cierto miedo a que cuando «conversara» con esa moto, sintiera lo que muchos decían, lo que muchos pensaban, que su hermano Scott no había tenido ningún accidente, sino que se había suicidado. Pero si quería llegar al fondo de todo aquel feo y misterioso asunto, tenía que reunir todas las pruebas que le fuera posible y atar todos los cabos que todavía había sueltos. Y «hablar» con la Arcade era uno de ellos.

Pasó por la cocina y vio a su madre, a la «otra» Margaret, la chalada, viendo

medio embobada la televisión. Tenía la cabeza apoyada sobre su mano izquierda que a su vez descansaba sobre la fría pared de la cocina. Estaba en ese estado en el que a veces entraba que no parecía estar ni despierta ni dormida. Tal vez se le hubiese ido la mano otra vez con «su medicación». Tal vez no, seguro. La mesa de la cocina estaba llena de un montón de nuevos botes de esmalte de uñas que, en cuanto recuperase un poco el control, destaparía y empezaría con su particular juego de pinceles, uñas, algodones y limpiador de acetona.

Antes de salir, abrió la nevera y vio qué encontraba para Rainbow. Todavía no se había despegado de él ni un solo instante. El gato, desde luego, comía y, comía bien. Sacó un poco de jamón cocido que estaba a punto de oler mal y se lo echó en un plato. Rainbow devoró su desayuno apenas sin masticar. Se lo echó en el gaznate y se relamió antes siquiera de que el propio Billy le hubiese podido dar dos tragos a su zumo de naranja.

—¿Billy? ¿Eres tú, Billy? —preguntó Margaret con voz de dormida, apenas sin vocalizar, arrastrando tanto las vocales como las consonantes. Acababa de despertarse del trance.

—Hola mamá, sí, soy yo, pero ya me iba.

—¿No tienes que ir al instituto, hijo? ¿Qué día es hoy? ¿No tienes que ir a clase, hijo?

—No, mamá, hoy no tengo que ir a clase.

Margaret se encogió de hombros y abrió y cerró los ojos un par de veces. Por lo visto, a su alrededor, todo se veía como envuelto por una densa y espesa niebla.

—¿Billy?

—Sí, mamá.

—¿No es ese de ahí Rainbow? ¿Qué hace aquí Rainbow? ¿Es que la señora Lisey ya no se ocupa de él? Rainbow siempre se llevó muy bien con... no importa...

Billy se quedó un momento pensando en las palabras que acababa de decir su madre. En lo de que la señora Lisey ya no se ocupaba de él y en lo de que el

gato se llevaba muy bien con... ¿Con quién?

—No es eso, mamá, es solo que a Rainbow... —De nuevo, algo que hasta el momento no se había planteado, cruzó su mente de parte a parte. Tal vez, el gato de la señora Lisey iba tanto por allí porque a la señora Lisey le había pasado algo —. Es solo que a Rainbow le gusta venir por aquí, solo eso.

—Humm...

—Por cierto, ¿con quién se llevaba bien Rainbow? No has terminado la frase...

—Humm... —Margaret repitió el mismo sonido mientras se dedicaba a escoger color de uñas. Margaret la chalada, pensó Billy con una mezcla entre pena y rabia.

—Hasta luego mamá, luego nos vemos.

—Adiós, hijo, ve con cuidado, por favor, y no corras con la moto.

Billy se giró de nuevo y vio que su madre ya había escogido color de uñas, como si él ya no estuviese allí, como si no estuviese plantado en el umbral de la puerta. Tal vez, en ese estado de perpetua ensoñación en el que vivía Margaret, ni siquiera había sido del todo consciente de que era su hijo Billy el que estaba ahí con ella, en ese preciso instante, o, en cualquier caso, podría ser que a ratos lo confundiese con su hermano Scott, ese miembro fantasma de la familia que, aunque ya no estaba ni lo podían ver, todos sentían de alguna u otra manera. Una dolorosa e invisible prolongación emocional.

Salió de la cocina y antes de bajar al trastero vio a su padre tirado en el sofá del salón. Roncando a pierna suelta. La mesa estaba cubierta de latas de cerveza vacías y todo estaba envuelto en una especie de bruma, tan gris como irrespirable. La chimenea de la familia King había estado toda la noche echando humo.

Bajó al trastero y cerró la puerta tras él, apenas un segundo antes, Rainbow se había colado también y esperaba sentado sobre sus patas traseras a ver qué era eso tan importante que había ido a hacer Billy allí abajo.

Se acercó nervioso a la Arcade, a ese siniestro bulto que se ocultaba bajo la

lona gris. La recorrió despacio, tratando de concentrarse en lo que vería allí abajo. Lo cierto es que, por algún motivo, siempre sintió cierto miedo a esa imagen amorfa y destructora. Cuando su hermano murió él solo tenía ocho años, pero recordaba perfectamente cuando su padre, lleno de ira y rabia, colocó allí aquel bulto y le hizo prometer que jamás se acercaría a ella, que nunca la tocaría. Billy asintió y creció con esa extraña presencia, oculta como uno de esos fantasmas que se tapan con una sábana. Nunca entendió por qué no se deshicieron de la moto, tal vez, de nuevo, tanto su padre como su madre se negaban a aceptar que el mayor de sus hijos se había ido y, ver allí esa moto, ese bulto, no hacía sino que revivieran y recordaran cada día la muerte de Scott. Como esa herida que no puedes evitar tocar a todas horas a pesar de que sabes que eso es precisamente lo que está haciendo que no cure nunca del todo y que el dolor persista eternamente.

Tras darle un par de vueltas, se armó de valor y tiró con cuidado de la lona de plástico gris. Una pequeña nube de polvo hizo que, de forma inconsciente, sacudiera un poco la cabeza y tosiera un par de veces. A Rainbow, que estaba a dos escasos metros, le hizo estornudar.

Ante él tenía a la famosa Arcade. Una moto que, primero había sido de su padre y después de su hermano Scott. Era más vieja de lo que se imaginaba y mucho más inofensiva que la imagen que su mente de niño había ido creando desde los ocho años. Vista así, ahora solo parecía un trasto inerte y sin vida perteneciente al pasado. Pero lo que más llamó su atención fue que, quitando los años que tenía la moto, parecía estar en perfecto estado. Siempre pensó en ella como en un amasijo de hierros, cables y caucho sin ningún parecido a una moto real. Siempre se imaginó una especie de engendro mecánico que goteaba aceite y que estaba maniatado por sus propios cables y tubos. Su hermano había muerto en un accidente con esa moto y era esperable que también hubiese sufrido algún tipo de daño, un daño bastante grande. Pero la Arcade, a simple vista, parecía estar a punto para volver a rodar cuando hiciese falta. Tal vez su padre debió arreglarla algún tiempo después, podría ser, tal vez la moto no sufriera ningún

daño y solo Scott fuese el perjudicado, ¿podría ser? Podría.

Con una mano acarició el manillar, el depósito y la pequeña cerradura del contacto. Deslizó los dedos por el asiento doble; el del piloto y el del pasajero. Respiró aire con profundidad y sin detenerse ni un solo segundo a pensar en lo que estaba haciendo, se subió a ella como si llevase haciéndolo toda la vida.

Puso las dos manos sobre el manillar y echó el culo un poco hacia atrás para acomodarse, aquel fue un movimiento reflejo que le resultó casi familiar, a pesar de no haberlo hecho nunca. Se preguntó si la moto todavía funcionaría, se preguntó dónde estaría esa llave de contacto y si la podría arrancar dándole una patada a la palanca de arranque. Cerró los ojos y se concentró con todas sus fuerzas. Si esa moto tenía algo que decirle, ese era el momento.

Su corazón, como subido en una balsa sobre un agua en calma, empezó a latir con fuerza. A un ritmo lento pero intenso. La goma de los manguitos del manillar, los sintió sudar bajo sus manos, y un ligero hormigueo empezó a subirle desde la punta de sus pies hasta su espalda, lentamente, hasta detenerse justo detrás de su cabeza, a la altura de su nuca. Se quedó inmóvil durante un par de segundos y le pareció sentir cómo algo, o alguien, que parecía encontrarse justo por detrás de él, trataba de decirle algo. Eso hizo que se sobresaltara y que abriera los ojos de golpe. Su respiración era arrítmica, agitada. Jamás había sentido algo así, algo que se asemejaba, de nuevo, a eso que se siente en uno de esos sueños que a veces uno tiene en los que no te puedes mover, ni gritar, ni hacer absolutamente nada por escapar.

Se bajó de la moto y su impresión fue que algo malo, algo realmente malo le había pasado a su hermano, algo que, tal vez, fuese incluso peor que la muerte.

Billy salió del trastero un poco mareado. Lo que acababa de sentir le había dejado el cuerpo como si acabara de sufrir un bajón de tensión. Entró al Buick y al mirarse en el espejo retrovisor vio que, efectivamente, estaba totalmente pálido y con los ojos algo apagados. Pero no tenía tiempo que perder. Antes de arrancar observó cómo Rainbow se dirigía con un trote lento y desinteresado a su propia casa, la de la señora Lisey. Cuando iba a colarse por la pequeña ventana que la señora Lisey había hecho construir en la parte inferior de la puerta, se giró y miró a Billy durante un par de segundos.

Hasta luego, Rainbow, prometo comprarte algo apetitoso cuando vuelva y, tal vez, vaya a ver si tu dueña se encuentra bien. Ese gato, de algún modo, conseguía arrancarle alguna que otra sonrisa durante el día y, en esos momentos, eso significaba mucho para él.

Rapid Photo se encontraba en Bedford, una zona bastante céntrica de Brooklyn, en cambio, tanto él como sus amigos vivían en Fort Hamilton, que se encontraba a las afueras. Tenía un buen trayecto por delante, así que, en cuanto hubo recuperado un poco su habitual color de piel emprendió el viaje hasta allí.

Apenas cuarenta y cinco minutos después y tres cigarrillos en el pecho, consiguió aparcar a unas tres manzanas de Rapid Photo. Fue hasta allí dando un paseo y se llevó una pequeña alegría al comprobar que la tienda aún existía y que, además, acababan de abrir.

Entró y recorrió los muestrarios de cámaras de fotografía profesional que, a modo de pequeño museo, había expuestas tanto en el interior de unas elegantes vitrinas como en unos estantes sin proteger.

Aquel lugar parecía el santuario de un auténtico fanático de la fotografía, de la fotografía antigua. No solo era la gran cantidad de cámaras analógicas que tenía repartidas por todo el local lo que llamó su atención, sino las bonitas fotografías en blanco y negro que había hecho imprimir en tamaño póster y que decoraban gran parte de las paredes. Tuvo la impresión de estar en el interior de otro de esos lugares que durante la última década también había emprendido ese lento y doloroso camino hacia la extinción, le pareció estar en el interior de un

auténtico videoclub. De los de cintas en VHS.

De la parte trasera del mostrador surgió la figura de un hombre de aproximadamente un metro noventa de altura, preocupante sobrepeso y cuatro escasos y grasientos pelos en la cabeza peinados con delicadeza hacia un lado. Su cara estaba cubierta por pequeñas rojeces y, justo a la altura de las mejillas, tenía una pequeña red de finos capilares a punto de estallar. Su respiración era tan ruidosa que podía escucharse al menos a un par de metros de distancia. Llevaba puesto un chaleco lleno de bolsillos al más puro estilo corresponsal de guerra o, también, al más puro estilo de un auténtico pescador.

—Buenos días, chico, ¿qué te trae por aquí?

El rey de la fotografía debió pensar que Billy había ido allí a cualquier cosa menos a algo que tuviese que ver con la fotografía. Debió ver algo en él que hizo que lo «excluyese» rápidamente de los de «su especie».

—Buenos días, señor, quisiera saber si podría revelar unas fotos.

Clark, que ese era el nombre que estaba grabado en la pequeña chapa dorada que tenía clavada en la parte superior del chaleco, lo miró con una ligera sonrisa de incredulidad en la cara.

—¿Revelar unas fotos? ¿Qué fotos?

—A ver... espere un momento —dijo Billy sacando el sobre con las fotografías y los negativos—. Aquí están, estas de aquí.

Clark sonrió con cierto aire nostálgico al coger el sobre de su propia tienda y manosear los negativos. Billy imaginó a Clark como una de esas personas que disfrutaban invirtiendo varias horas de la tarde del viernes para escoger una película del Videoclub. A Billy se le antojo que Clark era algo así como un «clásico».

—Chico... ¿De dónde has sacado esto?

—Las encontré en el trastero de casa y pensé que quizá, como fueron reveladas en esta misma tienda, podría tener algo de suerte.

—Chico... ¿Sabes cuánto tiempo hace que no revelo una foto? Esto ya forma parte del pasado, chico, del pasado... —Clark observaba los negativos

bajo la luz que tenía sobre su cabeza. En su cara se había formado una sonrisa tan grande que sus carnosas y rojizas mejillas se habían encogido tanto que parecían dos ciruelas.

—Entonces, porque lo que he entendido, todavía podrías revelarlas, ¿no? En el caso de que quisieses, claro...

Clark se quedó mirándolo unos segundos con esa sonrisa que hacía que todo se apretase mucho en su cara, acto seguido sacudió la cabeza mirando al suelo como si se estuviese pensando hacer la última locura en esta vida. Levantó de nuevo la cabeza y cogiendo aire de esa forma tan ruidosa que tenía, miró a Billy con verdadero desafío en la mirada.

—Es posible que podamos hacer algo con ellas. Dicen que nunca es demasiado tarde para un último combate —dijo Clark sonriendo para sus adentros mientras abría un cajón y sacaba un bloc de hojas de pedido. Arrancó una y cogió un bolígrafo publicitario de su propia tienda—. A ver, chico, nombre y número de teléfono —Clark se quedó esperando a que Billy contestase.

—Billy, mi nombre es Billy, pero... ¿cuánto tiempo se tarda en revelarlas? ¿Las tengo que dejar aquí?

Clark levantó la vista del mostrador, de nuevo con una sonrisa en la cara.

—Hijo... nunca habías traído unas fotos a revelar, ¿verdad?

—No... es la primera vez.

—El revelado es... cómo diría, una técnica artesanal, tiene su aquél, es un proceso que lleva su tiempo, no se puede hacer así, deprisa y corriendo, no es como esas impresoras láser de hoy en día, no, qué va, esto es algo que lleva su tiempo, como digo, es un proceso.

—¿Y ese proceso, cuánto dura?

Clark sonrió viendo el total desconocimiento que tenía Billy acerca del revelado de fotos tradicional.

—Verás, antes contábamos con unos equipos de primera, unas instalaciones que nos permitían hacer una línea de producción, pero ahora todo eso hace tiempo que desapareció. Por suerte, yo dispongo de un equipo manual para el

revelado y, créeme si te digo que a excepción de mis propias fotos, hará unos siete u ocho años que no viene nadie pidiendo que le revele nada. El problema es que mi equipo manual requiere hacer muchos pasos, lleva su tiempo, ¿sabes? Tienes suerte de contar con esos negativos, porque si me llegas a traer el carrete entero en su envase... amigo mío, te habría mandado directamente al único laboratorio que sigue en pie en unos cien kilómetros a la redonda, y créeme si te digo que te hubieron dado un plazo de al menos tres o cuatro días. Así que... o lo hacemos con mi equipo manual o... te puedo dar la dirección de ese laboratorio si quieres.

Clark se quedó mirando a Billy a la espera de su respuesta. En el fondo, a Clark parecía apetecerle meterle mano a esos negativos, el problema era que se había andado tanto por las ramas que todavía no le había dicho para cuándo podría tener las fotos. Y Billy las necesitaba para ya.

—Prefiero que sea usted quien me las revele, Clark, pero ¿para cuándo podrían estar?

Clark miró el diminuto reloj de pulsera que estrangulaba su gruesa muñeca y arrugó el entrecejo.

—¿Te viene bien esta tarde a eso de las cinco?

—¿Esta tarde? Pensaba que las iba a revelar ahora... —En la voz de Billy había verdadera decepción, cierta desilusión. Algo que a Clark pareció llenarlo de un pequeño impulso de vida. Sacudió de nuevo la cabeza sonriendo y mirando al suelo, fue un gesto tan tierno como infantil.

—¿Sabes una cosa? —preguntó Clark con ese desafío emergiendo del fondo de sus ojos.

—¿Qué?

—Una mañana como la de hoy, en un día como el de hoy, probablemente no atiende más que a tres o cuatro mirones y paseantes y a unos cuantos ancianos a los que se les ha acabado la pila del audífono o del mando a distancia del televisor... así que... haciendo honor a nuestro nombre, al cuerno con todo, vamos a revelar esas fotos rápido rápido rápido —dijo Clark con determinación

mientras salía de detrás del mostrador y se dirigía hacia la puerta para colgar el cartel de cerrado. Billy pensó que, después de todo, los astros parecían estar en cierto modo de su parte.

Aproximadamente una hora y media después, Billy salió de Rapid Photo con todas las fotos que habían en los negativos reveladas, tanto las que ya tenía como las siete que todavía no había podido ver. Clark quiso dejárselas gratis, Billy le había caído bien y le había brindado la oportunidad de pasar una mañana haciendo algo con lo que realmente disfrutaba y que hacía mucho tiempo que no hacía, pero Billy insistió en pagar. Al final, para que ninguno de los dos se sintiese herido en su orgullo, lo dejaron en la mitad del precio de lo que valía.

Una vez en el coche, Billy cogió las siete fotos «nuevas» y, con una ligera ansiedad en el centro de su pecho, empezó a observarlas con todo detalle una a una.

La primera era un primer plano de una parte del cuerpo en la que resultaba difícil distinguir bien a qué parte pertenecía exactamente. Lo único que se veía era piel y una fea herida. Era como una especie de rozadura, una erosión en la piel que parecía ser más intensa en el centro que en los bordes. Al ser las fotos en blanco y negro, no se podía distinguir bien si aquello era color rojo, granate o morado, pero por su aspecto, Billy pareció no tener dudas al respecto. Aquello era una fea herida enrojecida con aspecto de quemadura.

La segunda de las fotos era otro primer plano, también de una parte del cuerpo indeterminada. En esta ocasión, más que una herida con aspecto de quemadura, lo que parecía era una auténtica llaga. Una llaga del tamaño de una moneda de un dólar americano. Se podía observar que su estado era bastante feo, había una parte en carne viva y otra con restos de pus. A Billy se le estaba empezando a revolver el estómago. La tercera foto era el primer plano de una uña completamente morada, a punto de caerse y con aspecto de que, bajo ella, había una pequeña zona putrefacta. La cuarta foto era como un arañazo. Un arañazo con la marca de cuatro largas e infectadas líneas que parecían abarcar una buena extensión de piel. La quinta era una foto tomada del interior de una

boca, en ella también podían verse varias llagas de un tamaño demasiado grande como para considerarse llagas bucales normales. La sexta foto era como la herida de un profundo corte, un irregular y feo corte con los rebordes hacia fuera. La séptima foto... la séptima foto fue la que, finalmente, hizo que tuviera que abrir las ventanillas del Buick y encenderse un cigarrillo con las manos completamente temblorosas. Era la marca de una cruz grabada en la piel, como si alguien la hubiese calentado al rojo vivo y la hubiese pegado a la piel hasta sentir ese burbujeo de los tejidos orgánicos quemándose. Parecía que la zona se había infectado ligeramente, pero se distinguía bien su contorno.

Billy volvió a mirarse en el espejo retrovisor del coche y comprobó que ese bajón de tensión, esa palidez, habían vuelto otra vez.

La forma de la cruz que había sido grabada a fuego en la piel era exactamente igual que la que él llevaba en esos momentos colgando de su oreja izquierda. La cruz de Scott. En ese momento no supo si pensar en aquello como una simple y macabra coincidencia o, sencillamente, pensar que era precisamente lo que parecía que era. El pendiente de su oreja grabado a fuego en la piel.

Antes de salir de allí y tomarse un merecido descanso para aclarar ideas, pensó seriamente en la posibilidad de que Eva o su hermano o los dos, hubiesen sido torturados de algún modo antes morir. Pensó que, tal vez, aquello que se ocultaba tras esa llave que en ese momento descansaba en el bolsillo derecho de su pantalón y que un día se tragó Eva Goth, formase parte de alguna especie de peligrosa secta o de alguna facción radical de la iglesia. Tal vez sus muertes formasen parte de algún tipo de ritual totalmente desconocido para él y, tal vez, encontrar lo que estuviese oculto tras esa llave, lo condujese directamente hasta ese mismo final.

Billy salió de allí con el corazón encogido y pensando que, todo parecía estar complicándose y, al mismo tiempo, todo parecía estar resolviéndose. Le pareció que estaba reuniendo las piezas de un puzle que todavía no sabía cómo montar. Que todavía no sabía bien ni la forma ni el aspecto del dibujo final que

se estaba empezando a levantar ante él.

La teoría de Jules

Billy había decidido, desde la visita a los padres de Eva, que compartiría más cosas sobre su vida personal con sus dos amigos. Aunque no todo, todavía no se sentía con el ánimo y la confianza suficientes para involucrar a Scott de forma directa en todo aquello para que todos opinasen y hablasen de su hermano a la ligera. La búsqueda de su hermano formaba parte de él, era algo suyo, que le pertenecía, pero también era consciente de que ocultársela a sus amigos durante más tiempo no solo habría resultado contraproducente, sino que... ya no le apetecía cargar a él solo con eso durante más tiempo. Así que su idea era contarles algunas cosas, las que él considerase justas e imprescindibles. Empezaría enseñándoles las fotos, pero evitaría nombrar lo que había sentido cuando se subió a la Arcade o cuáles eran sus aficiones. Y por supuesto, de ningún modo airearía cualquier cosa que él pudiese considerar como una intimidad suya.

Así que, en cuanto se reunió con Jules y con Hunter, les contó cómo había sido su viaje a Rapid Photo para revelar esos negativos que no habían sido impresos del sobre de fotos de Eva y Scott. Cuando se las enseñó, subidos los tres en el Buick y antes de partir hacia casa de Emily, tanto Jules como Hunter sintieron un pequeño sobrecogimiento que los hizo sentir realmente «vivos».

Fue Jules el que empezó a pasar las fotos arriba y abajo con mayor interés. Parecía haber observado algo en ellas y que ese algo lo estuviese inquietando y, al mismo tiempo, lo estuviese entristeciendo. Una súbita y poderosa desilusión hacia lo que él esperaba encontrar tras la cerradura de esa llave de San Pedro, se apoderó de él. Una desilusión que venía acompañada de auténtico miedo.

—¿Qué ocurre, Jules? ¿Has visto algo importante? —preguntó Billy con

prisa por saber. Nervios. Tamborileaba impaciente los dedos sobre el volante del Buick.

—No sé, puede, no estoy seguro.

—¿El qué? ¿Qué es lo que has visto? —preguntó de nuevo Billy. Sacó el paquete de Marlboro y se encendió un cigarrillo. Dejó el paquete sobre el salpicadero y tanto Jules como Hunter se lanzaron a por él como dos buitres moribundos. Billy los miró durante un instante, cabeceó con disimulo y, prefirió no decir nada. «Os estáis enganchando».

—Dinos qué has visto, Jules —intervino Hunter con claras muestras de fatiga y con el dedo índice de su mano derecha ligeramente hinchado. No les había contado la particular experiencia con su padre, las prácticas de tiro con Grady, en cierta manera sentía vergüenza, una extraña vergüenza hacia su padre. Precisamente, acordarse de él y como consecuencia de su dedo índice y la moradura de su hombro derecho, fue lo que hizo que se empezara a fumar ese cigarro con verdadero interés.

Jules cogió aire y tragó saliva antes de responder.

—No estoy completamente seguro.

—Jules... suéltalo —dijo Billy tratando de tranquilizarlo.

—Pensad un momento —dijo por fin Jules—. ¿Por qué iba alguien a fotografiar estas raras heridas tan de cerca? Y, por otra parte, y esto es lo que más ha llamado mi atención, suponiendo que pertenezcan todas a una persona o incluso que pertenezcan a dos, no tienen aspecto de que hayan sido causadas por un maltrato o una tortura, a mi modo de ver, no parecen causadas por una persona, sino más bien, causadas por una extraña infección. El arañazo puede, es posible que la quemadura y la marca de la cruz también, según se mire, pero el resto... las llagas de la boca y de la piel, la uña podrida y ese extraño corte que... joder, que incluso parece que haya sido hecho de dentro afuera... ¿No os habéis fijado en lo raros que se ven los bordes de esa fea herida?

Billy y Hunter se quedaron un momento pensando qué estaría queriendo decir Jules y por qué tenía miedo de decirlo.

—¿Qué sucede, Jules? Dinos lo que piensas, no tengas miedo, ¿adónde quieres ir a parar con todo eso? —dijo Billy dispuesto a afrontar lo que fuera.

Jules levantó la vista del suelo y los miró con cierto miedo, un miedo como nunca antes había sentido. El interior del Buick, en esos momentos, era como la caldera de un submarino a punto de reventar.

—Pienso que la persona que sufrió todas esas heridas que alguien se molestó en fotografiar de muy cerca para que pudiesen observarse bien todos los detalles, estaba poseída por un demonio. Sí, esa persona se encontraba en una fase avanzada de una posesión demoníaca. Una posesión realmente jodida, una tan grande como nunca antes se haya visto.

Hunter se quedó totalmente con la boca abierta y empezó a repasar las fotos de nuevo, ahora con otros ojos. No podía creer lo que acababa de escuchar, no podía creer que Jules estuviese hablando en serio, él no creía en posesiones, de ningún modo, ni en fantasmas, pero su corazón, por lo visto, no pensaba exactamente lo mismo. Había empezado latir con tanta fuerza que incluso se llevó una mano al pecho para tranquilizarlo. Billy, en cambio, se quedó escrutando a Jules con la mirada. No le había gustado nada esa respuesta. Nada de nada.

—No estoy de acuerdo, Jules. Para empezar, porque las posesiones no son más que una leyenda, no existen. Son un cuento chino para atemorizar a los ateos y a los no practicantes, nada más. Ciencia ficción, películas, cine de terror. Todas esas historias sobre fantasmas y posesiones y espíritus malignos se las inventó la iglesia cuando empezó a ver que perdía fuerza de persuasión, que perdía «clientes», ¿no lo sabías? Esas heridas de ahí son reales, hechas a una persona real por una persona real. Jules, lo que sucede en nuestra imaginación, en los libros de terror y fantasía y... en las leyendas, se queda ahí, en las leyendas y en el mundo imaginario. ¿De acuerdo? Pero esto es real, Jules, real, hay una gran diferencia entre la auténtica realidad y lo que imaginamos o lo que queremos creer. Así que piensa en una explicación real, o cállate la boca —Billy terminó la frase con frío en la mirada. Enfado. Con una mano empezó a acariciar

de forma inconsciente el volante del Buick y con la otra el pendiente de la cruz que pendía de su oreja izquierda. No, la respuesta de Jules no le había gustado en absoluto.

—Así que las leyendas no existen, eh... supongo que ahora ya no incluyes el entierro con vida de Eva Goth en la categoría de leyendas, ¿no? Y, supongo también que ya no incluyes en la categoría de leyenda que, efectivamente, Eva se llevó un terrible secreto a la tumba en forma de llave de más mil años de antigüedad, ¿verdad? Llave que, casualmente, parece ser que perteneció a un Papa conocido a través de los siglos por una supuesta implicación suya con las fuerzas de lo oculto y del mal. Mira, Billy, sé que esto es difícil de creer, te juro que a mí también me costaría trabajo creerlo si no hubiese visto lo que acabase de ver, pero como decía, algunas de las heridas podrían haber sido causadas por alguien externo, no digo que no, podrían, pero las llagas y sobre todo ese feo corte... te aseguro que eso no puede haber sido hecho por una persona «real», eso es algo que se produjo desde el interior del cuerpo de la persona afectada, como si fuese el resultado de una grave y extraña infección. Y luego está lo de la cruz... piensa lo que quieras, pero a mí me parece un claro signo de la reacción de rechazo a un crucifijo de alguien que está sufriendo una posesión. En este caso, todo indica a que fue Eva la que estaba poseída y tu hermano el que hizo todas esas fotos y, también, el que puso esa cruz sobre la piel de Eva para salir de dudas, cruz que, por cierto, es exactamente igual a la que tú llevas en la oreja. De algún modo intuyó o intuyeron lo que sucedía y... es posible que las fotos las quisiesen para enseñárselas a alguien, alguien que pudiese ayudarlos... tal vez a algún cura o a un... exorcista...

Billy pasó del enfado al «es posible» cuando escuchó los argumentos de Jules. Él no creía en fantasmas ni en posesiones ni en nada parecido, pero él mismo mantenía «conversaciones» con el pasado y con ciertos objetos, y eso era algo que nunca había comentado con nadie, sencillamente porque ni le encontraba una explicación lógica ni tampoco sabía a ciencia cierta si eso que sentía tenía algo de real o solo era el poder de su imaginación, o quién sabe, una

extraña habilidad para la deducción.

—¿Crees que podrían haber ido a ver al cura ese del que Jeremiah nos habló, el mismo que estuvo en el entierro de Eva y que tenía mucha prisa por acabar? —preguntó Hunter tras tirar la colilla del cigarro que se le había apagado entre los dedos.

—Me temo que sí —dijo Jules con algo más de seguridad. Levantó la mirada y vio a Billy pensativo, callado, tamborileando el volante del Buick—. Billy, yo no sé si todo esto es real o no, ni tampoco lo que pasó exactamente, pero pensad por un momento en todo lo que sabemos hasta ahora, en lo que le pasó a Eva y... —Pensó si decir o no lo que iba a decir, pero lo dijo—. En lo que le pasó a tu hermano —Billy levantó una mirada cargada de rabia, enfado, ira—. Lo sé, Billy, y perdona si te ha molestado que lo nombre, pero todo parece guardar cierta lógica dentro de toda esta locura. Fuiste tú el que nos revelaste que tu hermano Scott y Eva se conocían, qué digo se conocían, eran pareja, los padres de Eva nos lo confirmaron y, estas fotos de aquí, nos lo han ratificado. Imaginad por un momento que ellos encuentran esa llave y esa moneda en algún lugar que desconocemos y que, de algún modo, llegan hasta la puerta que abre la llave del Reino de los Cielos y... —Jules hizo de nuevo una pausa pensando en lo que iba a decir, en lo terrible que era eso—. Al abrir esa puerta o ese cofre o lo que sea, descubren que no están delante de ningún cielo ni de ningún paraíso ni nada que se le parezca, qué va, de alguna forma Eva es poseída por algo maligno que estaba encerrado tras esa llave. ¿No podría ser posible que algo así hubiese ocurrido? —Hunter y Billy arquearon un poco las cejas y llevaron sus ojos hacia el suelo. Aquello era difícil de creer, pero lo cierto es que todo lo que estaba diciendo Jules tenía bastante coherencia—. Y con relación a la posesión —continuó diciendo Jules—, y puedo asegurar que se han documentado multitud de casos que certifican que su existencia es real, dicen que es como una especie de enfermedad. Como una grave infección en la que el nuevo huésped lucha por hacerse con el control de la persona a la que ha poseído. Al principio puede que esa persona que ha sido poseída no sea del todo consciente de lo que sucede, es

posible que solo note algo raro, cierta inquietud, agitación o lagunas mentales que van de menos a más. Tal vez, con el paso de los días, empiece a experimentar alguna alucinación, puede que crea ver, sentir u oír cosas que no existen. Luego, cuando el huésped ha terminado de asentarse y se ha establecido por completo, es cuando empieza a dar verdaderas muestras externas de su existencia, es cuando empieza a ganarle terreno al hospedador y a hacerse cada vez más fuerte. La persona poseída puede que empiece a hablar en lenguas muertas o extranjeras, puede que incluso dé muestras de conocer cosas del pasado, muchas cosas del pasado, cosas que nadie más sabe, también es posible que empiece a dar muestras de poseer algún tipo de habilidad o capacidad física que están fuera de toda lógica, se han descrito casos de levitación, telequinesis y telepatía, aunque, he decir que esto último no es demasiado común, no es algo que siempre ocurra. Después de esto llega la fase final de la infección, de la enfermedad, es cuando el ser maligno, el espíritu o lo que sea, trata de hacerse con el control definitivo del cuerpo. Es un momento crucial, muy duro, el hospedador se resiste a perder el control de su cuerpo y el huésped, en este caso, el ser maligno, empieza a hacerle daño al cuerpo, empieza a deteriorarlo y a herirlo gravemente para lograr que se rinda y ceda definitivamente a su dominio. Tras unos días, semanas o incluso meses de lucha, o bien el ser demoníaco se hace con el control, o bien la persona acaba expulsándolo de su cuerpo, aunque, lamentablemente, la mayoría de las veces la propia lucha acaba por matar a la persona. No hay vencedores, solo vencidos.

Billy tenía la mirada perdida en el infinito, y la mente casi en las «telarañas». Hunter, con todo el nacimiento del pelo mojado y un sentimiento de rabia y aversión cada vez mayor hacia su padre, estiró el brazo y cogió el paquete de Marlboro del salpicadero. Se encendió uno y eso pareció calmarle un poco ese principio de ansiedad que lo acompañaba día y noche.

—¿Y luego? ¿Qué se supone que les sucedió luego? Me refiero a después de que Eva fuese poseída y todo eso —preguntó Billy mirando a Jules.

Jules asintió y antes de seguir hablando cogió también un cigarrillo y se lo

encendió. Billy los imitó y se dijo así mismo que, mientras durase todo aquello, no volvería a decirles que no fumaran, les «daría cancha», pero que a partir de ese día, al menos deberían ir pensando en colaborar económicamente porque el tabaco a él no se lo regalaban.

—Luego, cuando Eva empezó a experimentar todas esas heridas en su cuerpo y quién sabe qué cosas más, los dos debieron llegar a la conclusión de que Eva estaba poseída, aunque, es posible que eso ya lo supiesen desde un tiempo antes. Tu hermano Scott debió hacerle todas esas fotos a Eva para, de algún modo, enseñárselas a algún cura y convencerlo de que esas heridas no eran normales y podían ser propias de una posesión.

—Eso explicaría por qué las fotos con las heridas no se encontraban entre las que estaban originalmente en el sobre, porque debieron entregárselas a ese presunto cura, ¿no? —dijo Billy involucrándose de forma activa en el hilo deductivo que estaba siguiendo Jules.

—Exactamente. Le entregaron las fotos al cura y... —Jules se quedó momentáneamente en blanco—. No sé, supongo que el cura comprueba de algún modo que, efectivamente Eva está poseída y... no sé. Lo cierto es que no le encuentro explicación a la muerte de tu hermano, Billy, es posible que huyese de algo cuando murió, de Eva o quién sabe, quizá de alguien que quería hacerle daño por algún motivo, aunque también podría ser que hubiese sufrido un accidente sin más, tal y como se dijo.

Billy había empezado de nuevo a tamborilear sus dedos, nervioso. No le gustaba nada que hablasen de su hermano. Eso hizo que se llevase de nuevo la mano al pendiente de su oreja.

—Y supongo que, tras comprobar que no podían expulsar el demonio del cuerpo de Eva, deciden enterrarla con vida, ese es el final, ¿verdad? —dijo Billy mirando a Jules.

—Más o menos, pero sí, ese es el final. Puede que lo de enterrar a Eva con vida no fuese algo intencionado, puede que, tras practicarle un exorcismo pensasen que había muerto y por eso la enterraron. No sería la primera vez que

alguien cae en un estado de estupor cercano a la muerte tras una dura sesión de exorcismo, al menos eso es lo que se ha contado en alguna ocasión. También todo esto explicaría por qué la enterraron precisamente en ese lugar, tal vez fuese para mantener ese espíritu alejado del resto, de la mayoría, eso no lo tengo muy claro, pero seguro que también debe tener una explicación que se nos escapa — Jules frunció el entrecejo y se quedó algo pensativo—. Lo que no entiendo es por qué tenía Eva la llave y la moneda en el interior de su cuerpo, por qué se tragó ese par de objetos, es posible que lo hiciera presa de la voluntad de ese ser maligno para evitar que volviesen a abrir esa puerta y que de esa forma consiguiesen volver a encerrarlo, pero no sé, no lo tengo muy claro. Tampoco entiendo por qué ni quién hizo desaparecer el cuerpo de Eva el día que abrimos su tumba, tal vez el cura o alguien cercano, a lo mejor lo hicieron simplemente para evitar que se descubriese que Eva había sido enterrada con vida. Todos estos últimos detalles son pura conjetura, la verdad, aunque es posible que haya dado en el clavo en alguno de ellos.

Jules terminó de hablar y tanto Billy como Hunter parecieron bastante convencidos de la lógica y la coherencia de su teoría, aun así, tendrían que tratar de encontrar de algún modo la forma de demostrar todo aquello. Y lo primero que harían sería continuar con su parte del plan, ir a hablar con Emily, la amiga de Eva de la que les habló Clarice. Tal vez ella les pudiese contar algo relacionado con esa presunta posesión y, quién sabe, tal vez también sobre el lugar en el que Eva y Scott encontraron la llave y el lugar en el que debieron abrir esa puerta, esa terrible puerta al infierno.

4

Emily

Emily Morton vivía en el extra radio de Queens. En una de las zonas más humildes de todo Brooklyn. Para cuando llegasen, sería prácticamente de noche,

el frío se habría asentado y puede que incluso hubiese vuelto esa insidiosa y molesta niebla invernal.

De camino hasta allí, Jules apenas dijo nada. Con los días había ido albergando el sueño de que esa llave escondiese algo bueno, algo grande, un lugar al que escapar con su hermana Josie, pero tras ver esas fotos... todos esos sueños que se habían ido tejiendo en su interior, se habían deshecho. Desvanecidos en el espacio infinito. Si tras esa llave solo se encontraba el mal, ¿para qué demonios iban a querer encontrar el lugar en el que se ocultaba? ¿Para desatarlo? ¿Para abrir la caja del rey de los demonios? Llevaba todo el camino pensando en ello, y parecía incluso haberlo decidido ya internamente, cuando acabaran de hablar con Emily, les diría a Billy y a Hunter que abandonaba la búsqueda. Que no contaran más con él para toda esa locura que no acabaría más que conduciéndolos directamente hacia su propia muerte o, quién sabe, tal vez hacia algo aún peor. De ningún modo quería acabar como Eva o como Scott. ¿Qué sería de la pequeña Josie si le pasase algo a él? ¿Quién cuidaría de ella? Pensó que lo mejor sería tratar de centrarse en su vida, su vida real, la de verdad, en salir para siempre del «refugio» y cuidar de su hermana. Pero antes hablaría con la tal Emily Morton, y le haría unas cuantas preguntas.

Cuando llegaron al supuesto lugar en el que vivía Emily, una zona llamada Kokomo Valley, pensaron que se habían equivocado de dirección. Ese dato lo obtuvo Hunter cuando aprovechó que su padre estaba en la ducha para meterse en su ordenador y, desde el programa de fichas policiales y censales, consiguió localizar el presunto domicilio actual de Emily. Pero, por lo que pudieron ver nada más llegar, aquel lugar no solo era el extra radio de Queens, sino una de las zonas más despobladas y apartadas de ese extra radio. Era como un pequeño poblado de caravanas muy humilde y con aspecto de ser tierra de nadie, territorio prohibido.

Aparcaron a una distancia prudencial de la zona de caravanas para no molestar o, quién sabe, para no atropellar a alguien que pudiese salir de forma imprevista de detrás de algún coche o del tronco de algún árbol. Allí no había

forma de distinguir cuál era el recinto o territorio personal de cada vivienda rodante ni, mucho menos, si eso que estabas chafando era un jardín privado o un simple matorral. Además, tal y como habían esperado, la niebla era densa en esa zona de las afueras y no se veía nada con claridad, solo el intermitente brillo con el que se reflejaba la luz lunar sobre la superficie plateada de algunos cedés de música que colgaban de las ramas de algunos árboles y que daban vueltas sobre sí mismos con cada ráfaga de aire. Tal vez la finalidad de esos cedés colgantes fuese evitar que te diceses de morros contra un tronco en mitad de la noche, pero lo cierto es que, más que eso, lo que daban es un poco de miedo, igual que el gran número de molinos de viento que giraban a gran velocidad y hacían chillar sus aspas las noches en las que se levantaba el aire, como aquella.

Fueron caminando hasta el número de Emily y a su paso pudieron sentir cómo eran observados disimuladamente desde las pequeñas ventanas de las viviendas con ruedas. En aquella zona, un forastero era alguien que, o bien se había perdido, cosa improbable, o bien había ido hasta allí a buscar problemas. Porque allí las visitas de domingo por la tarde eran algo inexistente, menos aún entre semana y con la niebla subiéndote por las piernas como una enredadera y el viento empezando a soplar a ráfagas irregulares pero muy intensas. Aquel era uno de esos lugares al que la gente va cuando no quiere que nadie la encuentre. Aquello, más que un retiro espiritual, era más bien una retirada del mundo real.

La vivienda de Emily estaba situada junto a un árbol que, a falta de verlo a plena luz del día, parecía un tejo. Inquietante curiosidad. Había luz en el interior, estaban de suerte. La chapa de la caravana era de color crema con una tira naranja óxido en la parte superior y otra en la inferior. Estaba llena de abolladuras, golpes y roces, y, en el lugar donde iba una de sus ruedas, habían colocado un par de adoquines. En la parte superior de esa pequeña vivienda, escrito con una elegante y ornamental caligrafía, se podía leer la frase «Líbranos del mal». A los tres se les aceleró un poco el pulso.

Tocaron y esperaron con nerviosismo no ser recibidos por un novio celoso amante de las escopetas recortadas o los rifles de asalto AR-15, el rifle de los

americanos.

Se escucharon unos pasos que, lentamente, se fueron deteniendo hasta llegar junto a la puerta. Probablemente, Emily, o quién fuese, estuviese observándolos desde alguna especie de improvisada mirilla que había pasado totalmente desapercibida para ellos. Tras un par de segundos de tenso silencio, una voz de mujer los sacó de esa paranoide y molesta quietud, no solo se sentían observados y encañonados por la indetectable mirilla de Emily, sino por toda la maldita comunidad de autocaravanas. Estaban tan asustados como un soldado cruzando la línea de fuego en un campo de minas.

—¿Quiénes sois y qué queréis? —preguntó una voz desde detrás de la puerta.

—Hola, ¿Emily? —dijo Billy mordiéndose la lengua.

—¿Qué ocurre? ¿Habéis venido a robarme? ¿Es eso? Pues lamento decir que, a excepción de la Remington 870 que tengo ahora mismo entre mis manos, no tengo nada de valor, así que ya podéis marcharos por donde habéis venido.

La Remington 870 era la escopeta de corredera más común en los Estados Unidos para defensa personal y también para la caza.

—No hemos venido a nada de eso, Emily, solo queremos hablar —dijo Billy tratando de infundir confianza—. Sabemos... sabemos que eras amiga de Eva, Eva Goth, ¿te acuerdas de ella? Eras amigas en el instituto, muy amigas, tengo entendido.

Billy trató de acercarse a ese tono tranquilizador, ese que inspira confianza y no miedo. Al otro lado de la puerta, Emily cerró los ojos y se mordió el labio al escuchar el nombre de Eva.

—¿Qué queréis? ¿Qué pasa con Eva? ¿Habéis venido a por mí? ¿Es eso? — La voz de Emily se escuchaba como envuelta en un extraño eco. Hacía pequeñas pausas entre frase y frase, pero su voz sonaba decidida. Aunque, lo que hizo que los tres sintieran cómo se erizaba todo su cuero cabelludo, fue escuchar cómo se deslizaba la corredera de la Remington. *Crac-crac*.

—Emily, soy el hermano pequeño de Scott, Scott King, seguro que debiste

conocerlo, era el novio de Eva justo cuando... ya sabes. Por favor, solo queremos hacerte unas preguntas sobre lo que les pasó, lo que les pasó a los dos. Por favor, Emily, es muy importante para mí, para todos nosotros. Te lo ruego, solo será un momento, después nos marcharemos.

Todos pudieron sentir que en las palabras de Billy King, solo había lugar para la sinceridad.

—Está bien, solo unas preguntas, después os marcháis.

Emily abrió la puerta y los tres se quedaron ligeramente embobados ante la mujer que apareció ante ellos. Les llevaba unos diez años a Hunter y a Jules y unos ocho a Billy, pero aparentaba muchos menos, aparentaba ser casi de su misma edad. Tenía un look «gótico». El pelo oscuro y brillante, casi reflectante, el contorno de los ojos perfilado de negro, carbón metalizado, y a juego con las uñas de sus manos. Llevaba puestos unos ajustados elásticos también negros y una camiseta de tirantes que dejaba entrever el principio de sus pechos. Pero lo que más llamó su atención fue su rostro. Tenía dos pendientes en su ceja izquierda y al menos tres en cada oreja, así como otro en una aleta nasal. Los labios pintados de un tono morado oscuro casi negro. Y en uno de sus pómulos, un minúsculo y extraño tatuaje. Eran dos palabras escritas en uno de esos idiomas que parecen sacados de una novela de fantasía. Independientemente de todo aquello, a los tres les pareció que Emily era una mujer bastante atractiva. Con o sin pendientes, tatuajes o tonalidades oscuras.

Pasaron al interior de esa caravana y rápidamente descubrieron que era mucho más confortable y acogedora de lo que nunca hubiesen imaginado. Allí dentro, todo parecía más grande, todo estaba plagado de esas pequeñas cosas que hacían «hogar», que hacían «casa», como decía antaño la madre de Billy. Había un sofá rinconera con una mesa en el centro que estaba al lado de una pequeña cocina. En el otro extremo de la caravana había un sofá de dos plazas frente a un pequeño televisor. Pero lo que más llamaba la atención era que, justo en el centro de esa casa con ruedas en miniatura, pegada a una de las paredes, había una impresionante mesa colocada en un plano inclinado y que estaba llena de lápices

de carbón y de láminas blancas destinadas al dibujo, a la ilustración, para ser exactos. Toda la caravana, en realidad, estaba cubierta por montones de dibujos, la mayoría de ellos en blanco y negro. Auténticas maravillas que, casi en su totalidad, ilustraban paisajes góticos. Zonas boscosas. Gente sufriendo. La representación misma de las tinieblas. Llamas. Las puertas del infierno. Cementerios. Dibujos de fantasía en los que podían verse seres o personas mitológicas inexistentes en el mundo real. Ninguno de los tres pudo evitar quedarse totalmente asombrado ante esa particular galería artística, ante ese pequeño túnel del terror.

—Me gustaría ofreceros un café, pero solo tengo cerveza —dijo Emily tras concederles unos segundos para que se acostumbraran un poco a su particular y pequeño mundo.

—Cerveza está bien —dijo Billy mirándola fijamente a los ojos. Emily bajó la mirada con cierta timidez y esperó una respuesta por parte de Hunter y de Jules, que asintieron diciendo sí con el cuello.

Emily sacó cuatro latas de cerveza, se abrió la suya y se encendió un cigarro con una cerilla entrecerrando un poco los ojos. Fue un gesto con cierta clase. Estilo. Los tres no tardaron mucho en imitarla. Cerveza, cerilla y cigarro.

—Es a lo que me dedico —dijo Emily tirando el humo y dando una explicación que, aunque nadie se la había pedido, prefería darla para que las tres mentes adolescentes que había dejado entrar en su casa no se perdieran en extrañas divagaciones—. Hago ilustraciones para revistas, tiras cómicas, carteles para grupos de música, para locales, cosas así.

Los tres sintieron, casi al unísono, cierta admiración y fascinación por la mujer que acababan de conocer. Los dibujos eran realmente impresionantes y, también algo siniestros. Perturbadores.

—Así que tú eres el pequeño King, eh, el pequeño Billy —dijo Emily con una bonita sonrisa. Una de esas que dejan enseñar gran parte de la dentadura.

—No tan pequeño —respondió Billy sin poder evitar sacar esa chulería suya. Todos sonrieron. Sobre todo Emily.

—La verdad es que hablas igual que tu hermano, qué digo hablas, casi te mueves y te expresas igual que él.

Billy sonrió con cierto orgullo y, al mirar de nuevo los oscuros ojos de Emily, pensó que unos cuantos años atrás, ese chico con el que había empezado a salir y que tanto le gustaba, le pediría matrimonio y ella le diría que no, que todavía no estaba preparada. Tendría miedo al compromiso, a acabar como acabó el matrimonio de sus padres, no se sentiría con el valor ni con la seguridad suficiente para atarse en ese momento, además, todavía estaría pasando una especie de duelo, a pesar de los años pasados, por la pérdida de su amiga del alma, Eva Goth. Le pediría paciencia, algo más de tiempo, más tiempo, pero él quería ser padre joven, así que, acabaría casándose, precisamente, con la única amiga de verdad que le quedaba. Un par de años después serían padres de una pequeña a la que Emily todavía no se había sentido ni con ánimos ni con fuerzas de ir a conocer, tal vez, nunca lo hiciera. Esa única amiga del alma que le quedaba, por cierto, moriría en el parto de esa niña que quedaría huérfana para siempre.

—¿Y bien? ¿Qué queréis saber exactamente de Eva? No sé quién os habrá enviado hasta mí ni qué os mueve a querer remover el pasado, pero os adelanto que ya han pasado bastantes años desde su muerte y, sí, éramos amigas, claro, pero de eso han pasado ya diez años, teníamos solo dieciséis, así que, vosotros diréis, pero como os digo, hay poco que contar. Solo cosas de chicas de dieciséis.

Emily miró a Billy esperando una respuesta, a Jules y a Hunter parecía ignorarlos, los trataba casi como si no estuviesen. Además, la forma en la que se había referido a la edad de dieciséis años no les había hecho sentirse mucho más seguros.

—Fue Clarice Goth quien nos habló de ti, Emily. Estuvimos hablando con ella y con su marido Johnston hace unos días y ellos fueron los que nos dijeron que tú y Eva eráis muy amigas.

—Eso es relativo —dijo Emily tras hacer un aro con el humo del cigarro.

—Bueno, eso es cierto. Y el caso es que aquí estamos —añadió Billy con

seriedad.

—Sí, eso ya lo veo. ¿Y qué se supone que queréis saber, y por qué?

—Verás, Emily, es una historia un poco larga, pero resumiendo, ya sabes que mi hermano murió unas dos semanas antes de que lo hiciera Eva, presunto accidente de tráfico, presunto... suicidio —Billy respiró hondo y le dio una buena calada al cigarro—. La verdad es que no se sabe demasiado bien, existen lo que en procedimiento policial se conoce como lagunas, y luego llegó la muerte de Eva, tan inesperada, tan extraña. Tanto como para hablarse durante años de lo que pasó tras su entierro, de lo que pasó justo los días posteriores a su entierro, imagino que ya sabes a qué me refiero —Billy hizo una pausa y miró a Emily para observar su reacción. Aplastó el cigarro en el cenicero y cogió algo de aire antes de continuar.

Las facciones de Emily se endurecieron de forma notable en cuestión de pocos segundos. Estaba empezando a incomodarse.

—En fin, hace poco encontré unas fotos en las que aparecían Scott y Eva y pensé que a lo mejor aún estaba a tiempo de conocer un poco mejor cómo era mi hermano, cómo era de verdad y, también, qué fue lo que les pasó. Me llamó la atención que nunca me hubiesen dicho que mi hermano y Eva eran novios, y ya se sabe que cuando solo se cuenta una parte de la historia es porque la otra, o bien no importa lo más mínimo, o bien importa tanto que se ha preferido que caiga en el más completo de los olvidos. Siempre se habló de Eva Goth, de lo que le pasó, bueno, mejor dicho, de lo que pasó tras su entierro, pero mi hermano siempre ha permanecido en un segundo plano, uno al que ni tan siquiera es posible tener acceso a día de hoy.

—Bien, ¿y qué es exactamente lo que quieres saber? —Emily parecía estar impacientándose. Elevó el tono de voz. No se la veía demasiado a gusto. Observó a Hunter y a Jules algo embobados contemplando las vistas que ofrecía ese balcón que formaba el cuello de su camiseta de tirantes y se lo echó un poco hacia arriba.

Billy juntó la punta de los dedos de sus dos manos y miró hacia el suelo

tratando de calcular bien las palabras que iba a utilizar. Emily pensó que ese mismo gesto, esa misma forma de colocar las dos manos como formando un rombo, también era algo que solía hacer Scott.

De repente, un inesperado y agudo ruido hizo que todos se estremecieran, todos menos Emily, que conocía perfectamente de donde procedía ese ruido. Su gata Regan, que era negra como la más oscura de las noches, acababa de entrar por una pequeña ventana de la caravana que había sobre la cocina y había soltado un largo *miau* que los cogió a todos por sorpresa. Miró a Emily y se quedó observándola a unos metros con el lomo totalmente encorvado y los pelos de la cola erizados.

Todos respiraron aliviados al ver la procedencia de ese ruido.

—Regs, ven. Ven aquí, Regan, preciosa —dijo Emily endulzando la voz.

La gata volvió a encorvar el lomo y prefirió quedarse en la rinconera que había frente a la cocina. Dio un brinco y se recostó con la cabeza erguida contemplando la panorámica que le ofrecían los tres visitantes más Emily.

—Qué raro, normalmente suele venir —dijo Emily tratando de justificar la anarquía de su gata Regan. Después levantó la mirada hacia Billy, esperando esa respuesta que había quedado suspendida en el aire apenas un momento antes.

—No me andaré por las ramas, Emily, no sé cuál era el grado de amistad real que teníais Eva y tú ni tampoco si estabas al corriente de todo por lo que pasaron antes de...

Billy entrecerró los ojos y soltó un aire pesado. Emily contuvo el aliento y se imaginó lo que escucharía a continuación. Hacía tiempo, mucho tiempo, que se prometió no volver a hablar de aquello nunca.

—Verás, Emily. Según hemos podido saber, mi hermano y Emily encontraron algo en algún lugar que por el momento desconocemos, concretamente una llave y una moneda muy antiguas. No sé cómo, ni tan siquiera cómo algo así puede ser posible, pero debieron lograr de alguna forma dar con el lugar donde se escondía la cerradura que abría esa llave y... pensamos que tras esa cerradura, tras esa puerta, encontraron algo malo, algo muy malo,

tanto como para ser la causa de su muerte, de la muerte de los dos.

Los tres se quedaron mirando a Emily que no pudo evitar que se le notara la gran agitación que acababa de invadirla. Sus ojos se habían humedecido, sacudió la cabeza mirando al suelo y se encendió otro cigarro. Se había prometido no hablar nunca de aquello, pero...

—No sé de qué estáis hablando, pero agradecería que os marcharais.

A tres o cuatro metros, Regan soltó un pequeño maullido desde la rinconera en la que se encontraba.

—Por favor, Emily, quiero que veas una cosa. Tú solo mírala y después decides por ti misma —dijo Billy arqueando las cejas con cierto pesar. Sacó las fotos en las que se veían Eva y Scott posando, y también la llave y la moneda. Todo ello lo dejó sobre la mesa esperando a que Emily quisiera dejar de mirar hacia el infinito y bajara sus ojos hasta esos recuerdos del pasado.

Finalmente bajó la vista y, antes de decir nada, soltó un pequeño suspiro cargado de ironía mientras negaba con la cabeza.

—Cielos, toda esta historia no terminará nunca, ¿verdad? —dijo Emily mirándolos a los tres con frialdad. Hunter y Jules sintieron cierto miedo, Billy sintió que ya la tenía.

—No sé de dónde habéis sacado esa llave y esas fotos, la verdad, ni tampoco quiero saberlo... Fue hace mucho, ni siquiera lo recuerdo bien.

—Por favor, Emily, cualquier cosa que recuerdes nos será de gran ayuda, solo queremos saber qué fue lo que realmente pasó, solo queremos llegar al fondo de todo esto y, si descubrimos que hubo alguien responsable detrás de sus muertes, hacerle pagar por ello.

Emily recogió con delicadeza las dos lágrimas que acaban de asomar por el borde de sus párpados. El contorno negro de ojos se esparció un poco y bajo ellos se dibujó una bonita sombra. Se levantó, fue a la nevera y volvió con cuatro latas más de cerveza. No preguntó si querían, pero ya que ella iba a hablar, ellos beberían. Nadie se negó.

—Eva, Rachel y yo éramos amigas desde primaria, tal vez puede que

incluso desde antes, no lo recuerdo bien. Éramos inseparables, de ese tipo de amigas que... en fin, de ese tipo de amigas que por alguna razón, ya nunca más se tiene en la vida. Creedme si os digo que entre nosotras la confianza era total, lo compartíamos todo y nos ayudábamos en lo que podíamos. No había ni envidias, ni celos, ni rivalidades, ni ninguna de esas mierdas con las que se nos va infectando la cabeza con el paso de los años. Solo amor, amor puro y auténtico —Emily volvió a recoger dos lágrimas más. Elegante calada, mirada al cielo de la caravana y trago abajo de cerveza—. Cielos, todavía a día de hoy no comprendo qué fue lo que sucedió, todavía no sé qué demonios pasó, pero os aseguro que fue algo mucho peor de lo que os podáis imaginar —Tanto Billy, como Hunter y Jules, tragaron saliva con dificultad—. Todo empezó cuando conocimos a Scott, a tu hermano —Emily miró a Billy con dulzura y acarició su mejilla en un gesto cariñoso, desinteresado, aunque no tanto como el gesto que tuvo con él Clarice, no tan desinteresado—. Al principio nos gustaba a las tres, él iba dos cursos más arriba que nosotras y en el instituto era alguien muy popular. Tenía ese clásico perfil de chico malo, guaperas y mucho desparpajo que tanto nos gustaba a muchas de las chicas a esa edad. Digamos que era un chico que destacaba, siempre, y eso hacía que te fijases más en él, que todas nos fijásemos más en él. Un día cualquiera, empezó a rondarnos sin ningún motivo aparente, imaginaos qué emoción, el chico por el que medio instituto suspiraba yendo detrás de nosotras —Emily sonrió mirando al pasado, a ese tiempo congelado en algún lugar de la memoria—. Como ya os podéis imaginar, cada una de nosotras se ilusionó con que fuese ella el centro de sus miradas, el motivo por el que él se dejaba caer por los lugares que frecuentábamos. He de decir que tu hermano Scott no solo era una chaqueta de cuero, una moto o ese pendiente en la oreja —Emily hizo una pequeña pausa arrugando el ceño cuando observó que Billy, casualmente, llevaba ese mismo pendiente—. Tu hermano era mucho más. Era alguien con un carisma enorme, una de esas personas con las que es imposible enfadarse y, también, con uno de los corazones más grandes y generosos que jamás he visto. Era alguien en el que creer, alguien a quien seguir,

a quien a... A quien amar, sí, supongo que sí. Alguien de quien enamorarse perdidamente. Como os podéis imaginar, el objetivo de Scott no era otro que Eva. Al principio tuvimos nuestras dudas por su forma de comportarse con unas y con otras, por nuestra forma de interpretar unos y otros gestos, ya sabéis que muchas veces cuando alguien te gusta, es precisamente a esa persona a la que más te cuesta dirigirte, a quien menos caso le haces, y esa persona para Scott, era Eva. No os voy a mentir, cuando Scott y Eva empezaron a salir, tanto Rachel como yo sentimos... cómo decirlo sin que suene mal... algo de envidia. Un poco. A veces pienso que, el simple hecho de hacerse mayor, cumplir años y acumular experiencias, es totalmente incompatible con tener amigos y amigas como los que tenías a los diez, catorce o dieciséis. Es una putada hacerse mayor, dejar atrás todo aquello que te han enseñado a querer. Todas esas desilusiones, frustraciones, fracasos y decepciones que vas acumulando en tu interior durante años, son las auténticas semillas de la envidia, los celos, la mezquindad o incluso el odio. Un día te levantas y descubres que tú eres la única de todas tus amigas a la que no han invitado para ir al baile. Al día siguiente piensas que, por alguna razón, tus amigas tienen de su parte a la buena suerte, al destino o como se llame eso que hace que las cosas buenas pasen. Un día más y, creedme, no solo empezarás a pensar que tus amigas y tú ya no sois tan iguales, sino que, tal vez, es posible que empieces a desear no solo lo que ellas tienen, sino que ellas vuelvan a tener lo mismo que tú, es decir, nada. Eso es la envidia. Algo que, no solo puede acabar corroyéndote por dentro, sino también acabar con la más férrea y pura de las amistades. Y así podría continuar con los celos, la falta de confianza, las mentiras, la soberbia, el engaño o la traición, por citar solo unos cuantos de esos gérmenes que acaban por pudrir y por estropear hasta la más pura de las amistades.

Los tres amigos pensaron durante un instante en la cruda realidad que acababa de relatar Emily y se preguntaron si ellos también estarían ya siendo infectados por todos esos gérmenes de la desconfianza y la ruindad de los que hablaba. Pero sobre todo se preguntaron por primera en su vida si seguirían

siendo igual de amigos de aquí a unos años, de aquí a muchos años. Y sintieron vértigo y una gran tristeza ante la posibilidad de que, tarde o temprano, todo acabase por torcerse entre ellos.

—Ya sabéis lo absorbentes que pueden llegar a ser las relaciones a esa edad, lo difícil que es saber trazar la línea que separa lo que está bien de lo que está mal. En realidad, a veces pienso que nunca se llega a saber del todo dónde está esa línea. El caso es que Eva y Scott se veían a todas horas, estaban juntos cada minuto de tiempo libre del que disponían, y eso significaba que siempre que Eva quedaba conmigo y con Rachel, Scott solía venir detrás.

Billy jamás había oído hablar de su hermano de esa forma tan cercana, de esa forma tan natural. Y, era eso precisamente lo que llevaba buscando todos esos años. Acercarse a él sin miedo a preguntar, con naturalidad, no como si fuese alguien cuyo mero recuerdo fuese contagioso.

—Aun así, como ya os he dicho, tú hermano era encantador, así que seguíamos pasándolo de maravilla cuando estábamos los cuatro juntos —Emily alzó los ojos, humedecidos, y se frotó la nariz con el dorso de la mano—. Pero llegó un día en el que todo empezó a cambiar. Eva nos contó que ella y Scott habían encontrado algo, creo que en realidad fue Scott quien lo encontró, eso no me lo terminó de explicar bien. Era algo así como el mapa de un tesoro y, cómo no, se habían propuesto ir a buscarlo. Estaba muy emocionada, ¿quién no quiere encontrar un tesoro?, lo cierto es que nosotras también lo estábamos, pero no fuimos invitadas, aquello fue algo entre ellos dos, así lo decidieron y así lo hicieron. No puedo decir el día exacto en el que fueron en busca de aquello ni tampoco dónde ni cuándo lo encontraron, simplemente, tanto Rachel como yo, un día empezamos a notar un cambio en el comportamiento de Eva, un cambio radical. Empezó a mostrarse huidiza, no contestaba nuestras llamadas y no quería vernos. Indudablemente, tampoco veíamos Scott. Los dos dejaron de ir al instituto durante un tiempo y empezamos a sospechar que algo realmente malo les había pasado. Y así fue. Finalmente, tras mucho insistir, conseguimos quedar con Eva y, no nos gustó nada lo que vimos.

Emily hizo una pausa para encenderse otro cigarro. Aspiró con fuerza y tiró el humo hacia el techo juntando los labios en un sensual gesto.

—Eva había adelgazado en cosa de una o dos semanas cuatro o cinco kilos. Estaba totalmente cambiada, como envejecida. Parecía que padeciese algún tipo de anorexia o de enfermedad grave. Tenía el pelo sin ningún brillo y la piel como muy reseca. Pero no fue su aspecto físico lo que más nos alarmó, sino su estado mental. Estaba terriblemente asustada, tanto como para no querer ni hablar de lo que le había pasado, tanto como para no querer involucrar a nadie más. Nos contó que fue por culpa de ese maldito tesoro que andaban buscando, que eso fue lo que ahora iba tras ellos y que era algo que se escapaba a toda razón, algo tan terrible como pudiéramos imaginar. Tanto Rachel como yo nos asustamos mucho. Aquello era algo que nos superaba. Llegamos a pensar seriamente que Eva estaba atravesando algún tipo de proceso psicótico, que había empezado a desarrollar alguna grave enfermedad mental. ¿Quién iba a imaginar que en realidad...? Dios, solo el pensarlo hace que se me pongan los pelos de punta. Cuando le preguntamos por Scott, nos dijo que no podíamos verlo, que él también estaba enfermo. Recuerdo que cuando le rogué que por favor me dijese de qué se trataba, que qué era eso que tanto la asustaba, ella simplemente apretó los dientes, endureció mucho el rostro y, con una voz tan grave como jamás he escuchado, contestó; «el diablo está ahora con nosotros, y tened por seguro que va a acabar con todos, el diablo está ahora con nosotros, y tened por seguro que va a acabar con todos, el diablo está ahora con nosotros, y tened por seguro que va a acabar con todos». Repitió esa maldita frase tres veces seguidas como si fuese un disco rayado, os prometo que yo no sabía ni dónde meterme. No me meee allí mismo de miedo porque ese día todavía no había bebido absolutamente nada.

Tanto Billy como Hunter miraron a Jules pensando que, después de todo, puede que no fuera demasiado desencaminado con lo de la posesión, puede que, después de todo, tuviera razón. Bastante razón.

—¿Piensas que estaba, de algún modo, poseída por un demonio? ¿Crees que

fue eso lo que la asustaba? —preguntó Jules con un poco de inseguridad y de miedo. Su pregunta cogió a Emily por sorpresa, que se giró hacia él con un principio de temblor tanto en los párpados como en los labios. Nunca había hablado de aquello con nadie, aparte de con su amiga Rachel, nunca había dicho la palabra maldita en voz alta. «Posesión». Antes de contestar, asintió con un movimiento de cabeza casi imperceptible.

—Sí. Lo cierto es que pienso que eso fue lo que pasó. Al principio ni Rachel ni yo creímos que algo así podía pasar, pero tras ver el comportamiento de Eva y esas cosas que decía, nos planteamos la idea de que, efectivamente, algo así había pasado, o eso o que definitivamente estaba total y absolutamente trastornada, cosa que, como comprenderéis, no suele ocurrir de la noche a la mañana, como fue su caso. Pero, unos cuantos años después, como podéis ver, ya no tengo ninguna duda al respecto —Emily dirigió su mirada hacia las paredes de esa caravana y los tres imitaron su gesto. Efectivamente, si aquellos dibujos eran la realidad en la que Emily creía ahora, entonces esa realidad estaba llena de demonios, sufrimiento y espíritus malignos.

—¿Pudiste ver las heridas? —preguntó Jules de nuevo.

—¿Qué heridas?

—Las heridas en la piel, en la boca, en las uñas. Esas heridas. ¿Las viste bien?

Emily sacudió la cabeza hacia ambos lados y se tapó la cara con las manos. Parecía estar a punto de romper a llorar. Algo contrariada.

—No había heridas, ¿de qué heridas me estás hablando? Solo me dijo una cosa, fue la última vez que la vi... Me dijo que no hablase nunca de esto con nadie, me enseñó la llave y la moneda y me dijo que si alguna vez veía algo parecido, que corriese y me alejase todo lo que pudiese, pero sobre todo, que jamás abriera nada con esa llave, porque acabaría como ella, maldita. De algún modo parecía saber que su muerte estaba cerca, muy cerca. Cuando murió Scott... Dios, ahí aún empeoró más, no solo no quería ver a nadie, sino que desconfiaba de todo y de todos. Se sentía amenazada, en peligro de muerte

inminente. Cielos, todavía no he podido olvidar ese último día, esos últimos momentos, cuando me pidió que por favor me alejara de ella para siempre, que estaba maldita, no se cansaba de repetirlo, que era algo que venía desde las profundidades de la tierra y ese algo era el mismo diablo. Cielos, no ha pasado ni un solo día en el que no recuerde todo aquello de alguna u otra forma, es como si me persiguiese y no me permitiese olvidar.

—Y... ¿qué sabes de...? Bueno, de lo que pasó tras su entierro —preguntó Jules, que cada vez estaba más suelto y no quería irse de allí sin hacer las preguntas que quería hacer.

Emily estaba dando muestras de agotamiento. Suspiró.

—Supongo que no mucho más que vosotros. La enterraron de prisa y corriendo cuando yo aún no sabía ni que había muerto, ni yo ni nadie, claro. Aquello fue algo extraño, muy extraño. Claro que escuché lo de que a Eva la habían enterrado con vida. Pero...jamás tuve el valor de acercarme hasta allí, hasta su tumba. Yo solo tenía dieciséis años y estaba realmente asustada. Tanto Scott como Eva acababan de morir de forma misteriosa y, después de que ella misma me dijese que estaba maldita, no me quedaron demasiadas ganas de ir a comprobar si, efectivamente, su espíritu o lo que fuese todavía rondaba cerca de su tumba. La gente se lo tomaba a risa, bromeaba con esto y con aquello y con que si el lugar estaba maldito y el espíritu de Eva mataría al que se acercase, cosas de ese estilo, pero creedme si os digo que mi temor y mi preocupación iban mucho más allá de todo eso, eran totalmente reales, algo que durante un tiempo se convirtió casi en insoportable. Pero el tiempo pasó y... bueno, aquí estoy...

Emily se tapó de nuevo el rostro y empezó a sollozar. Daba muestras de estar a punto de venirse totalmente abajo. Recordar toda esa historia le había afectado más de lo esperado. Una historia y unos recuerdos que, a pesar del paso de los años, todavía seguían ahí, de algún modo, haciendo daño.

Billy les hizo un gesto a Jules y a Hunter con la cabeza. Hora de marcharse. Todavía tenían un buen trozo hasta casa y ya se habían excedido más allá de lo

«normal» para unos chicos en edad de madrugar para ir a estudiar. Ya tenían lo que querían, al menos algo de lo que querían. Emily les había confirmado que tras esa llave y esa puerta, Eva, y tal vez también Scott, había sido poseída por algo maligno que fue lo que la acabó por matar.

Agradecieron a Emily su hospitalidad y ella les pidió que dejaran todo aquello correr, que no fueran en busca de ninguna puerta ni nada que se le pareciese, porque acabarían exactamente igual que Scott y que Eva.

Justo antes de que se marchasen, Emily le pidió a Billy si podía hablar con él un momento a solas. Hunter y Jules esperaron fuera de la caravana y Billy se quedó dentro para escuchar eso que Emily quería decirle a él solo.

Tensión.

Regan se irguió sobre sus patas traseras. Su pelo negro brilló bajo la bombilla de luz amarillenta que había sobre el techo de la mini cocina.

—Escúchame bien, y préstame atención —dijo Emily más calmada y acercándose mucho a Billy. Seguridad y determinación. Él no entendía nada—. No sé de qué va todo esto ni a dónde quieres ir a parar, pero deja las cosas como están, ¿me has oído? Deja las cosas como están y sobre todo no involucres a esos dos críos de ahí fuera, ¿me has oído? No involucres a nadie más en esto y deja las cosas como están. Ya.

Billy abrió mucho los ojos y tragó saliva, no tenía ni idea de a qué venía eso. Pero una parte de él tenía claro que no era ella quien iba a decirle cuándo parar.

—No sé a qué demonios te refieres, pero esos dos de ahí fuera y yo estamos juntos en esto, y juntos vamos a llegar hasta el final. Además, me parece que tú no eres quién para decirme qué he de hacer y qué no. Tú, precisamente, la mejor amiga de Eva, ¿qué hiciste para ayudarla? ¿Eh? ¿Qué hiciste tú para evitar que tuviese ese final? ¿Hiciste algo?

—Yo no pude...

—Tú pudiste, y puedes, lo que pasa es que no quisiste, ni quieres.

Emily bajó un poco la mirada, lágrimas en los ojos, Billy miró hacia el

techo de esa caravana suspirando. Le había dado bien, justo en el centro de esa diana que llevaba colgando del corazón y cuyo nombre era dolor.

—Mira, siento mucho lo que acabo de decirte, Emily, de verdad, y agradezco mucho que nos hayas recibido y atendido, en serio, pero... necesito terminar lo que he empezado, descubrir toda la verdad, necesito cerrar esto de algún modo, Emily, lo necesito. Hay algo más a parte de esa posesión, hay más cosas en esta historia que tienen que salir a la luz, lo siento desde... hay una parte en mi interior que tiene esa certeza.

Emily miró al suelo y asintió levemente con la cabeza.

—Solo te pido una cosa.

—¿Qué?

—Ve con mucho cuidado... por favor —Emily lo miró de nuevo con ternura y volvió a acariciar su rostro con delicadeza. Billy entrecerró los ojos y soltó un suspiro cargado de... nostalgia.

—Descuida, Emily. Iré con todo el cuidado del mundo. Cuídate tú también por favor, y gracias otra vez por tu hospitalidad, tal vez algún día...

—¿Volveremos a vernos?

—Eso espero.

Ella puso una mano sobre su pecho y, con una bonita sonrisa, asintió dándole su aprobación. Antes de salir, Billy se giró para hacerle una última pregunta, una que rondaba sobre su cabeza como una enorme duda.

—Emily.

—¿Sí?

—¿Qué fue de Rachel? La tercera de las tres amigas.

—Oh —dijo Emily dibujando una sonrisa llena de pena—. Murió hace un par de años en el parto de su hija, una verdadera pena, una auténtica desgracia. Otra más.

Billy asintió en silencio.

—Lo siento mucho, Emily.

—Gracias... Billy.

Cuando estaban sentados de nuevo en el Buick para emprender el viaje de vuelta a casa, tanto Jules como Hunter todavía esperaban a que Billy les contara eso que Emily le había querido decir a solas. Pero Billy no parecía con ánimo de contar nada.

—¿Qué quería, Billy? ¿De qué habéis hablado? —preguntó Hunter desde el asiento de atrás.

—De nada.

—¿De nada?

—Eso he dicho, ¿no? De nada —dijo Billy algo irritado.

—¿Qué ocurre, Billy? —preguntó Jules tratando de apaciguar.

Billy puso sus manos sobre el volante del Buick y entrecerró los ojos. Tamborileó los dedos despacio sobre el desgastado caucho del volante del Roadmaster.

—Nada, chicos. Siento mucho haber hablado así. No ocurre nada. Es tarde, volvamos a casa.

Hicieron el viaje de vuelta en el más completo de los silencios sin saber muy bien qué les depararía el día de mañana, sin saber muy bien si esa búsqueda, continuaba valiendo la pena.

CAPÍTULO 7

“CONOCERÁN LA VERDAD, Y LA VERDAD LOS HARÁ LIBRES”

1

Sigue buscando

Tras un par de días de profunda reflexión, Jules había decidido definitivamente abandonar la búsqueda de ese rastro hacia el que les estaba conduciendo la tumba de Eva. Ya habían llegado demasiado lejos, mucho más de lo que en un principio pudo imaginar que llegarían. Eso de destapar la leyenda de que a Eva la habían enterrado con vida y ver que eran capaces de seguir ese siniestro y oscuro rastro, había estado bien. En cierto modo. Había sido como un paseo, una aventura, una excursión por uno de esos mundos imaginarios y de leyenda que formaban el decorado de su «refugio», solo que, a diferencia de los mundos que habitaban en su refugio, aquello sí era real, y sobre todo peligroso. Tan real como la muerte de Eva, la de Scott, la del perro de Jeremiah, la del señor Budkins o incluso también, por qué no, la de Rachel, esa tercera amiga de Eva y de Emily. Aunque era mucho suponer que todas esas muertes tuviesen que ver con lo que se ocultaba tras esa llave, tampoco sabía cómo funcionaban las maldiciones ni las posesiones, si era posible que terceras personas se viesen afectadas por ese presunto «mal» que había infectado tanto a Scott como a Eva, o, al menos, a Eva.

Cuando salió de la habitación vio a su hermana Josie con el rostro más serio de lo habitual. Estaba en la cocina subida en su «silla» comiendo de un bol de cereales con la «cuchara grande», la que a ella le gustaba.

—Buenos días, Josie, ¿no había cucharas más grandes?

Josie sonrió levemente. Una de esas sonrisas impregnadas de tristeza.

—Buenos días, Jules —Josie agachó la cabeza y siguió comiendo esos cereales de marca blanca que imitaban a los famosos Cheerios con sabor a miel.

—¿Quién te ha preparado eso, el papá?

Josie negó con la cabeza. Con las dos piernas daba pequeñas pataditas en el aire. Al menos, tanto los dos zapatitos como los calcetines que llevaba debajo, parecían estar limpios.

—¿Y entonces? ¿Te lo has preparado tú sola? —Jules le había dicho repetidas veces que cuando tuviese hambre lo llamase a él, no le gustaba nada que trajinase por la cocina.

—Ha sido mamá.

—¿Mamá? ¿No está trabajando?

Josie negó de nuevo con la cabeza.

—No. Mamá dice que va estar un tiempo aquí conmigo, que así podrá cuidarme mejor.

Jules se quedó pensando un par de segundos en qué significaba aquello que se escondía tras las palabras de su hermana.

—Estupendo, Josie. ¿Sabes si está mamá en casa?

—Sí. Está en su habitación, me ha dicho que si no necesitaba nada que la no la molestara.

—Está bien, Josie, voy a hablar un momento con mamá.

Jules fue hasta el cuarto de sus padres y tocó a la puerta con los nudillos.

Su madre no contestó. Aunque podía oírla sollozar.

Jules abrió despacio y entró.

Su madre, Eliza, yacía recostada en la cama. Estaba llorando. Tenía los ojos completamente hinchados y su cara era la viva imagen de la tristeza. Al ver a su hijo allí plantado trató de limpiar algo su rostro, pero las lágrimas, como la sangre del interior de una profunda herida abierta, no dejaban de salir.

—Mamá, ¿qué ha ocurrido? ¿Por qué lloras? ¿Le ha pasado algo a papá? — Jules preguntó invadido por la preocupación, aunque sabía que esas lágrimas no

eran las que proceden de una desgracia, eran más bien, lágrimas acumuladas.

Jules se acercó hasta su madre y se sentó junto a ella en la cama. Eliza no tardó en abalanzarse sobre sus brazos para romper a llorar con más brío.

—Vale, mamá, vale, ya está —dijo Jules frotando con suavidad la espalda de su madre—, tú dime qué ocurre y seguro que entre los dos podemos encontrar una solución, ¿es por papá?

Eliza asintió primero, después negó. Fue como decir, sí y no.

—No sé ni por dónde empezar, hijo, pero me temo que... no sé qué demonios vamos a hacer a partir de ahora... no lo sé... —Eliza miraba hacia la nada con los ojos contemplando la desesperación. Desolación.

—Mamá, tú solo dime qué pasa, después ya tendremos tiempo de buscar soluciones.

—Hijo... ayer me despidieron del trabajo... dios, fue algo horrible. No sé qué vamos a hacer, no lo sé...

—¿Te echaron del trabajo? ¿Por qué? Bueno, al menos míralo por el lado positivo, ahora cobrarás la indemnización y también el paro, y tendrás más tiempo para estar con Josie. Algo saldrá, ya lo verás.

Eliza negaba con la cabeza. Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—No sé cómo he sido tan estúpida, hijo, y me da una vergüenza tremenda contarte esto, pero me temo que no me van ni a indemnizar ni tampoco a pagar el paro, veremos si con suerte recibo algo del subsidio.

—¿Por qué? Te han despedido, ¿no? Al menos tienes derecho a que te indemnicen, ¿no es así?

—Verás, Jules, no era la primera vez que... dios, qué vergüenza y qué estúpida... no era la primera vez que yo me llevaba algo de la residencia, ya sabes, cereales, leche, algo de comida, poca cosa. Ya sabes lo apurados que íbamos últimamente y... qué idiota fui, pensé que todo lo que me pudiese ahorrar bueno sería. El trabajo además estaba muy mal pagado y me sentía explotada... nunca pensé que esos malnacidos me estuviesen observando...

Jules se llevó una mano a los ojos y trató de razonar, de pensar con claridad.

—¿Y no hay nada que se pueda hacer?

—No, qué va. Me han dicho que aún puedo dar gracias de que hayan decidido no denunciarme... —A Eliza se le escapó una sonrisa irónica.

—Mamá, escúchame bien —dijo Jules con firmeza—. Vamos a salir de esta, ¿de acuerdo? Te lo prometo, no vamos a permitir que este mundo nos hunda, no vamos a permitir que nos venza, ¿está claro? No permitiré que ni tú ni Josie paséis por ningún apuro.

Eliza miró a su hijo y pareció albergar algo de esperanza, encontrar algo de fuerza en esas palabras, pero enseguida volvió a romper a llorar, puede que incluso con más fuerza.

—Mamá, de verdad, esto no es el fin del mundo, algo se nos ocurrirá, ya lo verás, saldremos adelante, te lo prometo. Buscaré trabajo, el papá tal vez empiece a tener algo de suerte...

—Tu padre y yo vamos a separarnos, Jules —Eliza lo interrumpió mirando a su hijo a los ojos. Tratando de que entendiera la magnitud real del problema, del problema que ella veía.

Jules se encogió de hombros antes de contestar.

—¿Qué ha ocurrido?

—No ha ocurrido nada, solo que ya no soporto más vivir con una persona así, ya no soporto más vivir con alguien a quien no conozco, hijo. Tú padre hace tiempo que... vive completamente en su mundo, ¿no te has dado cuenta? Ni siquiera sé a qué dedica su tiempo, ni siquiera sé dónde se mete todo el día. No me extrañaría que tuviese otra familia en otra parte...

Jules se quedó pensando que, después de todo, apenas conocía a su padre, siempre ausente, siempre con prisa y con algo que hacer que casualmente era incompatible con el resto de miembros de su familia.

—Mamá, quiero que me mires un momento a los ojos y que me escuches.

Eliza alzó la mirada y, entre una fina capa de lágrimas, miró a los ojos a su hijo mayor.

—Vamos a salir de esta, te lo prometo, y vamos a empezar una nueva vida

los tres juntos, te doy mi palabra.

Eliza asintió con una diminuta sonrisa y acarició la barbilla de su hijo.

—Gracias por no rendirte, Jules.

Jules dejó a su madre llorando en la cama y se llevó a Josie al colegio. Le prometió que, esa semana la llevaría de nuevo a la feria, aunque no se subiesen a nada. Fue suficiente para arrancarle una sonrisa a ese maravilloso y pálido rostro de su hermana pequeña.

Mientras se dirigía al instituto tuvo tiempo de darle unas cuantas vueltas a todo. Necesitaba reconducir la vida de su familia, necesitaba que saliera a flote, saber a qué demonios se dedicaba su padre y, al menos, hacer que diese la cara por una maldita vez. Pero sobre todo, necesitaba dinero. Casi como una estrella fugaz, cruzaron por su cabeza aquellas palabras que le dijo su profesor de historia William Draper, «lo mejor que podéis hacer es venderle esa llave y esa moneda a un museo, qué demonios, vendérmelas a mí». Jules pensó que, tal vez, aquel par de objetos, después de todo y a pesar de todo, tuviesen algún valor económico, uno que, a lo mejor era bastante mayor del esperado. Y a lo mejor, con un poco más de suerte, también podría ser que la caja, el baúl o la puerta que debía abrir esa llave tuviesen todavía más valor, qué demonios, aquello era una antigüedad, algo muy «veterano», una auténtica reliquia, y eso, en el mundo real, se pagaba, y se pagaba bien.

Cuando entró al instituto pensó que, lo de desentenderse de la llave y la moneda y todo lo relacionado con la búsqueda de ese peligroso rastro que había tras la muerte de Scott y de Eva, podría demorarse un tiempo, al menos hasta que supiese qué valor podrían tener esos objetos, después ya pensaría el modo de hacerse con ellos. Josie lo necesitaba más que nunca, su madre lo necesitaba más que nunca, y haría lo que hiciese falta para mantenerlas sanas y salvas. Lo que hiciese falta, incluso poner en peligro su lealtad y su amistad con Billy y con Hunter.

Ansiedad

Billy estuvo rebuscando bajo la atenta mirada de su ya inseparable amigo Rainbow algo que, tras todas esas fotos, revistas y libros de la habitación de su hermano, pudiese conducirlo hasta ese lugar donde podría ocultarse esa puerta, ese cofre, la caja de Gerberto o lo que demonios fuese lo que abriese la llave del Reino de los Cielos. Si su hermano lo encontró, era bastante posible que, teniendo en cuenta la afición de Scott por guardar cosas de todo tipo, hubiese dejado en alguna parte algún tipo de anotación o de referencia a ese sitio, o al menos algo relacionado con aquello que lo había conducido hasta ese misterioso lugar del que no llegaron a hablarle a Emily.

Estaba nervioso. Más de lo normal. Desde que se había despertado mirando ese póster de Bonnie y Clyde que se balanceaba sobre sus ojos, una extraña y molesta inquietud lo había estado persiguiendo sin cesar. En su cabeza no dejaban de pasearse las palabras de Emily con eso de que «el diablo está ahora con nosotros, y va a acabar con todos», las palabras de Jules con el tema de la posesión, «una posesión demoníaca tan terrible como nunca antes haya visto nadie», las de Jeremiah hablando de maldiciones, «qué habéis hecho... por qué tuvisteis que abrir la tumba de Eva», incluso las de los padres de Eva, lamentándose por ese triste final. «Todo empezó cuando conoció a Scott, a Scott King».

Sacó todas las revistas de las estanterías, todos los fanzines y todos los libros de terror y de ciencia ficción. Los puso uno a uno boca a abajo y les dio golpecitos sobre el lomo, como si estuviese tratando de sacarle un eructo a un bebé recién comido. Pasó sus páginas con el dedo pulgar como si estuviese comprobando la tensión de las cuerdas de una guitarra. Nada. Trataba de encontrar algún tipo de papel o de mapa que lo condujese o al menos lo acercase hasta ese lugar donde pudiera esconderse esa caja, esa puerta. Si su hermano y

Eva habían llegado hasta ese lugar, es porque de alguna forma tuvieron en sus manos la ubicación exacta, o al menos aproximada. No sabía a ciencia cierta si se encontraba en esa habitación, en realidad no sabía si se encontraba en algún lugar algo así, o si existía, pero tenía que explorar hasta el último de los lugares en los que su hermano hubiese podido guardar un secreto allí.

Algo en su interior lo empujaba a seguir, a continuar con esa búsqueda en cuyo final, no tenía ninguna duda, estaba la verdadera causa de la muerte de su hermano. Porque, hubiese sido poseído o no, todo parecía indicar que ese mal todavía permanecía vivo en algún lugar y, también, que las personas que estuvieron de alguna forma involucradas en el entierro de Eva y de su propio hermano, tal vez supieran algo al respecto, tal vez, incluso puede que tuvieran algo que ver. Eso último fue, más que un pálpito, una verdadera punzada justo en el lado izquierdo de su pecho. Necesitaba una explicación, necesitaba que alguien le dijese por qué demonios tuvo que morir su hermano y su novia. Por qué demonios había tanto secretismo y tantas cosas que todavía no entendían alrededor de ese fatídico desenlace.

Vació las estanterías, miró bajo la cama, levantó el colchón, puso patas arriba la mesilla de noche y la del escritorio. Nada. Tan solo viejos tiques de la compra, entradas de cine que estaban perdiendo la tinta y la de algún concierto de tributo a algunos grupos de los ochenta. Pulsó el botón de encendido del ordenador y, tras unos cuantos segundos de traqueteo interno, se encendió. Parecía un viejo esqueleto con artritis haciendo estallar el aire de las articulaciones.

Hizo una búsqueda rápida de las imágenes existentes en el ordenador y también de los documentos que pudieran contener palabras como «mapa», «llave» o «puerta de entrada», pero tras diez minutos de infructuosa búsqueda se desesperó de tal manera que, tras contener un fuerte y primitivo grito de rabia, apagó el ordenador de un golpe. Tiró del cable de la corriente y la vieja y pequeña pantalla de catorce pulgadas fundió a negro emitiendo un pequeño zumbido. *Zum.*

Rainbow emitió un suave maullido bastante cercano a un llanto de desconsuelo. Se cruzó entre sus piernas y su cola empezó a vibrar como la de una serpiente de cascabel.

Billy se sentó en la cama y trató de serenarse un poco. Recuperar la calma y actuar de forma razonada, tratar de controlar esa prisa y esa ansiedad que esa mañana, sin previo aviso, se habían adueñado de él y ni tan siquiera le había dado tiempo a pensar, a pensar las cosas de forma clara, sencilla, ordenada. Como siempre hacía.

Cerró los ojos y, en primer lugar, trató de controlar la respiración. En segundo lugar, tal y como él mismo se había dicho una y otra vez, recordó que, siguiendo un procedimiento de trabajo estrictamente policial, había que seguir el rastro de cada una de las pruebas de las que disponían. Seguir el rastro hasta el final. Y eso es lo que haría. Lo único que podía hacer porque, a decir verdad, era lo único que tenía.

Habían hablado con Jeremiah. Con los padres de Eva y también con la que fue la mejor amiga de Eva. También habían tratado de establecer la procedencia de la llave y la moneda, algo que, creían tener más o menos controlado. Tanto el señor Budkins primero, como el doctor en historia William Draper después, les habían confirmado más o menos lo mismo. Que estaban ante algo que se remontaba mucho, mucho tiempo atrás. Y que ese algo estaba involucrado de alguna forma con la iglesia, con su máxima autoridad, el Vaticano. Puede que incluso también con algo relacionado con el mismo diablo, si se tenía en cuenta que esa llave pudo pertenecer al llamado Papa mago, a Silvestre II. Gerberto de Aurillac. El hombre del que se dijo que había hecho un pacto con el diablo y que, antes de morir, logró encerrar en una caja algo realmente maligno. Concretamente en la llamada caja de Gerberto. Una caja de la que también se dijo que tal vez existiese desde bastantes años antes al nacimiento del propio Gerberto.

Pero aún había pruebas por investigar. No sabían nada del médico que certificó las muertes de Eva y de su propio hermano, tampoco si a sus cuerpos

les fueron practicadas una autopsia, porque, al menos a Eva sí debieron de hacérsela para llegar a la conclusión de que la causa de su muerte había sido el llamado gen de la muerte súbita. Tampoco sabían nada del párroco que ofició el entierro de Eva, esa información, tal vez, podría dársela Jeremiah, dado que era la única persona que conocían, aparte de los padres de Eva, que había sido testigo del entierro.

Decidió que no sería mala idea investigar por un lado todo lo referente a los médicos que certificaron la muerte de Eva y de Scott y, por otro lado, averiguar quién fue ese cura que ofició el entierro e ir a hablar con él cuanto antes. Mientras, continuaría la búsqueda de esa posible pista que pudiera llevarles hasta el lugar donde se encontraba lo que fuera que abría esa llave.

Le envió un mensaje a Hunter y le pidió por favor que tratase de «colarse» otra vez en el ordenador de su padre para ver si podía acceder desde la intranet de la policía a las fichas de Eva y de Scott. Tal vez hubiese algo de información relativa a sus muertes y, entre esa información, el nombre del o de los médicos que certificaron sus muertes. Mientras, él iría a tener unas palabras con Jeremiah, a ver si continuaba «limpio» y con ganas de largarle el nombre de ese cura.

Antes de abandonar «su» habitación, pensó que, no estaría demás tener esa conversación con su madre o con su padre o con los dos acerca de la muerte de Scott. Les diría si le podían contar algo más de ese «accidente» con la moto, así como también de su entierro. Aquella era una conversación que tenía pendiente desde hacía años, una conversación que, desde hacía mucho, lo atenazaba desde algún lugar de su interior y que, cada vez más, exigía que tuviese lugar lo antes posible.

Billy pasó por la cocina para asistir un poco al estómago de Rainbow. El animal, cuando tenía hambre, era obstinado e infatigable con sus maullidos. Obstinado hasta volverte completamente loco, si era necesario.

Margaret no se encontraba en su lugar habitual, la mesa con los botes de pintura de uñas. Billy abrió una lata de atún y la compartió con Rainbow. El gato comió en plato, él acompañando la mezcla con un poco de pan. Se sirvió su zumo de naranja y a Rainbow le puso un poco de agua en una taza de café y un poco de leche en otra. El gato pareció hacer una «cata» olfativa y se decantó por la leche. Billy había escuchado decir que a los gatos adultos no les gustaba la leche, pero...

Rainbow dejó la taza más limpia de lo que estaba en cuestión de segundos.

—Hola, hijo —Margaret entró en la cocina como un zombi y se dejó caer en su silla mientras bostezaba. Su madre parecía no dormir nunca, tampoco estar nunca totalmente despierta. Aquel era su único estado, mitad dormida, mitad despierta.

—Hola, mamá —Billy evaluó el momento, la situación. ¿Y si le hacía de una santa vez las preguntas sobre su hermano Scott que quería hacerle desde hacía tanto y se dejaba de más rodeos?

Se lo pensó de nuevo. Esa ansiedad que lo había estado acosando desde el momento en el que se había levantado, volvió a rugir desde la boca de su estómago. Se quedó un momento en el marco de la puerta mientras su madre, como un auténtico zombi, parecía estar todavía tratando de centrar la mirada, aunque, más que centrándola, parecía estar...

...mirándolo de reajo.

Aquello lo estremeció. ¿Estaba su madre mirándolo de reajo? ¿Controlaba si todavía estaba en la puerta? ¿Aquello estaba sucediendo en realidad o solo eran imaginaciones suyas?

Billy afinó su mirada de nuevo y su madre bajó un poco la suya con disimulo. Sus ojos se centraron otra vez en todos aquellos botes de colores.

Aquello lo inquietó aún más si cabe. Algo en su interior empezó a decirle

que dejase esa conversación para otro rato, que todavía tenía mucho que hacer y lo mejor sería salir de allí cuanto antes. Tenía que ir a hacerle una visita a Jeremiah y tenía, no se le había olvidado, que hacerle esa visita a la señora Lisey para ver si se encontraba bien, porque lo cierto es que no era muy normal que Rainbow pasase tanto tiempo allí. Sí, todo eso estaba muy bien y, de alguna u otra forma, urgía, pero...

Otra parte de su interior le dijo que tenía que afrontar la verdad. Y que aquel era un momento tan bueno como cualquier otro.

—Mamá...

—¿Sí, hijo?

—¿Puedo preguntarte algo?

—¿Qué te parece el negro? Me han dicho en Rosemary's que es el nuevo color de moda. Concretamente, que el negro es el nuevo rojo, ¿puedes creerlo?

—Mamá, por favor, ¿podríamos hablar de algo?

Margaret continuó organizando sus pinturas, sus pinceles y sus algodones como si su hijo no hubiese dicho absolutamente nada, como si ya no estuviese allí.

—Si vas a salir ve con cuidado, hijo. No corras con la moto.

Billy pensó que, ese miembro fantasma de la familia, ese que había hecho que la «mesa» perdiera la más importante de sus cuatro patas y que estaba a punto de hacer que todo se viniera abajo, es posible que hubiese causado ya un daño tan grande en esa familia que ni encontrando una explicación a su muerte y dándole una despedida digna, sería suficiente para reparar aquello. Pero aun así... procedimiento policial, seguir el rastro de cada prueba hasta el final. Se dijo.

—Mamá, necesito que hablemos de lo que le pasó a Scott. Por favor. Necesito que hablemos de su muerte, de ese accidente con la moto que guardáis en el garaje, de por qué nunca queréis ni habéis querido hablar de él. Y necesito que hablemos de ello ahora.

La respiración de Margaret se agitó. Sus manos, que habían empezado a pintar las uñas de su mano derecha, empezaron a temblar, a temblar mucho.

Volvió de nuevo esa perturbadora mirada de reojo. Tenía la cabeza inclinada hacia abajo, pero sus ojos miraban de forma perfectamente visible hacia arriba, hacia donde estaba su hijo.

Billy se estaba empezando a asustar, esa ansiedad, esta vez acompañada de una fuerte náusea parecida a la que sintió cuando abrió el ataúd de Eva, pareció cobrar vida propia tras su pecho. Rainbow encorvó el lomo y el pelo de su cola se erizó.

—Mamá, por favor te lo pido...

De repente, Margaret apretó los dientes y, soltando un terrible y ensordecedor grito se levantó de la silla de un golpe y, dando un fuerte y violento manotazo, hizo volar la pequeña mesa donde tenía todos los botes de pintura de uñas. Toda la cocina se llenó de pequeños cristales, de colores esmaltados, de ruido, de miedo.

—¡Qué es lo quieres! ¡Qué demonios quieres ahora! ¡Por qué no nos dejas de una maldita vez! ¡Eh! ¡Por qué! ¡Por qué no te largas ya! —Margaret tenía los dos puños apretados y toda ella temblaba. Estaba fuera de sí. De la comisura de su boca le caían restos de saliva. Billy jamás la había visto en ese estado. Nunca. Sintió el miedo recorrer cada fibra de su cuerpo. Sintió que, algo malo, muy malo, se ocultaba tras esa reacción de su madre.

—Mamá...

—¡Eh! ¡Déjanos en paz! ¡Déjanos en paz de una vez! ¡Déjanos en paz! — Margaret parecía estar a punto de sufrir un ataque. Toda ella temblaba y miraba a Billy con odio, con rabia, con miedo. Cada vez que gritaba, lo hacía con todas sus fuerzas, cerrando los ojos y haciendo que todo su rostro se pusiese completamente rojo. Parecía a punto de explotar.

Billy estaba totalmente aterrado, no sabía qué demonios estaba ocurriendo allí, no sabía si había llegado el momento de llevar a su madre a un psiquiátrico o...

Salió corriendo de casa sin fuerzas ni ánimos para decir ni hacer nada más, no entendía absolutamente nada de lo que acababa de ver, de lo que acababa de

sentir. Entró en el Buick con prisa. Golpe en la rodilla con la puerta. Se encendió un cigarrillo y trató de serenarse, de paralizar y sacar de su mente por un momento toda esa locura y salir de allí para continuar con su búsqueda, con el procedimiento policial. Se miró al espejo y vio de nuevo ese rostro pálido, posible bajón de tensión. La fuerte náusea que había sentido todavía persistía. Pensó que saliendo de allí sin hacer más preguntas ni tratando de comprender qué acababa de ocurrir, a lo mejor, cuando volviese, su madre estaba de nuevo con sus rulos, su pintura de uñas, sus revistas y sus novelas románticas, y a lo mejor, con un poco más de suerte, hasta estaba viendo una película con su padre. Sí, con un poco de suerte. Como si darle la espalda a la realidad no solo fuese un modo de negar su existencia, sino también de cambiarla, de lograr que volviese a ser lo que era.

Introdujo la llave en el contacto del Buick y...

4

El Gran Paul King

...No arrancaba. Le dio varias veces al contacto, pero el motor del Roadmaster solo emitía el tacatacatá, tacatacatá, tacatacatá.

Pensó que aquello no podía estar ocurriendo. Se le pasó por la cabeza que una extraña fuerza estaba tratando de impedir que se marchara de allí, una tan extraña como el comportamiento que acababa de tener su madre. Salió del Buick con paso decidido. Tal vez fuese la batería, así de sencillo. Porque él no creía en espíritus ni en cosas raras. La única fuerza extraña que había allí era que la batería de su coche se había descargado, exactamente igual que les sucede a todas tarde o temprano.

En el garaje de su casa recordaba haber visto tanto un cargador portátil de baterías como una batería nueva de repuesto. Lo que no sabía es si todavía estaban y si funcionaban.

Al entrar al garaje, en un gesto totalmente instintivo, sus ojos se fueron al bulto gris. A la Arcade. Le quitó la lona sin pensar, se agachó como un autómatas y metió la mano bajo el guardabarros delantero. Sus dedos tocaron la superficie de dos llaves.

Las sacó y en su cara se dibujó una sonrisa, fue una sonrisa... como hacía mucho, mucho tiempo que no tenía.

Se subió a la Arcade sin pararse a pensar ni un solo segundo en lo que estaba haciendo y acomodó el culo y los retrovisores con ese movimiento tan familiar. Metió la llave en el contacto y le dio una buena patada al arranque. La Arcade empezó a rugir como un animal salvaje dispuesto a lanzar su último ataque.

—¿Qué estás haciendo, hijo?

La voz de su padre, del gran Paul King, lo sorprendió desde esa parte oscura del garaje trastero.

Billy se sobresaltó y se giró con cierto miedo. Sorprendentemente su padre no parecía haberse ido de «vacaciones» esa mañana, aunque sus ojos estaban igual de rojos y de apagados que siempre.

—Voy a salir.

—¿Con la moto?

Billy tragó saliva y asintió. Su padre se acercaba lentamente.

—Deja esa moto, anda. ¿Por qué la coges? ¿Te dije que no la tocaras, recuerdas? —No solo era que su padre no se había ido de vacaciones esa mañana, sino que además, el gran Paul King parecía haber regresado de su eterno retiro.

—El Buick no arrancaba, he entrado a por un cargador de baterías y...

—Has pensado que sería buena idea subirte a la Arcade, ¿no es eso?

—Sí.

—Bájate.

Billy tragó saliva con dificultad. Tenía a su padre a un metro escaso. Y, ese de ahí, era alguien a quien apenas había «visto» durante los últimos diez años.

Ese de ahí era el famoso Paul King del que siempre había oído hablar. Ese que estuvo en el ejército americano haciendo dios sabe qué.

Billy se bajó de la moto. No le pareció muy buena idea insistir. No le pareció inteligente discutir con el gran Paul King.

—Muy bien —dijo Paul recogiendo la lona del suelo y volviendo a colocarla sobre la moto—. En la parte inferior de mi banco tienes el cargador de arranque, cógelo si quieres, pero no vuelvas a tocar esta moto.

Billy asintió casi con un inusitado respeto y se dirigió cabizbajo hacia donde le había indicado su padre. Cogió el cargador de arranque y, antes de salir del garaje, pensó que...

—Padre.

—¿Sí?

—¿Quién arregló la moto de Scott? ¿Fuiste tú?

Paul se acercó hasta Billy y se situó a un palmo de su cara. Pareció estar buscando algo en su mirada. Frunció el ceño y arrugó un poco los ojos como el que trata de descubrir si le están tomando el pelo o no.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Por qué piensas que alguien la arregló?

—Porque... Scott murió en un accidente con esta moto, se supone que la moto debió de sufrir algún daño, ¿no?

Paul dibujó una sonrisa torcida en su boca.

—Pues supones mal.

Billy asintió y prefirió no aguantarle esa dura y fría mirada a su padre. Viéndolo así, casi prefería que hubiese seguido de «vacaciones». Se dio media vuelta para salir de allí, pero antes de abrir la puerta, la voz de su padre hizo que se detuviera de nuevo.

—Hijo...

Billy se giró y tuvo la impresión de que tras esa dura y fría mirada estaba empezando a emerger de nuevo el Paul que se iba de vacaciones.

—Qué.

—¿Por qué no lo dejas de una vez?

—¿Dejarlo? ¿A qué te refieres?

—Sé lo que estás haciendo, hijo, sé lo que estás tratando de hacer, y créeme si te digo que lo mejor es que lo dejes correr de una vez. La pérdida de un ser querido es muy dura, muchísimo, casi insoportable, es algo de lo que uno puede llegar a no sobreponerse nunca, pero créeme si te digo que para afrontar la pérdida, solo hay un camino, y ese camino es mirar hacia delante. Continuar. ¿Me has oído? Seguir hacia delante. Continuar. Y olvidar.

A Billy, las palabras de su padre le cogieron totalmente desprevenido, no tenía ni idea de que fuese consciente de que estaba siguiendo el rastro de la muerte de su hermano Scott, pero le hizo gracia que tratase de darle lecciones sobre cómo afrontar la pérdida.

Billy suspiró con pesadez y movió el cuello hacia ambos lados.

—No puedo, padre. Lo siento, pero no puedo dejarlo correr. Necesito llegar al fondo de todo esto, de lo que le pasó a Scott y sobre todo... de lo que le pasó a Eva, a su novia, Eva Goth —Billy enfatizó su nombre y Paul bajó un poco la mirada—. Sé que hay algo que por alguna razón no me habéis contado, algo relacionado con su muerte que no me queréis contar, pero te aseguro que lo voy a averiguar, que voy a llegar hasta el final, y que si hay algún responsable en alguna parte, te aseguro que pagará por ello.

Paul volvió a sacar esa sonrisa torcida y asintió levemente.

—Claro, hijo, claro. Tú sigue buscando, pero al final, tendrás que afrontar la pérdida, al final tendrás que pasar página y continuar, seguir hacia delante. Continuar. Seguir hacia delante. Afrontar la pérdida.

Billy pensó qué habría querido decir exactamente su padre con aquello y salió de allí con el cargador de arranque.

Una vez hubo arrancado el Buick, fue consciente de lo mucho que le temblaban las manos y de que esa extraña ansiedad y esa náusea, se había vuelto a asentar no solo en su pecho, sino justo en el centro de su cabeza.

Salió de allí pisando a fondo el acelerador para ir al encuentro del sepulturero. Procedimiento policial hasta el final. En esos extraños momentos en

los que no entendía nada de lo que estaba pasando en su propia casa, concentrarse en su búsqueda fue lo único que consiguió serenarlo un poco. Jeremiah quizá pudiera darle el nombre del cura que ofició el entierro de Eva. Quizá, no. Se lo daría.

Información confidencial

Cuando Hunter recibió el mensaje de Billy, una ligera zozobra se apoderó de él. Por primera vez sintió que... necesitaba un cigarro. En su cabeza resonó aquello de, «os vais a enganchar», y eso le hizo sonreír con cierta ternura.

Esperó disimuladamente a que su padre, como todas las mañanas a esas horas, se metiera en la ducha y en cuanto tuvo el camino despejado se dirigió hasta su estudio.

Tenía el ordenador encendido, eso le facilitaría mucho las cosas. Dejó la puerta abierta para escuchar que el grifo de la ducha continuaba abierto y también para controlar que a su madre no le diese por subir hasta allí.

Entró en el programa de fichas policiales y el primer nombre que buscó fue el de Eva. La primera búsqueda no arrojó ningún resultado. Sus nervios iban en aumento, el grifo de la ducha seguía abierto. Revisó de nuevo todas las opciones de búsqueda de ese rudimentario programa y vio que estaba preseleccionado un filtro en el que ponía «personas activas», lo desplegó y seleccionó la opción «todas». Volvió a buscar el nombre de Eva y la fotografía de su bello rostro apareció ante sus ojos de forma casi inmediata. Eva había sido clasificada como «persona inactiva». Por lo visto ese era el término que utilizaba la policía para referirse a alguien que estaba muerto.

La ficha tenía unas enormes letras rojas en el centro con la palabra confidencial. Aun así se podían ver algunos datos como la fecha de su muerte y el médico que la certificó. Un tal Robert Matheson. Bingo. Ya tenía la primera

de las dos cosas que le había pedido Billy. Trató de acceder al informe médico, pero el programa informático lo bloqueó. Una ventana emergente le informaba que ese archivo era confidencial y que para su consulta debía dirigirse al registro en soporte físico de la comisaría central veintiséis.

El grifo de la ducha todavía se escuchaba y Hunter podía sentir cómo un palpitar golpeaba su pecho y sus sienes cada vez con más fuerza. Sintió cómo aumentaba la presión en el interior de cada una de sus venas.

Buscó el nombre de Scott King repitiendo el mismo patrón de búsqueda que había utilizado con Eva. Personas activas e inactivas, «todas». La cara del hermano de Billy apareció ante sus ojos y sintió cómo se le erizaba el vello de todo el cuerpo. Un escalofrío recorrió toda su columna y, tras su lengua, sintió cómo se le estrechaba la garganta.

La foto de Scott King se parecía a esas fotos que les sacan a algunos cadáveres cuando están sobre una de esas mesas metálicas que se utilizan en las salas de autopsias o en los mortuorios. Tenía los ojos cerrados y, bajo ellos, se había formado una sombra completamente amoratada surcada por finas venas color granate. Toda su cara era la viva imagen de la lividez. No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaría muerto cuando sacaron esa foto, pero daba la impresión de que al menos llevase sin vida una semana. Pero lo que más llamó su atención, sin lugar a dudas, fueron las pequeñas marcas rojas que habían alrededor de su cuello. Eran marcas de... ¿de qué demonios eran? Parecía como si lo hubiesen estrangulado o asfixiado con... ¿las manos? El lugar de la ficha policial donde decía «causa de la muerte», estaba en blanco.

Hunter tenía el pulso cada vez más acelerado. Sus venas y sus arterias ensanchándose. Dolor. Las manos le temblaban tanto que apenas era capaz de controlar el movimiento del puntero del ratón. Le pareció escuchar un ruido. Cerca. Levantó la vista y no vio a nadie junto a la puerta del estudio de su padre. El nacimiento del pelo y la espalda totalmente mojados. El grifo de la ducha todavía se escuchaba.

Bajo la foto de Scott se indicaba que habían trece fotos más. Hunter intentó

acceder, pero le salió de nuevo otra ventana emergente, en esta ocasión se le solicitaba que introdujera su clave de acceso para archivos multimedia protegidos por el máximo nivel de seguridad. Hunter sintió cómo el nudo de su garganta se apretaba un poco más. Trató de cerrar esa ventana, pero no vio el botón de cierre por ningún lado. Escuchó de nuevo un ruido. Se estaba poniendo muy nervioso. Sudor. Temblor de manos. Pasos. El grifo de la ducha aún se escuchaba, pero...

—¿Ahora también te dedicas a sustraer datos de carácter personal y confidencial del ordenador de un agente de policía? Eso no solo es una cagada de las gordas, sino también un delito grave, muy grave.

El súper agente Grady estaba apoyado en el marco de la puerta del estudio. Tenía la toalla anudada a la cintura y su musculado y curtido torso desnudo. Su olfato de sabueso debía de haberle avisado de que algo turbio se estaba cocinando en su estudio. Hunter no podía creer lo que estaba viendo. Su padre, el sabueso, había ido hasta allí de puntillas y sin apagar el grifo de la ducha precisamente para sorprenderlo, para cogerlo con las manos en la masa. Y, cómo no, había logrado su propósito. Porque el súper agente Grady, cuando se proponía algo, lo hacía. Y cuando quería algo, lo cogía.

Hunter se quedó totalmente mudo.

—¿No dices nada, soldado?

—Buscaba... buscaba unas cosas en internet, mi ordenador no funciona bien, debe habersele metido un virus, creo —Hunter estaba completamente sudado y, el sabueso conocía demasiado bien todos esos signos y detalles que delataban a las personas. El súper agente Grady, tal y como él mismo no se cansaba nunca de repetir, era realmente bueno con los detalles, porque los detalles estaban llenos de posibilidades y porque nunca mentían.

—Así que un virus, eh. Bien, deja lo que tengas abierto y no muevas ni un solo dedo. Ni uno —dijo Grady señalando a su hijo y dirigiéndose a él con fuego en la mirada.

Hunter vio cómo se acercaba su padre y pensó que, hiciese lo que hiciese,

iba a ser castigado por ello, así que, ya que no podía eludir el castigo, al menos aún estaba a tiempo de salvar de algún modo su búsqueda, de evitar que el súper agente Grady estuviese al corriente de todos los detalles, esos detalles tan llenos de posibilidades y de verdades. Le pasase lo que le pasase, no le estropearía la búsqueda a Billy y a Jules. Porque esa búsqueda no solo estaba cargada de una gran verdad que había que sacar a la luz, sino porque esa búsqueda era algo suyo, de ellos tres, formaba parte de ellos y nadie se interpondría en su camino. Ni tan siquiera su padre.

No se lo pensó más, miró al agente de día y de noche Grady con cierto desafío y pulsó el botón de apagado rápido. Cuando Grady llegó hasta él y vio la pantalla totalmente negra, Hunter pudo observar cómo sus orejas, además de adquirir un tono rojo muy vivo, se reorientaban ligeramente hacia atrás.

—¿Qué demonios has hecho? ¿Qué demonios acabas de hacer? ¿Por qué diablos has apagado el maldito ordenador? ¿Por qué? ¿No te he ordenado que no te movieras? —Grady no daba crédito a lo que acababa de hacer su hijo. Nadie le desobedecía, nunca, mucho menos su hijo —. Dime ahora mismo qué estabas mirando, te lo advierto, Hunter, no estoy bromeando, dime inmediatamente qué estabas mirando o te prometo que lo vas a pagar muy caro. Muy caro.

Hunter tenía la cabeza mirando al suelo, no se atrevía a mirar a su padre a los ojos.

—No miraba nada, padre. Solo cosas mías, en internet.

Grady cogió a su hijo de la oreja derecha y se la empezó a retorcer mientras trataba de levantarlo de la silla.

Hunter emitió un grito lleno de dolor y de humillación y no le quedó más remedio que levantarse de la silla para no acabar perdiendo esa oreja.

—Me haces daño, padre, suéltame por favor.

—Ya sé que te hago daño, estúpido. Vamos, a qué esperas para decirme qué era eso que con tanta prisa has querido apartar de mi vista. Vamos, sé un hombre por una vez en tu vida y da la cara. ¡Sé un hombre!

Hunter sintió una rabia interior tan grande como nunca antes había sentido.

Un extraño y ardiente rubor empezó a invadir todo su interior. La oreja le quemaba, su padre apretaba cada vez con más fuerza. Pero ese dolor, ese miedo, lejos de atenzarlo, estaban haciendo que se sintiera vivo, muy vivo. Su respiración se aceleró, apretó los dientes y cogió aire con fuerza. Ese principio de ansiedad siempre tan presente, ya nunca más podría hacerle daño.

—Que seas un hombre he dicho. Venga, sé un hombre y da la cara.

Hunter irguió la mirada con rabia ante la atónita mirada de su padre, que continuaba agarrándolo de la oreja.

—Es precisamente lo que estoy siendo, padre, un hombre. No voy a decirte ni una maldita palabra de lo que estaba haciendo o dejando de hacer en tu ordenador, tú no eres quién para tratarme así, tú no eres quien decide por mí.

Grady abrió mucho los ojos y retorció la oreja de su hijo todavía con más fuerza. La retorció con tanta fuerza que Hunter estaba seguro de que se la iba arrancar de cuajo. Sintió cómo el cartílago crujía. Grady apretaba y empujaba hacia abajo y Hunter no tuvo más remedio que acabar arrodillándose en el suelo, que era lo que su padre pretendía. Una vez allí, lo soltó con cierto desdén y Hunter no pudo reprimir las dos lágrimas que emergieron de sus ojos de forma totalmente involuntaria.

—Te lo advertí, niño, que si cometías una cagada de las gordas lo pagarías, lo pagarías muy caro. Tienes cinco minutos para ir a tu habitación y llenar una mochila con lo que tú consideras imprescindible. Con la mierda que tú consideras imprescindible. Te dije que si la jodías bien te mandaría al otro extremo del país. Te lo dije, y te aseguro que yo cumplo lo que hago. Y eso es precisamente lo que voy a hacer. Cinco minutos. Y quiero tu móvil, tu portátil y tu tableta, adonde vas a ir no están permitidas las comunicaciones.

Hunter, todavía arrodillado en el suelo y con una mano sobre su oreja, miró a su padre con una mezcla entre humillación, dolor y odio. Siempre imaginó que algo así pudiera llegar a pasar, algún día, pero nunca tuvo claro si su padre sería capaz, hasta dónde sería capaz de llegar. Ahora ya no le cabía ninguna duda.

—¡Vamos! ¡A qué esperas! ¡Mueve el culo de una vez, soldado! ¡Vamos

vamos vamos! ¡Cinco putos minutos! ¡Cinco minutos y salimos con lo que tengas encima, soldado! ¡Vamos vamos vamos! —Grady gritaba con el tronco inclinado hacia delante y el cuello estirado. Rojo, lleno de venas, lleno de ira.

Hunter se levantó de un salto y salió decidido hacia su habitación.

Cinco minutos. Perfecto, padre, cinco minutos. Pensó cuando entró en su cuarto y puso una silla bajo la manivela de apertura de la puerta.

No podía pensar con claridad. Cruzó su cuarto arriba y abajo con ese principio de ansiedad adueñándose de él. Abrió el armario y sacó del altillo una de las mochilas más grandes que tenía.

Cinco minutos, padre. Vamos vamos vamos.

Metió algo de ropa, la cartera, el portátil, el móvil. Qué demonios. Metió todo lo que encontró a su paso durante los dos siguientes minutos.

Vamos vamos vamos.

De ninguna manera se subiría a la Pick-up de su padre.

De ninguna manera se iría a la otra punta del país. No ahora. Con su búsqueda tan cerca como la tenían. Con la información que acababa de conseguir sobre Eva y Scott.

De ningún modo, padre.

—Vamos vamos vamos —La voz de Grady se escuchó a través de la puerta, presa de la ira, presa de la rabia. Hunter vio cómo su padre trataba de abrir la puerta, de hacer girar esa manivela que chocaba contra el respaldo de la silla.

—Vamos vamos vamos. Qué pasa, soldado, ¿tienes miedo? Sé un hombre y sal de ahí de una vez.

—¿Qué ocurre, cariño? ¿Qué está pasando? —La voz de la madre de Hunter se escuchó junto a la puerta. Había escuchado los gritos y, aunque su marido solía ser fácil de provocar, no era normal que perdiera los papeles de esa manera.

—No te metas, Gwen, esto es algo entre tu hijo y yo. Ha hecho una cagada de las gordas, una muy gorda, y tiene que ser un hombre y aprender, y dar la cara, y pagar por ello.

—Pero cielo, Hunter es solo un niño...

—Vamos vamos vamos, da la cara, soldado —Grady no dejaba de mover esa manivela que, de un instante a otro, conseguiría abrir. Porque Grady, cuando quería algo, lo conseguía.

Hunter miró esa puerta una vez más, era ahora o nunca, y abrió la ventana de su cuarto. Al menos dos o tres metros de caída hasta la calle. Podría ser peor, pensó.

Sin tiempo para pensárselo más, saltó y se precipitó contra el suelo de una forma horrible. Escuchó un fuerte y desagradable *crac* a la altura de su tobillo derecho. Como si se acabase de partir una rama seca.

Se mordió la lengua de puro dolor, pero no gritó.

Se levantó cojeando y salió de allí lo más rápido que pudo antes de que el agente Grady saliese corriendo tras él. Porque no tenía ninguna duda de que lo haría. Lo haría hasta dar con él. Aunque fuese lo último que hiciese en su vida.

CAPÍTULO 8

AHORA Y EN LA HORA DE NUESTRA MUERTE, AMÉN

1

Italiano

Billy trató de serenarse un poco cuando llegó hasta la vivienda de Jeremiah. Demasiado nervioso. Su rostro en el espejo continuaba pálido. Sus ojeras iban en aumento. Y la náusea, esa extraña náusea, continuaba. Antes de salir del Buick recibió un mensaje. Hunter.

«Tengo algo importante sobre Eva y Scott. Necesito que nos veamos cuanto antes, estoy en un aprieto»

Leer aquello hizo que Billy se centrara un poco. Su búsqueda, su procedimiento policial, ese era el camino. Seguir cada una de las pistas hasta el final. Y la pista del cura era importante, dato que Jeremiah le proporcionaría. Eso esperaba. Lo que había pasado con sus padres lo había desestabilizado más de lo que pensaba. Esa sensación que sintió la primera vez que se subió a la moto de Scott de que algo muy malo había pasado, había ido en aumento con el paso de los días y, sobre todo, de las últimas horas.

«Genial, Hunter, gran trabajo. Estoy a punto de entrar en casa de Jeremiah. Iría a recogerte, pero ahora mismo no es un buen momento. ¿Puedes venir tú hasta aquí? Recuerdas donde vivía, ¿verdad? Es aquella vieja casa al lado del cementerio».

Hunter no tardó en responder.

«Claro, Billy. Iré hasta allí en autobús. Te aviso cuando llegue. Si te mueves me avisas».

«Perfecto, Hunter. Ahora nos vemos».

Billy se guardó el móvil en la vieja chaqueta de piel de Scott, chaqueta que, se había puesto en un gesto prácticamente inconsciente. Se llevó una mano al pendiente de su oreja izquierda y tocó ese pequeño hinchazón que se había formado alrededor del enganche del pendiente y que parecía haber crecido durante las últimas horas. Salió del Buick y sus ojos repararon en el móvil de viento que Jeremiah había colocado sobre la puerta de casa. «La última vez que estuvimos aquí, eso ahí no estaba». Se dijo. Escuchó cómo el viento mecía los cilindros de metal oxidado y cómo las hojas secas se arremolinaban en un pequeño recoveco que había justo al lado de la puerta de la casa del guarda del cementerio.

Llamó al timbre y esperó unos cuantos segundos a que el sepulturero le abriese. No tenía ni idea de si estaría o no en casa, pero, habitualmente, el sepulturero trabajaba de noche y dormía de día. Esa era su pauta. Y no se la solía saltar salvo excepciones. Era un animal de costumbres fijas, como ese anciano que, aun habiéndose jubilado desde hace quince años, se sigue levantando cada mañana a la misma hora que lo solía hacer cuando iba a trabajar. Así que, o Jeremiah había ido a hacer la compra, o debía estar durmiendo la mona como un bendito.

Volvió a tocar con más energía. Nada. Sin noticias de Jeremiah Backhouse. Se acercó hasta una ventana y allí vio a Saturno mirando a través del cristal, el mordedor que todavía le quedaba al sepulturero. A Billy le hizo gracia la mirada del perro, parecía un fisgón husmeando qué se cuece en casa de los vecinos. Billy puso una mano sobre el cristal y el perro pareció imitarlo poniendo una pata sobre la ventana. Saturno torció ligeramente la cabeza hacia un lado y sacó la lengua, a Billy se le escapó una tierna sonrisa. Sería un mordedor, pero eso no quitaba para que tuviese un corazón joven con ganas de disfrutar y de pasarlo bien. Como todos, en el fondo.

A lo lejos, al fondo de la casa, vio cómo Jeremiah salía de una habitación y se metía directamente en lo que debía ser el cuarto de baño. Iba tambaleándose. Calzoncillos a medio caer y camiseta de tirantes blanca descosida por el cuello y

las axilas. Puede que todavía estuviese sumido en un profundo sueño o puede que... hubiese vuelto a regar las penas con alcohol y no estuviese sumido en ningún sueño, sino profundamente ebrio.

Billy golpeó de nuevo la ventana y esperó a que Jeremiah se girase. Si sus sospechas eran ciertas y estaba tan ebrio como le había parecido al verlo andar, en esos momentos en su cabeza debería de tener metido a todo el pabellón central de la cárcel de San Quintín golpeando las cucharas contra sus platos de hojalata reclamando su comida. Infernal ruido. Volvió a dar cuatro fuertes golpes que incluso arrancaron un par de ladridos al bulldog. Jeremiah, por fin, asomó la cabeza a lo lejos y, al ver a Billy junto a la ventana, trató de esconderse. Probablemente no era consciente de que Billy lo había visto perfectamente desde hacía ya un par de minutos.

—Jeremiah, abre, vamos, te acabo de ver, sé que estás ahí, necesito hablar un momento contigo —Billy alzó la voz todo lo que pudo y dio nuevos golpes a la vieja puerta.

Jeremiah se estaba haciendo el sordo por alguna razón. A Billy se le pasó por la mente la posibilidad de que pudiese escapar por la parte de atrás. Podría ser, pero ¿por qué demonios iba a querer escapar el sepulturero de él? Hasta donde su memoria podía recordar, la última vez que lo vieron las cosas estaban bastante bien entre ellos y Jeremiah había insistido en que podían volver cuando quisiesen. Bien, pues en ese caso, aquí estoy, Jeremiah. He vuelto cuando he querido. Pensó Billy antes de volver a golpear la puerta con fuerza. Saturno volvió a soltar tres o cuatro ladridos. Parecía estar diciéndole a su dueño en idioma perruno que abriese la puerta de una santa vez antes de que se quedasen todos sordos de tanto golpe.

Finalmente, la puerta se abrió y Jeremiah asomó la cabeza por la estrecha ranura que dejaba la fina cadena de seguridad. Ya no llevaba la raya a un lado como la última vez que lo vio. Tampoco olía a limpio. Incluso parte de todas esas cajas y trastos para tirar que tenía acumuladas junto a la puerta cuando estuvieron allí, aún seguían en ese mismo lugar. El propósito de enmienda del

sepulturero se había ido abajo totalmente.

—¿Qué quieres?

—¿Me puedes abrir, por favor, Jeremiah? Quisiera hacerte un par de preguntas sobre el tema que ya sabes.

—Ahora no es un buen momento.

—Yo creo que sí lo es.

—Yo creo que no.

—Abre.

—No.

—Jeremiah, abre esa puerta, te lo advierto.

—¿Qué diablos quieres ahora, Billy King? ¿Qué es lo que quieres?

—Que abras de una maldita vez y me dejes entrar. Me estás empezando a poner nervioso, Jeremiah, abre de una maldita vez y no me hagas enfadar.

La voz de Billy se endureció. Sacó a relucir esa voz agresiva y que tanto temor infundía, una voz característica y propia de toda la rama masculina de la familia King.

El sepulturero despasó la cadena de la puerta y abrió.

Billy pasó dentro y se quedó un instante contemplando la espesa bruma que flotaba suspendida justo en el centro de ese salón. Efectivamente, el propósito de enmienda ha sido pospuesto hasta nueva orden. Pensó Billy.

Jeremiah llevaría al menos dos o tres días fumando sin parar con las ventanas cerradas. Fumando y, probablemente, bebiendo. Su cuerpo ya no emanaba ese olor a flora intestinal en descomposición, su cuerpo tan solo emanaba olor a alcohol.

Billy se quitó la chaqueta y la dejó sobre el respaldo de una silla.

—Estás blanco, chico —dijo Jeremiah mientras se acurrucaba en un extremo del sofá y entrecerraba de nuevo los ojos.

—¿Tienes café?

—Creo que sí, en la cocina, pero tendrás que hacerlo tú —El sepulturero hablaba arrastrando la voz. Algunas palabras apenas se le entendían. Pero Billy

era experto en entender y traducir el dialecto del borracho. Durante los últimos diez años había estado haciendo prácticas a diario con su padre.

—Hecho.

Billy fue hasta la cocina y, aparte de unas cuantas latas de cerveza y cajas de comida congelada, observó que no estaba sucia del todo. Aun así, cogió un par de bolsas y las llenó con toda esa basura que Jeremiah tenía acumulada por los bancos y los fogones de la cocina. Después localizó la cafetera y preparó una bien cargada. Abrió las ventanas para que se ventilara un poco y mientras se terminaba de hacer el café, se arremangó y se puso a fregar unas tazas y unas cucharas y, de paso, el resto de cosas que tenía en la pila. Le molestaba profundamente meterse en una cocina y encontrarla llena de restos, mierda y suciedad. También pensó que tampoco estaba demás hacer algo desinteresado por Jeremiah. Solidaridad.

Cuando la cafetera empezó a burbujear y él terminó de fregar, la cocina ya tenía otra pinta y la casa entera ya olía a otra cosa. Llenó un par de tazas hasta arriba y fue de nuevo al salón, donde encontró a Jeremiah en el mismo sitio en el que lo había dejado, acurrucado en un extremo del sofá.

Billy acercó la humeante taza de café a escasos milímetros de su nariz y el sepulturero abrió los ojos tras dos o tres lentos parpadeos. Ajustó un poco el enfoque de su turbia vista y reparó en que aquel que tenía enfrente era Billy King y ese olor provenía de una taza de café. Se acomodó entre toses y ruidos provenientes de sus tripas y le dio un par de sorbos a la taza. Sus ojos se despejaron un poco casi de inmediato. Buscó algo con la mirada en la mesa de centro y Billy pareció leerle la mente.

—Ten, ¿buscabas esto? —dijo Billy tendiéndole un cigarro.

Jeremiah asintió tras hacer un extraño y gutural ruido y cogió el cigarro. Antes de que siquiera pensase en buscar un mechero, Billy ya se lo estaba encendiendo.

—A ver, chico, ¿qué es eso querías saber con tanta prisa?

Billy se encendió un cigarro y se sentó frente a Jeremiah.

—Lo primero, ¿estuviste tú en el entierro de mi hermano Scott?

—No, fue Teddy quien le dio sepultura, o al menos eso creo. Yo no fui, vamos, de eso estoy seguro. A veces hacían traer a alguien de fuera cuando ni yo ni Teddy podíamos, así que, o fue Teddy o algún otro que trajesen de fuera. ¿Sabes quién es Teddy, verdad? Teddy Chadburn.

—Sí, ya sé quién es Teddy Chadburn.

—¿Qué más necesitas?

Billy estuvo a punto de preguntarle por qué demonios había vuelto a beber, por qué necesitaba ponerse de esa manera, pero pensó que no era momento ni lugar. Por su corta experiencia, pedirle a un alcohólico explicaciones no solía dar lugar a una conversación agradable.

—Necesito que me digas el nombre del cura que ofició el entierro de Eva, ya sabes, ese que tenía tanta prisa por terminar, el mismo que le cerró los ojos cuando abristeis la caja.

Jeremiah soltó el humo de una buena calada entrecerrando los ojos. Entre el café, el cigarro y las preguntas de Billy, se estaba despejando a pasos agigantados.

—No lo sé, no sé cuál es su nombre, no lo recuerdo.

A Billy se le torció un poco la boca. Risa.

—Jeremiah, no sé qué te ocurre esta mañana ni por qué demonios te cogiste anoche la cogorza que te cogiste...

—Eso a ti no te importa.

—Me importa. Y me importa que me digas lo que sabes.

—No. Nada de eso importa ya. ¿Qué importa quién ofició su entierro? Está muerta, Billy, muerta, lo sabes mejor que yo, y nada ni nadie hará que vuelva — El tono de Jeremiah se endureció y sus ojos parecieron llenarse de finas venas rojas.

Billy cogió aire y trató de serenarse.

—La enterrasteis con vida, Jeremiah, ¿hace falta que te lo recuerde? Y tú fuiste el que sellaste su tumba, tú. Así que no se te ocurra volverme a decir que

no importa. Importa. Y mucho. Porque sabes mejor que yo que hay bastantes cosas por aclarar detrás de todo lo que pasó, empezando por la muerte de mi propio hermano. Mi hermano —Billy no pudo evitar acalorarse y subir el tono de sus palabras. Jeremiah estaba a punto de romper a llorar. Apagó el cigarro que le había dado Billy y, con un alarmante temblor de manos, se encendió otro.

—Billy... todo esto... solo conseguirá que esta locura nunca termine, a veces es mejor dejar las cosas correr, pasar página, seguir hacia delante y poner tu objetivo en el mañana y no en el ayer. ¿No te das cuenta? Todo esto solo terminará cuando olvidemos, cuando pasemos página. Seguir hurgando en la herida solo traerá más dolor, Billy, mucho más de lo que imaginas.

Billy lo miró con dureza.

—El nombre del cura, Jeremiah, dámelo y te aseguro que lo primero que haré cuando termine con todo esto es pasar página. Que no te quepa la menor duda. El nombre.

Jeremiah negó con la cabeza y después, tras encogerse de hombros ligeramente le «largó» el nombre.

—Tú verás lo que haces, chico. Di Fulvio. Gabriele Di Fulvio. Ese es su nombre.

—¿Italiano?

—Sí.

—¿Sabes en qué iglesia oficia?

—En la Basilica de Regina Pacis. Aunque no te puedo asegurar que esté allí todavía, ni tan siquiera que viva. Hace años que no lo veo y el hombre era bastante mayor la última vez que lo vi.

Billy asintió y se levantó del hundido sillón.

—Gracias, Jeremiah.

El sepulturero asintió mirando al suelo y echando el humo del cigarro por la nariz.

Antes de salir, a Billy se le pasó por la cabeza que quizá, el extraño comportamiento de Jeremiah y su reticencia a querer hablar, tal vez hubiese

estado precedido por...

—Jeremiah, ¿no te habrá venido nadie a ver, verdad? Me refiero a alguien advirtiéndote de que no abrieras la boca, alguien que sabe que estamos haciendo preguntas acerca de lo que le pasó a Eva y quiere que pasemos página, que todo el mundo pase página —Billy esperaba una respuesta junto al marco de la puerta. Jeremiah continuaba mirando al suelo, en silencio, conteniendo ese llanto que lo atormentaba desde hacía años y, más aun si cabe, desde que había muerto su perro Júpiter y desde que supo a ciencia cierta que habían enterrado a Eva con vida.

—¿Y bien? ¿No tienes nada que decirme, Jeremiah? No hace falta que delates a la persona que te ha venido a ver si eso es lo que te da miedo, solo dime si hay alguien que sabe que estamos haciendo preguntas.

Jeremiah se encogió de hombros de nuevo mirando al suelo. No se atrevía a mirar a Billy a la cara.

—Jeremiah, te lo estoy pidiendo amablemente. Solo dime sí o no.

Jeremiah alzó un poco el cuello y, con los ojos llenos de lágrimas y el rostro completamente roto, asintió.

—Gracias, Jeremiah.

Billy salió de allí y en cuanto cerró la puerta vio cómo Hunter se aproximaba cojeando por la acera. Aun así llevaba un buen ritmo de paso.

—Hunter, ¿qué te ha ocurrido? Te iba a avisar ahora mismo de que ya me iba.

—He tenido un... dejémoslo en accidente doméstico. ¿Has conseguido que diga algo Jeremiah?

—¿Hace cuánto tiempo no vas a una iglesia? —respondió Billy con una sonrisa llena de orgullo.

Hunter le devolvió la sonrisa y se dejó ayudar por Billy, que le había ofrecido su hombro para que pudiese apoyar el lado por el que cojeaba hasta llegar al coche.

Cuando entraron al Buick, Hunter le pidió a Billy un cigarro que este le dio sin rechistar. Él se encendió otro.

—¿Y bien? ¿Qué es esa información que has encontrado sobre Eva y mi hermano? Y por cierto, ¿qué demonios te ha pasado en el pie?

Hunter miró a Billy con cara de preocupación mientras se fumaba, por primera en su vida, un cigarro por pura necesidad.

—Arranca, Billy, mejor hablamos en otro sitio, no me gusta este lugar.

—Claro.

Billy arrancó el Buick y salieron de allí mientras, a uno veinte metros, Jeremiah los observaba desde la ventana con Saturno al lado y los ojos llenos de lágrimas. Luego cogió el teléfono, buscó el papel que le habían dejado con ese número y...

Decidió que, en fin, tampoco hacía falta hacer esa llamada inmediatamente. Qué caray, ya decidiría si hacer esa llamada o no.

2

El apocalipsis

Jules estuvo dándole vueltas a cuál sería la mejor manera de hacerse con esa llave y esa moneda de la forma más sencilla y menos sospechosa posible. Y llegó a la conclusión de que no sería mala idea repetir la misma operación que lo llevó a tener esos dos objetos en su poder durante unas cuantas horas.

Le pediría a Billy que se los dejara para enseñárselos de nuevo a William Drapper. Le diría que había encontrado nueva información al respecto y que quería cotejarla con su profesor de historia. Con ello no estaría faltando del todo a la verdad porque, de hecho, sí había encontrado algo de información nueva.

Jules había estado tratando de averiguar qué valor podrían tener esos dos objetos y, sin perder de vista que podrían ser de oro auténtico, al menos el sello

papal, la llave y la moneda podrían llegar a alcanzar un valor en el mercado de más de treinta mil dólares. Tal vez incluso podría llegar a una cifra mucho mayor si se movía en el mercado adecuado. Pero, por razones obvias, él no estaba en condiciones ni de moverse en los mercados adecuados, por total desconocimiento, ni tampoco estaba en condiciones de negociar o de esperar el momento adecuado. La situación en su casa era verdaderamente desesperada y ante una situación así, con su hermana Josie al borde de la hambruna, urgía tomar una decisión con rapidez y recoger lo que le dieran, por poco que fuera.

El caso es que antes de pedirle a Billy el par de objetos e ir a ver de nuevo al doctor Drapper, había dado con una información que le había inquietado bastante.

En el viejo libro del señor Budkins se había topado de nuevo con ese dibujo de la llave de San Pedro, la llave del Reino de los Cielos, con la diferencia de que en esta ocasión, esa llave aparecía dibujada bajo un par de versículos del libro del Apocalipsis de San Juan.

«Y estuve muerto; y he aquí, estoy vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la muerte y del Hades»

Apocalipsis 1:18

«Y vi a un ángel que descendía del cielo, con la llave del abismo y una gran cadena en su mano»

Apocalipsis 20:1-3

En ambos versículos se hacía referencia a una supuesta llave y bajo ellos estaba ese mismo dibujo, el que era exactamente igual a la llave que ellos tenían.

A Jules se le empezó a antojar que, ciertamente, esa llave no solo no abría ningún cielo, sino todo lo contrario, abría la puerta a algún tipo de mal tan grande como su propia imaginación, probablemente bastante más grande. Así que, a fin de cuentas, no solo se estaría sacando un dinero que necesitaba

desesperadamente, sino que, les estaría haciendo un favor a todos evitando abrir ninguna puerta que diese lugar a un verdadero infierno. Porque, tras lo que habían averiguado de lo que les había pasado tanto a Eva como a Scott, tras ver todas esas fotos y lo que les contó Emily, no le cabía la menor duda de que estaban frente a un caso de posesión auténtica, uno de los de verdad.

Justo cuando iba a ponerse en contacto con sus dos amigos, recibió un mensaje del propio Billy.

«Tenemos algo nuevo, Jules, algo importante. ¿Tienes tiempo de hacerle una visita a un representante de la iglesia?»

Jules no tardó en responder.

«Claro, Billy, tengo tiempo. ¿Dónde estáis?»

«¿Estás en casa?»

«Sí»

«Paso a por ti en diez minutos, voy con Hunter».

«Perfecto».

Jules respiró profundamente y pensó en las palabras que escogería para que Billy no sospechase que tramaba algo raro. Mientras tanto, iría con sus todavía dos únicos amigos a ver qué tenía que decir ese representante de la iglesia.

Gabriele Di Fulvio

Gabriele Di Fulvio llevaba un par de semanas en las que se encontraba mucho más cansado de lo normal. Le costaba horrores cumplir con todos los oficios del Breviario y sentía cómo esa losa, que descansaba sobre su pecho desde que ocurrió aquello, estaba a punto de aplastarlo por completo.

En unos días cumpliría ochenta años. Cincuenta desde que fue ordenado sacerdote. Veinticinco desde que le fue otorgado el poder para realizar

exorcismos en la diócesis de Brooklyn. Aunque, ese poder, ese nombramiento, hacía ya unos cuantos años que le había sido retirado. Le había sido retirado a petición expresa suya. No se consideraba capaz de volver a enfrentarse al maligno después de aquello. Nunca antes se había sentido tan traicionado, tan humillado, tan engañado como cuando ocurrió lo que ocurrió. Nunca imaginó que se vería a obligado a tomar decisiones como las que tomó.

De todos los oficios del Breviario, el que más cuesta arriba se le hacía era el de las Laudes. Le costaba madrugar. Si hubiese sido por él tal vez hubiese prescindido de ese oficio en concreto, pero no podía dejar fuera a personas que necesitaban orar, que necesitaban excusar sus pecados, personas como la que tenía ahora mismo arrodillada en el primer banco de la nave central.

Las Vísperas y las Completas también le pesaban, la Eucaristía, la Oración, las Homilias, los Responsorios, los Himnos. Todo. Le pesaba absolutamente todo. Como una gran lápida aplastando su pecho...

Durante las últimas semanas se había levantado sobresaltado varias veces cada noche. Entre jadeos, la espalda mojada y... los pies y las manos frías como un témpano de hielo. No era la primera vez que sentía algo así, esos contrastes tan marcados en la temperatura. Desde luego que no. Primero empezaba a sentirlo en los pies, después en las manos, le seguían la nariz, las orejas, los ojos y...

Tal vez aquello no fuese más que el preludio a la última llamada, la última llamada de nuestro señor Jesucristo para prestar su último servicio. Estaba a punto de cumplir ochenta y la vida eterna no empezaba en la tierra, sino en el Reino de los Cielos. Tal vez, que era lo que en realidad se temía, eso que estaba sintiendo no era el preludio de ninguna llamada, sino, otra vez, esa eterna lucha llamando a su puerta para librar una nueva batalla.

Ese día no había misa por la mañana, todo estaba en calma, en una semi oscuridad total. Penumbra. Todo estaba en silencio a excepción de las susurrantes oraciones que salían de la boca de esa infatigable alma que yacía arrodillada en el primer banco de la nave central. Pero esa calma, esa oscuridad y

ese silencio, fueron interrumpidos cuando se abrieron de par en par las puertas del lateral izquierdo de la basílica. Las siluetas de tres figuras aparecieron bajo ese fuerte resplandor de luz que deslumbró por momentos la cansada vista de Gabriele.

El padre Di Fulvio hacía años, muchos años, que se fiaba más de lo que le decían esos instintos primarios que todo el mundo tiene en mayor o en menor medida, que lo que le decía cualquiera de sus cinco sentidos. Sentidos como los de su vista o su oído. Y eso que en esta vida había «visto» mucho, y eso que en esta vida había «oído» mucho. Probablemente más que la mayoría. Las siluetas de aquellas tres personas que acababan de entrar en su iglesia hicieron que ese instinto primario del cual se fiaba por completo, se activara de nuevo. El frío en los pies y en las manos, había empezado.

—Eh, eh —dijo Gabriele dirigiéndose a esa alma torturada que rezaba incesantemente.

El hombre levantó la vista y vio a escasos centímetros de él el arrugado y consternado rostro del padre Gabriele Di Fulvio.

—Tienes que marcharte. Ha llegado una visita que tengo que atender.

El hombre se giró y vio cómo la figura de tres personas, una de ellas con una notable cojera, se acercaban lentamente por la nave central. Parecían contemplar las paredes de la basílica, parecía que estuviesen contemplando por primera el templo de Cristo.

—¿Es importante? ¿Quiere que me quede, que le ayude en algo, padre? Puedo ayudar. En lo que necesite, ya lo sabe.

—Sí, lo sé, pero no, no hace falta, gracias. Puedes salir por el lateral del presbiterio si eres tan amable —Gabriele trató de sonreír para transmitir tranquilidad, transmitir que no pasaba nada, pero aquel hombre pudo sentir que algo no iba bien, pudo ver la urgencia y el miedo en los ojos de Di Fulvio. Aun así, asintió a las palabras del sacerdote y salió de allí por el lateral que había junto al presbiterio, tal y como le había pedido Gabriele. Di Fulvio se quedó observando la figura de aquel hombre que, desde hacía diez años, no se cansaba

de preguntarle cada uno de su días, «padre, ¿hicimos bien?, ¿hicimos lo correcto?», «sí, hijo, hicimos bien, hicimos lo que había que hacer», era lo que le contestaba Gabriele cada uno de sus puñeteros días. Pero ya se estaba empezando a cansar de aquello también.

El olor a iglesia parecía estar impregnado de eso que deben desprender las auténticas plegarias, los verdaderos lamentos, las oraciones más fervientes, las penas y las tristezas más profundas y desgarradoras. A Jules le dio la impresión que estaba respirando la verdadera esencia de la historia, que su interior se llenaba de pasado, de un mundo que ya solo existía en los libros y en la memoria de unos cuantos. Unos cuantos como su profesor William Drapper o como ese hombre que parecía estar esperándolos en lo alto del presbiterio. Ese que, casi con toda probabilidad, debía tratarse de Gabriele Di Fluvio, el sacerdote que ofició el entierro de Eva. Ataviado con una elegante y larga toga negra que le llegaba casi hasta los pies, ribeteada con hilo rojo en sus rebordes y adornada con unos enormes botones de tela negra en sus dos mangas de boca ancha. Sobre su pecho descansaba un escapulario de tela roja y bordados dorados. De su cuello también colgaba una bonita y sutil cruz de madera con el mástil central aparentemente más largo de lo normal. La imagen que confería la figura del sacerdote era impoluta, pureza, solemnidad. Era un auténtico «veterano», un «clásico».

—Hola, ¿es usted Gabriele Di Fulvio? —preguntó Billy cuando los tres llegaron hasta donde se encontraba el sacerdote. Jules apenas había hablado durante el viaje hasta allí, lo justo para contarles lo último que había encontrado sobre las llaves del Hades que estaban referenciadas en el libro del Apocalipsis y también en el que se llevaron de la tienda de antigüedades del señor Budkins. Ellos le habían puesto al día de lo que habían averiguado por uno y otro lado.

—¿Quién pregunta? —respondió Gabriele con solemnidad. Su voz era rasgada, como si parte de sus cuerdas vocales estuviesen paralizadas o gravemente dañadas. Aun así, la voz que conseguía sacar pese a la dificultad,

tenía algo que... asustaba. Era algo así como una fuerza ancestral.

—Quisiéramos hablar con usted sobre un tema, padre —respondió de nuevo Billy. Todavía no se había deshecho de ese bajón de tensión que le había dado de buena mañana, y eso que ya estaban llegando a mediodía. No solo no se había deshecho de él, sino que parecía estar yendo en aumento. Igual que la náusea.

—¿Sobre qué tema?

—Un tema. ¿Podríamos hablar en privado en algún lugar?

Di Fulvio miró hacia alrededor con un burlesco gesto de asombro y después volvió a fijar su mirada en Billy.

—Estamos en la casa del señor, ¿qué mejor lugar que este? Cualquier rincón de todo cuanto veis a vuestro alrededor está protegido bajo el poder de nuestro señor Jesucristo —dijo Gabrielle elevando sutilmente los brazos de forma lateral con las palmas de las manos hacia arriba.

Los tres amigos se miraron entre ellos y después miraron a su alrededor. En su interior habían imaginado que hablarían sentados junto a una bonita y antigua mesa de madera maciza, tal vez con una gran vela encendida y un quemador de incienso desprendiendo aroma a tierra quemada, pero no allí de pie expuestos a que en cualquier momento entrara cualquier clérigo o fiel de la parroquia e interrumpiera aquello de lo que tenían que hablar.

—Está bien, como usted quiera.

—Tú dirás —dijo Gabriele con seriedad y mirándolo desde arriba.

Billy, al ver ese rostro surcado de arrugas, sufrimiento, años de experiencia y de vivencias, no pudo evitar trasladarse a cuando Gabriele tenía solo siete años. Su padre moriría en la Segunda Gran Guerra tan solo tres días antes de que comunicasen oficialmente que la contienda había terminado. Se diría que incluso aquella fue una de las últimas muertes de la segunda guerra mundial. Mala pata. Muy mala pata. Poco tiempo después, su madre decidiría dejar Italia y emigrar a Estados Unidos en busca de una nueva vida llena de oportunidades o, por lo menos, de una nueva vida. Se lo llevaría a él y a sus dos hermanas y, unos diez años después, Gabriele se alistaría en el ejército estadounidense para, de algún

modo, honrar la memoria de su padre. Pero tras cinco años de formación y de maniobras por diferentes partes del país y de todo el continente, vio algo que... hizo que todo su mundo cambiara por completo de un día para otro. Sintió una llamada tan poderosa que al principio todos a su alrededor pensaron que se había vuelto completamente loco. Siete años después, sería nombrado sacerdote por el Obispo Giovanni d'Amato en la diócesis de la iglesia católica de Brooklyn. Y desde entonces hasta ese preciso instante en el que se encontraban en ese momento, pasarían muchas, muchas cosas ante los ojos de Gabriele Di Fulvio, algunas de ellas bastante desagradables, otras, casi imposibles de contar.

Todo ello había empezado a desfilarse con una fuerza y una velocidad brutal por la cabeza de Billy, que trató de pararlo como pudo para centrarse justo en ese instante, en el presente.

—Verá, padre, imagino que no lo ha olvidado, y que no le hará mucha gracia recordarlo, pero no me andaré con rodeos. Hemos venido a hablar de Eva, de Eva Goth, de lo que le pasó a ella, de su entierro y de lo que pasó después — Billy le habló con seriedad. Como un auténtico adulto. Gabriele ya había cerrado los ojos antes de que Billy acabase de hablar. La fina línea que cerraba su boca había empezado a temblar con discreción. Su frecuencia respiratoria había aumentado y eso hacía que los pequeños pelos blancos que le salían por los orificios nasales se hicieran más visibles.

—No tengo nada que hablar de eso. Vosotros no sois quién para venir aquí y pretender que deshonre la memoria de ningún muerto. Menos de la joven Eva Goth. Así que ya podéis marcharos por dónde habéis venido. Esta es la casa del señor, tengan un poco de respeto, hagan el favor —Gabriele se había puesto nervioso, y cuando un hombre de su edad se pone en ese estado, empiezas a temerte lo peor. Empiezas a pensar que, o se tranquiliza, o de un momento a otro sufrirá algún tipo de achaque. Uno de los que te mandan directo a la caja.

—Nosotros somos quién, y usted va a hablar de eso.

Gabriele abrió mucho los ojos y sintió de nuevo cómo sus manos y sus pies bajaban un par de grados más su temperatura. Incluso percibió cómo sus dientes

habían empezado a repiquetear discretamente.

El sacerdote inclinó un poco su tronco y su cuello hacia delante y olisqueó con disimulo a los tres amigos, uno a uno, como si tratase de descubrir si ese olor que le había empezado a quemar en la nariz provenía de alguno de ellos. Se irguió de nuevo y cogió aire con profundidad. Los pelos blancos de su nariz volvieron a mecerse.

—Padre —añadió Billy de nuevo—, esto es algo que va más allá de Eva Goth, esto es algo que también incluye a mi hermano, Scott King, y creo que tengo el derecho a saber qué le ocurrió, qué les ocurrió a los dos. Sabemos que fue usted quien ofició el entierro de Eva, sabemos que ocurrieron cosas, sabemos más de lo que usted cree, padre. Así que, por favor, si es tan amable... no le molestaremos demasiado tiempo...

La cara del padre Di Fulvio era la viva imagen de la indignación, la rabia, la incredulidad. Sus pobladas y arremolinadas cejas blancas se arquearon hacia arriba dejando sus dos claros y deslucidos ojos a la vista de todos.

—Te equivocas, tú no eres nadie para venir aquí a decirme sobre qué debo y no debo hablar, menos aún de la memoria de un muerto. Os lo advierto, estáis faltándole el respeto a Jesucristo nuestro señor, esta es su casa y yo soy quien le representa —Di Fulvio se estaba exaltando demasiado, con el dedo índice señalaba a Billy y también a Hunter y a Jules. Los tres pensaron que, ese achaque que en algún momento podría sufrir alguien de la edad de Di Fulvio en el estado en el que él se encontraba en ese momento, estaba cada vez más cerca.

—Padre, tranquilícese... —dijo Billy de nuevo, que sintió cómo ese bajón de tensión había empezado a provocarle una nueva náusea. Una muy fuerte. Se inclinó hacia delante y puso sus manos sobre cada una de sus rodillas. Aguantó así un par de segundos ante la atenta mirada de todos y acto seguido se llevó una mano a la boca, como el que trata de controlar un repentino vómito que está escalando a marchas forzadas la escarpada subida que va desde el estómago hasta la garganta.

—¿Te encuentras bien, Billy? —preguntó Hunter poniendo una mano sobre

su espalda.

Gabriele arrugó ligeramente sus párpados y trató de enfocar su mirada hacia esos tres chicos que, a juzgar por su aspecto, no debían llegar a la mayoría de edad.

Billy recuperó la posición con una más que evidente palidez y una de sus manos todavía en su boca.

—¿Podría entrar un momento al servicio, padre? —preguntó Billy con el color de piel totalmente roto.

Gabriele se quedó observándolo un par de segundos antes de responder.

—Sí, claro, los baños más cercanos se encuentran a tu izquierda, bajo aquellos arcos que ves allí.

Billy salió corriendo y en cuanto llegó al baño, abrió la taza del inodoro y echó una vomitona como hacía tiempo que no echaba. Tiró todo el desayuno, la cena del día anterior y todo el líquido que debía tener en sus intestinos. Estuvo haciendo fuerza con su abdomen y con su caja torácica hasta que ya no le quedó absolutamente nada dentro. Se levantó algo mareado y, al verse de nuevo en el espejo, pensó que, tal vez, aquello ya no era un simple bajón de tensión. Aquello parecía algo más. Durante el último par de horas se había asentado en la base de su cuello un fuerte dolor que, de tanto en tanto, le suministraba algún que otro pinchazo, más que pinchazos, eran más bien latigazos que casi rodeaban su cuello entero de atrás hacia delante. Pensó que a lo mejor todo aquello solo fuese una hernia discal, los síntomas que había oído decir que provocaban la rotura de un disco intervertebral no eran muy diferentes a lo que él llevaba sintiendo ya unos cuantos días y con más intensidad, esa extraña mañana.

Abrió el grifo del lavabo y se remojó la cara con agua fría. Cuando se le antojó que había recuperado algo de color, volvió de nuevo a donde estaban sus dos amigos y el padre Gabriele, todo ello sin poder evitar frotarse la apófisis de la última vértebra cervical con evidentes muecas de dolor.

Al llegar allí vio al padre Gabriele cruzado de brazos manteniendo una

acalorada conversación con Jules. Por lo visto, durante la ausencia de Billy, Jules había tomado la iniciativa y le había largado al sacerdote cuáles eran sus sospechas acerca de lo que le había pasado a Eva y a Scott. Di Fulvio no parecía habérselo tomado demasiado bien.

—Padre, se lo ruego, solo queremos hablar de lo que les pasó, ya le he dicho que tenemos pruebas de que tal vez hubiesen sido objeto de una posesión demoníaca, no sé por qué se empeña en negarlo.

—¿Qué pruebas tenéis, eh? ¿Qué pruebas ibais a tener vosotros de nada?

—Estas pruebas —dijo Billy mostrándole al cura las fotos en blanco y negro en las que se veían esas horribles heridas que Jules había dicho que no habían podido ser causadas por ninguna persona.

Tanto la fina línea que separaba los labios del cura como sus arrugados párpados, empezaron a temblar al ver aquellas fotos. Estiró una mano, fría como el hielo, y las cogió para verlas más de cerca.

Empezó a pasarlas una a una en el más completo y molesto de los silencios. Los tres amigos contemplaban cómo la expresión del rostro del sacerdote se iba haciendo cada vez más amarga. Cuando hubo pasado las siete fotos, cerró los ojos apretando los párpados con fuerza y se llevó una mano al pecho, a la parte izquierda de su tórax. Los tres amigos pensaron lo mismo, ahí estaba, el achaque. Ese que llevaba por nombre «próxima parada; fin de trayecto».

—¿Se encuentra bien, padre? —preguntó Hunter con preocupación.

Di Fulvio levantó una mano en señal de tranquilidad y, sin decir ni una palabra, se sentó en una bonita y antigua silla de respaldo alto mientras trataba de recuperar el aliento y su frecuencia cardíaca habitual.

—Siento mucho si le hemos molestado, padre —intervino de nuevo Billy viendo que el sacerdote daba la impresión de estar a punto de rendirse por completo—. Solo queremos saber qué fue exactamente lo que les ocurrió, si fueron realmente poseídos por el diablo y... cómo y dónde fue eso posible. En qué momento y lugar encontraron al diablo...

El cura mantenía los ojos cerrados y solo trataba de respirar, de seguir

respirando. Las manos las tenía apoyadas sobre cada una de sus rodillas. En silencio.

—¿Tenéis idea de qué estáis hablando? ¿Acaso tenéis una ligera idea de lo que estáis diciendo? Vosotros no sabéis nada, vosotros no habéis visto nada, y no, no puedo hablar con vosotros de nada que tenga que ver con el demonio ni con ninguna de sus manifestaciones. Vosotros sois solo tres críos que... no sabéis nada... nada.

—Entonces reconoce que esas heridas de ahí no fueron obra de ninguna persona, ¿Cierto? Fueron obra de una posesión demoníaca, ¿me equivoco? Una posesión importante, una de las más grandes que usted haya visto nunca, ¿verdad? Por eso se niega a hablar del tema, por miedo a que solo el nombrarlo pueda hacer que vuelva —preguntó Jules con convicción y bastante más propiedad de la que Gabriele hubiese imaginado.

Di Fulvio lo miró arrugando de nuevo sus párpados para verlo mejor.

—Hijo... parece que tienes una ligera y vaga idea de lo que estás diciendo, razón de más para olvidar todo este feo asunto y volver por donde has venido, y dejar los asuntos de la iglesia a la iglesia, y los asuntos que tengan que ver con el diablo, dejárselos a Dios.

Los tres amigos se miraron en silencio preguntándose qué más podían hacer o decir para convencer al sacerdote para que hablara. También se les pasó por la cabeza nuevamente que, a lo mejor, se habían obstinado ciegamente en algo que como el propio sacerdote decía, en absoluto les incumbía y que, no solo los estaba poniendo a ellos en peligro, sino puede que también a sus familias y solo dios sabe a cuánta gente más.

Aun así, como si se comportasen como un único organismo con tres cabezas, los tres parecieron apartar rápidamente esos temores de su cabeza y pensaron fugazmente en enseñarle la llave y la moneda al cura para ver si así se le soltaba un poco la lengua, pero inmediatamente descartaron también esa idea. Si el cura veía esos dos objetos, y por alguna razón era conocedor de que Eva se los tragó antes de morir, entonces sabría que habían abierto su tumba y eso, no

solo era un grave delito, sino también un pecado mortal. Castigo de dios. Y nadie allí quería ir a la cárcel ni mucho menos ser castigado por dios.

—Solo dígame una cosa, por favor, padre, necesito saber una cosa —dijo Billy con ese aspecto mortecino y los ojos a punto de ser desbordados por un mar de lágrimas. De nuevo, ese pinchazo en la nuca lo cogió por sorpresa y lo obligó a llevarse una mano a la base del cuello.

—Qué cosa.

—Solo dígame si... esas fotos de ahí pertenecían a Eva o... a mi hermano. Por favor, se lo ruego, padre. Necesito saberlo, necesito pasar página, saber qué le ocurrió a mi hermano, saber qué fue lo que le mató. Desde que tengo uso de razón solo me han contado una mentira tras otra, padre, y ya no puedo más. Lo necesito, Gabriele, necesito saberlo.

Di Fulvio levantó los ojos con un ondulante e irregular suspiro y trató de mirar a Billy de nuevo, de mirar en su interior. Arrugó los párpados y se llevó una mano al lado izquierdo del pecho. Volvió a observar las fotos que le habían dado y tras entrecerrar los ojos con torpeza, alargó el brazo para devolvérselas a Billy. Cogió una aire que a todos los allí presentes se les antojó muy pesado y...

—Tu hermano. Esas fotos de ahí eran de tu hermano.

Billy se quedó momentáneamente paralizado. Con la mirada perdida en el infinito, en la superficie resbaladiza de esas fotos. No podía creer lo que acababa de escuchar. Hasta ese momento había buscado, había pensado, razonado, incluso se había hecho con unas cuantas pruebas y evidencias. Pero ahora le acababan de decir de forma clara y tajante algo que en el fondo se había empeñado en creer que no podía ser posible, no su hermano, no Scott. No podía. Siempre albergó cierta sospecha de que su hermano había muerto en circunstancias extrañas, y no como consecuencia de un simple accidente de moto que algunos incluso se habían atrevido en catalogarlo como suicidio, pero nunca se imaginó que hubiese sido poseído por un demonio, menos tras las conversaciones con Emily y con sus padres, que hacían pensar que Eva era la que había sido poseída y no Scott. Aunque el hecho de que esas fotos

perteneciesen a Scott no quería decir Eva no hubiese sido también poseída. Probablemente fueron los dos los que fueron víctimas de una posesión auténtica y brutal.

—¿Sufrió?

Gabriele asintió con pesar.

—Sufrió.

—¿Mucho?

Gabriele volvió a asentir.

—Mucho.

Billy agachó un poco el rostro y tuvo que sujetarse la cabeza con las dos manos para que no se le cayera al suelo con todo su cuerpo detrás. Jules puso una mano sobre su espalda y trató de hacerle sentir que estaba ahí para lo que quisiera. Hunter lo imitó e hizo lo propio.

—¿Qué pasó, padre? —preguntó Billy más sereno y con los ojos llenos de lágrimas, de sufrimiento.

—Que murió, hijo, solo eso.

—¿Intentó salvarlo?

—Lo intenté. Dios sabe que lo intenté con todas mis fuerzas.

—¿Y?

Gabriele volvió a suspirar cerrando los ojos. Mano derecha al pecho izquierdo. Los tres pensaron lo mismo, próxima parada; achaque terminal.

—No es fácil enfrentarse al maligno, hijo, no es fácil enfrentarse al diablo. No siempre se puede ganar. Y tu hermano... lo tenía bien adentro, tenía bien adentro a...

—¿A quién?

La llama de las velas que había bajo el presbiterio se tambalearon ante la vista de todos. Gabriele sintió cómo ese frío que había empezado por sus pies y manos, ya había alcanzado su nariz y sus ojos.

—Creo... creo que tenía al mismísimo Lucifer en su interior —Di Fulvio estaba dando muestras de verdadero malestar. No se sentía a gusto nombrando al

que acababa de nombrar. Ningún sacerdote en su sano juicio y con unos cuantos años en el ramo se sentía a gusto ni tan siquiera pensando en ese nombre—. Lucifer es lo que en la iglesia llamamos un demonio del más alto nivel, del más alto rango. Es el llamado demonio de la soberbia y, a decir verdad, no son pocos los que piensan que es uno de los más poderosos, por no decir que es el que más poder tiene, incluso que es... el propio Satanás, el rey del Infierno y de todos los demonios.

Los tres amigos se miraron de reojo. Miedo. Sabían que Gabriele no mentía, ya no les quedaba ninguna duda de que lo que tenían ante ellos, lo que se escondía tras esa llave, era algo que no solo los superaba a ellos tres, sino a todo cuanto conocían.

—Cuénteme cómo fueron sus últimos días, padre, ¿luchó? ¿Cómo pudo suceder algo así?

—Luchó. Tu hermano luchó hasta el final, de eso puedes estar seguro. Esas fotos que me has traído solo muestran algunas de sus heridas, las más pequeñas, a decir verdad —Tanto Billy como sus dos amigos sintieron cómo se estremecía su corazón—. Pero tienes que tener claro que esas heridas son signo de que hubo lucha, hijo, de que tu hermano luchó con el mismísimo rey de los demonios hasta que no le quedó vida. Y Lucifer... ese maldito lo torturó día y noche incesantemente hasta que... acabó con su vida —El sacerdote daba muestras de estar sintiendo un fuerte dolor, no solo físico, sino también emocional—. Eso es lo que ocurrió, hijo, ahora ya sabes lo que le pasó a tu hermano, y poco más hay que se pueda decir.

Billy asintió en silencio con ese color roto de piel.

—¿Y Eva? ¿Qué le ocurrió a Eva?

La expresión de Gabriele volvió a encogerse. Más aún si cabe.

—¿A Eva? No lo sé, que murió, hijo. Murió como morimos todos tarde o temprano.

Billy asintió pensando que Gabriele mentía. Por alguna razón le estaba mintiendo descaradamente. A Hunter y a Jules les dio la misma impresión. Pero

ya tendrían tiempo de hurgar en esa herida en otra ocasión. Ahora era momento de aprovechar la pequeña brecha por la que a que Di Fulvio se le estaba escurriendo algo de la auténtica verdad.

—¿Y con Lucifer?

—¿Qué pasa con Lucifer?

—Cuando murió mi hermano, ¿qué fue de él?

Gabriele estiró una sonrisa arrugada y mortecina.

—No tengo ni la menor idea, hijo, pero no me cabe ninguna duda de que está en alguna parte, esperando para volver a empezar a otra vez. Su lucha es eterna, él es la reencarnación del auténtico mal, y no sé si algo así se puede llegar a vencer o a destruir. Hasta donde yo sé, el mal siempre ha estado ahí con nosotros, esperando su oportunidad para invadirnos y utilizarnos para sus propósitos. No, no sé si algo así se puede llegar a vencer o a destruir, no lo sé.

Tanto Billy como Hunter y Jules asintieron. Estaban agotados, casi tanto como el propio Gabriele Di Fulvio. Ya habían tenido suficiente. Necesitaban pensar qué harían a partir de eso momento, ahora que Billy ya sabía lo que le había pasado a su hermano...

—Gracias por todo, padre. Gracias por habernos atendido y por haber sido sincero con nosotros. Sé que no debe de resultarle fácil para usted hablar de todo esto —dijo Billy tendiéndole la mano.

—Solo espero que, al menos esto sirva para que olvidéis toda esta historia para siempre, para que sigáis vuestro camino y dejéis los asuntos de la iglesia a la iglesia, y los asuntos del diablo, a Dios. Y por favor, os ruego que no habléis más de este asunto, ni conmigo ni con nadie. Creedme si os digo que hablar de ello y pensar en ello solo hará que sea más fuerte, solo hará que todo... empeore.

—Eso haremos, padre. No le quepa la menor duda.

Los tres amigos salieron de allí mientras Gabriele se agarraba bien fuerte del lado izquierdo de su pecho. El sacerdote cogió aire con profundidad y, besando la cruz de madera que colgaba sobre su pecho, empezó a rezar.

Dios te Salve, María, llena eres de gracia, el Señor está contigo. Bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte.

Amén.

Cuando acabó de rezar, cogió el teléfono y llamó a quienes se supone que debían velar por que nada de aquello saliese a la luz, velar por que nadie se dedicase a ir por ahí haciendo preguntas como las que acababan de hacerle. Porque la auténtica verdad no debía salir nunca a la luz. Nunca. Además, con la llegada de esos tres chicos había sentido algo que... solo podía deberse a una cosa...

Esa cosa.

CAPÍTULO 9

COSAS MALAS

1

El día de Josie

Cuando salieron de la Basílica de Regina Pacis, los tres sintieron que necesitaban tomarse un respiro. Descansar. Aclarar ideas y pensar razonadamente qué harían a partir de ese momento.

Hunter no podía volver a su casa. En cuanto lo hiciese, el sabueso, el súper agente Grady, se lo llevaría directamente a la otra punta del planeta. Se lo había dicho, y cuando Grady decía que iba a hacer algo, lo hacía. Probablemente tendría como destino algún tipo de internado militar. Uno de esos en los que te levantan a las cuatro de la mañana con un cubo de agua fría para después correr durante diez kilómetros con un subfusil atrancado sobre tus hombros y los molestos y humillantes insultos del perturbado con rango que viene detrás.

Billy le ofreció su casa, pero también le dijo que las cosas se habían puesto un poco raras últimamente y que no era el mejor momento para recibir visitas. Aun así, si no había más remedio, podía quedarse allí el tiempo que hiciese falta.

La opción más lógica y viable fue quedarse en casa de Jules, tampoco es que fuese el mejor de los momentos para la familia Long, con su madre llorando todo el santo día, la pequeña Josie pasando hambre y su padre apareciendo y desapareciendo como si aquello tan solo fuese un lugar de paso. Pero dentro de lo malo, era sin duda lo mejor.

Eliza preparó un colchón en el suelo de la habitación de Jules y allí fue donde durmió después de haber disfrutado de una más que agradable cena y posterior velada.

La pequeña Josie recibió aquella visita como una auténtica fiesta, con verdadera y contagiosa alegría. No se despegó en todo el día de ellos y a Hunter se le vio sonreír más durante esas horas en casa de la familia Long de lo que lo había hecho durante el último año en la suya propia.

Al día siguiente era festivo y nadie allí tenía que ir al colegio o al instituto. Tenían el día para ellos solos y decidieron que ese día sería para la pequeña Josie. Ese sería su día. Por la mañana prepararon el súper desayuno preferido de Josie; salchichas, tostadas con mantequilla, huevos revueltos y zumo de naranja recién exprimido. Eliza parecía que había empezado a ver las cosas de otra manera y también se unió a la pequeña fiesta familiar. Fiesta en la que, Joseph Long, la presunta figura paterna de la familia, eludió participar alegando que tenía una importante entrevista de trabajo que, tal vez, fuese el principio de algo grande. Lo más triste fue que Joseph llevaba tanto tiempo ausente en esa casa que nadie lo echó de menos. Además, Eliza ya le había dicho hacía días que quería el divorcio, palabras que a Joseph parecían haberle resbalado por completo.

Cuando acabaron con ese gran desayuno, Eliza le cortó un poco el pelo a Josie y, después de un buen baño, le hizo ese par de trenzas que tanto le gustaban a la pequeña. Pero lo mejor fue lo que vino después de aquello.

Jules y Hunter decidieron darle una gran sorpresa. Una con la que llevaba soñado desde hacía años y que pudieron pagar gracias a parte de los ahorros que Hunter se llevó de casa el día de antes.

Luna Park de Coney Island.

La feria de las ferias. El parque de atracciones frente al mar.

Josie estuvo saltando y riendo durante todo el camino mientras se cogía de la mano de Jules y de Hunter. En el fondo no se lo quería terminar de creer. No se atrevía a pensar que pudiese ser cierto y que después todo quedase, otra vez, en «la próxima vez, Josie, te prometo que la próxima vez será».

Pero lo era. Era cierto. Ese era su día y no hubo promesas, hubo hechos. Desde luego que sí.

Cuando vieron a lo lejos la silueta de Cyclone, la montaña rusa más vieja de todo Estados Unidos, entonces sí, Josie empezó a gritar y a repetir «gracias gracias gracias» una y otra vez. A Jules casi se le saltan las lágrimas un par de veces viendo esa genuina explosión de felicidad de su hermana pequeña. Junto a Cyclone pudieron ver cómo giraba con esa poderosa y casi mágica lentitud la gran noria que batía sus radios en la inmensidad del horizonte de esa playa que se fundía con el mar hasta donde alcanzaba la vista. Wonder Wheel. La gran rueda maravillosa llena luces de color y de manos saludando desde lo alto de sus vagones.

Recorrieron la feria de arriba abajo al menos tres o cuatro veces. Josie montó en Tea Party, la fiesta loca de las teteras gigantes (y rodantes). También montó en Big Top Express, el viejo tren del oeste, Beach Shack, la casa de madera de los surferos más molones de todo Coney Island y, cómo no, en Sea Serpent, la mini montaña rusa apta para niños. La serpiente marina más divertida de todo el planeta.

También tuvieron tiempo para echar una partida a los topos, al atrapa botellas y al tiro con arco. Estuvieron viendo por fuera la gran casa del terror, Dante's Inferno, y a Josie le hizo gracia que el gran y mítico Zoltar le leyese el futuro. Le dijo que se portara bien y que estudiase mucho, que si hacía eso, solo sucederían grandes cosas en su vida. Josie solo pudo responder «¡gracias gracias gracias!».

Comieron unos algodones de azúcar y unos malvaviscos recién hechos. Bebieron Seven-Up y picaron frutos secos caramelizados. Era el día de Josie.

Antes de irse, se despidieron de la feria de las ferias a lo grande. Comiéndose un auténtico y gigantesco perrito caliente de Nathan's. El rey de los perritos calientes.

Fue un día grande en el que no solo Josie lo pasó de fábula, también Hunter y Jules disfrutaron de ese día como hacía tiempo que no lo hacían. Algo que, sin ser del todo conscientes, les hacía casi tanta falta como a la pequeña. Sonreír y disfrutar un poco de la vida. Tampoco costaba tanto y nadie salía malherido por

ello.

Al llegar a casa, pese a no querer que ese día terminase nunca, Eliza bañó a Josie y, después de prepararle un buen tazón de leche, la pequeña se durmió casi instantáneamente.

Una vez solos y antes de apagar las luces de ese bonito día en el que, ninguno de los dos se había acordado ni una sola vez del tabaco, Jules quiso comentar algo con Hunter, algo que tenía que ver con el valor que podían llegar a tener esa llave y esa moneda en el mercado y, también, con la falta que les hacía el dinero a unos y a otros en ese momento. Y a Hunter la idea no le pareció del todo mal, de hecho, cuando ya todo estaba en silencio y escuchaba a Jules roncar, le pareció genial.

2

Un hallazgo importante

Billy apenas había mediado palabra ni con su padre ni con su madre desde el extraño incidente en el que habían volado botes de pintura y el gran Paul King le había hecho bajarse de la Arcade casi a la fuerza. Daba la impresión de que ellos, por alguna razón, estaban haciendo como que no había pasado nada, y a Billy no le interesaba sacar otra vez el tema. En cierta manera, sabiendo como sabía ahora que su hermano estuvo poseído por el mismo diablo, era de entender que sus padres quedasen bastante afectados después de aquello y que no les hiciese demasiada gracia hablar del tema. Ninguna gracia. No solo habían perdido a su hijo mayor, sino que lo habían perdido de esa horrible, y casi imposible de creer, manera. Vivir algo así debe ser algo que te manda de «vacaciones» directamente al extrarradio del planeta Tierra. Justo en el lugar en el que se encontraban sus padres desde que tenía uso de razón. Así que, pensándolo bien y sabiendo lo que sabía ahora, tampoco era tan rara su atípica forma de comportarse.

Aunque tratar de racionalizar todo cuanto él y sus amigos habían descubierto y vivido durante los últimos días no había sido suficiente para evitar lo desestabilizado que se sentía. Una profunda y mareante desestabilización mental, emocional y personal es lo que sentía en aquel preciso momento. Y él necesitaba calma, pensar con claridad en todo lo que había pasado, en todo lo que habían descubierto y, sobre todo, en todo lo que les quedaba por hacer. Porque tenía claro que ese viaje, esa búsqueda, en absoluto había terminado. Su hermano Scott puede que hubiese sido poseído por un demonio de alto nivel, como dijo Gabriele, pero todavía no sabían qué había sucedido con Eva ni tampoco quién se había llevado su cuerpo ni por qué, sin contar con que alguien había estado hablando con Jeremiah advirtiéndole que debía mantener la boca cerrada por algún motivo que desconocían. También faltaba por resolver dónde se ocultaba aquello que abría la llave que tenía en su poder. Así que, de ninguna manera abandonaría esa particular investigación.

Billy tenía ese gen que algunas personas tienen grabado a fuego en su ADN que te hace desear con más y más ganas aquello que te están diciendo que no hagas. Y a él ya le habían dicho demasiadas veces durante los últimos días y semanas que pasara página, que abandonara esa búsqueda. Desde luego que pasará página y la abandonará, por supuesto que sí, pensó, pero solo cuando haya llegado hasta el final, solo cuando haya descubierto toda la verdad.

Entre uno y otro pensamiento, sintió de nuevo ese latigazo en el cuello, uno tan fuerte que por poco lo deja seco en el acto. Qué caray, se dijo, si esto es una hernia, debe ser una de las grandes. Las náuseas hacía ya un par de días que no se las quitaba de encima y lo peor de todo era que, además, había perdido totalmente el apetito. Pero pensar en sus extrañas y cada vez más frecuentes molestias no harían otra cosa que apartarlo de su camino, ese por el que iba lanzado hacia la verdad.

Con Rainbow campando a sus anchas por «su» cuarto mientras jugaba a darle patadas a una pelota de papel, Billy empezó a pasar de nuevo esas fotos de su hermano y de Eva. Entre ellas pasó una en la que no pensaba desde hacía días

y que también era posible que tuviese que considerar como una de esas pruebas que hay que seguir hasta el final. La foto en la que se veía a su padre en plena forma vestido de militar. No tenía ni idea de por qué nunca le habían hablado de ese tema, pero desde luego, debía de ocultar algo turbio para no haberlo nombrado ni una sola vez tras tantos años. Se dijo que en cuanto viese a su padre medianamente receptivo, se armaría de valor y le preguntaría sobre la foto y sobre esa etapa de su vida. Aunque eso hiciese que volviese de nuevo el Gran Paul King, el peligroso Paul King. Porque por encima de todo, de cualquier discusión y de cualquier miedo a enfrentarse a alguien o a una situación, necesitaba saber, necesitaba saber ciertas cosas que, de algún modo, sentía como en la punta de la lengua, como si una parte de él ya las supiese y todavía no hubiese sido capaz de recordar, de pronunciar. Cosas que, por alguna extraña razón difícil de explicar, sentía que eran malas. Cosas realmente malas. Como un mal presentimiento. Tras esa foto en la que su padre aparecía vestido de militar, sentía que se escondían algunas de esas cosas.

Antes de levantarse de la cama, cogió la pelota de los Yankees y, esta vez no quiso quedarse a milímetros del póster de Bonnie y Clyde, esta vez quiso darles un buen pelotazo con todas sus fuerzas. Sentir cómo rebotaba la pelota y cómo él ponía a prueba la velocidad de sus reflejos para que no le diese en toda la cara. Y entonces ocurrió algo que lo dejó totalmente perplejo, sin palabras. Tras el fuerte pelotazo, la chincheta de otra de las esquinas del póster salió despedida y esa foto de un metro de longitud quedó colgando sobre él pendiendo de las dos esquinas de las que todavía seguía clavada al techo. Pero eso no fue lo que lo dejó mudo, sino lo que le cayó encima cuando el póster se desprendió de la talla de escayola.

Un par de folios doblados por la mitad le cayeron prácticamente encima de la cara sin tiempo para reaccionar ni para echarse a un lado. Dos folios que debían llevar al menos diez años ocultos entre esa enorme foto y el techo de la habitación. Ahí, sobre su cabeza, a tan solo un metro y medio de él.

Billy se incorporó con el corazón en un puño y, tras hacer una pequeña

pausa de un par de segundos, los desplegó.

Eran una especie de mapas. La fotocopia de dos mapas, para ser exactos. En uno de ellos solo se veía una especie de recorrido. Bifurcaciones, caminos, alguna que otra anotación y, lo que más llamó su atención, una palabra escrita en letras mayúsculas en la parte superior, «UNDER», debajo. El segundo de los folios mostraba la fotocopia en color de un mapa con zonas verdes, marrones y grises. También habían dibujadas una gran multitud de líneas, algunas daban forma a una especie de círculos y otras eran como caminos o serpenteantes carreteras. Las anotaciones estaban hechas con letras, números y algunos símbolos que él no había visto en su vida. En ninguno de los mapas había referencias a un lugar concreto, tan solo la palabra UNDER en el primero y, en el segundo, tres nuevas palabras también en letras mayúsculas y que tampoco le decían nada en especial, «OVER THE TOP», sobre la cima.

Billy sintió una emoción tan grande que apenas pudo contener el grito que se le formó justo en el centro de la garganta. Lo que sí se le escapó fue un pequeño «bien» que dijo en voz alta sin ser consciente mientras apretaba su puño derecho con fuerza. Tenía el mapa, en este caso, los dos mapas, aunque de momento no tuviese ni idea de qué lugar era aquel, no le cabía la menor duda de que lo averiguaría. De algún modo sintió que estaba destinado a encontrar aquello, que nadie podría interponerse en su camino. Había imaginado que su hermano Scott guardaba en algún lugar de aquella habitación o de aquella casa una pista que lo conduciría hasta ese misterioso lugar donde se encontraba la cerradura que abriría con su llave y así había sido. Su intuición, como esa especie de mal presentimiento, no le había fallado.

Se metió directo al baño para darse una buena ducha antes de ponerse en contacto con Jules y con Hunter y, cuando se quitó la camiseta, no le hizo demasiada gracia la imagen que sus ojos encontraron frente al espejo, de hecho, lo asustó un poco.

Su aspecto.

Durante los últimos dos días, coincidiendo con las náuseas y también con

ese incipiente y desagradable dolor de cuello, su cara había adquirido un aspecto macilento. Pero no de la misma forma que Jeremiah, que estaba más bien con la cara como acorchada, sin irrigación como consecuencia de la deshidratación severa producido por el excesivo consumo de alcohol. No. Él no tenía ese aspecto, su cara no estaba acorchada. Su cara estaba más bien como muy reseca, sin ningún color a excepción de las dos sombras grises que se habían asentado bajo sus ojos. Empezó a sentir cómo su corazón latía con fuerza. Por primera en toda su vida sintió verdadero miedo a morir, a estar realmente enfermo y haber iniciado ese endiablado descenso hacia el averno.

Percibió cómo algo rozaba sus piernas y al bajar la mirada vio de nuevo a Rainbow. Había pasado junto a él y se había sentado sobre sus patas traseras. Lo observaba con esos expresivos y profundos ojos redondos y Billy tuvo la extraña sensación de saber qué estaba pensando, de estar leyéndole la mente. Le pareció que tras esa mirada, el gato de colores de la señora Lisey estaba pensando algo así como, «amigo mío, yo que tú me preocuparía, porque ese aspecto huele a muerto».

Billy se metió en la ducha y trató de combinar el agua muy fría con el agua muy caliente. Empezó con agua fría, pasó a la caliente y acabó de nuevo con la fría, muy fría. Tal vez aquello podría tratarse de un simple bajó de tensión, un problema de circulación pasajero que necesitaba unos baños de contraste para reactivarse. Tal vez hubiese tenido la mala pata de que ese presunto problema circulatorio se hubiese combinado con esa presunta hernia cervical que, a su vez, debía ser la responsable de los pinchazos en la nuca y de las nauseas. Después del baño, si las nauseas no volvían, y aunque volviesen, se forzaría a prepararse un buen desayuno para coger energías.

Cuando salió de la ducha, un nuevo síntoma se cebó con su oreja izquierda. Un fuerte y ardiente picor que tenía su origen en el lóbulo. El maldito pendiente de la cruz parecía estar cada vez infectando una zona mayor. Tenía una irregular zona muy roja que nacía justo en el lugar del agujero, del enganche, el problema era que esa zona le llegaba ya casi hasta el centro de la oreja. Se quitó el

pendiente y se frotó bien la zona con alcohol. Trató de pinchar la pequeña bolsa que se le había formado en la zona circundante, pero solo consiguió hacerse sangre. Dejó el pendiente en el lavabo y se dijo que hasta que no le mejorara un poco la zona infectada eludiría ponérselo de nuevo.

Su idea era haber tenido unas palabras con su padre acerca de esa foto en la que aparecía vestido de militar, pero tras el hallazgo de los dos mapas, pensó que lo ideal sería tratar de reunirse antes con Hunter y con Jules. Tal vez ellos pudieran tener una ligera idea de cuál era el lugar al que conducían.

Antes de salir de casa, pasó por el garaje y, en un acto totalmente instintivo, se acercó a la Arcade para quitarle la lona gris y salir con ella de allí. Pero en el último instante reparó en eso mismo que estaba a punto de hacer y se detuvo con cierto recelo.

Salió de allí sin la Arcade y, al ver a Rainbow de nuevo tras él, miró el reloj y vio que aún tenía algo de tiempo para hacer algo que llevaba días queriendo hacer. Antes de ir al instituto para hablar con Hunter y con Jules pensó que aquel era un buen momento para pasar a ver si la señora Lisey se encontraba bien, porque tal y como le había dicho su madre unos días atrás, no era normal la constante presencia del animal en su casa.

Se plantó frente a la puerta de la señora Lisey con el propio Rainbow detrás y Billy tuvo la impresión de que el gato y él eran como una especie de amigos que van a echar la tarde merendando sándwiches y viendo películas de dibujos animados en casa de la abuela molona.

Al ver que no abrían, Billy abrió la puerta mosquitera y, aparte de volver a tocar el timbre, también dio unos cuantos golpes en la puerta.

Se empezó a temer lo peor. Empezó a imaginarse a la señora Lisey tumbada boca arriba en la cocina de la casa, con el abdomen hinchado y la piel de color morada.

Pero justo cuando iba a intentar abrir una de las ventanas para asaltar el castillo Lisey, se escuchó una agradable y juvenil voz que provenía del interior.

—Ya va, ya va...

Era una voz de mujer. Una de esas melódicas y dulces voces de locutora de radio que permanece imperturbable a lo largo de los años y que es difícil de determinar si pertenece a una jovencita o a una mujer adulta. Esa mujer tenía lo que el propio Billy decía, «una de esas voces que no envejecen».

Cuando abrió la puerta, apareció ante él una mujer que debía de estar cerca de los ochenta años. Debía tratarse de alguna amiga o familiar de la señora Lisey.

—Hola, joven, ¿qué desea? —Efectivamente, esa mujer tenía una de esas voces que no envejecen.

—Hola, señora. Soy vecino de la señora Lisey y venía a ver si se encontraba bien, su gato Rainbow últimamente no para de colarse en mi casa y había pensado que a lo mejor le había pasado algo a la señora Lisey, porque el gato cuando viene, viene con hambre, ¿sabe usted?

—Oh, qué amable por tu parte, joven, hoy en día ya no quedan hombres así —dijo la señora con una distinguida buena educación y una bonita sonrisa—. Yo soy Linda Lisey, la hermana de Nicole. Últimamente ha estado un poco mala, ya sabes, cosas de la edad, por eso me he trasladado aquí una temporada, para ayudarla con la casa, ya sabes, hacer la comida, limpiar, cuidar de Rainbow... — Linda terminó la frase en medio de una nueva y encantadora sonrisa. Esta vez fue el turno de la sonrisa redentora. Una mujer con recursos, de eso no cabe duda, se dijo Billy antes de meterse de lleno en cómo debió ser la mujer que tenía frente a él cuando tenía su misma edad—. A lo mejor puede que se me haya pasado en alguna ocasión echarle comida al gato o, quién sabe, a lo mejor es que el gato prefiere pasar más horas contigo por alguna extraña razón, no sé, tal vez le recuerdes a alguien. Los gatos son animales tremendamente sensitivos y, según dicen, perciben ciertas cosas que no todos somos capaces de percibir. Pero de lo que no cabe ninguna duda es de que cuando introducen cambios importantes en su comportamiento, suele deberse a una buena razón —Linda sonrió de nuevo encogiéndose de hombros—. Espero que el viejo Rainbow no te haya ocasionado ninguna molestia, en ese caso, te pido disculpas en nombre de

mi hermana Nicole y en el mío también. Tienes que entender que el animal ya es bastante mayor, tiene más de doce años y, ya sabes que cuando se han cumplido ya muchos años, a veces se hacen cosas un poco raras...

—Oh, nada de eso, señora, el gato... el gato no es ninguna molestia, de hecho nos hemos hecho bastante amigos, ¿no es así, Rainbow? —Billy pasó una mano por el pescuezo del gato y este maulló de puro placer. Daba la impresión de que el animal estaba forzando el asunto por ver si se planteaba una posible adopción por parte de Billy, aunque nada de eso sucedería. Rainbow seguiría siendo propiedad de la señora Lisey, eso sí, con derecho a salir cuando le viniese en gana y a entrar en casa de los King y patear las camas que hiciesen falta. Tampoco estaba tan mal, ¿no?

—Eres un joven muy amable, desde luego que sí, ¿cómo has dicho que te llamabas?

—Billy.

—Ha sido todo un placer, Billy.

—Igualmente, Linda. Dele recuerdos a su hermana Nicole y dígame que por mí no tiene por qué preocuparse por su gato, puede entrar en mi casa cuando quiera. Tan solo había venido a preguntar si estaba bien, el gato, como digo, no es molestia.

—Oh, qué joven tan encantador eres, Billy, ya no quedan hombres así. Ahora mismo le daré a mi hermana recuerdos de tu parte. Que tengas un buen día, jovencito. Ha sido un placer.

—Igualmente.

Billy se despidió de la hermana de Nicole Lisey con bastante mejor cuerpo del que se había levantado. La señora Lisey no se encontraba en la cocina de casa con el abdomen hinchado y la piel morada, y eso era una buena noticia. Linda Lisey había estado un poco enferma durante los últimos días, nada más. Ni maldiciones raras ni nada de terceras personas afectadas por aquello que ellos hubiesen estado haciendo o dejando de hacer con la tumba de Eva. Al final,

pensó Billy, todo tiene su propia explicación, por raro que algo parezca.

Se dirigió hacia el Buick para poner rumbo al instituto y... no contaba con que había alguien esperándolo.

3

Tarde para pescar

Grady llevaba un par de noches sin poder pegar ojo. Él siempre había tenido facilidad para encontrar soluciones sencillas ante situaciones complejas. Pero, en los últimos tiempos, los problemas se le estaban acumulando y, esas soluciones, no se estaban mostrando demasiado efectivas. Y todo, de nuevo, por culpa de un miembro de la familia King. Por culpa de esa gentuza de la peor calaña.

Su hijo no solo llevaba un tiempo desobedeciendo y comportándose como un maldito idiota, sino que además, ahora lo había desafiado largándose de casa delante de sus propias narices. La había cagado, como él le había repetido y advertido en multitud de ocasiones, la había cagado a lo grande.

No tenía claro cuáles eran sus intenciones ni las de sus amigos yendo por ahí preguntando y molestando a la gente sobre alguien que llevaba diez años bajo tierra, pero ahora ya no le cabía ninguna duda de que él mismo había sido muy indulgente dándole tanta cancha y cediéndole tanto terreno a su presa. Su padre, Graham Cox, le enseñó aquella lección cuando él tan solo contaba con nueve años, nueve años de los de antes, no de los de ahora. Aunque en realidad, su padre ya se lo empezó a llevar de caza al menos un par de años antes de enseñarle aquella lección, cuando él solo tenía siete. Siete años de los de antes, no de los de ahora. Se lo llevó para que aprendiera bien «el oficio», desde bien temprano. «No te llevo de caza para que aprendas a matar, hijo, cualquier idiota puede apretar un gatillo. No. No es esa mi intención. Te llevo de caza para que aprendas a planificar tus movimientos, «sus» movimientos. Estudiar a la presa, observar sus hábitos, sus costumbres, cómo se mueve, por qué hace lo que hace

y cómo reacciona ante diferentes estímulos. Pero sobre todo, cuáles son sus puntos débiles, sus carencias, cuál es el mejor momento para atacar y, entonces sí, apretar el gatillo».

Graham era un auténtico cazador. Siete veces campeón estatal de caza mayor. En la casa que tenía en la sierra podían verse sobre las paredes del gran salón tres cabezas de alces y cuatro de jabalíes. Le enseñó a Grady todo lo que sabía, y Grady aprendió todo lo que pudo. Aunque a él, más que la caza, lo que en realidad le iba era algo más sutil, más elegante, a él lo que le iba era la pesca. Y eso era precisamente lo que se había propuesto para ese día. Pescar unas cuantas cosas.

—Eh, chst. Eh, chst —No era su intención asustarlo, aun así el chico pareció sobresaltarse al verlo chichear desde la ventanilla del coche con un señor palillo en la boca.

Billy se llevó un buen susto al salir de casa de la señora Lisey. Justo delante del Buick, había aparcada una Pick-Up que, no solo le bloqueaba la salida a su coche, sino que en su interior había alguien dirigiéndose a él con cara de pocos amigos, alguien que conocía perfectamente y a quien no era muy buena idea provocar ni mucho menos ignorar. El agente Grady, el padre de su amigo Hunter.

—¿Qué ocurre? —preguntó Billy sabiendo o intuyendo qué ocurría.

—Sube al coche, chico, y te cuento.

Billy miró el Buick, bloqueado, miró hacia su casa, la Arcade era un opción. Pero...

—Que subas al coche, chico, no me hagas repetírtelo una tercera vez — Grady se inclinó hacia la puerta del copiloto y la abrió de un fuerte empujón «invitando» a Billy a que entrase.

Billy pensó que, aquel era el padre de su amigo y, tampoco tendría uno por qué tener miedo del padre de uno de sus mejores amigos, ¿no?

Subió a la Pick-Up y Grady salió de allí pisando con fuerza el pedal del acelerador y sin mediar más palabras. Palillo a izquierda y a derecha de su boca.

Pasaron al menos quince minutos de curvas, semáforos, rectas, frenazos, acelerones, reproches a otros conductores y constantes cambios de lado del palillo que Grady apretaba entre los labios. Quince minutos hasta que llegaron a un lugar y Grady detuvo el coche. Un lugar que Billy conocía bastante bien y que hizo que, esa náusea y ese dolor de cuello, volviesen a él con fuerza.

—¿Qué hacemos aquí, señor? —Billy sabía por experiencias previas, y porque se lo había dicho el propio Hunter, que a Grady le encantaba que se refirieran a él como «señor».

—Estamos aquí.

—Ya, eso ya lo veo, ¿y?

—Y tú dirás.

—Yo diré, ¿sobre qué?

—En primer lugar, me gustaría que me dijese dónde demonios se esconde mi hijo, porque no me cabe la menor de que lo sabes. Él ya es mayorcito para tomar sus propias decisiones, aunque sean una completa ruina, pero yo soy su padre y quiero saber dónde narices se esconde. Y, en segundo lugar, me gustaría que me dijese, y te advierto que seas sincero conmigo, qué demonios hacías tú merodeando por aquí cuando murió el perro de Jeremiah y por qué vais por ahí haciendo preguntas sobre Eva Goth y sobre... tu hermano.

A Billy no le hizo demasiada gracia la forma en la que Grady dijo la palabra «hermano». Le sonó a algo así como a una pequeña burla.

—En cuanto a la primera de las preguntas, lo cierto es que no sé dónde está ahora su hijo, no soy «su padre» y yo no tengo ese derecho sobre él —Billy le devolvió el golpe a Grady, algo que hizo que el súper agente apretara los dientes, con las manos estrujó el erosionado caucho del volante—. Y en segundo lugar, no sé qué hacía yo aquí el día que murió el perro de Jeremiah, pero hasta donde yo sé, esta es una vía pública y de momento puede ir y venir quienquiera. Lo de las preguntas sobre Eva Goth y... mi hermano, creo que me corresponde el derecho a saber quién era mi hermano, a conocerlo un poco más de cerca. Me

parece que eso no es ningún delito, ¿no cree?

—¿Seguro?

Grady se quedó mirándolo con cierta... amenaza en la mirada.

—Sí, seguro.

—Verás, hijo. Yo siempre digo que la vida moderna no es fácil, que vosotros los jóvenes lo tenéis más difícil que nosotros lo tuvimos cuando teníamos vuestra edad. No es una época fácil, no señor. Pero ¿sabes por qué?

—Por qué.

Grady movió el cuello hacia ambos lados antes de responder. Se sacó ese largo y grueso palillo de la boca, observó todas las muescas y astillas que sus muelas habían estado mordisqueando y después lo tiró por la ventanilla con cierto desdén.

—Hoy en día no se piensa, hijo. Demasiadas distracciones. La gente no piensa. No se piensa, no. La gente no reflexiona, tan solo actúa. Se mueve por impulsos, reacciones, pero no medita ni calcula sus pasos. Y eso, a vuestra edad, es algo más acentuado aún si cabe. No tenéis olfato, hijo, no tenéis olfato para diferenciar qué es una cagada y qué no lo es, pero sobre todo, y esto es lo que más me preocupa, no sabéis para qué demonios hacéis muchas de las cosas que hacéis. No señor, no lo sabéis, no tenéis ni la menor idea. Y sin embargo las termináis haciendo de todos modos.

Billy miraba hacia delante o hacia su derecha, donde se encontraba el cementerio Green-Wood, a cualquier lado menos a su izquierda, donde estaba Grady endureciendo la voz con cada una de las palabras que salían por su boca.

—Cuando yo tan solo era un niño, mi padre me llevaba a cazar y yo lo seguía sin rechistar, punto final. Pero aquello no iba solo de hacerse con una buena pieza de venado, oh, claro que no, hijo, aquello iba de algo más, aquello tenía un fondo, un sentido más amplio. Lo de la caza en realidad era solo una excusa, solo era un marco, un lugar en el que pensar, en el que estar a solas contigo mismo y hacerte preguntas, hijo, las preguntas correctas.

Grady hizo una pausa y giró el cuello en dirección a Billy, que sintiendo esa

mirada sobre él, no pudo evitar girarse ligeramente y observar la dura expresión con la que Grady lo estaba mirando.

—Aquello me sirvió, sí, ya lo creo que me sirvió. Aprendí no solo a cazar, sino a pensar, a calcular mis pasos, saber cuál era mi posición, mi lugar en este mundo y cuál el de mi enemigo. Saber cuáles eran los límites del tablero y cuáles las reglas del juego. Yo he tratado de hacer lo mismo con mi hijo, con Hunter, he tratado de enseñarle todo lo que sé, solo que en lugar de llevármelo de caza, a mí siempre me ha gustado más pescar, no sé, la pesca es digamos que más limpia, ¿no te parece, Billy? —Grady pronunció su nombre por primera vez y se quedó esperando una respuesta.

—Sí, supongo que sí.

—Oh, ya lo creo que sí. La pesca es más sutil, más elegante y, sobre todo, deja un espacio mayor para pensar, para reflexionar. Echas la caña y esperas. Esperas y esperas mientras le das vueltas al coco, reflexionas y observas a tu alrededor, cómo se comporta tu objetivo y por qué hace lo que hace, y, claro que sí, al final siempre pescas algo, algún buen pensamiento, alguna buena lección que llevarte contigo. Pero... como decía al principio, por lo que veo, ni a ti, ni mucho menos a mi hijo, se os da demasiado bien «pescar», ¿no te parece?

—No lo sé.

—Oh, yo creo que sí lo sabes, Billy King. Vosotros sois más de ir corriendo detrás de la liebre, y como mucho, seguirla con un poco de suerte hasta su madriguera, pero nada más. No me andaré con más rodeos, Billy, porque me parece que ya sabes por dónde voy. Quiero que por una maldita vez en tu vida pienses, me hubiese gustado llevarte a pescar, a pasar un día de pesca de verdad, para que entendieses bien de lo que te estoy hablando. Pero no importa, porque me da la impresión de que estás entendiendo la magnitud del asunto. Quiero que te tomes un tiempo, que reflexiones y que dejes de ir por ahí molestando a la gente con preguntas desagradables sobre desgracias familiares que a ti ni te van ni te vienen, y quiero también que dejes de ver a mi hijo, no eres una buena influencia para él, Billy King, no lo eres. Hunter todavía tiene toda la vida por

delante y no quiero que la malgaste con gente como tú, no señor.

Billy miró a Grady con dureza, llevaba toda su vida cargando con una culpa y una fama que no era suya. Y ya estaba empezando a cansarse de todo eso.

—¿Y si no?

—Y si no, ¿qué?

—Si no hago lo que me dice.

Grady sonrió con ironía.

—Hijo... no sé si sabes que soy agente de la ley, no sé si sabes que puedo hacerte la vida bastante complicada y que puedo joderte de tantas y tan feas maneras como tu pequeña sesera pueda imaginar. No volveré a repetírtelo, Billy King, deja de ver a mi hijo y deja de hacer preguntas que en absoluto te incumben. Tú y toda tu familia... no sois buena gente, Billy, no lo sois, no me preguntes por qué, pero hasta donde alcanza mi memoria, siempre ha sido así, es algo que va con vosotros y que por alguna jodida razón no podéis evitar, pero sí puedes evitar hacer ciertas cosas que me incumben a mí y a mi propio hijo, a mi jurisdicción. Así que, no tengo nada más que decir, hijo, hazme caso, tómate un respiro, ve a pescar, utiliza la cabeza por una maldita vez, piensa, márchate de Brooklyn, lo que sea, pero endereza tu vida y, quién sabe, a lo mejor hasta cortas de una vez con ese linaje tan podrido que arrastráis desde hace siglos toda vuestra familia.

Billy se quedó sin saber qué decir ni qué hacer. Sus ojos estaban a punto de derramar un par de lágrimas que, retuvo con todas sus fuerzas para no darle el placer a ese psicópata de Grady. Nunca antes se había sentido tan humillado ni tan insultado.

Abrió la puerta de la Pick-Up para bajar y, antes de salir, Grady lo cogió de nuevo por su muñeca.

—Eh, has entendido lo que te he dicho, ¿verdad?

Billy lo miró con dureza y, con fuerte nudo en la garganta, asintió.

Grady sacó un nuevo palillo que guardaba en la cartera, se lo colocó en la boca y salió de allí pisando bien fuerte el pedal del acelerador.

Billy sintió cómo en su interior crecían con fuerza no solo esa náusea y ese dolor de cuello que lo tenían atenazado desde hacía días, sino también ese poderoso sentimiento que te dice que hagas justo aquello que te están prohibiendo hacer.

Viendo cómo se alejaba la Pick-Up de Grady, imaginó cómo sería cuando tenía diecisiete años. Conocería a Gwen en el baile de graduación. Ella llevaría un precioso vestido amarillo y él un entallado traje negro herencia de su padre. Esa misma noche se darían el primer beso y Gwen observaría por primera vez lo «territorial» que podría llegar a ser su más que probable futuro marido. Solo tres meses más tarde, Grady le pediría matrimonio y Gwen respondería que sí. Dos meses después, tras haber estado disfrutando de una más que agradable cena y haciendo planes de futuro, con el calor del vino subiendo desde la base del estómago hasta el mismo cielo, Gwen se desabotonaría un botón más de la blusa y, al volver del lavabo, Grady sería testigo de lo sugerente que resultaba su futura mujer cuando caminaba con una copa de más, de lo muy sugerente que resultaba el movimiento que se intuía bajo esa fina blusa que llevaba y lo apetecible que se veía esa piel que daba forma al principio de sus dos bonitos pechos. Pero, sobre todo, Grady sería testigo de las miradas y de los comentarios de los tres chicos que estaban un par de mesas más alejadas de la suya. Se levantarían, les pediría explicaciones y, ante la atónita mirada de Gwen, se liarían a golpes con los tres hasta que salieron de allí lo suficientemente heridos y magullados como para no volver a atreverse a mirar a Gwen a los ojos. Ese día, sería el último que Gwen se pondría una blusa tan sugerente como aquella y, por supuesto, que bebería más de una copa de alcohol.

Hunter había recibido más de veinte llamadas por parte de su padre y otras tantas por parte de su madre. Por no hablar de las decenas de mensajes que le habían mandado rogándole que volviese y preguntándole si estaba bien. Hunter les había respondido que estaba bien, que no se preocupasen, pero que todavía no podía volver a casa. Necesitaba tiempo. Les pidió que no trataran de forzarlo o de obligarlo, porque a lo mejor, con eso solo conseguían no volver a verlo nunca más.

Grady le había pedido por favor que volviese, algo extraño en él, muy extraño. Le había dicho amablemente que hablarían de todo con tranquilidad, de hombre a hombre, sin gritos ni dramas ni nada por el estilo. Que estuviese tranquilo que no lo iba a enviar a ningún sitio, pero que volviese cuanto antes y se dejase de... cosas de niños.

Hunter no se fiaba, era consciente de que sus padres se preocupaban por él y de que querían que volviese a casa, pero ¿bajo qué condiciones? ¿Castigado hasta que cumpliese los dieciocho sin móvil ni amigos? No se fiaba de su padre, del súper agente Grady, en el fondo no podía quitarse de la cabeza la sospecha de que todo aquello no fuese más que una trampa para, efectivamente, mandarlo a la otra punta del país o a otro lugar todavía peor. No obstante, también era consciente de que tarde o temprano tendría que regresar, no podía vivir eternamente por la cara en casa de su amigo Jules, menos aun teniendo en cuenta que solo tenía dieciséis años, pero, precisamente, Jules le había mostrado otra vía de escape. Todo un mundo de posibilidades que pasaba y tenía su origen en la venta de la llave y la moneda, y que se traducían en una palabra: dinero.

Al menos tenía clara una cosa, había conseguido reflexionar profundamente sobre un aspecto por primera vez en su vida, y estaba convencido de que había llegado a una conclusión de peso, razonada. Había «pescado», por primera vez en su vida, un buen pensamiento, una buena decisión, tal y como decía su padre. Si Billy los había estado conduciendo, en cierta manera, hasta la tumba de Eva porque siempre tuvo intereses personales ocultos, intereses como por ejemplo saber qué le ocurrió a su hermano, y Jules también había empezado a pensar en

él y en qué era lo mejor para su situación familiar, puede que no fuese ni descabellado ni mucho menos un acto egoísta empezar a pensar también un poco más en sí mismo, en qué era lo mejor para él y en destinar gran parte de sus acciones a favorecer en gran manera sus intereses particulares. Ese era el «buen pensamiento» que había «pescado». Esa había sido su conclusión. En cuanto él y Jules averiguasen la mejor forma de «colocar» la llave y la moneda que ahora tenía Billy en su poder, abandonaría para siempre esa búsqueda que, había estado muy bien y les había enseñado unas cuantas cosas, pero sentía que había llegado el momento de abandonarla y de mirar por su propio interés, y eso pasaba por sacar una buena tajada de dinero para poder empezar una vida sin tener que depender económicamente del centro de todas sus aflicciones, su padre, el súper agente sabueso Grady. Billy se lo tomaría mal, muy mal, eso lo tenía claro, pero tendría que entender que el resto también tenía sus propios intereses, igual que él, y esos intereses no siempre estaban orientados en la misma dirección.

Hunter pensó que todos esos pensamientos y razonamientos que, de forma tan «sensata» había estado tejiendo, quizá no estuviesen demasiado lejos de todos esos gérmenes y de todas esas cosas malas que el paso de la vida iba interponiendo justo en el punto de unión de la más férrea de las amistades. Tal vez, pensó, aquellos pensamientos formasen parte de eso a lo que la gente se refería cuando hablaba de «madurar» y de «hacerse mayor». Ese último pensamiento que acababa de «pescar» hizo que le entrasen unas ligeras ganas de vomitar.

Jules había quedado con su profesor de historia, William Drapper, al finalizar las clases. Tenía un par de dudas que quería comentar con él y de paso, tantearía el terreno sobre cuánto podrían valer la llave y la moneda y si él podría ejercer de intermediario en el supuesto caso de que quisiesen venderlas.

Pero, antes de todo aquello, cuando salieron a comer a mediodía, Billy los estaba esperando en la puerta del instituto con nuevas noticias bajo el brazo. Con un par de mapas que descifrar bajo el brazo, mejor dicho.

CAPÍTULO 10

TODOS LOS CAMINOS TERMINAN EN EL MISMO SITIO

1

Vamos hasta allí, y volvemos

Cuando Jules y Hunter vieron el Roadmaster de Billy pensaron en dar media vuelta y salir por la puerta trasera del instituto, a ninguno de los dos le apetecía mucho verlo, más que nada por ciertos remordimientos que sintieron como un flechazo en cuanto lo vieron. Remordimientos por haber estado urdiendo un plan que, no solo lo excluía a él, sino que pasaba por apropiarse de algo que él mismo había «rescatado» y que guardaba con el mayor de los recelos. Pero, antes de decidir nada, sus miradas se cruzaron fugazmente y ese hecho decidió por ellos.

Se subieron al Buick y lo primero que pensaron tanto Hunter como Jules fue que, tras un par de días sin verlo, el aspecto de Billy había empeorado alarmantemente. Pensaron que, o bien Billy estaba consumiendo algún tipo de droga, o bien había contraído alguna enfermedad que, poco a poco, se lo estaba comiendo por completo.

—¿Te encuentras bien, Billy? Haces mala cara —dijo Hunter con una mirada llena de preocupación.

—Sí, supongo que sí, es posible que esté atravesando algún tipo de infección estomacal, pero nada más. ¿Tan mala cara hago? —preguntó mirándose en el espejo retrovisor del Buick.

—Buena cara no haces, eso desde luego —dijo Jules.

—¿Y bien? ¿Qué ocurre, Billy? Tenemos algo de prisa, en un rato empiezan otra vez las clases —dijo Hunter.

Billy lo miró con cierta sospecha en los ojos.

—He encontrado algo. Algo que tal vez nos conduzca directamente a lo que estamos buscando, algo que quizá nos lleve directamente hasta la puerta del Reino de los Cielos —En la cara de Billy se dibujó una sonrisa radiante que, rápidamente se esfumó al ver los rostros cabizbajos de sus dos amigos—. Eh, Jules, Hunter, ¿qué pasa aquí? ¿Qué ocurre? ¿Es que ya no queréis llegar al final? ¿No queréis terminar lo que hemos empezado y ver qué se esconde tras ese gran tesoro? —Tanto Hunter como Jules, al mirar a Billy a los ojos, vieron que había estado llorando.

—No es eso, Billy, es que... —dijo Hunter bajando la mirada.

—Es que, ¿qué?

—Pues que quizá todo esto se haya vuelto un poco peligroso, Billy, bastante peligroso —intervino Jules.

—¿Un poco? Esto era jodidamente peligroso desde el principio, ¿no lo sabíais? Era jodidamente peligroso entrar en un cementerio por la noche para abrir una tumba de alguien a quien enterraron con vida, eso era peligroso. Claro que lo era, ¿no lo sabíais? ¿Os habéis dado cuenta ahora?

Jules y Hunter no se atrevían a mirar a Billy a la cara.

—Vale, Billy, lo que tú quieras —dijo Hunter levantando un poco el cuello—. Pero todo eso ya está resuelto, ¿no? Lo hicimos, descubrimos lo que le pasó a Eva y a tu hermano, algo de lo que, por cierto, no teníamos ni idea porque tú nos lo ocultaste por alguna razón que desconocemos. Bien, pero aún así lo hicimos, descubrimos lo que les pasó, fuimos tras todas esas pistas y descubrimos algo que se escapa a toda razón, algo que acojona de verdad, Billy, ¿qué más quieres ahora? ¿Acaso quieres que acabemos como ellos? ¿Que nos posea un puto demonio y nos coma por dentro hasta no dejar nada de nosotros?

Billy sonrió con sarcasmo. Tocado y hundido. Se encendió un cigarrillo y tamborileó un poco los dedos sobre el volante antes de responder, o, tal vez, pensar si merecía siquiera la pena responder. Hunter y Jules se quedaron mirando el paquete de tabaco y, un ligero ardor les empezó a subir desde la boca

del estómago.

—¿Puedo? —dijo Jules alargando el brazo hasta el paquete de Marlboro.

—Puedes —respondió Billy con dos lágrimas a punto de rodar cara abajo.

—¿Te importa si yo también...? —preguntó Hunter recogiendo el paquete que acababa de dejar Jules.

—No, no me importa —respondió Billy con pesadez.

—¿Y qué es eso que has encontrado, Billy? —preguntó Jules cortando un poco la tensión.

—Nada, da igual, ya no importa, de todas formas no vais a venir..

—Vamos, Billy, no te enfades, te pido disculpas si te ha molestado algo de lo que te he dicho, ¿nos enseñas eso que has encontrado? —dijo Hunter sintiéndose mal.

—Déjalo, Hunter, esto es algo entre mi hermano y yo, ¿no es eso lo que has dicho? Fue a él a quien devoró el diablo, y soy yo quien quiere encontrar respuestas, yo, el que quiere y debe encontrar responsables, no tú, ni Jules, yo. Así que, te doy la razón, no hace falta que vengáis, qué importa si a Eva Goth la enterraron con vida y estuvo varios días arañando la parte interior de un ataúd tratando de escapar, qué importa si tuvo que tragarse esa llave y esa moneda para ocultar dios sabe qué.

—Yo no he dicho eso, Billy, yo no he dicho que no importe.

—Vale, Hunter, lo que tú digas.

Los tres fumaron en silencio, quizá en el más grande y desagradable de los silencios que habían compartido desde que eran amigos. Los tres, cada uno a su manera, pensaron en las palabras de Emily, la amiga de Eva, cuando les habló de aquellos gérmenes que se te iban metiendo en la cabeza y que, con el paso de los años, se convertían en todas esas mierdas destructoras de amistad. Mierdas como los celos, la envidia, la falta de confianza, la traición o las mentiras. Todas esas cosas que hacían que, a partir de una edad, fuese bastante difícil conservar una amistad, una de verdad. Tal vez ellos se encontraban justo en ese maldito punto de inflexión del cual les había hablado Emily. Tal vez ya no hubiese marcha

atrás, ni siquiera tiempo para dar un solo paso más.

Al final fue Jules el que pareció encontrar esas palabras cercanas. Próximas. Como una prórroga ante lo inevitable. Y las dijo porque quiso. Porque sintió desde lo más profundo de su ser que debía decirlas.

—¿Por qué no hacemos una cosa, Billy? Tú nos cuentas qué es eso que has encontrado y, nosotros... nosotros tres, vamos juntos hasta esa puerta del Reino de los Cielos o, del Hades, pero solo hasta la puerta, nada de abrir cerraduras ni cualquier otra cosa que se le parezca, solo vamos hasta allí y nos volvemos, ¿qué me dices? Juntos empezamos esto, y junto lo terminaremos.

Billy levantó un poco la mirada para ver bien la expresión de Jules y también la reacción de Hunter. Que miró primero a uno y después al otro asintiendo.

—A mí me parece buena idea —dijo Hunter, que tras unos cuantos minutos junto a sus dos amigos, había dejado aparcados en el interior de ese estado al que llaman «madurez» esos pensamientos que había pescado el día anterior y que pasaban por pensar más en él y en sus propios intereses. Fue como si el simple hecho de estar los tres juntos hubiese sido suficiente para unirlos de nuevo un poco. Pero solo un poco.

Billy pareció recuperar algo de color y, tras echar el cigarro por la ventanilla, se sacó del bolsillo interior de la chaqueta de piel de Scott los dos mapas que tenía doblados por la mitad.

—Bien, esto de aquí es lo que he encontrado en el cuarto de mi hermano, escondido tras un póster de Bonnie y Clyde, ¿qué ironía, verdad?

—Vaya, lo cierto es que la tiene —respondió Jules mostrando verdadero interés en los dos mapas.

—Joder... qué pasada —dijo Hunter observando ese par de extraños mapas como si fuesen el hallazgo más importante del planeta.

—Algo me dice que estos dos mapas son la clave para llegar hasta el final, para llegar hasta el fondo de todo este asunto y descubrir la verdad de todo esto, porque me parece que, por alguna razón, el padre Gabriele solo nos contó una

parte de la historia, una pequeñita. Yo había pensado que tal vez, vosotros pudieses descifrar a qué lugar exacto conducen, porque lo que soy yo, no tengo ni la menor idea...

Billy había ido recuperando un poco el aliento con el paso de los minutos, remontando un poco el vuelo, aunque se sentía muy cansado, casi sin fuerzas para continuar. La náusea y el dolor de cuello no cesaban, y resultaba terriblemente agotador soportar su insidiosa y creciente presencia.

—¿Me dejas un momento, Jules? —preguntó Hunter estirando una mano hacia los mapas.

—Claro.

Jules le dejó los dos mapas a Hunter, que empezó a observarlos con interés. En sus ojos sí parecía estar reflejándose algo cercano a una lectura más o menos correcta de ese para de hojas de papel.

—Este de aquí —dijo Hunter sosteniendo el mapa en el que estaban escritas las palabras «OVER THE TOP»—. En realidad no es un mapa, es más bien un plano, un plano topográfico.

—¿Qué diferencia hay? —preguntó Billy encendiéndose otro Marlboro.

—La diferencia es que mientras que en los mapas topográficos se representan zonas del terreno bastante grandes, un plano topográfico suele representar generalmente una zona más pequeña. Por otra parte, este mapa o plano topográfico en concreto, es lo que se conoce como «mapa de orientación». Estos planos son los que se suelen utilizar cuando alguien se va al monte o a algún lugar así y no se quiere perder. El problema es que normalmente en estos planos se suele indicar tanto la latitud y la longitud como la escala con la que ha sido hecho, sin esos datos, es bastante difícil de determinar qué lugar representa, por no decir que es casi imposible.

Billy arrugó la frente con incredulidad.

—¿Hablas en serio?

—Y tan en serio.

—¿Y qué me dices del segundo mapa? ¿Ves algo?

—El segundo, en realidad, yo no sabría decir ni tan siquiera si es un mapa. Como mucho es un plano hecho a mano por alguien que, no queriendo pecar de puristas, deja bastante que desear.

—¿Por?

—Para empezar, el trazo de las presuntas vías o lo que sea que representen estas líneas están bastante desequilibrados. Hay cierta desproporción en los giros y en los cambios de dirección. Normalmente una vía está representada por una línea o una doble línea con un mismo grosor, pero aquí eso no pasa, tal y como podéis ver. En fin, no sé qué más puedo decir aparte de que, sí, francamente parece que conduzcan a un lugar, pero para llegar hasta él, primero habría que saber más o menos por dónde empezar a buscar, si no, es obviamente imposible.

—Bueno, al menos dices que sí conducen a un lugar, ¿no? ¿Qué te ha hecho pensar eso? —dijo Billy albergando una ligera esperanza.

—Sí, creo que, si no me equivoco, este de aquí —dijo señalando el mapa hecho a mano—, es lo que se llama un plano de recorrido. Indica una trayectoria, un camino. ¿Os habéis fijado en estas pequeñas equis que hay anotadas por todo el mapa?

—Sí —respondieron tanto Billy como Jules casi al unísono.

—Pues simbolizan las vías o desvíos que hay que seguir para llegar a un determinado lugar, el cual está representado por una letra «y» —Hunter señaló un minúsculo punto en el mapa.

—¿Y el resto de letras y anotaciones? —preguntó Billy.

—El resto de anotaciones deben ser marcas y símbolos de orientación, según parece, orientación militar —Cuando Hunter terminó la frase, por alguna razón, pensó en su padre, en el día que se lo llevó a hacer prácticas de tiro en mitad de la nada. Billy, por el contrario, pensó en el suyo, en esa foto en la que se veía a Paul King ataviado de arriba abajo con ropa del ejército estadounidense, en esa etapa de su vida de la que nunca hablaba. Y Jules pensó... en algo similar, pero mirando hacia su propia casa.

—¿Cómo demonios sabes todo eso sobre mapas?

—Ya ves, ese tipo de cosas le encantan a mi padre, y sobre todo, le encanta que me encanten a mí —El rostro de Hunter se ensombreció ligeramente al terminar la frase.

—¿Alguna idea, Jules? ¿Tú ves algo? —preguntó Billy por si a esa imaginativa mente de su amigo se le había ocurrido algo. Algo con lo que poder empezar a buscar.

Jules cogió los planos y los puso uno encima de otro. Miró el conjunto y después los miró por separado.

—Poca cosa. Lo único que se me ocurre es, y por razones obvias, que este mapa —dijo señalando el que tenía escritas las palabras «OVER THE TOP»—, representa una zona que está sobre una pequeña cima o una pequeña colina. Tal vez, tal y como haya dicho el propio Hunter, represente una zona bastante más pequeña de lo que parece, una zona situada sobre un montículo, incluso es posible que todo el mapa sea ese montículo, esa colina. En cuanto al segundo —dijo sosteniendo el mapa en el que estaba escrita la palabra «UNDER»—, también creo que resulta bastante evidente que... en fin, que está debajo, tal vez debajo del primero. Podría ser que el significado de estas palabras no fuese literal, pero yo me inclino por pensar que sí lo es, que el primer mapa significa una localización concreta, un punto de entrada, y el segundo un lugar que está... debajo, tal vez bajo tierra, bajo esa pequeña cima o colina. Además, no sé si lo recordáis, pero Emily nos contó que Eva le dijo antes de morir que... en fin, al principio pensé que era algo simbólico, metafórico, pero estoy empezando a pensar que no, lo que le dijo Eva a Emily es que aquello que encontraron provenía desde las entrañas de la tierra, eso fue lo que dijo, y esto de aquí puede que esté indicándonos precisamente eso, un punto en algún lugar de las entrañas de la tierra.

Los tres se quedaron en silencio contemplando esos dos mapas y sintiendo el vértigo que suponían las palabras de Jules. Lo sentían cerca, muy cerca, esas puertas del Reino de los Cielos que, de pronto, a los tres les entraron unas tremendas ganas de llegar hasta ellas, unas irrefrenables ganas de llegar juntos

hasta ese lugar, de explorar, de descubrir, de vivir algo nuevo. Los tres, juntos una vez más.

El libro de las Revelaciones

Antes de que Billy desapareciera con el viejo Buick del 94, Jules se armó de valor y le pidió eso que llevaba días rumiando. Le pidió si sería tan amable de dejarle de nuevo la llave y la moneda para volver a enseñárselas a William Draper y comentar con él aquello de que tal vez fuese posible que llaves de San Pedro no simbolizasen el poder de abrir y cerrar la puerta del Reino de los Cielos, sino más bien la puerta del Hades, del mismo infierno. No sería tan extraño que ese escudo con dos llaves cruzadas que a lo largo de los siglos había representado tanto a los papas como a la santa sede, significase en realidad que eran ellos los encargados de velar porque esas puertas jamás se abriesen, los guardianes para impedir que las puertas del infierno se abriesen de par en par. Había sido sincero con lo querer ir con Billy hasta el final, una parte de él al menos, ver hasta dónde los conducía todo aquello, pero eso no había impedido que otra parte de él siguiese pensando que, cuando todo terminase, su vida y sobre todo la de su hermana y la de su madre seguirían necesitando ese dinero que podría sacar de la venta de ese par de veteranos objetos. Pensó que una cosa no quitaba la otra. Obrando de ese modo no estaría traicionando ni dejando a Billy en la estacada y al mismo tiempo estaría asegurándole un futuro a la pequeña Josie.

Billy sonrió, se metió la mano en el bolsillo y dejó caer en la mano de Jules la llave y la moneda. En ese momento, cuando su piel entró en contacto con la piel de Jules, sintió algo, algo raro y molesto, como ese pinchazo suyo en la base del cuello o esa náusea recorriendo de arriba abajo toda su garganta, pero decidió confiar en su amigo, su amigo. Le acababa de pedir ese par de objetos que, a

pesar de haberlos sacado él, eran algo de los tres. Los tres.

Cuando acabaron las clases, Jules fue a reunirse con William Draper en el futuro «laboratorio de Historia» y, por el momento, todavía «departamento de historia». Hunter se quedó esperándolo en la biblioteca para después volver juntos a «casa».

William recibió a Jules en el más completo de los silencios. Lo miró desde la profundidad de esos oscuros y juveniles ojos negros y sonrió con cierta nostalgia viendo la indecisión y los nervios del chico que tenía delante. Recordó que él, a esa misma edad, tenía incluso más inseguridad y bastante más vergüenza. Una extraña vergüenza a mostrarse tal y como era ante un mundo que creía que estaría esperándolo con sus afiladas garras y sus largos dientes a que él asomara la cabeza para arrancársela de un bocado. Pero nada de eso ocurrió nunca, desde luego que no. El mundo no le arrancaba a uno la cabeza con sus afiladas uñas y sus largos dientes, por supuesto que no, el mundo te dejaba que vivieras en él, que confiaras en él, para después, con el paso de los años, arrancarte no la cabeza, sino el corazón.

—Dígame, señor Jules, ¿qué le trae por aquí? ¿Qué han encontrado esta vez en la casa de la abuela de su amigo? —preguntó Draper con ternura y esa sonrisa suya apagada.

Jules se encogió un poco en la silla al escuchar esa especie de broma.

—Quisiera hablarle de nuevo de la llave, la llave del papa Silvestre II, ¿se acuerda?

—Señor Jules, ¿cómo olvidarlo? ¿Qué sucede? ¿Ya la han vendido?

—No, y... lo cierto es que es de eso de lo que quería hablarle. Bueno, de eso y también de otra cosa.

En la cara del doctor Draper pareció crecer el interés.

—Usted dirá, señor Jules, soy todo oídos.

—Verá, en primer lugar, he estado investigando unas cuantas cosas relacionadas con la llave del Reino de los Cielos, cosas relacionadas con su

significado y con su procedencia, y...

—¿Investigando, dice? ¿Dónde?

—¿Cómo?

—Le pregunto que dónde ha investigado usted, señor Jules.

—No sé a qué se refiere.

—Yo creo que sí. ¿Cuántas veces lo he repetido durante el semestre? La historia se forja con evidencias y se erige con hechos probados, señor Jules, no con conjeturas y teorías que cualquiera puede inventar y publicar hoy en día sin el menor rigor, fiabilidad o garantía de que eso que dice sea cierto. Así que, señor Jules, a eso es precisamente a lo que me refiero, usted ha dicho que ha estado investigando, eso significa que ha estado consultando determinadas fuentes que, intuyo por el potencial que le presupongo, son medianamente fiables. Y ahora, vuelvo a repetirle la pregunta, ¿dónde ha investigado el qué?

Jules tragó saliva y pensó si era buena idea revelarle a William Draper que tenía un viejo libro herencia de alguien a quien había visto morir en extrañas circunstancias. Pero enseguida pensó que quizá no fuese necesario revelar nada de eso.

—Mi fuente es el libro del Apocalipsis del apóstol San Juan, ¿le parece esa una buena fuente?

William torció un poco el cuello y entreabrió los labios ligeramente. En un acto reflejo se llevó la mano al bolsillo interior de su chaqueta buscando un cigarrillo, pero rápidamente recordó que hacía por lo menos diez años que lo había dejado, aunque, ese gesto, esos ademanes involuntarios lo habían estado acompañando desde entonces, formando parte de él y manifestándose casi a diario. Curioso.

—Cuénteme, señor Jules, ¿qué ha encontrado en ese libro?

—Bien, ese libro, como usted ya sabe, es el libro de las revelaciones, el libro en el que se dice lo que no se dijo en los otros libros de la Biblia.

—Correcto. Más o menos. Continúe.

—Bien, pues en una de esas revelaciones, concretamente en el versículo

«uno dieciocho», se dice literalmente; «no temas, yo soy el primero y el último, y el que vive, y estuve muerto; y he aquí, estoy vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la muerte y del Hades». Pero no solo ahí, esas «llaves» están referenciadas por todas partes, como por ejemplo en el «tres siete», en el «nueve uno» o en el «veinte uno», concretamente dicen que...

—Sé lo que dicen, señor Jules, pero no sé a dónde quiere ir a parar.

—Quiero ir a parar a que esas llaves que están representadas en el escudo de los papas y de la santa sede desde tiempos del papa Silvestre II, el mismo papa que fue acusado de hacer un pacto con el diablo y también de haber conseguido encerrar un gran mal en una caja, quizá no sean lo que hemos estado pensando que eran, quizá no sean las llaves del Reino de ningún cielo, sino las llaves del Hades, del mismo infierno o, quién sabe, de la caja de Gerberto. Por eso llevan esa llave en su escudo, porque son ellos los guardianes, los guardianes de que esa puerta nunca se abra, jamás.

William atendió con interés la teoría de Jules que, lo cierto es que no le había parecido del todo descabellada.

—Y, dígame, ¿qué le ha hecho pensar eso?, ¿qué le ha llevado hasta esa conclusión?

Jules pensó de nuevo en si decir más o decir menos.

—He pensado eso porque he visto esa misma llave representada junto a esos versículos de los que le he hablado en una edición «veterana» del libro del Apocalipsis, y porque...

—¿Sí, señor Jules?

—Nada, déjelo, tampoco tiene importancia, tan solo quería contarle mi teoría y saber qué opinaba al respecto, pero ya veo que estaba equivocado...

—Yo no he dicho eso en ningún momento, señor Jules, no le he dicho — Jules levantó de nuevo la vista ante ese profesor al que tanto admiraba—. Tú teoría es buena, muy buena, de hecho, habría que comprobar esa edición del libro del Apocalipsis del que hablas, pero en líneas generales, podríamos establecer una línea de investigación bastante sólida alrededor de esa teoría,

podríamos. Gran idea, señor Jules, me deja bastante impresionado, de hecho.

Jules sonrió y sintió cómo un inesperado y fulgurante rubor le subía por las orejas. No estaba muy acostumbrado a que alguien le dijese cosas positivas.

—Gracias, señor Draper, muchas gracias por sus palabras.

—No me las dé, señor Jules, ha hecho un gran trabajo que podría ser la base de una sólida línea de investigación. Pero, respóndame a una cosa que, por la efusividad y el tono de sus palabras no me ha quedado del todo claro, ¿no estará pensando de nuevo que todo esto es cierto, verdad?

—¿Cómo dice? —Esa pregunta le cayó como un jarro de agua fría.

—Digo que, espero que sepa que estamos hablando de la historia de una religión, señor Jules, concretamente de su simbolismo y de sus ritos, que no se le ha vuelto a pasar por la cabeza que existe ninguna puerta que dé directamente al cielo o al infierno, ¿verdad? Porque usted sabe que todo esto son solo leyendas y cuentos viejos, ¿cierto? No existe tal puerta, como tampoco existe «la caja» de Gerberto. ¿Comprende, señor Long?

Jules tardó un par de segundos en reaccionar, el tiempo que le llevó recordar que, tal vez no sería demasiada buena idea contarle a William toda la historia, todo lo que habían visto y oído. Lo de la posesión de Scott y lo de haber enterrado a Eva con vida.

—Por supuesto, señor Draper, sé perfectamente que todo esto solo tiene un significado simbólico, metafórico, algo que está más allá de lo material o lo físico, qué locura si pensásemos que todo lo que está escrito en el libro de las Revelaciones o en la propia Biblia es real... —Jules terminó la frase fingiendo una sonrisa que, a William no terminó de convencerle del todo.

—¿Y cuál era esa segunda cuestión de la que me quería hablar, señor Jules? Creo recordar que me ha dicho que era algo relacionado con la venta de esos dos objetos.

—Exactamente, doctor Draper, de eso mismo me gustaría hablarle.

—Usted dirá, soy todo oídos.

Draper volvió a llevarse la mano al bolsillo de su chaqueta buscando algo

que hacía más de diez años que allí ya no guardaba. Tabaco. La segunda vez en el día que repetía ese viejo ademán.

3

Las dudas de Jules (y de Hunter)

Jules salió del despacho de su profesor de historia con una sensación de satisfacción como hacía años que no sentía. No solo había recibido un más que refuerzo personal por parte de alguien a quien admiraba profundamente, sino que también había recibido muy buenas noticias en cuanto al precio que podrían sacar de esa llave y de esa moneda. Todo ello, claro está, después de que hubiesen sido analizadas y certificadas debidamente.

Cuando Jules le expuso a William Draper sus argumentos y sus teorías y vio cómo en sus ojos y en su rostro se dibujaba el auténtico reflejo de la admiración y el reconocimiento, sintió algo tan grande como nunca antes había sentido. Fue como recibir una inyección concentrada de autoestima en el centro mismo de su consciencia. Y eso le hizo sentir bien, tanto como nunca pensó que se sentiría. Mientras bajaba las escaleras, y antes de reunirse con Hunter, se le pasó por la cabeza la loca idea de... ¿y si le demostrase a William que aquello de lo que habían estado hablando no solo era real, sino que lo había encontrado? ¿Qué pensaría? ¿Con qué ojos lo miraría esta vez? A Jules se le dibujó una enorme sonrisa solo de imaginárselo. Se imaginó a William Draper llorando de felicidad, quitándose el sombrero ante el señor Jules Long, invitándolo a formar parte de esa maravillosa Historia como el artífice y uno de los responsables de uno de los mayores hallazgos de la humanidad. Pudo visualizar hasta las palabras exactas con la que los mejores periódicos del mundo llenarían sus primeras páginas. «Jules Long, el joven de dieciséis años que encontró la caja de Gerberto, la verdadera puerta del mal llamado Reino de los Cielos, esa puerta que abrían las auténticas llaves de San Pedro».

Lo cierto es que aquello había contribuido a aumentar aún más si cabe el lío

que tenía montado en la cabeza. Por un lado estaba ese pequeño y traicionero trato que tenía con Hunter y que pasaba por vender todo aquello, algo que, en su cabeza todavía sobrevolaba la duda de si hacerlo antes o después de llegar hasta el final. A Billy le habían dicho que lo acompañarían, pero no que abrirían ninguna puerta, por lo tanto, eso le dejaba vía libre para vender la llave y la moneda antes de ir hasta allí si era necesario, ¿no? Por otro lado estaba esa búsqueda de la verdad sobre lo que le pasó a Eva y al propio Scott, una verdad que Billy por encima de todos necesitaba alcanzar. Y por último, ahora había nacido en él un verdadero interés por saber hasta dónde podía llegar, por ver de qué era capaz y, tal vez, obtener un reconocimiento que, hasta hacía bien poco no era conecedor de lo mucho que ansiaba, que necesitaba. Y ese nuevo interés pasaba no solo por llegar hasta esa puerta del Reino de los Cielos o esa hipotética caja de Gerberto, sino también por saber qué había detrás y, si fuese posible, llevársela con él del lugar en el que se encontrase. En cuanto vio la cara de Hunter, esperándolo a lo lejos, pensó que ese «nuevo interés» que había nacido en él no dejaba de ser, en cierto modo, más que otro de esos gérmenes de los que hablaba Emily.

—¿Y bien? ¿Cómo ha ido? —preguntó Hunter cuando vio llegar a Jules.

—Bien, ha ido bien —dijo Jules con un principio de sonrisa en su boca.

—¿Cuánto?

Jules lo miró con una sonrisa de satisfacción y de... un auténtico avaro.

—Treinta mil.

—¿Treinta mil? ¿Hablas en serio?

—Tal vez más.

—¿Más?

—En efecto, el doctor Draper me ha dicho que mínimo treinta mil, pero podría ser mucho más si se interesan las personas adecuadas y tenemos algo de paciencia.

—¿De cuánto más estamos hablando, Jules? —Hunter había empezado a sentir cómo su corazón crecía de tamaño en su interior.

—No lo sé, Hunter, estas ventas dependen de muchos factores y el precio puede variar muchísimo según el mercado y según la demanda. Pero, según lo que me ha dicho Draper, imagino que no sería descabellado que podríamos irnos a cifras como cien mil, doscientos mil, incluso quinientos mil, qué se yo...

Hunter se quedó medio paralizado en medio de ese desértico pasillo del instituto. No podía creer lo que acababa de escuchar. Rápidamente su mente empezó a imaginar cómo podría cambiar su vida con semejante cifra. No tendría que aguantar más al agente Grady, podría comprarse una buena vivienda y pagarse unos buenos estudios, no tendría que trabajar en bastantes años con lo que le quedase y se forjaría su propia vida, él solo, sin depender de nadie más, de nadie que tomase decisiones por él.

—¿Has dicho quinientos mil, Jules? ¿Sabes todo lo que podríamos hacer con ese dinero?

—Sí, he dicho quinientos mil, Hunter, pero ya te he dicho que eso es en el mejor de los casos. Y claro que sé lo que podría cambiar nuestra vida con ese dinero, créeme, lo tengo muy claro —Jules no mostraba el mismo entusiasmo que Hunter.

—Jules, ¿ocurre algo? ¿Por qué no estás dando saltos de alegría? ¿Hay algún «pero» en todo esto?

Jules suspiró y miró al suelo pensando en cómo decirle a Hunter que estaba hecho un verdadero lío.

—No sé, Hunter.

—¿El qué no sabes?

—No sé si esto es una buena idea.

—¿No sabes si es una buena idea ganar quinientos mil así por la cara?

—No, no me refiero a eso.

—¿Y entonces?

—Me refiero a proceder a vender nada sin consultarlo antes con Billy, eso es traición, Hunter, traición a nuestro propio amigo por... dinero...

Hunter sonrió con cierto sarcasmo mientras se llevaba una mano a la boca y

movía el cuello a izquierda y a derecha.

—A ver si lo he entendido, ¿me quieres decir que tú, que fue quien me propusiste a mí este plan, estás dudando ahora sobre si esto es o no una buena idea?

—Más o menos.

La cara de Hunter ya no mostraba una sonrisa sarcástica, ahora mostraba cierto enfado.

—Pues no lo entiendo, Jules, no lo entiendo, me parece que ya había quedado claro que tanto tú como yo necesitábamos ese dinero como el comer. Cielos, tu propia hermana y tu madre necesitan ese dinero para comer, ¿es que ya lo has olvidado? Le dijimos a Billy que lo acompañaríamos, ¿qué más quiere? Me parece que eso nos da cierto derecho a nosotros para vender los dos objetos y sacar algo de dinero, un dinero que tanto tú como yo necesitamos, ¿o acaso ya lo has olvidado?

—No, no lo he olvidado, Hunter, no soy idiota, pero qué quieres que te diga, ahora me han entrado las dudas, ¿qué pasa? ¿No tengo derecho a sentirme mal por traicionar a un amigo a quien acabamos de dar nuestra palabra de que iremos con él hasta el final? ¿Qué tipo de final es uno en el que tanto tú como yo ya hemos jugado nuestras cartas de antemano? ¿Te parece que eso está bien? ¿No te parece eso una traición?

Hunter negaba con la cabeza. Incredulidad y desilusión.

—¿Y a mí? ¿No te importa traicionarme a mí? Porque te recuerdo que tú y yo también teníamos un trato, un trato que tú mismo fuiste el que me propusiste, tú fuiste quien me metió a mí todo esto en la cabeza, algo en lo que yo ni había pensado hasta ese momento.

—Mira, Hunter, siento mucho estar diciéndote esto, y yo no he dicho que no lo vayamos a hacer, solo que tengo dudas, eso es todo. Y que necesito algo de tiempo para aclararme —Jules se sintió horriblemente mal por estar recriminándole todo aquello a Hunter cuando en realidad, lo que a él se le había ido metiendo en la cabeza era algo casi peor, mucho peor, algo que suponía no

solo traicionar a Billy, sino traicionarlos a los dos. La idea de abrir la puerta, o la caja, y llevársela con él a un lugar donde todos la vieran estaba cogiendo una fuerza en su interior casi irrefrenable.

—Pues resuelve esas dudas con rapidez, Jules, y aclárate, porque el tiempo se agota. El tuyo, el nuestro, el de todos.

Volvieron a casa de Jules en el más completo de los silencios. Hunter no solo se sentía mal por esa pequeña gran desilusión que se acababa de llevar, sino porque en el fondo, una parte de él, también pensaba que aquello suponía traicionar a Billy, y solo por dinero. Una parte de él le decía que se olvidase de traicionar a nadie y que fuese con la verdad por delante, pero le hacía tanta ilusión tener ese dinero y poder perder de vista a su padre para siempre... Otra vez, en su cabeza aparecieron esos gérmenes de los que hablaba Emily, y sintió rabia de que no pudiese hacer otra cosa más que darle la razón. Llegaba un momento en la vida en que todas esas mierdas de intereses personales la hacían incompatible con la amistad, con la amistad de verdad.

4

La Santísima Trinidad

*“Que el Amor de la Santísima Trinidad cubra
y proteja a todo lo visible e invisible,
A todas las almas, a todo lo creado,
contra todo aquello que Satanás ha afectado
y que ha llevado hacia el mal.
Amén.”*

Protección de la Santísima Trinidad

Gabriele Di Fulvio llevaba horas rezando esa pequeña y vieja oración de

protección. Desde la visita de los tres chicos su dolor de pecho no había hecho otra cosa que ir en aumento. Aunque no había ido a que lo viese ningún médico. Su corazón se estaba parando, así de sencillo, su vida llegaba a su fin, y contra eso no existía ninguna medicina efectiva. Tan solo la triste espera. No solo podía sentirlo en su interior, cómo se apagaba día a día, sino que tenía la certeza de que así sería porque, tal vez, así debía ser.

La extraña visita de aquellos tres chicos, sus preguntas acerca de lo que le pasó a Scott King y... de lo que le pasó a Eva Goth, habían hecho que todo saliese a flote otra vez en su interior. No es que lo tuviese olvidado, porque lo cierto es que no había pasado ni un solo día desde que sucedió todo aquello en que no les rezase como mínimo un par de oraciones a cada uno, es que ahora sentía que había llegado el momento de la verdad, el momento de rendir cuentas. Porque siempre tuvo claro que aquello no había terminado, ni remotamente, y que llegaría un día en el que tendrían que dar la cara, todos ellos, pagar por lo que hicieron y, librar una nueva batalla. Porque lo que pasó con Scott King... aquello fue verdaderamente malo, muy malo, lo que hicieron, pero lo de Eva Goth... aquello fue el verdadero horror.

Gabriele se acercó hasta ese hombre que desde los últimos diez años no había dejado de ir ni un solo día al templo de dios. Estaba arrodillado en el suelo con sus dos manos entrelazadas a la altura de la barbilla, sobre ellas tenía apoyada la cabeza, mirando al suelo, rezando entre débiles y casi inaudibles susurros ese viejo salmo con el que rogaba y pedía perdón eterno. Perdón por todo lo que hicieron.

—Ven, levántate —Gabriele y él casi nunca hablaban. Tan solo compartían el silencio. La oración. La plegaria.

El hombre levantó los ojos y trató de ver qué escondían esa voz y esas palabras del padre Di Fulvio.

—¿Qué ocurre, padre?

Gabriele lo miró con una mezcla de tristeza y miedo.

—Ocurre que ha llegado el momento, hijo. Ha llegado el momento de pagar

lo que se debe, y se debe bastante.

El hombre lo miró con un incipiente temblor en los ojos y en los labios. En el fondo siempre pensó que rezando día tras día, sacrificando su propia vida y la de su familia, tal vez pudiese mantener el mal alejado, mantenerlo a raya y fuera del alcance de aquellos a los que amaba. Pero no podía estar más equivocado.

—¿Cuándo?

Gabriele se encogió de hombros y movió la cabeza a izquierda y a derecha con pesar.

—No lo sé. Pero pronto.

—¿Qué ha ocurrido?

—La puerta, va a ser abierta otra vez, o, quién sabe, es posible que ya haya sido abierta y solo nos quede esperar... —Gabriele dijo aquello recordando el intenso frío que sintió en las manos, y en los pies, y luego en la nariz y en los ojos, cuando recibió la visita de aquellos tres chicos.

—¿No hay nada que se pueda hacer?

—No lo sé, lo cierto es que no lo sé. Pero supongo que siempre se puede luchar, que siempre se puede intentar. Ahora márchate, ya has rezado suficiente por hoy, voy a cerrar, necesito hacer algo en soledad. Ve con tu familia, y cuida de ellos, seguro que lo agradecen. Ellos te necesitan, necesitan que estés ahí, no aquí. ¿Entiendes? No aquí. Ve con ellos y espera noticias mías.

El hombre asintió en silencio con los ojos llenos de lágrimas. No podía creer que lo que acababa de decirle el sacerdote fuese cierto, que el mal hubiese escapado, que hubiese vuelto de nuevo. A por ellos. A por todos ellos.

—Adiós, padre.

—Adiós, hijo.

Una vez hubo cerrado las grandes puertas de la Basílica, Gabriele fue hasta lo alto del presbiterio, se quitó el escapulario, se quitó la toga, cogió el flagelo y, de rodillas ante la gran cruz de la iglesia, empezó a golpear su espalda desnuda con fuerza. Con toda la fuerza que sus cansados y viejos brazos eran capaces de

generar.

CAPÍTULO 11

VOLVER

1

Robert Matheson

Billy todavía tenía unos cuantos asuntos por resolver, cabos sueltos que atar, pero ya podía visualizar cómo todas esas pruebas que habían estado reuniendo durante esos días, los habían situado tan solo a unos cuantos pasos de su objetivo. De la gran verdad. El final estaba próximo, quizá incluso más de lo que esperaba. Tenían los mapas y las llaves, ahora solo hacía falta descubrir dónde se encontraba esa puerta, esa cerradura que esperaba en algún lugar de las entrañas de la tierra. Mientras trataban de dar con esa localización exacta, por su parte, intentaría resolver otros enigmas que todavía estaban en el aire y que también formaban parte en mayor o menor medida de ese puzle que daba forma a los auténticos motivos de la muerte de su hermano y de Eva.

Seguiría con su procedimiento policial y eso significaba seguir el rastro de cada prueba hasta el final. Pruebas como, por ejemplo, por qué su padre nunca le había querido hablar de la época en la que había sido militar o por qué sus padres reaccionaron de aquella manera tan extraña cuando él quiso hablarles de Scott. Si bien es cierto que el hecho de que su hermano hubiese sido objeto de una posesión demoníaca podría ser un motivo más que suficiente para que sus padres hubiesen perdido un poco el norte, aunque lo cierto es que a él se le antojaba que tras esa forma de dirigirse a él había algo más, algo que le inquietaba, algo malo.

Otro de los cabos sueltos que quedaba por atar era el médico que certificó la muerte de Eva. Alguien capaz de cometer semejante «equivocación» en la época actual merecía como poco recibir una visita y que le fuese exigida una buena

explicación. Ese médico era, según la información que había podido obtener Hunter del ordenador de su padre, el doctor Robert Matheson. Era probable que también hubiese certificado la muerte de su hermano, si es que fuese cierto que tenía alguna deshonrosa implicación en todo lo concerniente a aquel caso, aunque Hunter dijo que en la ficha policial de Scott, en el campo donde decía «causa de la muerte», no había nada escrito, ni, por tanto, ninguna firma médica. No había causa de la muerte oficial, solo aquellas marcas alrededor del cuello que, Billy intuyó que fueron provocadas por obra y gracia de ese demonio que lo torturó por dentro hasta matarlo. Solo había una forma de resolver todas esas dudas y conjeturas de un plumazo, hablando con él cara a cara.

Buscó información del tal Robert Matheson y vio que pasaba consulta médica en el Mount Sinai Brooklyn, un pequeño y discreto hospital situado en Midwood, uno de los distritos más humildes de todo Brooklyn. A pesar de su pequeño tamaño, ese hospital, con Robert Matheson a la cabeza, contaba con un área de reconocido prestigio, un área dedicada a trastornos psiquiátricos raros. Billy tragó saliva y pensó que... ¿Era así como murieron y como fueron tratados su hermano y Eva? ¿Bajo un tratamiento psiquiátrico para casos extraños? Cada vez entendía menos cosas y pensó que lo único que podía hacer era ir hasta allí cuanto antes para comprobarlo.

Aparcó en una zona cercana al Mount Sinai y, antes de salir del Buick, al ir a coger el paquete de tabaco que tenía en un pequeño compartimento que había sobre la palanca de cambios, sintió un fuerte pinchazo en el dedo anular de su mano derecha, concretamente en la zona de la uña de ese dedo anular. Cuando acercó esa mano a sus ojos vio algo que hizo que, por primera vez en muchos días, sintiera verdadero miedo, auténtico pavor a encontrarse cerca de perder la vida. La uña de su dedo anular la tenía completamente levantada y bajo ella se había formado una pequeña capa de sangre ligeramente purulenta. Una capa de sangre gelatinosa con restos de algo blanquecino que se le antojó ese líquido espeso y maloliente que nuestro cuerpo forma cuando tenemos algún tipo de infección. Su corazón empezó a latir con fuerza y contuvo como pudo un fuerte

grito de terror y de desesperación ante algo que parecía estar matándolo poco a poco.

Cerró los ojos y trató de controlar la respiración. Puso *Poem Without Words*, aquella canción de solo piano de Anne Clark, y se encendió un cigarrillo mientras se tranquilizaba. Mientras proyectaba su mente hacia lugares más felices, más... de antes. Se dijo que, en cuanto todo aquello acabase, se haría un chequeo completo en algún centro médico para descartar que tuviese algo grave. Trató de tranquilizarse diciéndose que en cuanto los médicos le echaran un ojo a esos síntomas que día a día estaban aumentando en número y en intensidad, le darían rápidamente un diagnóstico con su correspondiente tratamiento. Pensar en eso lo serenó ligeramente. Uno no perdía la vida así de fácil y como quien dice de la noche a la mañana. Fuese lo que fuese aquello que tuviese, tendría solución, seguro. Apretó los dientes y, con una mueca de repugnancia y de dolor, trató de colocar la uña levantada más o menos en su sitio. Miró a su alrededor y no vio absolutamente nada con la que tapanla y sujetarla. Rasgó un trozo de tela de la parte inferior de su camiseta y lo envolvió alrededor de ese dedo. Al menos, esa uña, que no tenía ninguna duda de que acabaría cayéndose de un momento a otro, estaría protegida y... fuera de la vista de todo el mundo.

Una vez consiguió tranquilizarse y autoconvencerse de que no le pasaba nada grave y que todo se solucionaría con unos buenos antibióticos, salió del Buick y entró en el Mount Sinai con determinación.

Fue directo al mostrador de «información» y preguntó por el doctor Robert Matheson, alegó que era sobrino suyo. Esmeralda, la secretaria de rubios y sedosos tirabuzones que lo atendió, se quedó mirándolo con los ojos como platos. Hizo una llamada sin quitarle ese par de grandes ojos verdes de encima y, tras preguntarle su nombre, le respondió que el doctor estaba reunido y que no iba a poder atenderle ese día. Billy se quedó pensando un instante y, no solo vio con aterradora claridad lo que Esmeralda habría estado haciendo con su prometido la noche anterior, sino lo que llevaría haciendo, curiosamente con un alto (y añoso) cargo de ese hospital, durante los últimos tres años. Fue una visión

distinta a las demás, fue una visión en la que, por primera vez, tuvo la firme certeza de que era real. De que era atterradoramente real.

—Eh, Esmeralda, ¿por qué no hacemos una cosa? Tú me dices en qué despacho pasa consulta el doctor Robert Matheson y yo no le digo nada a tu prometido de lo que llevas haciendo desde hace más de tres años con... bueno, ya sabes con quién, ¿qué me dices? ¿Hay trato? Por supuesto, ni se te ocurra decirle al doctor que voy a subir a hacerle una visita, si es eso lo que estás pensando como segunda opción.

Esmeralda abrió los ojos todavía más y miró perpleja hacia ambos lados por si alguien había escuchado algo de aquello. Por si ese chico no formaba parte más que de una horrible y pesada broma. Pero no lo era. Desde luego que no. Aquello era simple y llanamente la cruda realidad.

—Tranquila, Esmeralda, estamos solos. Yo nunca traicionaría tu confianza, si tú no traicionas la mía, claro está.

Esmeralda se había quedado casi sin palabras. ¿Cómo era posible que alguien se hubiese enterado de aquello? ¿Estaría el subdirector Mathew al tanto? Si ese cadavérico chico que tenía frente a ella se iba de la boca, estaría metida en un más que gran lío. Cómo no, le dijo dónde encontrar al doctor Robert Matheson y Billy se lo agradeció y le prometió que su secreto estaría para siempre a salvo con él.

Cuando Billy entró en el ascensor y las puertas se cerraron, por primera vez desde hacía mucho, se sintió a gusto, muy a gusto con esa habilidad suya que tenía para imaginar el pasado de las personas.

Y una inesperada e involuntaria sonrisa se dibujó a lo largo y ancho de toda su cara. Inesperada y, sobre todo, involuntaria.

Llegó al despacho del doctor Matheson y, tras tocar un par de veces sin obtener respuesta, entró despacio, sin hacer ruido. No había nadie. Se sentó en la elegante butaca en la que el prestigioso doctor en psiquiatría Robert Matheson haría sentar a sus pacientes y esperó a que el buen doctor volviese de donde quiera que estuviese.

Apenas cinco minutos después, tras escuchar a través de la puerta cómo el buen doctor se despedía de alguien que debía ser una «buena» compañera de trabajo, Billy se acomodó en el sillón mientras Robert Matheson entraba con una sonrisa de oreja a oreja y procedía a sentarse en la silla que tenía frente a la pantalla del ordenador.

Por lo visto, era tal el grado de ensimismamiento y alborozo que traía de donde quiera que viniese, que tardó unos tres segundos en advertir la presencia de Billy en su despacho. Matheson se quedó totalmente paralizado, mirando hacia abajo, con cierto miedo a levantar los ojos. Al parecer, ese hombre debía tener buenos motivos para tener miedo.

Cuando levantó la vista y vio a Billy sentado a tan solo un par de metros de él se sobresaltó de tal manera que casi se cae de la silla. Como el que acaba de ver a un fantasma. En sus ojos y en su expresión se dibujó el miedo más auténtico y terrorífico, un miedo que incluso causó cierto sobrecogimiento en el propio Billy.

—¿Qué-qué haces tú aquí? —La voz del doctor salió entre un nervioso y casi cómico tartamudeo.

—¿Qué hago yo, dónde?

—¿Qué-qué haces tú aquí? —Robert repitió la pregunta con un severo temblor de labios y un vergonzoso rechinar de dientes. Con las manos completamente sumidas en un rápido y descoordinado vaivén, trató de marcar un número con el teléfono de la consulta.

Billy se levantó con sutileza y agilidad y cortó esa llamada por la vía rápida. Tuvo tiempo de reparar en cómo el doctor miraba la mano con la que acababa de cortar la línea, fue como una mezcla entre repugnancia y terror.

—¿Por qué hace eso, doctor? Solo he venido a mantener una conversación civilizada con usted, ¿acaso es eso algo por lo que preocuparse?

—¿Qui-quién eres? ¿Quién eres tú?

—Bien, ya veo que al menos parece dispuesto a mantener una conversación entre adultos. Para su información, soy Billy King, el hermano de Scott King,

fallecido en extrañas circunstancias hace diez años y, novio de Eva Goth, también fallecida por las mismas fechas y, también en extrañas circunstancias. Y antes de que lo pregunte, he venido a que hablemos, a que hablemos de lo que les pasó, de lo que usted dijo y firmó que les pasó, porque... si no me equivoco, fue usted quien aparece en la firma del certificado de defunción de Eva, ¿cierto?

Robert, con un más que creciente nerviosismo y un principio de ataque ansiedad, dijo «no» moviendo el cuello hacia ambos lados.

—Yo creo que sí, Robert.

El prestigioso psiquiatra parecía aturdido.

—¿Qué-qué quieres?

—¿De qué murió Eva Goth? Y quiero la verdad.

Robert negó.

—No me acuerdo.

—Oh, Robert, yo creo que sí te acuerdas —Billy se levantó y se acercó un poco más al doctor Matheson. No pensaba hacerle ningún daño, pero por alguna razón que desconocía, era consciente del miedo que su mera presencia infundía en él.

—¿Qué-qué vas a hacerme?

—No voy a hacerte nada, Robert, siempre y cuando respondas a lo que te acabo de preguntar...

Billy se acercó un poco más y el doctor reparó en el improvisado vendaje que Billy se había hecho en el dedo anular de su mano derecha. Sus ojos se retraían. Sus dientes rechinaban. Se echó hacia atrás con la silla hasta que se golpeó contra la pared posterior revestida en madera.

—Por favor, doctor Matheson, no haga esto más complicado de lo que ya lo es, soy el hermano de Scott King y necesito respuestas, necesito saber qué le ocurrió a él y a su novia, Eva Goth.

—Murieron, los dos, murieron.

—Eso ya lo sé. ¿De qué? ¿Cuál fue la causa de su muerte?

Ese principio de ansiedad que acechaba a Robert estaba a punto de

convertirse en un verdadero ataque de pánico.

—Eva murió de muerte súbita, eso fue lo que le pasó, no hubo nada más, lo prometo, se le paró el corazón de repente... —Robert hablaba entre tartamudeos y lamentos, y eso a Billy lo estaba poniendo realmente nervioso. Muy nervioso.

—¿Muerte súbita, dices? ¿Le hicisteis la autopsia? ¿Fuiste tú quien determinó que tenía el llamado gen de la muerte súbita?

Robert estaba totalmente aterrado, trataba inútilmente de echarse hacia atrás con la silla, pero no dejaba de darse golpes contra la pared. Billy empezó a pensar que, o le hacía hablar rápidamente o podría ser que algún compañero o compañera que pasase por allí podría escuchar ruidos raros y entrar y mandarlo todo al garete.

—Murió, a Eva se le paró el corazón. No tenía pulso, claro que lo comprobé. No respiraba, y... la familia estaba muy afectada...claro que fue muerte súbita, ¿qué iba a ser si no? Me dijeron que había que enterrarla cuanto antes, que todo el mundo estaba sufriendo muchísimo...

Billy suspiró con pesadez tapándose la cara con su mano derecha.

—¿Me quieres decir que no le hicisteis la autopsia, Robert? ¿Es eso?

—No hacía falta, maldita sea. Estaba muerta, ¿qué importa el resto?

—Importa. Por supuesto que importa, estúpido, importa porque la enterrasteis con vida, ¿me has oído? La enterrasteis con vida —La total ausencia de responsabilidad y culpa en las palabras del buen doctor, hicieron que Billy se enfadara, más aún de lo que ya estaba. Que se enfadara mucho. Tanto como para que la conjuntiva de sus ojos adquiriera un extraño tono amarillo, parecido al de las personas que padecen hepatitis.

—No... eso no puede ser, estaba muerta, yo lo vi...

—Pues lo viste mal, estúpido, y te aseguro que pagarás por ello, Robert, de eso sí puedes estar bien seguro —dijo Billy apuntándolo con un dedo. El doctor volvió a reparar en el dedo anular de Billy, el que llevaba vendado. Y Billy reparó en que el miedo en los ojos de Robert había aumentado un poco más.

—¿Qué-qué vas a hacerme?

—Mi hermano. Todavía no me has contado de qué murió él. ¿También tenía el gen de la muerte súbita? —dijo Billy con cierto sarcasmo.

—No... tú-tú hermano... yo no fui quien certificó su muerte, yo solo... lo traté...

Las orejas de Billy parecieron reorientarse al escuchar aquello.

—¿Lo trataste? ¿De qué?

Robert negaba con ese constante lamento. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—No sabíamos lo que tenía, a mí me lo trajeron aquí porque se comportaba de forma extraña. Al principio pensé que padecía algún tipo de esquizofrenia paranoide con tendencia a autolesionarse... pero luego...

—¿Qué? ¿Luego, qué?

—No lo sé, maldita sea, no sé lo que le pasaba a tu hermano, lo traté lo mejor que pude, y cada día no hacía más que empeorar todavía más, hasta que un día... —Robert miraba al infinito y negaba con la cabeza—. No estoy seguro de que aquello se tratase de un trastorno psiquiátrico, sino de una auténtica... dios... eso fue lo que dijo el sacerdote que me lo trajo para descartar una enfermedad y que se lo volvió a llevar...

Robert no se atrevió a decirlo en voz alta, a decir lo que Billy ya había escuchado por boca del padre Gabriele Di Fulvio. Al menos, esa parte de la historia, la de la posesión de su hermano, sí parecía guardar cierta coherencia entre las versiones de los diferentes implicados. De pronto, en un rápido e inesperado movimiento, Robert abrió el primer cajón de su escritorio y, antes de que a Billy le diese tiempo a entender qué estaba haciendo, sacó un crucifijo de considerables proporciones y lo puso a un palmo de la cara de Billy.

Billy se quedó en silencio. Observando esa extraña situación, después no pudo evitar que se le escapara una carcajada desde lo más profundo de su garganta. Una carcajada que, le salió de dentro de una forma bastante involuntaria.

—¿Pero se puede saber qué demonios está haciendo, doctor? ¿Acaso se piensa que estamos en una película de terror?

—No te acerques a mí, no des ni un paso más, estás maldito, igual que lo estaba tu hermano, te lo advierto, no te acerques —dijo Robert con seriedad sujetando el crucifijo en alto como si fuese una escopeta recortada.

—No me haga reír, doctor, ¿Qué pretende hacer con eso? ¿Qué demonios se piensa que me pasa? ¿Maldito, yo? Maldito lo será usted, estúpido —dijo Billy endureciendo la voz y arrancándole el crucifijo de la mano al doctor y tirándolo al otro extremo de la consulta.

Robert observó aquello con incredulidad. Su retracción de ojos se agudizó y tragó saliva con dificultad.

Al otro lado de la puerta, se escucharon voces, después tocaron con cierta timidez.

—¿Doctor? ¿Está usted ahí? ¿Va todo bien? —Era una voz femenina con bastante miedo a irrumpir en aquella consulta y encontrarse con una desagradable sorpresa.

Billy apuntó a Robert con un dedo y lo miró con verdadera rabia.

—Le aseguro que pagará por esto, doctor, pagará por su error. Usted mató a Eva Goth, la mató de la peor de las maneras que se puede matar a alguien, usted y solo usted es el único responsable, y le aseguré que le haré pagar, y le doy mi palabra que usted no volverá a tatar a ni un solo paciente más.

El doctor había empezado a sollozar. Billy salió de allí antes de que llamasen a la policía o a los vigilantes de seguridad. Cuando abrió la puerta vio a dos mujeres que se hicieron a un lado y lo miraron con auténtico pavor. Después bajaron la mirada.

Billy bajó por las escaleras para no encontrarse con ninguna sorpresa y salió del Mount Sinai con una ligera ansiedad en el pecho. Con la mente totalmente envuelta en esas «telarañas» que no lo dejaban pensar con claridad ni ser plenamente consciente de lo que hacía o decía. Entró en el Buick y se encendió un cigarrillo que empezó a fumar de forma compulsiva. ¿Qué narices había ocurrido allí arriba? Se preguntó mientras trataba de serenarse.

Tras tres o cuatro largas caladas y, aparentemente, volviendo a la calma,

sintió un ligero escozor en su mano derecha. La misma con la que le había quitado el crucifijo al doctor Robert Matheson. Con la respiración entrecortada y, temiéndose lo peor, se miró la palma de esa mano y... respiró aliviado al ver que tan solo tenía una pequeña herida, como cuando te clavas una chincheta o un alfiler, algo pequeño que, probablemente se haría cuando cogió ese crucifijo con violencia. Tal vez debió clavarse algún saliente del cristo de metal que estaba pegado justo en el centro de esa cruz. Por un momento se le había pasado por la cabeza que él también estaba...

Qué tontería.

Se terminó el cigarro y salió de allí con la satisfacción de haber corroborado que a Eva la quisieron enterrar deprisa y corriendo por alguna razón. Que ni tan siquiera le hicieron ninguna autopsia y que la causa de la muerte que figuraba en su certificado de defunción no era más que una conjetura, una pura mentira orquestada por alguien que no quería que se hiciesen más preguntas ni, mucho menos, más pruebas a ese cuerpo.

Joseph Long

Jules y Hunter apenas habían hablado desde la discusión acerca de si debían o no vender aquellos dos viejos objetos a espaldas de Billy, y, en caso afirmativo, si debían hacerlo antes o después de ir hasta el lugar donde debía encontrarse la cerradura que abriese la llave de San Pedro. Estaban distantes. Aunque, de nuevo, la pequeña Josie y sus maravillosas ganas de vivir y de disfrutar de las pequeñas y casi insignificantes cosas, hizo de nexo de unión entre los dos y, al menos momentáneamente, gran parte del enfado se difuminó en el aire como el recuerdo de un mal sueño. Era como si su pureza y su inocencia luchase y contrarrestase esos gérmenes destructores de amistad que se les habían ido metiendo dentro durante los últimos días. Tal vez, después de todo, Emily no

supiese que sí había una forma de combatir esos gérmenes, que tan solo era cuestión de encontrar un equilibrio en todo aquello que acontecía a tu alrededor para no dejarse llevar por la ruindad, la envidia, el egoísmo o el rencor. Incluyendo un equilibrio entre la variedad y tipo de personas de las que te rodeabas diariamente. Un equilibrio que compensase lo malo con lo bueno.

Al día siguiente, como no tenían clase hasta tercera hora, Jules decidió hacer algo que no era la primera vez que hacía pero que desde hacía ya bastantes días necesitaba volver a hacer. Necesitaba saber. Saber a qué demonios se dedicaba su padre cuando salía de casa y por qué cada día estaba más distante y más... taciturno. Le dijo a Hunter que tenía que salir un momento y Hunter, tratando de mostrar arrepentimiento por cómo había reaccionado el día anterior, le dijo que él se quedaría investigando los mapas que había encontrado Billy por ver si podía averiguar algo del lugar al que conducían. Después de todo, le dijo, no sería del todo una mala idea encontrar aquel tesoro de una vez y después, que pasase lo que tuviese que pasar. No sería mala idea del todo acabar los tres juntos lo que los tres habían empezado. Los tres. No uno ni dos. Jules asintió con aceptación, orgullo y agradecimiento. Lo miró tratando de mostrar también cierto arrepentimiento y quiso transmitirle que, por encima de todo, de cualquier discusión, opinión o decisión, eran amigos, y continuarían siendo amigos. A él también se le habían ido un poco esas ganas de notoriedad y reconocimiento que lo habían invadido tras su última reunión con William Draper y que lo habían llenado, temporalmente, de puro egoísmo.

Jules salió de casa sin apenas hacer ruido y se agazapó tras un coche aparcado al otro lado de la calle. Su plan era esperar allí hasta que su padre saliese de casa como era costumbre a esas horas de la mañana, hecho que, no tardó en suceder.

Joseph Long salió con su ya habitual rictus de preocupación y abatimiento y tras mirar hacia ambos lados de la calle, se dirigió hacia el centro de la ciudad. Llevaba puesto un largo abrigo de lana y las manos metidas en los bolsillos. Su postura era ligeramente encorvada hacia delante y su caminar, pesado y cansado.

Parecía que estuviese desplazándose por el interior de una cuba llena de agua. Las piernas le pesaban y su cuerpo daba la impresión de llevar cargando a la espalda una mochila llena de piedras.

Joseph caminaba de forma apática, lenta y aparentemente desinteresada, pero sin lugar a dudas no iba en dirección a la nada, se dirigía a un lugar, a un sitio concreto. Jules lo siguió a una distancia prudencial hasta que, de pronto, llegaron a un lugar que le resultó tremendamente familiar. Era el mismo sitio en el que perdió de vista a su padre la primera vez que lo siguió. Y, de nuevo, desapareció de allí como por arte de magia. Aquello no podía ser cierto, no podía haber desaparecido de repente otra vez en ese mismo lugar. Jules miró con atención a su alrededor y lo único que se le ocurrió fue que... su padre hubiese entrado en alguna de las puertas de esas viejas casas que habían a su alrededor. ¿Podría ser? Podría. Se dijo mirando a su alrededor. ¿Pero en cuál de ellas? Trató de ver si en las puertas que había a su alrededor había alguna que llamaba especialmente su atención. Lo primero que hizo fue descartar todas las puertas de establecimientos comerciales de ese lugar que era una mezcla entre una pequeña plaza y un callejón peatonal y que, a esa hora de la mañana, permanecían cerrados. Pensó que debía haber entrado en alguna vivienda. Continuó observando e imaginando dónde podría haber entrado su padre, y lo siguiente que hizo fue acercarse disimuladamente a las diferentes puertas que tenía a su alrededor para ver si alguna le decía algo. No tenía ni idea de qué buscaba, pero tal vez observase algún detalle que pudiese relacionar de alguna forma con su padre.

Tras pasar por delante de cuatro puertas sin apreciar nada que llamase su atención, se detuvo frente a una vieja puerta de madera vieja desprovista de mirilla, timbre o cualquier otro tipo de dispositivo moderno. Tan solo un llamador de latón macizo con forma de puño cerrado. Era una puerta antigua, una «veterana», se dijo para sí recordando las palabras de su profesor William Draper. Y las «veteranas» pertenecían a edificios no menos «veteranos». Se hizo hacia atrás para contemplar bien las dimensiones del edificio al que pertenecía

esa puerta y se quedó totalmente de piedra cuando cayó en la cuenta de que, esa vieja puerta y esa pared de empedrado marrón antiguo, pertenecían a uno de los pabellones laterales de la Basílica de Regina Pacis.

Su corazón empezó a golpear con violencia tras su pecho, ¿podría ser que su padre hubiese entrado en la Basílica por esa puerta? ¿Y precisamente en esa misma Basílica? En su cabeza se empezaron a formar preguntas de todo tipo, aquello no tenía ningún sentido, pero antes que nada, tendría que asegurarse de si su padre había entrado o no allí dentro. No se lo ocurrió mejor forma de averiguarlo que llamar a esa puerta dando cuatro fuerte golpes con el llamador de latón macizo. Se quedó esperando frente a la puerta y, mientras pensaba qué diría si se encontraba frente a frente con su padre o con el padre Gabriele, algo en su interior hizo que, rápidamente, antes de que esa puerta se abriese, se escondiese tras un coche que había próximo a esa vieja entrada. Apenas un par de segundos después, la puerta se abrió y... Jules alzó un poco el cuello para ver a través de las ventanillas del coche tras el que se ocultaba si esa persona que acababa de abrir era...

Su padre.

Joseph Long.

Por supuesto que lo era.

Estaba asomado en la puerta con cara de extrema preocupación mirando hacia ambos lados de ese pequeño callejón abandonado. Jules pudo ver cómo en su mirada había miedo, pero también había algo que hacía tiempo que no veía en él, agresividad. Parecía estar preparado para presentar batalla si hiciese falta. Salió un par de metros más y miró hacia atrás para comprobar que la puerta no se le cerraba detrás. Se acercó bastante al coche tras el que se ocultaba Jules, que rápidamente agachó la cabeza de nuevo y cerró los ojos con todas sus fuerzas. No tenía ni idea qué significaba todo aquello, pero por alguna extraña razón, no quería ser descubierto, no quería que su padre supiese que lo había estado siguiendo ni que él sabía que estaba en el interior de esa Basílica. Tras unos cuantos segundos que a Jules le parecieron toda una eternidad, se escuchó de

nuevo el portazo de la puerta de madera y Jules respiró aliviado. Aunque todavía tardó al menos medio minuto en asomar la cabeza lentamente por encima del coche para asegurarse de que, efectivamente, su padre había vuelto a entrar en el interior de la Basílica y ya no rondaba por allí fuera.

No había nadie. Aún así, Jules se levantó del suelo con lentitud y un fuerte temblor de piernas y salió de allí lo más rápidamente que pudo.

Caminó hacia casa hecho un lío. Envuelto en un completo mar de dudas. No sabía por qué su padre había ido a la Basílica ni para qué, tampoco cuánto tiempo llevaba yendo, aunque, sabiendo que la otra vez que lo siguió también debió entrar allí y que siempre salía de casa a la misma hora, intuyó que era muy posible que los paseos de su padre hasta la Basílica de Regina Pacis se remontasen bastante atrás en el tiempo.

Una intensa y creciente inquietud se fue adueñando de él en el camino de vuelta a casa. En primer lugar le pareció muy extraño, tanto como para entrar dentro de la categoría de «no es posible», que su padre fuese a una iglesia. Joseph Long era un hombre que jamás había mostrado ni un ápice de interés por cuestiones religiosas. Su vida espiritual, al menos de cara a la galería, había sido siempre igual a cero. De hecho, su padre había sido militar, de eso hacía ya muchísimos años, tantos como para que el propio Jules tuviese serias dificultades para recordarlo, probablemente tantos como años tenía la pequeña Josie, pero, fue militar al fin y al cabo. Con todo lo que eso conllevaba o podía conllevar ante los ojos de dios. Todo ello sumado a que precisamente estuviese en esa Basílica, donde oficiaba el padre Gabriele Di Fulvio, alias «el exorcista», fue suficiente para que tuviese algo más que una buena razón para pensar que la presencia de su padre en esa iglesia no era cosa buena.

No sabía si comentarlo o no con Hunter y con Billy, en cierta manera, pensó que su padre era cosa suya, su familia, y no le apetecía que los demás anduviesen metiendo las narices en su vida privada. Pero, por otra parte, si la presencia de su padre en esa iglesia tenía, por alguna de aquellas, algo que ver con aquello que ellos mismos estaban investigando y no había dicho nada al

respecto, no se lo perdonaría nunca.

Antes de llegar a casa hizo algo que todavía no había hecho nunca. Entró a un bar, compró un paquete de tabaco y se fumó un cigarrillo apoyado en la sucia y solitaria pared de un desértico callejón. Y entonces sí, con la ligera impresión de estar algo más tranquilo, subió a casa, donde Hunter lo esperaba con una noticia, una buena noticia.

3

Más cerca, casi rozándolo con la punta de los dedos

Hunter tenía los dos mapas extendidos sobre la cama del cuarto de Jules. Había hecho un montón de anotaciones con la ayuda de Josie, que estaba a su lado sonriendo y sujetando pequeños trocitos de papel que Hunter utilizaba para anotar cierta información y después colocarla sobre algunas zonas del mapa.

Toda la preocupación que Jules traía de la calle se quedó más o menos aparcada fuera de aquella habitación en la que se respiraba el principio de algo, de algo grande.

—Creo que lo tengo, Jules, creo que lo tenemos —dijo Hunter con una sonrisa radiante al ver a Jules entrar en la habitación.

—¡Lo tenemos lo tenemos lo tenemos! —gritó Josie levantando los brazos en alto.

Jules sonrió al ver la alegría de su hermana y, rápidamente, se preguntó qué hacía todavía allí.

—¿Hoy no tienes colegio, Josie?

La pequeña lo miró con una leve tristeza y se encogió de hombros.

—¿Y la mamá?

—En su cuarto, creo.

—Enseguida vuelvo —Jules le hizo un gesto a Hunter que supo interpretar a la perfección. Su madre debía estar de nuevo sumida en un mar de lágrimas.

Se dirigió hasta el cuarto de su madre y, tal y como había sospechado, allí estaba hecha un ovillo en mitad de la cama. Jules se acercó a ello con sigilo, se sentó en un lado de la cama y acarició su pelo con ternura. Su madre levantó una mirada de desesperación y de miedo, miedo a no saber qué va a ocurrir ni si podrá soportar durante mucho más tiempo esa vida, ese bucle en el que ha entrado.

—Todo se arreglará, mamá, te lo prometo. Te prometo que saldremos de esta, ya lo verás.

Su madre se limitó a cogerle la mano y abrazarse a ella con todas sus fuerzas mientras rompía en un llanto todavía más fuerte.

Jules estuvo al menos cinco minutos más consolando y acariciando el pelo de su madre antes de que se calmara un poco.

—Si-siento no haber podido llevar a Josie al colegio... ¿pu-puedes llevarla tú, Jules?

Jules asintió con una cariñosa sonrisa.

—Claro, mamá, pero no te preocupes, acabo de llamar a su colegio y, curiosamente, han tenido un problema con el sistema de climatización y han anulado el resto de clases del día, así que, no hay de qué preocuparse, día de fiesta para Josie.

Su madre sonrió y asintió mientras se secaba las lágrimas con una mano. Jules no había llamado a ningún colegio, pero pensó, ¿por qué no? Día de fiesta para Josie y también para todos. Así tendrían tiempo de ver bien esos mapas, de estar con su hermana pequeña mientras su madre remontaba un poco el ánimo y también de decidir qué iban a hacer finalmente si era cierto que Hunter acababa de descubrir dónde se encontraba ese misterioso lugar. Porque los últimos acontecimientos no habían hecho más que hacerlo dudar más. Qué era lo correcto, qué decisión tomar. ¿Pensar solo en él y en su familia, o pensar un poco en los demás?

Jules volvió a su habitación y le comunicó a su hermana y a Hunter el asunto ese de la climatización. Josie empezó a saltar de alegría gritando «¡bien

bien bien!, y Hunter le preguntó con la mirada qué significaba aquello. Jules le respondió encogiéndose de hombros y haciendo una mueca con la boca. Hunter entendió más o menos que ese día se lo tomaban de fiesta, por la cara, qué demonios, pensó, a mí también me parece estupendamente bien.

—Esto es lo que pienso, Jules —dijo Hunter a punto de exponer las conclusiones a las que había llegado tras haber estudiado de bien cerca esos dos mapas—. He estado repasando toda la simbología de los mapas de orientación y, a pesar de que no tenemos ni idea ni de la escala ni de las coordenadas de latitud y de longitud, creo que puedo saber de qué lugar se trata. Mira, ves estas líneas discontinuas que están por todos lados.

—Sí.

—Bien, pues esas líneas simbolizan la existencia de una senda, no de una carretera ni de un camino ni tampoco una vía forestal, una senda. Es un lugar en el que no hay ni una sola carretera ni tampoco un solo camino, solo sendas en mitad del verde. Por otra parte, ¿ves todas estas pequeñas barras negras oblicuas que están por todas partes?

—Sí, las veo, pero ¿a dónde quieres ir a parar?

—Espera un momento, Jules. Esas barras negras oblicuas simbolizan pequeños muros de piedra o, simplemente, una pequeña zona de piedra, como un pequeño obstáculo de piedra en el camino. Por otra parte, todas estas pequeñas zonas de color azul simbolizan agua, y por su forma yo diría que simbolizan o bien pequeños lagos o bien estanques. Otra cosa más, estos pequeños rectángulos que ves en algunas partes, simbolizan formaciones antiguas, normalmente las ruinas de piedra de alguna antigua casa, granero o abrevadero. Y por último, ¿te has fijado en las curvas marrones que forman circunferencias y que están por todas partes?

—Sí —Jules estaba totalmente impresionado con la lectura que acababa de hacer Hunter de aquel mapa que para él no era más que un montón de líneas y de colores.

—Bien, pues esas líneas tienen un nombre, se llaman curvas de nivel o

curvas de altura. Y, ¿sabes qué simboliza la concentración de dichas curvas? Justo lo que imaginas, Jules, simbolizan pequeñas cimas o colinas, exactamente aquello a lo que se refieren esas tres palabras que hay escritas en el mapa, «sobre la cima».

—Sí, pero, por lo que veo, hay varias cimas...

—Sí, hay varias cimas y colinas, pero hay una que destaca sobre el resto, y es esta de aquí —dijo Hunter rodeando una zona con un lápiz—. Si no me equivoco, este debe ser el lugar que estamos buscando, el lugar bajo el que debe de encontrarse el principio del segundo de los mapas, tal y como tú sugeriste con total acierto.

Jules había empezado a sentir cómo su sangre, *glup-glup-glup*, corría arriba y abajo por sus arterias y venas.

—Y ahora viene la mejor parte, Jules, teniendo en cuenta las características de este lugar y que Scott y Eva debieron encontrar aquello que encontraron presuntamente en algún lugar de esta ciudad, me atrevería a decir que este mapa es una representación de una zona del cementerio Green-Wood.

Los ojos de Jules se abrieron de par en par al escuchar aquello.

—¿El cementerio Green-Wood? ¿Estás seguro?

—Eso es lo que creo. Aquello que estamos buscando está bajo el cementerio, Jules. Y, después de todo lo que hemos visto y oído hasta ahora, qué quieres que te diga, no me parece algo descabellado. La cuestión ahora es saber en qué parte del cementerio está, porque, ya sabes que Green-Wood es una extensión de más de dos millones de metros cuadrados.

Jules se quedó observando ambos mapas tratando de imaginar en qué parte del cementerio podría encontrarse ese camino que los conduciría a ese mortal tesoro, a las puertas del Hades. Solo el pensar en volver allí de noche y, no solo eso, en meterse en las entrañas de ese campo sembrado de tumbas, hizo que empezaran a temblarle las piernas y, también los intestinos. ¿Qué podía esperarles bajo una tierra abonada con cientos de miles de almas? Lo cierto es que en ese momento no le apeteció nada comprobarlo. Miró a Josie, que

permanecía callada y atenta como si estuviese entendiendo algo de todo aquello y fuese una más del equipo, y ella le sonrió en un claro signo de aprobación. Pareció que le decía con la mirada, «a por ellos, Jules. Ve a por ese tesoro y demuéstrole a William Draper y a todos de lo que eres capaz, quién eres tú y cómo de grande es ese tesoro que has descubierto junto con tus dos amigos». Solo el pensar en eso hizo que le fallasen no solo las piernas, sino todo su organismo al completo.

—¿Qué estás pensando, Jules? —preguntó Hunter tratando de leer algo en la expresión de la cara su amigo.

—Pienso que... todo esto parece una locura y, probablemente lo sea, pero...

Hunter asintió antes de que Jules terminase la frase.

—Sí, a mí me pasa igual, no dejo de preguntarme, ¿por qué no? Vamos hasta allí y nos volvemos, eso fue lo que acordamos con Billy, ¿no?

Jules asintió percibiendo cómo la balanza se decantaba cada vez más hacia el lado de la locura. De la gran cagada de las gordas, como diría el súper agente Grady. En ese momento volvió a acordarse de su padre y pensó que tal vez debería replantearse el comentar con sus amigos que era un adepto del padre Gabriele Di Fulvio. Tal vez.

—Sí, eso fue lo que acordamos.

—Y los acuerdos entre amigos no deberían romperse —añadió Hunter retractándose por lo dicho el día anterior.

—No, no deberían.

Allí abajo había un gran secreto que descubrir, tenían el mapa y tenían las llaves, solo les faltaba encontrar ese punto exacto.

Una gran emoción, una como nunca antes habían sentido, los invadió a los dos ante la perspectiva, más real y cercana que nunca, de estar a punto de plantarse justo ante las puertas del infierno, abrirlas con su propia llave y decirle «hola» al mismísimo diablo. Una emoción tan insensata como absurda, como humana. Como una de esas cagadas de las gordas que se hacen cuando se tienen dieciséis.

Llamaron a Billy para darle la gran noticia de que habían encontrado el lugar aproximado donde podría encontrarse esa misteriosa puerta, pero Billy no respondió al teléfono. Le enviaron un mensaje y permanecieron a la espera de que lo viese y contestase. Ya faltaba poco, y ahora era cuando más unidos tenían que estar. Tanto Jules como Hunter, en ese instante, se dijeron a sí mismo que el simple hecho de pensar en traicionar a Billy no había sido más que una completa estupidez, una que, incluso era algo de lo que avergonzarse.

4

Algo podrido

Durante el camino de vuelta a casa tras la visita sorpresa al doctor Robert Matheson, Billy tuvo que parar hasta en tres ocasiones para vomitar en medio del andén. Esa náusea y ese dolor de cuello que lo acechaban día y noche se habían vuelto verdaderamente insufribles. La severidad con la que estaba experimentando dichos síntomas había subido de nivel tras su paso por la consulta del psiquiatra.

Entró en casa con una preocupante debilidad en piernas y brazos. Dolor muscular y «dolor de piel», parecido a cuando se está atravesando un proceso gripal, pero bastante peor. Subió a su habitación sin ni siquiera detenerse a ver si estaban o no sus padres. Tan solo vio a Rainbow tumbado en su cama, el cuál irguió su postura cuando lo vio entrar y lo miró con cierta preocupación. Con cierta preocupación de gato que, aquel que ha tenido y ha observado de cerca durante un tiempo a un animal de este tipo, sabe diferenciar y reconocer a la perfección. Cuando un gato muestra ese tipo de preocupación, algo raro pasa.

Billy sintió que incluso le costaba respirar. Entró en el cuarto de baño, cerró la puerta y echó el pestillo. No quería ver a nadie, ni siquiera a Rainbow, que lo escuchaba junto a la puerta maullando y dando suaves golpes con sus acolchadas patas. Finalmente, abrió la puerta y dejó entrar al gato, después volvió a cerrar.

Lo primero que hizo Billy fue abrir el grifo de la bañera y poner el tapón, pensó que tal vez un baño le vendría bien, un baño de agua fría. Se quitó el vendaje que se había hecho en el dedo anular de su mano derecha y a punto estuvo de llevarse detrás esa uña que la tenía ya casi suelta. Observó con cierta repugnancia cómo bajo ella, esa fina capa gelatinosa, mitad sangre mitad líquido purulento, se había vuelto más espesa y abundante. Puso el dedo bajo el grifo y dejó que el agua limpiara la zona y arrastrase con ella parte de esa infección. Cogió una tirita y le dio una vuelta a toda la zona ungueal. Era consciente de que la uña la tenía más que perdida, pero aun así prefería tenerla sobre el dedo hasta que ella misma se cayera.

La bañera ya estaba a medio llenar. Se quitó la ropa con cierto dolor de articulaciones y de brazos. Le costó quitarse la chaqueta de piel y le costó aún más sacarse la camiseta por la cabeza. Antes de entrar en el agua se miró fijamente en el espejo, algo que durante las últimas veinticuatro horas había estado tratando de evitar, y vio una imagen que, no solo lo llenó de preocupación, sino que también lo horrorizó. El color pálido de su piel que se había ido asentando durante los últimos días había dejado paso a un color grisáceo. Un gris feo, como el de esas nubes que están a punto de estallar en una gran tormenta de truenos y de lluvia intensa. Esas ojeras que habían crecido a diario ahora tenían un color morado intenso y ligeramente ennegrecido. La conjuntiva de sus dos ojos estaba amarilla, como la de alguien con hepatitis aguda, y sus pupilas habían adquirido un tamaño tan grande que casi cubrían todo su iris. Lo cierto era que, no solo le horrorizó lo que vio cuando se situó frente al espejo, sino que le costó reconocerse en ese reflejo.

Se metió en la bañera con una más que creciente ansiedad en el pecho y, no pudo evitar romper a llorar con todas sus fuerzas. No tenía ni idea de qué era lo que le estaba pasando, pero estaba asustado, más de lo que lo había estado en la vida. Le entró de nuevo un miedo horrible a morir, a que aquello que lo había infectado, tal y como parecía, fuese a más y en cuestión de unos pocos días acabase con lo poco que quedase de él. Se planteó seriamente ir a ver a un

médico inmediatamente, pero tras observar la reacción y el miedo en el rostro de Robert Matheson pensó que, fuese lo que fuese aquello que lo tenía bien cogido del lugar más profundo y escondido de su propio ser, poco podría hacer un médico por él.

Tras un rato en el silencio de la evaporación del agua y bajo la atenta y agradable compañía de Rainbow, salió de la bañera y se sintió algo mejor. La temperatura de su cuerpo había bajado y las molestias en brazos y piernas parecían haber disminuido. Se miró al espejo y el color de su cara había vuelto un poco al pálido, haciendo desaparecer, al menos de momento, ese feo color gris.

Se vistió mientras repasaba de nuevo lo que había pasado en la consulta del doctor y, cuando cogió el móvil, vio que tenía un par de llamadas de Jules y un mensaje, donde le decía que él y Hunter creían estar seguros de en qué lugar se escondía la puerta que abría esa vieja llave. A Billy se le iluminó la cara y quiso creer, quiso soñar con que tal vez, tras esa puerta, tras esa antigua cerradura, podría haber algo que acabase con eso que lo estaba matando. Tal vez.

Bajó hasta el garaje y, sin ni siquiera pensarlo ni ser del todo consciente, le quitó la lona a la Arcade, sacó las llaves de debajo del guardabarros, se acomodó en el asiento y arrancó dándole una fuerte patada al arranque. Sintió cómo la vibración le subía desde las muñecas hasta su corazón y salió de allí en dirección a casa de Jules haciéndola rugir como hacía años que nadie lo hacía.

No tuvo tiempo de ver a su padre, al gran Paul King, observando cómo su hijo se marchaba de allí derrapando con esa vieja moto que, nunca antes había conducido. En ese momento supo que, había llegado el momento de tener unas palabras con él. Unas palabras que tenían pendientes desde hacía diez años. Unas palabras y también algo más...

Billy aparcó frente a la casa de Jules y, tras ese pequeño paseo en moto, se encontró un poco mejor. Aunque al entrar, tanto Jules como Hunter hicieron sendas observaciones relacionadas con su aspecto que hicieron que se acordara otra vez de sus terribles preocupaciones. Billy contestó que estaba atravesando un proceso infeccioso que pronto sería historia. Incluso la pequeña Josie se le quedó mirando con temor e hizo amago de esconderse tras las piernas de su hermano. Pero, rápidamente, Billy se la ganó con el viejo truco de «¿en qué mano está la moneda?», se la cambió de mano un par de veces y terminó sacándola de detrás de la oreja de la propia Josie, y como no podía ser de otra manera, se la regaló.

Eliza estaba algo más calmada y se animó a preparar algo de comida para todos, y todos eran Hunter, Jules, Josie, Billy y ella misma, porque su marido, Joseph, seguía sin aparecer, hecho que no hacía sino aumentar todavía más la desazón que sentía Jules sabiendo el lugar exacto de su paradero. Sabiendo dónde estaba y preguntándose qué narices hacía allí todo el maldito día.

Aquella comida fue como un bálsamo para todos, energía para afrontar lo que tenían encima y lo que estaba por llegar. Estuvieron bromeando unos con otros y hablando de temas sencillos y divertidos entre risas y comentarios de todo tipo. Incluso se atrevieron a soñar con un futuro precioso, lleno de alegría y cubierto por todas partes de personas como las que había en esa mesa. Personas buenas. Personas maravillosas. Billy había recuperado un poco el apetito y el color de su piel y de sus ojos se encontraban un poco más cerca de los de una persona normal. Hunter seguía sin tener dudas de que quería una vida alejada de la supervisión y la influencia de su padre, pero ahora tenía bastante claro que eso no tenía por qué pasar por traicionar a ningún amigo ni con ganar ninguna fortuna «por la cara», sino por ser él mismo y tomar sus propias decisiones. Y luchar cada día por aquello en lo que creía y quería, empezando por esos amigos con los que compartía mesa y comida. Jules podía sentir una fuerza interior como nunca antes había sentido. Su situación familiar estaba peor que nunca,

pero, poco a poco y de una completamente forma natural, había ido abandonando ese «refugio» en el que se encerraba diariamente para escapar de la realidad, de la vida tal y como la conocía. De alguna forma, esa búsqueda, ese viaje en el que estaba inmerso con sus dos amigos, había hecho que la vida real fuese por primera vez algo mucho más estimulante que toda su imaginación y mundo de fantasía. Y no solo eso, por primera vez se había sentido a gusto desenvolviéndose en el mundo, a gusto enfrentándose a los problemas y luchando por resolverlos y superarlos, sin esconder la cabeza ni taparse los ojos. Pensó que tal vez ese sí fuese un reconocimiento personal digno y honorable, se sentía orgulloso y satisfecho consigo mismo, con él mismo, sin la necesidad de tener que demostrarle nada a nadie con grandes gestas y heroicidades.

Aquella comida fue como una especie de última cena, en su interior, tanto Billy, como Jules, como Hunter, presentían que cuando bajasen allí abajo, encontrarían algo que estaba un peldaño más allá de la realidad, del mundo que todo el mundo conocía. Presentían que allí abajo, tras esas puertas, se ocultaba algo verdaderamente malvado. Pero la idea era bajar hasta allí, descubrir la verdad, ver las puertas, y marcharse sin tocar ni la cerradura ni esa llave. Esa era la idea, ¿no?

Cuando acabó la comida, Billy, Hunter y Jules se fueron al cuarto de Jules y Josie se quedó con Eliza a echarse un rato la siesta.

Jules sacó su paquete de tabaco y tanto Billy como Hunter pensaron en aquello de, «te has enganchado». Aunque ninguno dijo nada y los tres se encendieron un cigarrillo.

Hunter le expuso su teoría a Billy mientras Jules asentía en cada una de sus afirmaciones. Y a Billy no le quedó más remedio que levantarse y fingir que se quitaba el sombrero. Estaba realmente impresionado con las deducciones y la interpretación que Hunter había hecho de ese mapa. Aunque, no olvidaban que todavía les quedaba encontrar ese punto exacto por el que se accedía al siguiente nivel, a ese que estaba situado «abajo». Hunter dijo que no tendría problemas en

encontrarlo si iban hasta allí, hasta el cementerio Green-Wood. *In situ* podría orientarse mejor y encontrar esa «cima» bajo la que se hallaba el principio del recorrido del segundo de los mapas. Plantear siquiera el volver hasta allí y perderse entre aquellas grotescas sombras para acabar siendo engullidos por esas tierras hizo que los tres recordasen la intensa y terrorífica experiencia de la noche en que abrieron la tumba de Eva. Se sintieron como el que está jugando a la «ruleta rusa» y se dispone a apretar el gatillo por segunda vez.

Pero lo harían. Volverían. Y encontrarían ese lugar y tras él la verdad. Ese era su convencimiento, y eso fue exactamente lo que planearon. En un par de días, volverían allí. Volverían al campo sembrado de almas más antiguo de todo el país. Pasase lo que pasase, estaban juntos, y juntos terminarían.

CAPÍTULO 12

GRANDES REVELACIONES

1

Una idea brillante

Billy apenas pudo dormir aquella noche, estuvo pensando en sus cosas y viendo una película detrás de otra. Películas de sus dos géneros preferidos, intriga y terror. Una de ellas trataba sobre un mago; un ilusionista, más bien. En uno de sus espectaculares números, su ayudante femenina se metía en una vieja caja de madera decorada con figuras ornamentales y símbolos tántricos pintados a mano con colores dorados y brillantes. El ilusionista empezaba a clavar en dicha caja cuchillos y espadas de todo tipo mientras el distinguido público gritaba y clamaba desde sus butacas imaginándose lo peor. Al terminar el número, el gran ilusionista abría la caja y para sorpresa de todos, la chica no estaba dentro, había desaparecido como por arte de magia y en ese momento aparecía por la otra parte del escenario. Todos aplaudían con fuerza y se decían unos a otros que había sido un magnífico y sorprendente número. Una vez terminado el espectáculo y, con el teatro completamente vacío, el ilusionista repasaba cada uno de sus trucos antes de irse a descansar. Los repasaba para dejarlos preparados para la siguiente función, para que no fallasen, porque, algunos de ellos, dependían de pequeños detalles que podían significar la vida de una persona. El truco de la caja era sencillo, aunque no por ello menos peligroso. Consistía en que la chica que estaba dentro de la caja tenía que accionar un mecanismo que hacía que bajo ella, el suelo se abriera. Ella caía bajo el escenario y se iba gateando hasta la parte de atrás, por la que aparecería posteriormente como por arte de magia.

Ese truco llamó mucho la atención de Billy, no por lo sofisticado o complejo que era, sino por otra razón, porque le hizo pensar que quizá...

Recordó el día que estuvieron en el cementerio y le vino a la memoria aquel ruido que escucharon, aquel ruido fuerte y extraño que a Hunter y a Jules les pareció el sonido que hacía una persona moviéndose y a Billy el de una rata, una rata grande. Tras ese pequeño suceso, todos salieron deprisa y corriendo y al volver el cuerpo de Eva, ataúd incluido, ya no estaba donde debería de estar. Billy empezó a pensar si no sería posible que aquel ruido que escucharon no fuera más que el ruido de una especie de compuerta situada bajo el ataúd de Eva abriéndose. Eso explicaría la rapidez con la que desapareció el ataúd. Con todo el trajín que habían llevado en el interior de la fosa, alguien pudo pisar o activar el mecanismo de apertura sin darse cuenta y hacer que esas compuertas inferiores se abrieran lentamente. No sería descabellado que las personas que habían enterrado a Eva con vida lo hubiesen hecho justo en la entrada a ese lugar que no querían que nadie más encontrase. Sería como haber cerrado la puerta con una tumba encima en el lugar más alejado y tenebroso de todo el cementerio. Podría ser. Por supuesto.

Rápidamente llamó a Jules y a Hunter, pero no le cogieron el teléfono, debían de estar en clase. La idea le había parecido más que brillante, pero quería que Hunter y Jules le diesen su aprobación, su punto de vista. Sobre todo Hunter, porque si el mapa que tenían era correcto, podría certificar rápidamente que Billy estaba en lo cierto.

Aunque esa alegría con la que había empezado el día se diluyó rápidamente al sentir un fuerte dolor de muelas en la parte derecha de su boca. Un dolor punzante, agudo y casi insoportable empezó a extenderse desde el lado derecho de su boca hacia su sien y hacia su cuello. Durante un par de segundos fue tan intenso que pensó que le iba a reventar la cabeza. El ojo derecho lo tenía medio cerrado y en la oreja de ese mismo lado empezó a escuchar un fuerte zumbido. Se introdujo una mano en la boca y, aparte de notar toda la encía inflamada, pudo comprobar que dos muelas se le movían y que, al parecer, eran ellas el foco

del cual emergía ese intenso dolor. Cogió una de ellas haciendo pinza con sus dedos índice y pulgar y tiró suavemente. Inmediatamente la muela se desprendió y la depositó sobre la pila del lavabo. Repitió la misma operación con la segunda de las muelas y, de nuevo, se quedó con ella en la mano con el mínimo esfuerzo. Billy se quedó observando ese par de grandes muelas que se acaban de desprender como si nada de su boca y sin haber experimentado ningún síntoma previo. La imagen de las dos piezas dentales en toda su longitud, incluyendo la raíz, hizo que se le revolvieran las tripas y que la náusea volviera con ganas de arrancarle un nuevo vómito. Otra vez, ese miedo intenso a morir se apoderó de él. Se enjuagó un poco la boca y escupió un par de grandes coágulos de sangre, pero la hemorragia se cortó de forma extremadamente rápida. Le dio la impresión de que por su interior, la sangre ya no circulaba como antes o que, también era posible, apenas circulase ya sangre. Sintió la boca como si la tuviese llena de tierra y de raíces secas. La notaba completamente seca, más de lo que la había tenido en la vida. Volvió a llenarse la boca de agua e hizo unas cuantas gárgaras. Cuando tiró el agua en la pila le sorprendió ver que el agua no salía del todo clara, sino con un ligero tono marrón, parecido al del agua que sale de un grifo que lleva un tiempo cerrado. Al menos, tras la extracción de las dos muelas, ese intenso dolor estaba disminuyendo.

Se metió en la ducha y permaneció allí dentro al menos veinte minutos bajo el chorro de agua fría, haciendo descender esa temperatura que parecía estar asándolo por dentro.

Cuando se secó con la toalla, notó un picor en el costado y al rascarse se hizo un feo y profundo arañazo. Su piel se había vuelto tan frágil que tan solo bastó un pequeño roce para provocarle la fea herida que tenía ante sus perplejos ojos. Una herida era totalmente desproporcionada para la intensidad con la que se había rascado. Pero lo raro fue que por esa fea herida, apenas salieron una cuantas gotas de espesa sangre. Se la desinfectó con alcohol y apenas le molestó. La tapó con un apósito y se terminó de vestir con el llanto y el miedo a punto de arrodillarlo por completo. Tenía que salir de allí cuanto antes, aquello lo

superaba por completo y no quería estar solo, necesitaba a alguien a su lado. Pero sobre todo, necesitaba encontrar lo fuera que escondía la llave, y tenía que ser cuanto antes, porque sentía que su tiempo estaba a punto de agotarse. Y ahora no solo era una sensación, era un hecho. Su cuerpo se estaba descomponiendo poco a poco como si estuviese totalmente podrido. Como si hubiese algo podrido en su interior extendiéndose a lo largo y ancho de cada una de sus células.

Volvió a llamar a Hunter y Jules y ninguno de los dos le cogió el teléfono. Decidió ir directamente al instituto y decirles que había habido un cambio de planes de última hora. Por un lado sentía la irrefrenable necesidad de contarles lo que le estaba pasando, porque ya no podía más con ese miedo y esa carga que lo tenía completamente atenazado, ese miedo a morir tan pronto, tan joven. Y por otro lado necesitaba que los planes se adelantasen y fuesen cuanto antes a Greenwood para llegar a las puertas del Reino de los Cielos o, del Infierno, antes de que fuese demasiado tarde. De alguna forma albergaba la remota esperanza de que llegar allí, hasta ese lugar, pondría fin a esa extraña enfermedad que lo tenía cada vez más acobardado.

Bajó a la carrera hasta el garaje, de nuevo en un acto completamente irracional, le quitó la lona a la Arcade y, cuando se disponía a abrir las puertas para salir de allí, una voz detrás de él hizo que se detuviera por completo. Desde el lugar más oscuro de aquel garaje tan lleno de trastos y de olvido, emergió la figura de su padre, del gran Paul King.

—Hola, hijo. Tenemos que hablar —dijo Paul mirando a Billy con seriedad—. Tenemos una conversación pendiente desde hace un tiempo, y creo que ha llegado el momento. Ya lo creo que sí.

En cuanto Billy se giró y vio a su padre allí de pie, con esa postura, ese tono de voz, y esa forma tan distante y hostil de mirarlo, supo de inmediato que algo no iba bien. Nada bien. Hacía tiempo que quería hablar con él acerca de aquella fotografía en la que aparecía vestido de militar y también de algunas cosas relacionadas con su hermano de las que nunca habían hablado. De las que nunca querían hablar. Pero, por lo visto, el gran Paul King también quería tener unas palabras con él, y cuando el gran Paul King decía que tenía que ser ahora, tenía que ser ahora.

—¿Te importaría si hablásemos un rato? —preguntó Paul casi dando una orden y tras haber cerrado la puerta del garaje con la que se accedía a la casa. La puerta del garaje que daba a la calle, según había podido observar Billy cuando se disponía a salir, también estaba cerrada, bien cerrada.

Al parecer, Paul King le había tendido una especie de trampa a su hijo, una trampa en la que los dos estaban allí encerrados y todavía no había podido hacerse una idea ni del alcance de la misma ni mucho menos del porqué. Pero a Paul King no se le discutía. Al gran Paul King se le obedecía.

—Claro, siempre y cuando no nos lleve demasiado tiempo, he quedado —dijo Billy tratando de leer algo en las verdaderas intenciones de su padre.

—¿Por qué no te sientas? Nunca me ha gustado hablar de pie, sobre todo cuando se habla de cosas importantes. Siéntate, hazme ese favor —dijo Paul con ese tono autoritario suyo invitando a su hijo a que se sentara en una de las dos sillas que había allí abajo.

Billy se sentó sin decir nada. Cuanto antes terminase esa conversación, antes podría salir de allí para continuar con lo suyo. Billy no recordaba haber mantenido más de dos o tres conversaciones serias con su padre, más que nada porque se había pasado la mayor parte de los últimos diez años de «vacaciones».

—¿Cómo te encuentras, hijo?

Billy se encogió de hombros.

—Bien, supongo... he estado mejor.

Paul se encendió un cigarrillo y le ofreció el paquete a Billy, que con algo

de recelo cogió uno y también se lo encendió. Billy no recordaba que se hubiese fumado nunca un cigarro al lado de su padre. Pero pensó que siempre había una primera vez para todo.

—Verás, Billy, esto que te voy a contar no es fácil, nada fácil, no señor, pero creo que ha llegado el momento de que sepas algo...

—Tú dirás... —La náusea y el dolor de cuello habían vuelto, y esta vez iban más en serio que nunca.

—Últimamente he visto que has estado buscando... buscando cosas de lo que pasó y haciendo preguntas... Sabes... nunca estuve seguro de casi nada de todo aquello, sucedió todo muy deprisa, tanto que fue difícil asimilar muchas de las cosas que pasaron, muy difícil...

Billy fumaba y tragaba saliva con dificultad. Seguía sintiendo la boca como si la tuviese llena de tierra. La náusea había hecho que una gran arcada se situara justo en el centro de su garganta.

—Fue algo realmente duro, casi insoportable, de hecho. Cada maldito día me levanto sobresaltado como si acabase de pasar lo que pasó en ese preciso instante. Es como una horrible pesadilla que no termina nunca, interminable y terrorífica...

—¿Por qué no vas al grano de una vez, padre? —Billy no tenía ni idea de qué iba todo aquello, pero ya se estaba empezando a cansar y, sobre todo, algo desde lo más profundo de su interior estaba a punto de hacer que se derrumbase por completo. Necesitaba irse de allí ya.

—¿Tienes prisa?

—Sí, ya te lo he dicho, padre, he quedado.

Paul endureció la expresión y miró a su hijo tratando de ver más allá, de verlo en profundidad.

—No sé muy bien de qué vas ni por qué no lo dejas de una vez, ya te lo dije.

—¿De qué estás hablando? —Billy respondió con miedo, con un fuerte y violento golpeteo de la sangre espesa tras su pecho.

—Ya lo sabes.

—No, no lo sé, y agradecería que fueses más claro.

—Mira bien en tu interior, hijo, vamos, mira bien.

Billy empezó a sentir cómo su respiración se agitaba, cómo sus pulsaciones seguían subiendo.

—Vamos, hijo, sé que has estado ahí todo este tiempo, da la cara de una vez, y ajustemos cuentas, y acabemos con esto de una maldita vez, hombre a hombre.

Billy se levantó de la silla como un resorte en un acto reflejo. Su respiración y su corazón estaban completamente descontrolados. Apretó bien fuerte sus puños y miró a su padre desde la distancia, desde las «telarañas»...

El móvil de Paul empezó a sonar. Aceptó la llamada y escuchó lo que le decían mientras asentía con seriedad sin quitarle los ojos de encima a Billy, que continuaba de pie frente a él.

—No, todavía no. Dame diez minutos —dijo Paul a la persona que lo había llamado—. Sí, en diez minutos—. Paul cerró la comunicación y dejó el móvil en el suelo.

En diez minutos iba a pasar algo. Algo importante.

—Siéntate, por favor. Siéntate —dijo Paul de nuevo muy serio. Amenazante.

Billy se sentía completamente mareado, ligeramente ausente. Como en medio de una laguna en la que el agua está completamente estancada. Se sentó con la respiración agitada y las dos pupilas dilatadas. El amarillo de su conjuntiva se había intensificado.

—Verás, hijo, lo cierto es que no estoy del todo seguro de lo que sabes, de lo que recuerdas ni de lo que eres consciente, qué demonios, ni tan siquiera sé bien quién eres, pero te haré un repaso a ver si eso te refresca la memoria.

Paul se encendió otro cigarro y volvió a ofrecerle el paquete a Billy que, con una mirada cargada de enfado, acabó cogiendo y encendiéndose también uno.

—Todo empezó cuando volvimos de Israel, cuando volvimos del conflicto de la franja de Gaza. No sé si lo recuerdas o simplemente te has hecho el idiota todo este tiempo, pero tu padre era militar. Tu padre era coronel del ejército Estadounidense y dirigió un pequeño comando hace poco más de diez años que tenía como fin controlar que no se produjesen digamos que situaciones que vulnerasen los derechos humanos. El ejército Israelí se había lanzado contra Hamás con todo su arsenal y fuimos informados de que se estaban produciendo situaciones que contravenían algunas partes del acuerdo que teníamos con Israel. Bien, no entraré en detalles políticos que no vienen al caso, el asunto fue que tras perseguir a un comando de Hamás que había estado violando y torturando a mujeres, yo y mis dos hombres llegamos hasta el lugar en el que se escondieron y atrincheraron. Una vieja casa sin nada que se saliese de lo común o de lo normal en aquella zona. Con la excepción de que aquella casa se encontraba en el centro de la Tierra Santa, en un lugar perdido del monte Sión, ya sabes, en Jerusalén.

Paul hizo una pequeña pausa que aprovechó para encenderse otro cigarro y darle un buen trago a la botella de bourbon Four Roses que tenía junto a él en el suelo.

—Empezamos a recibir disparos desde el interior de la casa y nosotros respondimos hablando la misma lengua, el idioma universal, la palabra de pólvora y metal. Rodeamos todo el perímetro y empezamos a descargar y a fundir todo el plomo que teníamos. El fuego cruzado duró unos sesenta segundos, quizá más. Cuando vimos que habían dejado de disparar, evaluamos la situación y entramos para comprobar si los habíamos abatido. Los tres miembros del comando de Hamás estaban completamente acribillados y yacían sin vida en el suelo de la estancia principal de esa vieja casa de piedra y arena. Pero hubo algo con lo que no contábamos, algo que no esperábamos a pesar de que, en cierto modo, era esperable. Había alguien más en la casa. Un anciano agonizaba sentado junto a una pared. Había sido alcanzado por al menos cinco disparos y la sangre le había empezado a salir por la boca. Jadeaba. Respiraba con dificultad y

en sus ojos había miedo, había preocupación, pero sobre todo había desesperación. De su cuello colgaba una vieja llave, una llave realmente antigua y extraña. Color dorada y con dos pestañas ahuecadas por la forma de una cruz. Tratamos de hablar con él pero hablaba en arameo o una lengua que se le parecía y de la cual no entendíamos absolutamente nada. Miraba hacia a su alrededor como buscando a alguien o a algo, pero en un principio no vivimos nada. Uno de mis hombres miró en las habitaciones contiguas y allí vio a otro hombre que yacía muerto en el suelo. Parecía un monje o un sacerdote, había sido degollado y había muerto con las dos manos abrazando su cuello, tratando de parar esa hemorragia, mortal y masiva. Probablemente debió oponer resistencia cuando entraron los miembros de Hamás, que lo degollaron sin ningún tipo de miramiento.

Paul hizo una nueva pausa y le dio un buen trago a la botella de Four Roses. Billy había empezado a sentir cómo el vello que cubría su cuerpo se erizaba. Su respiración seguía agitada y hasta en un par de ocasiones tuvo la impresión de que sus pulmones se habían parado por completo.

—Le hicimos saber al anciano que el otro hombre de la casa había muerto y, de nuevo, vimos esa desesperación en su expresión, en su mirada. Tratamos de comunicarnos con gestos y con las manos, y el hombre insistió en la llave que tenía colgando del pecho, en la llave y en lo que se escondía bajo un viejo y pesado mueble con cajones que había en una de las esquinas de ese modesto y casi inexistente salón.

La bombilla del centro de ese garaje parpadeó tímidamente y Paul detuvo su discurso durante un instante. Tras ello miró a Billy y reparó en el maltrecho vendaje que tenía en uno de sus dedos y también, en lo inmóvil que permanecía, con sus dos manos apretando los reposabrazos de la silla en la que estaba sentado.

—No haré esto demasiado largo, Billy —dijo Paul reanudando la conversación tras consultar la hora en su reloj de pulsera. Parecía tener prisa, tal vez los diez minutos que le había pedido a la persona que lo había llamado un

rato antes ya estaban a punto de agotarse—. El anciano murió sin que le diese tiempo ni a decirnos para qué demonios valía esa llave, por qué la tenía él y sobre todo, qué era aquello que se escondía allí abajo, bajo el mueble de esa vieja y perdida casa en el monte sagrado.

Paul hizo una nueva pausa. En su rostro había pesar, había arrepentimiento, dolor. Pero enseguida pensó que, hay veces en los que a uno «le toca», y punto. Y aquella vez «le tocó» a él. A él y a sus dos compañeros. Después le tocaría a uno de sus hijos y, ahora...

—Bajamos allí abajo y, no te voy a engañar, hijo, creo que no he sentido más miedo en mi vida. Bajo ese mueble se escondía un pequeño pasadizo por el que apenas cabíamos, un pasadizo que se extendía metros y metros hacia abajo, muchos metros, muchísimos. Pero bajamos. Descendimos hasta que llegamos al final de esa escalera. El frío era intenso allí abajo. Eso fue algo que nos llamó la atención. Éramos un comando militar de élite que había visto y estado en muchos sitios, algunos de ellos bajo tierra y a bastante profundidad, y créeme, siempre, en todas las ocasiones, a medida que descendías hacía abajo, la temperatura ascendía, no disminuía. En cambio allí el frío era cada vez más molesto, más intenso, y, sobre todo, más insoportable. No sé qué pretendía en realidad aquel anciano enseñándonos aquella llave y señalando el agujero en el que nos acabábamos de meter, pero creo que no era en absoluto lo que nosotros hicimos, que fue... llevarnos algo de allí abajo... dios... no sé cómo... dios...

Paul se encendió otro cigarro, le ofreció el paquete a Billy y, esta vez, tras observar con extraño detenimiento ese paquete que tenía frente a él, lo rechazó. Ese gesto no pasó inadvertido a ojos de Paul, que aprovechó para mirar de nuevo su reloj de pulsera.

—Nos trajimos algo de allí, hijo, nos trajimos algo que nunca debimos traer, algo que, todavía no sé muy bien cómo, logró encontrar tu hermano Scott, y eso que, tras ser conscientes, al menos en parte, de lo que era, lo escondimos bien en un lugar con unas condiciones similares al que encontramos bajo aquella casa del monte Sion, pero aun así, tu hermano, no sé aún muy bien cómo, se apropió

de algo que yo mismo custodiaba y encontró el lugar en el que escondimos aquello, bajó hasta allí y... —Paul levantó un momento la vista para observar de nuevo la mirada y la expresión de Billy, que lo miraba apenas sin parpadear y apenas sin respirar. En ese momento, sintió algo que no sentía desde hacía ya muchos muchos años. Paul arrugó la frente y sintió algo similar al miedo. Un miedo tan profundo y oscuro que apenas supo ni pudo identificar—. Algo se metió en el cuerpo de Scott cuando bajó hasta allí y abrió aquello, algo malo, muy malo. Te puedo asegurar que he visto muchas cosas en esta vida, algunas de ellas francamente difíciles de creer aun habiéndolas visto personalmente, pero lo de tu hermano... ni yo ni tu madre ni nadie supimos verlo hasta que fue demasiado tarde... El cuerpo de tu hermano fue poseído por un demonio, hijo, uno de los grandes.

Paul movió el cuello hacia ambos lados y miró hacia el infinito, en sus ojos se habían formado dos grandes lágrimas que estaban a punto de ser derramadas. El gran Paul King sentía esa herida mucho más intensa que las cicatrices de impactos de bala y acero que surcaban su pecho y espalda. Billy permanecía totalmente inmóvil. Con las dos manos apretando los reposabrazos de la silla y las pupilas de sus ojos totalmente dilatadas.

—Lo intentamos, intentamos todo lo que pudimos, dios sabe que lo hicimos, pero tu hermano no hacía más que empeorar, algo se lo estaba comiendo por dentro delante de nuestras propias narices y, no solo eso, ese algo era realmente maligno, hijo, me atrevería a decir que era incluso peor que las guerras, que las personas y que las catástrofes. Ya lo creo que sí. Hasta que un día ocurrió algo que... dios, no sé cómo no lo vi, no sé cómo no pude preverlo... —Paul se llevó una mano a la boca para contener el llanto. Sus ojos estaban llenos de tristeza y desesperación. Aquello que estaba a punto de decir era el centro mismo de su dolor y la causa de que llevase los últimos diez años de «vacaciones»—. Scott estaba totalmente perdido y descontrolado, prácticamente ya no quedaba nada de él, solo aquello que tenía dentro... tu madre estaba aterrada, la situación era límite, Scott estaba destrozándolo todo, yo traté de...

traté de... dios mío... traté de acabar con él... Y entonces fue cuando aquello, cuando ese ser te cogió a ti...

Billy respiró con profundidad y abrió mucho los ojos.

—Te cogió a ti y te retorció el cuello delante de mis propios ojos, hijo. Te partió el cuello con suma facilidad, como el que parte la rama seca de un árbol. Te mató, Billy, tu propio hermano te mató con sus propias manos delante de mis ojos... dios mío... te vi morir, hijo... yo te vi morir... —Paul hablaba entre lamentos. Incredulidad. Era la primera vez que hablaba de aquello en voz alta, que lo hablaba con...

¿Con quién?

Billy había endurecido el rostro y apretaba los dientes. Todo el vello de su cuerpo lo sentía completamente erizado. Sentía cómo su sangre se arrastraba con dificultad por el interior de su cuerpo, como un montón de lombrices recorriéndolo lentamente bajo cada centímetro de su piel.

—Mientes... —dijo Billy con una voz completamente desconocida y los ojos cubiertos del negro de sus pupilas.

Paul levantó la mirada y negó con la cabeza.

—Dios... fue eso lo que ocurrió, lo juro... y después... después conseguí coger a Scott por el cuello y apreté, apreté con todas mis fuerzas durante varios minutos, apreté y apreté con estas manos, dios mío... —Paul se miró las manos entre desgarradores lamentos—. Apreté con toda la fuerza que fui capaz de reunir hasta que Scott, hasta que aquella cosa dejó de moverse... Yo me quedé completamente destrozado, mis dos hijos yacían sin vida en... la misma habitación que ahora duermes, hijo... tu madre subió hasta allí y fue testigo, fue testigo de aquello y... de lo que pasó después...

Billy estaba a punto de levantarse otra vez de la silla. Algo en su interior no quería escuchar aquello. La náusea y el dolor de cuello, ese dolor de cuello, habían vuelto y ahora eran tan intensos que prácticamente eran lo único que sentía.

—Mientes... —repitió de nuevo Billy con esa extraña voz susurrante—.

Mientes...

Paul volvió a negar con la cabeza. Tenía los ojos llenos de lágrimas y en su cara se dibujaba el dolor y la tristeza más absoluta. Por su culpa, por aquello que se trajeron, sus dos hijos habían muerto, uno de ellos, o lo que fuera aquello, bajo el abrazo de sus propias manos, el otro, ese que no sabía muy bien quién era ni lo que era... puede que estuviese a punto de desaparecer también para siempre.

—No miento, dios sabe que no miento... No sé cómo ocurrió lo que pasó después, no tengo una explicación para ello, pero tanto tu madre como yo fuimos testigos de... de ver cómo te levantabas como por arte de magia, Billy. Te levantaste delante de nuestras propias narices apenas unos minutos después de haber muerto, de que Scott te partiera el cuello y de que yo lo estrangulase a él...

—Mientes, mientes, mientes —Billy se levantó y apretó bien fuerte los puños—. Mientes mientes mientes.

Paul negaba y miraba a esa persona que tenía delante y que apenas podía ya reconocer. La misma con la que había convivido durante los últimos diez años sin saber muy bien quién era ni cómo llamarlo.

—No miento, dios sabe que no lo hago, tu madre estaba conmigo, pregúntale, te contará exactamente lo mismo que yo. Te levantase y al principio pensamos que había ocurrido como una especie de milagro, que habías vuelto, o que no habías muerto en realidad y aquello que te había hecho Scott no había sido más que una falsa alarma. Pero nada más lejos de la realidad. Yo pude ver y tocar cómo al menos dos de tus vértebras cervicales las tenías completamente deshechas, pero sobre todo, tanto tu madre como yo advertimos rápidamente que no eras el mismo, no eras la misma persona, qué va. Te empezaste a comportar de forma extraña desde el principio, muchas veces te quedabas completamente parado, como paralizado, ausente, pensando en ni se sabe qué, absorto en una realidad que ni tu madre ni yo alcanzábamos a comprender. Y luego... al poco fue cuando empezamos a ver cosas de Scott en ti, hijo, empezamos a ver comportamientos y gestos de tu hermano en ti, y a medida que eso pasaba y avanzaba, aquello que un día fue Billy, iba desapareciendo cada vez más... y fue

entonces cuando comprendimos que... eras Scott... que de alguna forma entraste en el cuerpo de Billy al morir, un cuerpo al que... tal vez aun le latía el corazón débilmente cuando entraste, no lo sé, no sé cómo pudo ocurrir aquello ni por qué. Solo sé que cada vez te fuiste manifestando con más frecuencia hasta que ni a tu madre ni a mí nos cupo duda de que eras Scott... un Scott sin conciencia de sí mismo, pero cuando empezaste a interesarte tanto por su muerte y por la de Eva... supe que te habías hecho con el control total del cuerpo de Billy, que apenas quedaba ya nada de él y que... había llegado el momento de acabar con todo esto de nuevo, hijo, acabar con toda esta locura, toda esta mentira, porque las cosas todavía pueden ir a peor, hijo, ya lo creo que sí, y te aseguro que no lo voy a permitir...

—Mientes mientes mientes mientes mientes —Billy estaba completamente absorto. Jadeaba. Tenía los puños apretados con tanta fuerza que empezó a caerle un hilo de sangre a través de los dedos.

—No miento, maldita sea, ¿acaso no te has visto? ¿Acaso no ves lo que te está pasando? Te estás pudriendo, tu cuerpo ya no soporta la presencia de ese huésped que es Scott y que está acabando con lo que queda de Billy, si es que queda algo. ¿Qué crees que le pasó al cuerpo de Scott? ¿En qué estado crees que estaba? La única diferencia entre tú y él es que mientras su cuerpo estaba poseído por un demonio, el tuyo... tú poseíste a tu propio hermano y... dios quiera que nadie más habite en el interior de ese cuerpo... —Paul miró a Billy con cierto miedo, cierta repugnancia.

—¿Qué le pasó a Eva? Dime qué le hicisteis —Billy hablaba en un tono neutro y grave que parecía carente de toda vida, de toda humanidad.

La respiración de Paul se agitó levemente, su expresión, aunque fue algo que trató de controlar, se alteró de forma significativa.

—Nada. Eva murió, hijo, nada más. Murió de muerte súbita, quizá de la gran pena que sintió cuando tú te fuiste, cuando Scott se fue...

Billy se quedó observando la expresión de su padre, que bajó la mirada entre nuevos lamentos.

—Dónde está lo que os trajisteis de allí y qué es eso que había en su interior
—Billy sabía que había algo que no le estaban contando. Su padre mentía, su padre no quería que supiese algo. Algo malo.

Paul negó de nuevo.

—Eso no está en ningún sitio, hijo, lo destruimos, y lo que había dentro... ¿qué importa eso?

—Mientes, me estás mintiendo, ¿qué le hicisteis a Eva y por qué la enterrasteis con vida?

—¡No miento, maldita sea! ¡Y tampoco enterramos a Eva con vida! ¿Quién demonios te ha dicho algo así? ¡Olvídalo de una vez y continúa hacia delante! ¿Tanto te cuesta entender que lo que pasó fue una simple desgracia? ¿Eh? Márchate, deja el cuerpo de tu hermano Billy o le que quede de él y márchate de una vez, Scott, márchate ya, por dios, hijo mío, márchate.

Billy lo apuntó de nuevo con un dedo. La mano le temblaba. La conjuntiva de sus ojos había recuperado ese amarillo intenso. Su piel, gris oscura, dejaba entrever el recorrido de finas y tortuosas venas.

—Te aseguro que voy a averiguar lo que le hicisteis, te aseguro que voy a averiguar lo que hicisteis, Paul King... y que voy a descubrir lo que guardasteis allí abajo...

Los ojos de Paul se retrajeron con fuerza. Su respiración se aceleró. Miedo. Miró de nuevo su reloj de pulsera. Había llegado la hora.

—Lo siento mucho, hijo... pero no vas a ir a ningún sitio, ni vas a hacerle más daño a tu hermano... vas a avanzar... ya lo creo que sí. Ha llegado el momento de que avances, ha llegado el momento de que te marches.

Tras esas palabras de Paul, la puerta del garaje que daba acceso a la casa se abrió con sigilo, entre tímidos chirridos.

Apareció la figura de Margaret, con el rostro sumido en el más profundo pesar y la más absoluta tristeza, al menos ahora sí parecía ser consciente de lo que pasaba. De lo horrible que era lo que había pasado y lo que estaba a punto de pasar. Tras ella entraron el padre Gabriele Di Fulvio y Joseph, Joseph Long, el

padre de su amigo Jules.

—Hola, hijo, creo que tú y yo tenemos algo pendiente, ¿no crees? —dijo el padre Gabriele mirando a Billy.

Billy miró hacia esa puerta y después hacia la puerta que tenía detrás, la que daba a la calle. Tenía que escapar de allí como fuera, antes de que hiciesen lo que iban a hacer, pero todas las salidas, todas las puertas, las tenía completamente cerradas. El peor de sus temores se había hecho realidad, y era mucho peor de lo había podido imaginar. Si su padre había dicho la verdad, no es que fuese a morir, es que ya había muerto. Murió hacía ya más de diez años, y lo peor de todo era que, parecía que había empezado a recordar...

3

De Exorcismus et Supplicationibus Quibusdam

El padre Gabriele Di Fulvio llevaba puesta una ceñida sotana negra que le llegaba casi hasta los pies. Era la sotana que solía usar cuando aún oficiaba. Cuando aún oficiaba el *Rituale Romanum* de 1614. Botones dorados en sus mangas y alzacuellos blanco nuclear. Sobre su pecho colgaba un gran crucifijo que acarició sutilmente cuando entró en aquella estancia. Un buen cristo para un buen exorcismo, debió pensar el sacerdote. En su mano derecha sujetaba un libro que, por lo que podía apreciarse, era bastante antiguo, una de esas ediciones cosidas a mano en la que se tenía que ir con sumo cuidado al pasar sus páginas para no quedarte con el papel deshecho entre los dedos. Sobre su cubierta podía leerse en una tipografía cuadrada y antigua, las palabras en latín; «De Exorcismus et Supplicationibus Quibusdam», y bajo ellas, el símbolo de las dos llaves de San Pedro cruzadas formando la cruz de San Andrés. El padre Gabriele había sacado del olvido aquel libro que prometió no volver a abrir nunca más. La última vez las cosas no salieron como él esperaba, ahora guardaba la esperanza de que en esta ocasión fuese distinto. Aunque todavía no sabía muy bien a qué se

enfrentaba exactamente. No sabía hasta qué punto las decisiones que tuvo que tomar la última vez habían tenido el efecto que él esperaba, tampoco sabía si aquello todavía continuaba... pronto lo sabría.

Avanzó unos pasos, se santiguó e hizo la señal de la cruz en alto. «In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti». Sacó un antiguo y plateado hisopo que previamente había llenado de agua con sal bendecida y empezó a rociar con ella el garaje entre débiles e inaudibles susurros.

La bombilla incandescente que pendía del centro de aquel garaje no solo empezó a parpadear con más fuerza que la vez anterior, sino que se empezó a mover suavemente, balanceándose como un viejo péndulo y haciendo que las sombras de todo cuanto allí había se alargasen y se encogiesen como si tuviesen vida propia, como si estuviesen a punto de echarse a andar.

El sacerdote eludía mirar a Billy a los ojos, que no le quitaba la vista de encima, a él y a sus movimientos y rezos. Margaret permanecía en esa puerta del garaje por la que se accedía a la casa con los ojos llenos de lágrimas y el rostro cubierto de pesar y de tristeza. Sabía que, a pesar de que la tragedia pasó hacía más de diez años, era ahora cuando había llegado el momento de despedirse de una vez, de sus dos hijos. Algo para lo que, tras más de diez años, todavía no había logrado encontrar ni el momento ni las palabras. No hay momento ni palabras para eso. Naturalmente que no.

Joseph empezó a rodear con sigilo la posición en la que se encontraba Billy mientras Di Fulvio seguía susurrando aquellas viejas palabras en latín y rociando la estancia con agua bendita. In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti. Billy supo en aquel instante, o tal vez tan solo estaba empezando a recordar, que Joseph era uno de los dos hombres que encontraron aquello en el monte Sion junto a su padre. Le pareció extraño que el tercer hombre no estuviese allí también. Pensó en quién podría ser, en si lo conocería, y entonces, tal vez de nuevo otro recuerdo, tal vez una extraña intuición, o a lo mejor esa «habilidad» suya para imaginar cosas del pasado... creyó saber quién era ese tercer hombre...

Paul, con ese rostro lleno de temor y de amargura, sacó de detrás de su

espalda su vieja arma reglamentaria y apuntó a Billy con ella. Lo estaban cercando para que no escapase ni intentara nada raro, como a un animal herido, querían atraparlo. Iban a atraparlo. Billy miró de reojo a Joseph y vio que estaba desenrollando una fina cuerda, una de las que se usan para atar y torturar. Cuerda militar. Lo iban a amordazar mientras el padre Di Fulvio seguía con la primera parte del ritual, del Ritual Romano para los exorcismos.

Billy evaluó sus opciones para salir de allí. Necesitaba escapar antes de que hiciesen lo que dios sabe que estaban a punto de hacer. Aquello no era ninguna broma, aquello era su final, y no solo eso, era el final de su búsqueda, de la verdad, de lo que le pasó a Eva y de lo que se ocultaba en las entrañas de aquel cementerio...

El padre Di Fulvio estaba llegando al final de aquella primera parte del ritual. Respiraba con dificultad, se movía con torpeza y le costaba terminar las frases que susurraba en latín. Billy lo miraba con seriedad. Con ese frío ausente de vida en la mirada. El sacerdote se quedó mirándolo fijamente a los ojos durante un instante y, al entreabrir la boca, soltó una pequeña nube de vapor caliente. Di Fulvio podía sentir el frío subiendo desde sus pies y de sus manos, dirigiéndose hacia su pecho, hacia el centro de su corazón. De pronto, se detuvo con el hisopo en alto, miró a Billy con dureza, y lo roció recitando de nuevo las viejas palabras. In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti. Amén. Aunque Billy no reaccionó como se esperaba que debería reaccionar. No sintió ninguna molestia por esa agua.

Gabriele apretó los dientes al ver la indiferencia que mostraba Billy y le hizo un gesto a Joseph con la mirada, que se encontraba justo detrás de Billy sujetando la cuerda con las dos manos. Paul amartilló la Beretta M9 del ejército estadounidense, Margaret se llevó las dos manos a la boca y la bombilla que colgaba del centro del garaje se empezó a balancear con más violencia, deformando sombras y figuras con su caprichoso movimiento pendular. Durante una fracción de segundo todo pareció detenerse, todo pareció transcurrir a cámara lenta. El padre Di Fulvio sintió el frío con toda su intensidad apretando

con fuerza su garganta, abrazando y avanzando con sus gélidos brazos hacia el centro de su corazón, cada vez más encogido, más retorcido tras su pecho. Elevó su brazo derecho con fuerza, el mismo con el que sujetaba el hisopo con agua bendita, y lo bajó hacia abajo haciéndole un gesto a Joseph para que hiciera lo que tenía que hacer. In Nomine Patris.

Joseph tenía un cabo de la cuerda en cada una de sus manos, la echó por encima de la cabeza de Billy como cuando los ganaderos se iban a la caza de un potro salvaje. Billy vio con extrema lucidez y a una velocidad asombrosamente lenta, cómo la cuerda pasaba sobre su cabeza surcando el cielo de ese garaje que fue testigo de la feliz infancia de dos hermanos, y que ahora iba a ser testigo del aciago final de una unidad familiar. Pasó como la estela que deja al pasar uno de esos cometas que dicen que solo se ven cada cien o cada mil años. En un movimiento tan rápido como antinatural, Billy se agachó y se dio la vuelta sobre sí mismo y también sobre Joseph, que estaba a tan solo medio metro de él. Nadie tuvo tiempo de verlo, mucho menos de reaccionar. En menos de lo que dura un pestañeo, Billy se había colocado detrás de Joseph, que había visto no solo cómo el lazo que había lanzado estaba ahora en el suelo, sino también cómo Billy había desaparecido de su campo visual como por arte de magia.

Fue un movimiento tan rápido que todos tardaron al menos un par de segundos en asimilar lo que acababa de pasar. Billy pegó su cuerpo a la espalda de Joseph y rodeó su cuello con una de sus manos, que abrazó su tráquea con fuerza. Mortífera firmeza. Joseph soltó la cuerda y levantó los brazos a la altura de sus hombros. El idioma de la rendición es exactamente el mismo a lo largo y ancho de cualquier país, idioma o cultura.

—Tranquilo, chico, no vamos a hacerte nada —dijo Joseph sintiendo la mano de Billy justo en ese punto de la tráquea en el que un movimiento en seco, *cric-crac*, podría bastar para partirle ese lugar por el que entra el aire a los pulmones.

—Suéltalo, suéltalo ahora mismo, te lo advierto —dijo Paul levantando la Beretta y apuntando directamente a la cabeza de su hijo, que asomaba

ligeramente tras la de Joseph.

—¿O qué? ¿Qué vas a hacer si no lo suelto, papá? —dijo Billy con una siniestra sonrisa.

—Dios, ¿se puede saber dónde está el otro de los hombres? ¿No se supone que tendría que estar aquí? —preguntó el padre Gabriele mirando a Paul con nerviosismo.

—No ha podido venir todavía, padre —respondió Paul sin quitarle los ojos de encima a Billy, que se estaba haciendo poco a poco hacia atrás, hacia esa puerta del garaje que daba a la calle—. Billy, te lo advierto, suelta a Joseph, no hagas esto más difícil.

—¿Billy? ¿Ahora soy Billy otra vez? ¿No era Scott? ¿En qué quedamos, papá? —Billy apretó un poco más el cuello de Joseph, que abrió los ojos con fuerza y levantó los brazos un poco más acentuando ese universal gesto de la rendición.

—Nadie más tiene por qué salir herido, hijo, hazme caso, suéltalo y deja que el padre Gabriele haga lo que tenga que hacer, te lo estoy pidiendo por favor, déjalo de una vez y suelta ese cuerpo. Suéltalo y sigue tu camino —Los ojos de Paul parecían sinceros, que estuviesen cargados de culpa y de dolor. Pero no soltaba la pistola, desde luego que no. El gran Paul King siempre era el último en soltar la pistola. Pasase lo que pasase y cayese quien cayese.

La respiración de Billy era cada vez más agitada. Sintió la puerta del garaje tras su espalda, metió la mano izquierda en el bolsillo de su pantalón y sacó las llaves de casa, con la derecha seguía apretando el cuello de Joseph con mucha fuerza, tanta que todos habían podido advertir cómo su rostro estaba empezando a pasar del rojo al morado.

—No salgas por esa puerta, hijo, déjalo ya, por favor, no salgas por esa puerta y, por lo que más quieras, no se te ocurra ir en busca de... de eso...

—No lo hagas hijo, tienes que dejarlo ir de una vez, tienes que dejarlo ir, déjalo ir —añadió Margaret con los ojos llenos de lágrimas.

Billy o, esa parte de él que se comportaba y actuaba terroríficamente igual

que lo hacía Scott, estaba a punto de echarse a llorar, de romper en un llanto de pura tristeza y desolación. No sabía ni entendía nada de todo aquello aparte de que, sus dos padres, le estaban rogando que se entregara para hacerle dios sabe qué. Sus dos padres le estaban pidiendo que se marchara, que se fuera para siempre...

—No, no voy a marcharme a ninguna parte hasta que descubra lo que hicisteis, hasta que descubra lo que le hicisteis a Eva y lo que guardáis allí abajo... —Billy tenía los ojos llenos de lágrimas. Consiguió abrir la puerta del garaje con su mano izquierda, su padre se estaba acercando poco a poco con la Beretta, el padre Di Fulvio y Margaret observaban la escena sintiendo cómo su corazón se aceleraba más y más.

—No lo hagas, Billy, te lo ruego, por lo que más quieras, hablaremos si es lo que quieres, te lo contaré todo, pero no vayas allí abajo, no vayas, por favor —Paul hizo ademán de bajar la pistola. No quería que Billy se marchase de allí, no podía permitir que fuese hasta allí abajo. Tenía que impedirselo como fuese, aunque fuese haciendo algo que no había hecho en toda su vida, suplicando.

—No, padre, el tiempo de las palabras ya terminó, tú fuiste quien sacó las armas, vosotros fuisteis los que decidisteis y los que hicisteis, ahora soy yo quien decido y decido que voy a descubrir lo que pasó, y os aseguro que pagaréis por ello, todos vosotros pagaréis por ello, y os juro que os pudriréis en el infierno.

—Hijo, dejo la pistola, ¿ves? Acabo de bajar el arma, juro que no queremos hacerte nada, pero ahora suelta a Joseph y hablemos de forma civilizada —Paul dejó el arma en el suelo y levantó ligeramente las manos tratando de tranquilizar a Billy, que observó la situación y sus posibilidades.

—Lánzame la pistola.

—¿Cómo?

—Que me lances la pistola, padre.

Paul se quedó pensando durante un instante en qué pretendía Billy. Le dio una suave patada a la Beretta M9 y algo en su interior le dijo que acababa de cometer un grave error.

Billy se agachó y recogió el arma del ejército estadounidense. Comprobó que efectivamente estaba cargada y soltó a Joseph dándole un empujón.

—Átalos —le dijo Billy a Joseph.

—¿Qué? —preguntó Joseph con evidentes molestias en su cuello.

—Eras militar, ¿no? Supongo que sabrás hacer un buen nudo. Ata a mis padres y al cura en el centro del garaje. Espalda con espalda, y no hagas nada raro.

—Vamos, Billy, no hagas tonterías —dijo Paul tratando de renegociar la situación.

Billy disparó dos veces en alto y todos se echaron de forma instintiva las manos a la cabeza. Las balas rebotaron en el interior del garaje. Todos sintieron cómo las piernas les empezaban a flojear.

Joseph miró a Paul esperando confirmación, por lo visto había cosas, tales como la lealtad en la jerarquía militar, que nunca en la vida se perdían. Paul le hizo un gesto a Joseph con la cabeza y, sin pensárselo dos veces, el padre de Jules empezó a atar a Margaret, a Paul y a Gabriele tal y como había exigido Billy. Espalda con espalda y sentados en el suelo en el centro del garaje.

—Ahora amordázalos —dijo Billy apuntando a Joseph.

—¿Cómo?

—Con cinta americana, puedes encontrar algunos royos en el primer cajón del banco de trabajo de mi padre.

Joseph volvió a mirar a Paul esperando confirmación. Paul asintió con un leve movimiento del cuello. Su mirada se había vuelto fría y estaba sentenciando a su hijo, más de lo que lo había hecho ya.

Joseph procedió a poner las mordazas y, justo antes de ponérsela a Paul, quiso decirle una última cosa a su hijo.

—No tienes por qué hacer esto, hijo, podemos hablar de lo que quieras, pero por lo que más quieras, no bajes allí abajo. Hay muchas cosas que no entiendes, y lo que hay allí es una de ellas. No bajes allí abajo, te lo ruego.

Billy se quedó mirándolo un instante y después apuntó a Joseph con la

Beretta para que terminase de amordazarlo.

Paul no sabía a ciencia cierta si su hijo había descubierto dónde guardaban aquello, eso mismo que, de ningún modo pudieron ni podrían destruir, como le había dicho, pero por sus palabras intuía que Billy debía de haber descubierto o, al menos, tener una ligera idea de dónde podría estar. En ese momento se arrepintió de no haber actuado antes y de haber permitido que jugase por ahí a los detectives con sus dos amigos. Nunca pensó que serían capaces de encontrar aquello, nunca pensó que sería capaz de... ¿habían abierto la tumba de Eva? ¿Era eso? ¿Habían sido capaces de hacer algo así y de encontrar la llave? Se preguntó mientras sentía cómo la cinta americana daba una vuelta completa a su cabeza y Joseph esperaba órdenes de Billy.

Una vez estuvieron los tres atados y amordazados en el centro del garaje, Billy le pidió a Joseph que se diese la vuelta.

—¿Por? ¿Qué vas a hacerme? Soy el padre de tu amigo, por el amor de dios.

—Que te des la vuelta, Joseph.

Joseph obedeció e hizo lo que le decían y, antes de que le diese tiempo a decir lo que estaba a punto de decir, Billy lo derribó de un fuerte golpe en la última vértebra del cuello. Joseph cayó al suelo semiinconsciente haciendo un espantoso ruido. Cogió la cinta americana y lo maniató y amordazó.

Salió de allí sin decir ni una palabra más y se subió al Buick con un alarmante temblor de manos. Arrancó y pisó el pedal del acelerador haciendo chillar las ruedas del viejo Roadmaster familiar con todas sus fuerzas.

Dudas de última hora

Jules y Hunter no tenían ni la menor idea de todo por lo que había pasado Billy durante aquellas primeras horas de esa mañana en la que para ellos, lo más

emocionante que habían visto era cuando su profesor de química, Elmer Tudor, se quedó dormido en la silla y Wyatt Torrance le hizo cosquillas en la base de la nariz con una pluma de gaviota. Wyatt solía hacer ese tipo de cosas y, a Elmer Tudor, le solían hacer ese tipo de cosas.

Cuando vieron que Billy los había estado llamando en repetidas ocasiones y que les había escrito diciéndoles que tal vez el punto de entrada al segundo de los mapas estuviese bajo la tumba de Eva, supieron de inmediato que todo se iba a acelerar peligrosamente a partir de ese momento.

Cuando acabó la clase de tecnología, se buscaron con la mirada y, en ese idioma que solo hablan los amigos del alma y el cual carece de palabras, se dijeron, «ahora». Cada uno salió por una puerta y se reunieron junto a las escaleras de emergencias de esa tercera planta en la que se encontraban. No era la primera vez que decidían no terminar las clases que había previstas para ese día y salían por esas escaleras para evitar tener que cruzarse con algún profesor.

Abrieron esas puertas con nerviosismo y, una vez fuera, Jules se encendió un cigarrillo como si llevase toda la vida haciendo eso mismo. Le ofreció uno a Hunter que aceptó como acepta un auténtico fumador profesional. Sin cuestionarse absolutamente nada. El código del fumador. Si te invitan, aceptas.

Antes de que les diese tiempo a comentar si era posible que fuese cierto aquello que Billy había dicho sobre la puerta de entrada, el móvil de Jules empezó a sonar con estruendo y, apenas medio segundo después, también el de Hunter. La llamada que recibió Jules era de Billy, le dijo que los esperaba allí abajo con el Buick encendido, que se diesen toda la prisa del mundo. La llamada que recibió Hunter era de su padre, del súper agente Grady. Prefirió no descolgar para evitar que el sabueso notara que algo no iba bien. Porque el agente Grady, el sabueso, notaba ese tipo de cosas a kilómetros. Los detalles, las pequeñas inflexiones de la voz. Él era el rey en atar cabos con ese tipo de cosas. Él era un buscador. Uno al que se le daba estupendamente bien encontrar cosas. Y personas.

Bajaron a la carrera haciendo temblar y resonar el metal de esas viejas y

oxidadas escaleras que daban a la parte de atrás del instituto.

Tras tres llamadas seguidas de Grady, Hunter recibió un mensaje suyo. Escrito todo en mayúsculas. «LLÁMAME EN CUANTO LEAS ESTO. ES MUY URGENTE».

A Hunter se le hizo un nudo en la garganta, le enseñó el mensaje a Jules y este lo miró como diciendo, «no sé, no tengo ni idea de qué puede significar, pero por lo que más quieras, no lo llames». Hunter pareció entender, apretar los dientes y decirse a sí mismo, de acuerdo, no lo llamo.

En cuanto llegaron a la calle vieron a Billy tal y como había dicho, con el Buick encendido y... un preocupante y terrorífico aspecto físico. Jules y Hunter sintieron cómo se les formaba un bloque en el pecho, se quedaron los dos preguntándose qué demonios era aquello y qué le estaba pasando a Billy. Se preguntaron internamente si era buena idea entrar en ese coche.

—Vamos, subid ya de una vez. ¿Se puede saber qué demonios estáis esperando? Subid de una maldita vez —dijo Billy abriendo de un fuerte empujón la puerta del copiloto. Estaba nervioso, muy nervioso.

Jules y Hunter se armaron de valor y entraron en ese coche con el miedo en el cuerpo. Aunque, al fin y al cabo, ese de ahí era su amigo Billy, ¿no? ¿Qué daño les iba a hacer?

Salieron de allí sin decir nada más.

Billy se encendió un cigarro nervioso. Sus labios se habían empezado a amoratar y otra de sus uñas tenía todo el contorno lleno de sangre. Su piel había adquirido por muchas más zonas ese color gris ceniza. A Hunter le vino a la cabeza aquella imagen de la ficha policial de su hermano Scott, esa en la que se veía su rostro sobre una de esas mesas metálicas que tienen en las salas de autopsias o en los mortuorios.

Tanto Jules como Hunter repararon en el dedo vendado de Billy, en esa uña medio levantada que sangraba tímidamente, en sus labios, su piel, sus ojeras y también en... el fuerte olor que su cuerpo desprendía. Era un olor a cañerías

mezclado con ese característico olor que hace la tierra húmeda. Los dos se miraron y no supieron muy bien qué pensar de todo aquello, mucho menos qué decir.

—¿A dónde vamos, Billy? —preguntó Hunter viendo que Billy sabía perfectamente cuál era el lugar al que se dirigían.

—Enseguida lo verás.

Jules se encendió un cigarro y le pasó el paquete a Hunter ya sin preguntar, que cogió uno agradeciendo el gesto de Jules.

Tras veinte minutos de curvas, acelerones, cambios de carril y mucho humo de tabaco, Billy detuvo el coche en un lugar que, si bien no conocían, sí sabían más o menos por qué parte de la ciudad estaba. Era un lugar apartado, con escasa circulación de vehículos y de personas y una enorme falta de iluminación. Una de esas zonas que la civilización ha excluido de sus planes y la ha dejado a un lado, fuera de la vista de todo el mundo. Ese lugar en el que Billy había aparcado el Buick estaba próximo a aquella casa al lado del cementerio, aquella en la que vivía Jeremiah el sepulturero con su inseparable y único mordedor. Saturno.

Jules y Hunter esperaron a que Billy moviese ficha. Los dos estaban bastante asustados y nerviosos con esa rápida huida y con el preocupante estado de su amigo.

Billy abrazó el volante con sus dos manos, cerró los ojos durante un instante y trató de recuperar de nuevo el control, de impedir que su mente se quedara colgada en aquello que él siempre había llamado las «telarañas» y que en realidad, por lo que le había dicho su padre, es posible que no fuese más que... ¿su hermano Scott manifestándose desde algún lugar de su interior? No podía creer que algo así pudiese ser cierto, él era Billy, Billy King, y aquello que su padre le había dicho no podía ser otra cosa más que una burda mentira, otro de sus engaños. Aunque el problema era que... en cierta modo, escarbando en el fondo de su memoria le pareció ver... algo similar a lo que su padre le había contado. Y después estaban todas esas ausencias, todos esos momentos que cada

vez se hacían más frecuentes e intensos en los que perdía momentáneamente el control de aquello que hacía, como si hubiese otra persona en su interior y fuese ella quien hablaba y actuaba y no él, como cuando cogió la Arcade por primera vez, casi de memoria, o cuando visitó al doctor en psiquiatría Robert Matheson o, más recientemente, la extraña situación que acababa de vivir con sus padres, con Joseph y con Gabriele Di Fulvio, de la cual apenas era capaz de recordar un cincuenta por cien. Pero no solo era aquello, las «telarañas» y ese tipo de situaciones y de ausencias lo llevaban acompañando como el que dice desde toda la vida.

Lo cierto es que estaba completamente aterrado y que solo le quedaba una salida, una última opción. Seguir hacia delante. No sabía si murió, o casi murió, hacía diez años, tal y como aseguraban sus padres, ni tampoco si iba a morir en las próximas horas o días, pero sintió la gran necesidad de que pasase lo que pasase y fuese cual fuese su final, tenía que poner todo su empeño en descubrir la verdad. En esa verdad que de algún modo sintió como si hubiese estado tirando de él desde siempre, primero débilmente, después tan fuerte como para constituir su único anhelo, su principal y único objetivo en la vida.

Abrió los ojos de nuevo, esos ojos con la conjuntiva amarilla, y miró a Hunter a través del espejo retrovisor central.

—¿Crees que serías capaz de comprobar lo que os he dicho acerca del punto de entrada a ese segundo mapa, Hunter?

Hunter se quedó un instante pensando si era o no era capaz de leer con la precisión que Billy le pedía esos mapas que, desde bien pequeño, el agente Grady le enseñó a interpretar a la perfección.

—Sí, creo que sí.

Hunter sacó los dos mapas y, observando primero el mapa de orientación, el que tenía las palabras escritas «over the top», trató de ver si ese lugar que él había señalado como «la colina» por la que tendrían que acceder al segundo de los mapas, podría corresponderse efectivamente al lugar donde estaba enterrada Eva Goth. Con el móvil había buscado una vista aérea del cementerio y,

posicionándose sobre la zona de los tejos, el lugar donde enterraron a Eva, observó bien si los elementos de orientación del mapa, tales como las «piedras», las sendas o las pequeñas lagunas, se correspondían con los elementos de esa vista aérea del lugar.

Billy y Jules observaban nerviosos el veredicto final de Hunter que, entre débiles susurros, había puesto en funcionamiento el cien por cien de su intelecto para hacer todas las comprobaciones oportunas. Corroborar que lo que Billy había dicho era cierto, no solo suponía cercar definitivamente el punto de entrada a ese segundo mapa, a ese misterioso y enigmático lugar que se encontraba «abajo», sino también, despejar la duda y el misterio acerca de quién se había llevado el cuerpo de Eva en tiempo récord. Si aquello que Billy decía era cierto, el cuerpo de Eva se encontraría en la más completad soledad unos cuantos metros más abajo. Nada más.

Finalmente, tras más de cinco minutos de deliberación interna, levantó la vista mirando a Billy y a Jules, y asintió.

—Creo que sí, Billy. Es el lugar.

—¡Bien! —Billy no pudo reprimir la alegría.

Hunter sonrió viendo a Billy tan contento. A Jules, en cambio, pareció embargarle de nuevo esa duda, ese miedo que iba y venía y del cual ya no quería ser compañero.

—Bien, chicos, como os habréis podido imaginar, ha pasado algo que... bueno, ha pasado algo que ha hecho que todo se acelere... —Billy bajó un poco la mirada pensando hasta dónde debía contarles a sus amigos, ¿todo? ¿O solo una parte?

Todo no, desde luego. Pensó antes de empezar a largar.

—¿Y qué ha ocurrido si se puede saber, Billy? —preguntó Jules.

—Ha ocurrido que... que saben que estamos tras las puertas del Reino de los Cielos, que saben que estamos a punto de descubrir la verdad y que si no nos damos prisa, van a intentar por todos los medios que no vayamos allí abajo — Billy prefirió que por el momento eludiría algunos detalles, como ese que lo

acusaba de llevar nada más y nada menos que diez años poseído por su propio hermano y, como había dicho su padre, dios sabe por qué o quién más.

—¿Quién? ¿Quién sabe que estamos tras las puertas del Reino de los Cielos? ¿El padre Gabriele? —preguntó Jules con miedo y asombro en la mirada. El padre Gabriele le dio miedo y mala espina desde el primer momento. Le pareció, tal y como solían decir en sus novelas de terror y de misterio preferidas, un tipo siniestro.

Billy pensó de nuevo qué decirles, o mejor, cuánto decirles.

—El padre Gabriele es uno de ellos, sí, pero no el único. Hay más personas que lo saben, personas que estuvieron en el entierro de Eva y de mi hermano...

Tanto Jules como Hunter sintieron cómo sus corazones se apretaban tras su pecho. Pensaron no solo en las personas que Jeremiah les dijo que habían estado en el entierro de Eva, sino también en aquellas tres figuras que habían estado observándolo todo desde la distancia y que Jeremiah solo pudo ver cuando abrieron sus grandes paraguas.

Billy les contó lo que su padre le había contado, más o menos. Se lo contó todo a excepción de aquello que dijo acerca de que él había muerto y ahora tenía el espíritu de su hermano Scott dentro. Pero lo del comando militar y lo que ocurrió cerca de la franja de Gaza sí se lo contó. Pensó que Jules tenía derecho a saber quién era su padre o, al menos, quién fue.

Ni Hunter ni Jules daban crédito a lo que acababan de escuchar, sobre todo Jules, que no podía creer que su padre también hubiese participado en algo así. Aunque, lo cierto es que lo de que había sido militar sí lo sabía, algo de lo que nunca hablaba, y también era cierto que tenía una estrecha y misteriosa relación con el padre Gabriele Di Fulvio, según él mismo había podido comprobar recientemente. Así que, la historia de Billy no parecía tan descabellada, en absoluto. La cuestión ahora era, qué demonios pasó con Eva y qué había allí abajo exactamente. Y sobre todo, cómo los habían descubierto.

—¿Y dices que los has dejado encerrados, Billy? —preguntó Jules con preocupación.

—Eso es, están encerrados en el garaje de mi casa, pero puede que no tarden mucho en escapar, ese tercer hombre cuya identidad desconocemos podría estar ahora mismo liberándolos, no tengo ni la menor idea, así que tenemos que darnos prisa si queremos llegar allí abajo antes de que lo hagan ellos —dijo Billy tratando no solo de ser lo más transparente posible, sino de resultar convincente y lo suficientemente persuasivo para arrastrar con él a sus dos amigos en aquella última misión.

—¿Y saben que tenemos la llave? ¿Saben que abrimos la tumba de Eva? —preguntó Hunter con pavor en la voz. En su cabeza no hacía más que pasearse la idea de que su padre se enterase o pudiese enterarse de esa cagada de las gordas. Una tan gorda como quebrantar el sueño de un difunto que lleva diez años de sueño eterno—. ¿Y ese tercer hombre del comando militar de tu padre, seguro que no sabes quién es?

—No lo sé, Hunter, no lo sé —dijo Billy endureciendo la voz—. Ni sé si saben que abrimos la tumba, ni que tenemos la llave ni tampoco quién es ese tercer hombre que no se encontraba en el maldito garaje de mi casa, solo sé que saben o creen que vamos a ir hasta allá abajo y que quieren impedirlo por todos los medios por algún motivo, nada más —Billy acabó la frase con un suspiro cargado de cansancio. Estaba agotado, sin apenas fuerzas para continuar. Sentía cómo esa sangre, lenta y espesa, se arrastraba por el interior de sus venas cada vez con mayor dificultad, como el último paseo de una serpiente moribunda. Se encendió un cigarro y trató de cerrar los ojos de nuevo, de evitar que su mente volara hacia esas telarañas que estaban cada vez más próximas de cubrirlo todo, todo su interior.

—Escuchad, chicos —dijo Billy tras serenarse un poco—. Sé que todo esto se nos ha ido un poco de las manos, que si bajamos allí abajo... en fin, puede que nos encontremos con peligros que ni imaginamos. Yo necesito ir, necesito acabar con esto y llegar al fondo de todo el asunto de la muerte de Eva y de mi hermano, saber qué demonios se trajeron del monte Sión mi padre y tu padre —dijo Billy haciendo una pequeña pausa para mirar a Jules—. También por qué se

tomaron la molestia de guardarlo en un lugar así, parecido al lugar donde, según la historia de mi padre, lo encontraron, y por qué narices no lo destruyeron y fin de la historia. Necesito hacer todo eso a pesar del peligro y los riesgos que pueda suponer, pero entenderé que vosotros no penséis igual, entenderé que os queráis quedar y no poner en riesgo vuestra vida por... mi causa... Pero sí al final decidís venir, tiene que ser ahora. Tiene que ser ya.

Tanto Hunter como Jules se quedaron pensando en silencio durante unos segundos. Los dos tenían motivos suficientes para no querer bajar hasta allí abajo, empezando porque no sabían hasta qué punto iban a poner su vida en peligro. Desde luego que no lo sabían.

—Cuenta conmigo, Billy —dijo Hunter después de reunir todo el valor del que fue capaz, ese que sacaba de algún lugar cuando se llenaba de miedo—. Empecé todo esto lleno de dudas, de enormes y monstruosas dudas, pero si de algo estoy seguro ahora mismo, es de que no pude tomar una decisión mejor. No me cabe la menor duda de que a Eva la enterraron con vida a propósito por alguna razón que desconocemos, tampoco que tu hermano murió por algo que... aunque desconocemos totalmente, fue algo que trajeron otras personas y que puede que todavía continúe allí abajo y que... es posible que tenga que haber alguien que tenga el valor y los arrestos suficientes para destruirlo para siempre de una maldita vez, y me parece que ese alguien podríamos ser nosotros. Así que, sí, creo que bajar hasta allí no solo es una gran idea, sino que es lo que hay que hacer.

—Gracias, Hunter —dijo Billy asintiendo y tratando de reprimir las dos lágrimas que asomaban por el borde de sus ojos. El apoyo de su amigo lo había llenado de emoción, había llenado ese corazón que sentía cada vez más hueco y acartonado. Más muerto. Tanto él como Hunter se quedaron esperando la respuesta de Jules.

Jules pensó en su hermana, la pequeña Josie. Si a él le pasaba algo allí abajo, ¿quién cuidaría de ella? ¿Y quién velaría por que su madre no se viniese completamente abajo? Durante las últimas semanas había conseguido abandonar

del todo ese «refugio» en el que se escondía y se apartaba de la realidad y había descubierto que allí afuera, no solo era alguien querido y necesario, sino que la vida era infinitamente mejor que la de allí dentro. Sin embargo, ahora Billy les pedía que fuesen hasta la misma boca del maldito lobo alfa de la jodida manada de los demonios. Y eso, por un lado, atraía esa parte de él que quería impresionar al doctor William Draper, esa parte que quería descubrir ese pedacito vivo (y tan vivo) de la historia que su propio padre y el de Billy se habían traído de las mismas entrañas del monte Sión, Jerusalén, Tierra Santa. Pero por otro lado, esa loca aventura, ese loco viaje hacia el corazón mismo de las tinieblas... ¿era una buena idea? ¿Podía ser algo así una buena idea? Lo cierto es que no, pero a los dieciséis se hacían cosas totalmente opuestas a lo que se pensaba. A los dieciséis se hacían las auténticas locuras y cagadas de las gordas de la vida.

—No sé, Billy, no estoy seguro —dijo Jules mirando hacia abajo, hacia su interior, buscando en él si en algún lugar de su cabeza se hallaba la respuesta correcta, la decisión correcta. ¿Existía ese lugar a los dieciséis? ¿Existe en algún momento de nuestra vida?

—Ya... —dijo Billy con cierto pesar en la voz. Aunque tal y como había dicho, no lo forzaría, a pesar de que... había algo en Jules que le decía que sí quería ir. Y él lo había notado.

Hubo una pequeña y densa pausa que los tres llenaron encendiéndose un cigarro. Jules todavía no había terminado de hablar.

—Tengo miedo, Billy, esa es la verdad. Tengo miedo de que algo malo nos pase a alguno de nosotros y, quién sabe, quizá también a nuestros seres queridos.

Billy se había dicho que no quería insistir, pero...

Jules parecía estar no solo deseando que lo hiciese, sino rogando por que lo hiciese. Que le pidiese explicaciones y razones de peso.

—¿No decías que el miedo te hacía sentir vivo? ¿Eh? ¿Dónde quedó aquello? ¿Dónde quedó, Jules?

—El miedo me hacía sentir vivo, claro que sí, y me hace, pero por encima de todo quiero permanecer vivo, Billy, y me parece que esto se ha vuelto ya

demasiado peligroso, demasiado arriesgado como para que siga mereciendo la pena, ¿no te parece?

—Lo que me parece, Jules, es que si sientes que tienes que hacer algo, lo haces, y la realidad es que todo lo demás, son excusas. Si sientes que debes hacer algo, lo haces.

Jules pensó durante unos segundos en las palabras de Billy, en sus razones, en que tal vez fuese cierto aquello de que cuando sientes que tienes que hacer algo, algo importante, tienes que poner todo tu empeño en que así sea. Desde algún lugar de su interior, tal vez ese lugar que solo existe a los dieciséis y que el paso del tiempo va llenando de miedo y preocupaciones, contestó que sí. Que él no se iba a perder la parte final de esa historia, y que si allí abajo había un tesoro procedente del estómago del monte sagrado del que se habla en la Biblia, él quería estar allí para encontrarlo. Por muy peligroso o amenazador que fuese.

Hunter y Billy celebraron con algarabía la decisión de Jules y los tres compartieron ese momento de unión y felicidad previo a esa última aventura que estaban a punto de empezar. Quizá la última no solo de su adolescencia, sino de toda su vida.

Antes de que Billy los pusiese al día de los detalles en los que había pensado para colarse bajo el sepulcro de Eva Goth a plena luz del día, Jules se dijo que no recordaba haberle dicho a Billy lo de que pasar miedo hacía que se sintiese vivo. Eso hizo que se preguntase cómo demonios lo sabía. Tal vez Hunter se lo contase, o tal vez lo hubiese sabido por otros medios, unos medios que a lo mejor pudiesen estar íntimamente relacionados con ese terrorífico aspecto que presentaba...

CAPÍTULO 13

BENDITA TÚ ERES ENTRE TODAS LAS MUJERES, Y BENDITO ES EL FRUTO DE TU VIENTRE, JESÚS

1

Cada árbol se conoce por su fruto

Entrar en la tumba de Eva Goth a plena luz del día no iba a ser fácil. Nada fácil. Necesitarían la ayuda de alguien más, tanto para cubrirles las espaldas mientras entraban como para volver a poner la losa en su sitio una vez lo hubiesen hecho. Porque dejar el agujero abierto a plena luz del día para que cualquiera pudiese meter los pies o la cabeza, no era buena idea. Lo que tenía pensado Billy no era algo tan brillante como cuando se le ocurrió que el punto de entrada podría ser el lugar donde estaba enterrada Eva, la idea de Billy en esta ocasión fue pensar en lo menos malo y más a mano de lo que disponían. Jeremiah Backhouse.

El sepulturero era el único que sabía que habían abierto la tumba de Eva, dado que, si no se habían equivocado, aquello de que alguien los había estado observando y se había llevado su cuerpo en mitad de la noche y en tiempo récord, no había sido más que una falsa alarma. Así que eso lo convertía en el cómplice ideal. La idea era que Jeremiah no solo les ayudase a entrar sin ser vistos y a cerrar la tumba tras su paso hacia el lugar más oscuro del planeta tierra, sino también que les ayudase a armarse de ciertos útiles que podrían serles de ayuda allí abajo. Útiles como alguna linterna, alguna vela, tal vez una navaja o un cuchillo y, quién sabe, a lo mejor, con un poco de suerte, incluso podría prestarles una brújula. Porque según había dicho Hunter, «cuando no tienes nada con lo que orientarte, cuando no tienes ningún punto de referencia en el que

apoyarte, ni todos los mapas del mundo pueden salvarte». Hunter dijo aquello y algo así como un pensamiento fugaz y pasajero, casi una certeza, le dijo desde el centro de su conciencia que esas palabras tal vez valiesen para todo en la vida.

Tocaron con urgencia la puerta de Jeremiah y, esta vez, no tardó en abrir. Saturno a su espalda sentado sobre sus patas traseras. La lengua fuera. Depresión post pérdida de su hermano Júpiter casi superada. Saturno era como ese cotilla que adora por encima de todo observar y escuchar las conversaciones y vidas de los demás. Seguía a Jeremiah a todas partes y tomaba asiento cuando se organizaba una buena reunión social como la que se acababa de organizar en ese preciso instante.

El sepulturero volvía a tener la raya al lado en el pelo. Volvía a desprender ese olor a fermentación, a la gradual expulsión de alcohol del cuerpo, y no a alcohol recién ingerido. Parecía haber regresado de nuevo a la senda del propósito de enmienda. Bien por Jeremiah. Solo café y tabaco. Las dos únicas válvulas de escape que admitía su «estricto» programa de desintoxicación. Se había deshecho de todas aquellas cajas y bolsas de basura para tirar que almacenaba junto a la puerta de la casa y el camino hacia el sofá del modesto salón estaba ahora despejado. Tomaron asiento y, sin rodeos ni preámbulos, Billy le expuso a Jeremiah lo que necesitaban de él, lo que le pedían. El sepulturero los escuchó con atención, pero antes de que Billy terminase de hablar, ya había empezado a decir que no con la cabeza.

—No puedo, chicos, no puedo hacer eso que me pedís. Aparte de ser un delito es... es inmoral, maldita sea.

—¿Inmoral? —respondió Billy con incredulidad—. Vamos, Jeremiah, ¿me estás hablando en serio? Por el amor de dios, inmoral es lo que le hicieron a Eva, inmoral es que te entierren con vida, eso es inmoral.

Jeremiah se encendió un cigarro y le dio un buen sorbo al café. Le temblaban las manos.

—No. No voy a contribuir a un delito como ese. Yo también tengo una vida, ¿sabéis? Y ya perdí a Júpiter en aquella tumba, ¿qué sería de Saturno si a mí me

pasa algo, eh? ¿Cuidarás tú de él desde la otra vida o tras los barrotes de alguna cárcel?

—¿Pero se puede saber de qué estás hablando, Jeremiah? Nadie aquí va a ir a la cárcel ni tampoco va a cruzar el charco, solo vamos a hacer lo que se tiene que hacer, a descubrir el fondo de todo esto y llegar hasta el final de todo el asunto.

Jeremiah seguía negando con la cabeza. Estaba asombrosamente sereno y parecía que su decisión era firme.

—Jeremiah, no me hagas que te lo pida por favor, no me hagas que te lo suplique, ni tampoco me hagas que te recuerde que... un día prometiste que si volvías a escuchar los arañazos y lamentos de Eva, abrirías esa tumba pasase lo que pasase y cayese quien cayese. Pues bien, yo todavía puedo escuchar sus arañazos y sus lamentos, maldita sea, todavía los escucho.

Los labios y los párpados del sepulturero empezaron a temblar al escuchar aquello. Billy le había dado bien, justo en el centro de ese dolor, de ese pesar que llevaba atormentándolo durante los últimos diez años. Sí, desde luego que él podría haber hecho algo más por Eva, pero no lo hizo. Como muchos otros. Los ojos se le humedecieron y, tras apagar el cigarro que se le consumía entre los dedos, se encendió otro.

—Maldita sea, Billy King, a ver, qué quieres, qué necesitáis —dijo Jeremiah con resignación. Billy no pudo evitar sonreír al escuchar el «sí», al igual que Hunter y que Jules. El sepulturero les ayudaría, tal y como Billy les había asegurado que haría.

Jeremiah les enseñó el lugar donde guardaba las «herramientas» y Hunter y Jules se dedicaron a escarbar en el interior de ese pequeño armario empotrado. El sepulturero guardaba allí su equipo de trabajo; los barreños, un saco de cemento cola y las paletas para hacer «la pasta» selladora. Aparte de las herramientas que utilizaba cuando ejercía de sepulturero, estaban las herramientas que usaba como guarda de seguridad del cementerio, su primera

actividad profesional. Dichos elementos de trabajo se reducían a un par de linternas, un par de porras de goma flexible, dos juegos de esposas y dos pares de botas para los días lluviosos. También disponía de un pequeño equipo de radio portátil, pero hacía años que había dejado de funcionar. Y poca cosa más. Pero, aparte de todo eso, en aquel armario también había otras cosas que Jeremiah había ido comprando con los años y que, según él, eran cosas «muy útiles para según qué situación». Tan útiles que la mayoría de ellas todavía tenían el precinto puesto, pensaron Hunter y Jules mientras trataban de ver qué podría serles de ayuda de entre todo aquello. Tazas termo, diversos cortaúñas de diferentes formas y tamaños, hilo de pescar y algunos anzuelos, películas en VHS nuevas a estrenar, un par de cubos de rubik, una cantimplora, un par de gorras, una cazadora antiarañazos, unos cuantos arneses de perro y juguetes para los mordedores y, poco más. Aquello era lo que Jeremiah entendía por cosas muy útiles para según qué situación.

Mientras Jules y Hunter se dedicaban a buscar lo necesario para poderse defender lo mejor posible allí abajo, Billy se quedó con Jeremiah planeando cómo harían para llamar la atención lo menos posible mientras se colaban en el interior de la tumba de Eva. Jeremiah planteó la opción más sencilla, algo tan «fácil» que parecía incluso insultante. El sepulturero se enfundaría su ropa de trabajo y despejaría la zona de alrededor de la tumba de Eva. Despejaría una zona «amplia», reiteró enfatizando esa palabra mientras abría mucho los brazos. Acordonaría un perímetro de seguridad lo suficientemente grande como para que ellos pudiesen entrar sin ser vistos de lejos, al menos sin ser vistos con claridad. Si algún curioso miraba desde lejos, al estar a una distancia considerablemente grande, no podría ser capaz de distinguir si estaban entrando en aquella tumba o solo fumigando contra la molesta plaga de cochinilla que estaba afectando el suelo de aquella zona, que era lo que Jeremiah les diría a los cotillas. Lo cierto es que el plan no estaba del todo mal, ¿quién iba a pensar que alguien estaba colándose en la tumba de Eva a plena luz del día? ¿Para qué iba alguien a querer hacer algo así? El plan del sepulturero no estaba nada mal. El único

inconveniente es que, a esas horas estaría devolviéndole un turno de trabajo Teddy Chadburn, su compañero Teddy, el sepulturero oficial de Green-Wood. Cascarrabias Teddy.

Según Jeremiah, Teddy podía tener la salud frágil, algo de lo que nadie dudaba, pero eso lo compensaba con una astucia fuera de lo habitual. Si en «su» cementerio estaba pasando algo raro mientras él estaba trabajando, se enteraría. Era un auténtico profesional y se tomaba muy en serio su trabajo. Demasiado, quizá. Así que, si iban a hacer aquella locura, la única opción pasaba por hablar con Teddy, contarle sus planes y hacerlo partícipe de algún modo, porque de lo contrario, Teddy se enteraría y se enfadaría. Y después hablaría.

—¿Y crees que aceptará? ¿Crees que Teddy se prestaría a algo así? —Billy apenas conocía a Teddy, pero lo que había oído decir de él es que no tenía muy buen humor.

—No lo sé, tal vez. Teddy puede parecer un viejo cascarrabias, pero en el fondo, muy en el fondo, sé que conserva un espíritu aventurero. Además, todo el tema ese de la leyenda de si habían enterrado o no a Eva con vida, siempre fue algo que de algún modo le afectó bastante. En más de una ocasión le oí decir que él no podía afirmar si la enterraron o no con vida, pero desde luego, si él hubiese sido el encargado de sellar aquella tumba, si él hubiese estado en aquel entierro, esa macabra leyenda nunca hubiese existido. En cierto modo creo que se siente también algo responsable, imagino que como todos los que trabajábamos en Green-Wood en aquel entonces o que estuvimos presentes en el entierro.

Billy pensó en que esas palabras que acababa de decir Jeremiah no podía estar más cargadas de verdad. Claro que todas esas personas se sentían responsables, cielos, porque de hecho lo eran.

—Bien, pues no hay más que hablar, llama a Teddy y dile si puede venir aquí, ahora.

—¿Ahora?

—Claro que ahora, Jeremiah, cuando te he dicho que necesitábamos entrar allí abajo con urgencia no me refería con ello a esta noche o a mañana, me

refería a dentro de un rato.

—No sé, Billy. Teddy estará ahora trabajando y... no sé si querrá ausentarse para venir aquí...

—Llámallo, Jeremiah, dile que es muy urgente y haz que despierte ese espíritu aventurero que dices que aún tiene.

El sepulturero resopló y marcó el número de Teddy con muy pocas esperanzas de que accediese. Pero, al parecer, estaban de suerte. Apeló a su viejo espíritu aventurero diciéndole que iban no solo a descubrir una gran verdad, sino también a rescatar uno de los tesoros mejor guardados y más valiosos que se podían encontrar en la actualidad, y Teddy dijo, «ya voy». El sepulturero oficial siempre dijo que él no llegaría a la edad mínima de jubilación, que su frágil salud no se lo permitiría jamás, y que, si algún día le surgía una buena oportunidad para poderse retirar con algo de salud con la que poder gozar de unos cuantos años de tranquilidad y de vida de verdad, sin duda alguna la aprovecharía. Bien, pues aquella era esa oportunidad que había estado esperando durante tantos años. Y la aprovecharía, desde luego que sí.

Teddy dijo que le costaría unos quince minutos llegar. Ese era el tiempo que le llevaría salir del cementerio, coger el coche y llegar hasta la casa de Jeremiah, que se encontraba prácticamente pegada a Green-Wood. Durante la espera, Hunter y Jules mostraron lo que habían encontrado en el «armario de las herramientas» sin ni siquiera preguntarse si al sepulturero le parecería bien que se llevasen todo aquello. Por suerte, al sepulturero le pareció bien. Le pareció bien casi todo.

Lo primero y más importante, disponían de tres linternas de tamaño medio con el cuerpo metálico, pesado y reforzado. Una para cada uno. Bien. Eran las que utilizaba Jeremiah en sus noches de guardia. No alumbraban demasiado, pero al menos parecían robustas y resistentes frente al impacto de un posible golpe o caída. Por lo visto, la empresa que lo tenía subcontratado le daba una nueva cada dos años y las que iba retirando las tenía almacenadas en un cubo en el interior de aquel armario, «por si acaso». También se hicieron con un par de

navajas multiusos que provocaron una sonora carcajada en Billy, un par de martillos, una caja de cerillas y, lo segundo más importante después de las linternas, dos cuchillos de supervivencia con una pequeña brújula incorporada en la base de la empuñadura.

—¿También os vais a llevar mis cuchillos de supervivencia? —preguntó Jeremiah con indignación. Billy rompió de nuevo a reír viendo la preocupación con la que el sepulturero observaba ese par de viejos cuchillos medio oxidados. Los cuales, no solo no tenían filo, sino que la brújula que llevaban era totalmente de juguete. Casi una broma de mal gusto, pero tal y como dijo Hunter, al menos era algo en lo que apoyarse, aunque no fuese más que un juguete.

—Sí, Jeremiah, los cuchillos también se vienen con nosotros, así tendrás una buena excusa para comprarte unos nuevos, unos buenos —respondió Billy tratando de convencerlo.

—Estos son buenos, ¿no has visto qué guardan bajo la tapa de la empuñadura? —Jeremiah cogió uno de los cuchillos, abrió la tapa (semi oculta) de la empuñadura y sacó de su interior un poco de hilo, una fina aguja de coser, tres cerillas y una mini bolsita con pólvora.

Los tres se quedaron mirando aquello sin saber si pensar si...

—Cielos, Jeremiah, ¿qué clase de broma es esta? ¿Hablas en serio? —Billy dijo lo que todos pensaban.

—¿Una broma? ¿Por qué iba a ser una broma? Es un cuchillo de supervivencia, os lo he dicho. Es una edición limitada que sacaron tras el estreno de Rambo tres, estos cuchillos son de coleccionista, maldita sea —El sepulturero se había indignado.

Los tres amigos tuvieron que aguantarse la risa viendo que Jeremiah iba totalmente en serio. Una risa que, apenas unos segundos después no pudieron evitar. Fue Billy quien rompió a reír primero, y casi inmediatamente lo siguieron Hunter y Jules. Incluso se unió a ellos Jeremiah cuando entendió, después de bastantes años, que aquel par de cuchillos no eran más que una completa broma, una que por lo visto había llegado demasiado lejos. Fue un momento para liberar

tensión, para sacudirse un poco ese miedo que poco a poco había ido agarrándose de sus pies y de sus manos, atenazándolos y haciéndolos temblar de pura incertidumbre. En unos cuantos minutos, tras contar con el visto bueno de Teddy, entrarían en esa especie de catacumbas, de túnel hacia las malditas puertas del Reino del Infierno. Y eso fue lo que ocurrió justo cuando acababan de servirse una nueva ronda de cafés. Teddy Chadburn llamó a la puerta.

El hombre se había dado prisa. Sudaba. Tenía el pelo de las patillas mojado y cuando vio que los invitados de Jeremiah, aquellos que iban a ir a por el tesoro mejor guardado de la historia, tan solo eran tres críos, estuvo a punto de dar media vuelta y marcharse. Pero Jeremiah lo impidió.

Le contó por encima lo que habían descubierto, solo por encima. Aunque no pudo evitar contarle lo de que aquellos tres chicos habían descubierto la horrible verdad, la de que a Eva Goth la enterraron con vida. Teddy resopló, se tapó los ojos con las dos manos mientras sacudía la cabeza y fingió llorar. Luego miró a Jeremiah con reprobación y cierto aire acusatorio. Pero lo que acabó de convencerle fue cuando le enseñaron tanto la llave y la moneda como los dos mapas. Hunter le explicó cómo habían llegado a la conclusión de que el mapa en el que ponía «over the top» se correspondía con la llamada zona de los tejos del cementerio Green-Wood, y cómo habían deducido que el mapa donde ponía «under» se encontraba justo debajo de la tumba de Eva. Teddy, que se había puesto unas pequeñas gafas para leer, observó y asintió con tremendo respeto cada una de los razonamientos de Hunter. Después lo miró por encima de esas pequeñas gafas bañadas en un descamado esmalte dorado y asintió de nuevo con cierta admiración. Nadie antes había mirado a Hunter con semejante nivel de profundo respeto. Nadie. Teddy fue el primero. Quién se lo iba a decir.

—Eso que dices, es correcto, muchacho. Si estos dos mapas no mienten, tanto el punto que señalas como «cima» como el que parece estar «abajo», son correctos. ¿Quién te ha enseñado a leer estos mapas, hijo? No todo el mundo sabe lo que es un mapa de orientación ni mucho menos leerlo con propiedad.

Hunter se sonrojó ligeramente y dudó qué responder. No se sentía muy a

gusto cuando escuchaba a alguien decir aquello de, «oh, sí, tú padre, cómo no, un gran hombre, ya lo creo, uno de los buenos». No se sentía a gusto con esa imagen falsa que la gente tenía de él.

—Mi padre...

—Pues dile a tu padre de mi parte, que hizo un buen trabajo contigo, muchacho.

Hunter bajó la mirada y Teddy cogió aire mientras comprobaba a su manera la autenticidad de aquella moneda. Notó que algo raro pasaba en aquella relación padre-hijo, pero, qué demonios, no era el momento de arreglar ninguna relación familiar, era el momento de ir en busca de un tesoro. Uno bueno. Tras sobar la moneda de todas las formas posibles y morderla hasta en un par de ocasiones, la dejó sobre la mesa y volvió a asentir con solemnidad.

—Parece auténtica. Una reliquia de oro puro. ¿Y decís que hay más como esta allí abajo? —preguntó Teddy mirando por encima de las gafas.

—Un baúl lleno, señor —dijo Jules con entusiasmo. Realmente él mismo soñaba con algo así.

Teddy cogió aire y observó de nuevo esos dos objetos que parecían ser el principio de esa gran oportunidad que llevaba años esperando.

—¿Sabéis una cosa? —dijo Teddy mirándolos a todos por encima de sus gafas—. Cada árbol se conoce por su fruto, los árboles buenos dan frutos buenos, y los malos, frutos malos. No sé de qué tipo de árbol sois vosotros, no lo sé, pero sí que todo esto que veo aquí está a punto de dar una enorme y gigantesca fruta, y ¿sabéis una cosa? Hace tiempo que ando con ganas de recoger una buena cosecha. No sé cómo acabará todo esto, pero si estáis dispuestos a darme el veinte por cien de las ganancias, podéis contar conmigo al cien por cien.

Por supuesto que le darían ese veinte por cien. Entre otras cosas porque no pensaban encontrar nada de valor allí abajo. Teddy llevaba toda la vida esperando recoger ese fruto, solo esperaba que para una vez que se decidía a recoger la siembra, no se encontrase con la gran fruta podrida entre las manos.

Teddy haría «la ronda» por aquella zona mientras Jeremiah vigilaba que no entrase nadie en el perímetro de seguridad. Después, una vez que los tres chicos hubiesen entrado, los dos guardas se encargarían de colocar la losa en su sitio y, si no pasaba nada, esperarían por allí el tiempo que hiciese falta hasta que estuviesen de vuelta. De vuelta con el tesoro, pensó Teddy.

Aquel era el plan. Se subieron los cinco a la vieja furgoneta de Teddy Chadburn, que puso rumbo al cementerio tras un par de arreones del motor, como él decía. Arrea. Ya no había marcha atrás, si todo iba bien, en breves momentos estarían dentro, en el interior de esa tierra abonada con almas, con muerte, con los secretos más horribles y terroríficos que nadie quisiese conocer.

2

«Y las estrellas del firmamento cayeron sobre la tierra»

Grady conducía preso de la ira en dirección a casa de Paul King, del gran Paul King de los cojones. Debió acabar con él cuando tuvo ocasión en aquel fuego cruzado de la franja de Gaza, o unos años antes, en Afganistán, pero no lo hizo. Y ahora tendría que pagar las consecuencias, las horribles consecuencias. Paul King era esa gentuza de la peor calaña de la que tanto había advertido a su hijo. Ese tipo de árbol que solo da frutos malos, como sus dos hijos.

Lo primero que pensó cuando Joseph Long lo llamó para que fuese a «ayudar» a sacarle «el mal que se trajeron del monte Sión» a Billy King fue, «y una mierda». Se fue directo a por su hijo. Lo sacaría a rastras del instituto si hacía falta y se lo llevaría al otro extremo del país, que es lo que debería haber hecho hacía ya muchos días. Un internado militar de alto rendimiento y en poco más de un año la cagarruta seca de su hijo volvería hecho un hombre, uno de verdad. Pero ni su hijo le cogió las repetidas llamadas que le hizo ni estaba en el instituto cuando llegó. Algo malo se estaba cocinando en aquella vieja ciudad, algo que, de nuevo, tenía como responsable directo a un miembro de la maldita

familia King.

Golpeó con fuerza la puerta de los King y, al no obtener respuesta, bordeó la casa revisando cada una de las ventanas. Nada. Su olfato de sabueso le decía que allí pasaba algo raro. El coche de Joseph Long estaba aparcado a unos metros de la puerta, así que, o se había vuelto andando a casa, cosa bastante improbable, o todavía estaba allí dentro y por alguna razón ni él ni la gentuza de sus anfitriones contestaba. Se acercó de nuevo a la puerta y buscó alguna llave bajo algún macetero. Olvidó que el gran Paul King no hacía esa clase de estupideces. El gran Paul King siempre estaba unos cuantos metros por delante de tus narices. No dejaba llaves escondidas para que el príncipe de los ladrones las encontrase y repasase su casa de arriba abajo. No, él no escondía llaves, él las hacía tragar directamente.

Se acercó a la puerta del garaje, dio unos cuantos golpes y pegó la oreja a la puerta.

Bingo.

Empezó a escuchar gemidos y un ruido parecido al que hace alguien arrastrando pesados sacos de arena. Su instinto le decía que allí dentro había más de una persona atada y amordazada tratando de soltar amarras. Algo en su interior le hizo sonreír al imaginarse al gran Paul King atado y con la boca cerrada por una vez. Y no se perdería esa imagen por nada del mundo.

Sacó su kit abrepuertas, introdujo el punzón en la cerradura, jugó un poco con ella moviéndola arriba y abajo y, al ver que no cedía, sacó la nueva pistola oficial del cuerpo de policía, la Glock 37, y con la culata le arreó un golpe seco sobre la cabeza. El bombín de la cerradura saltó por los aires y, empuñando su arma reglamentaria por si las moscas, abrió la puerta de una patada.

Tal y como se había imaginado momentos antes, ataduras y mordaza. Eso es lo que había en el garaje de los King. Paul, su mujer y el padre Gabriele Di Fulvio estaban atados en bloque en el centro del garaje. Espalda con espalda. Sus bocas bien cerradas con cinta americana. Sus ojos, parpadeantes y ligeramente entrecerrados por el deslumbramiento de la luz natural que entraba por la puerta

que acababa de abrir Grady. Quien quiera que fuese el que los había dejado allí encerrados, Billy probablemente, había tenido la brillante idea de apagarles la luz para que no se pudiesen orientar con facilidad. Siempre era mucho más difícil orientarse en la oscuridad y, también, mantener la calma. Joseph Long, el eterno arrepentido, también había sido atado y amordazado, pero en solitario. Un camarote privado para el señor Long, se dijo Grady para sus adentros con gracia. Estaba tirado en el suelo y se había estado arrastrando por todo el maldito garaje como una oruga. Joseph Long, el hombre que pensó que rezando día sí, día también, conseguiría compensar aquel mal que se trajeron del monte sagrado, compensar aquello tan horrible que un día hicieron. Pues bien, Joseph Long, ya ves a dónde te han llevado todos tus rezos. Pensó Grady viendo cómo suplicaba con la mirada desde el suelo.

Tras unos segundos en los que Grady pareció disfrutar contemplando esa imagen, sacó su navaja táctica y cortó cuerdas y cintas americanas. Paul lo miró con esa mirada suya... esa mirada suya de psicópata. Maldito Paul King de los cojones, con solo una mirada había conseguido que... a Grady se le bajaran un poco los humos. Solo un poco.

—¿Se puede saber qué ha ocurrido aquí? —preguntó Grady con cierta sorna.

—¿A ti qué demonios te parece? ¿Y dónde estabas tú si se puede saber? —respondió Paul con reprobación—. Te recuerdo que esto también es responsabilidad tuya.

—¿Ah sí? Te recuerdo que es tu hijo quien está en un aprieto, y que fue tu otro hijo quien abrió la maldita caja.

Paul, con los ojos envueltos en llamas, cogió a Grady por las solapas de la camisa y apretó los dientes con fuerza.

—Y tú fuiste quien dijo de traérsela de allí, estúpido, tú fuiste quien dijo de sacarla de aquel pozo del infierno y traérmola aquí, a nuestra propia tierra, a nuestra propia casa.

—¿Y qué se supone que debíamos hacer? ¿Dejarla allí para que cualquiera

la encontrase? Yo dije de hacer lo que había que hacer ante un hallazgo como aquel —Se justificó Grady levantando la voz y abriendo los brazos.

—¿Queréis parar de una vez? —dijo Joseph tratando de mediar entre los dos—. ¿Qué importa todo eso ahora? Hay que darse prisa si no queremos que nuestros hijos encuentren eso, dios sabe dónde estarán ahora o si ya estarán abajo. Son nuestros hijos, nuestros hijos, maldita sea. Ya tendréis tiempo de mataros si es eso lo que queréis cuando todo esto termine —dijo Joseph con los ojos enrojecidos.

—¿Qué has querido decir con lo de que ya estarán abajo? —preguntó Grady con un incipiente temblor en el párpado de su ojo izquierdo y, también, en el dedo meñique de su mano derecha—. ¿Es que acaso saben dónde está? ¿Saben lo de Eva y todo lo demás? —Grady no solo no daba crédito a lo que acababa de oír, sino que su cuerpo entero se llenó de puro terror.

—No lo sé, Grady —dijo Joseph tratando de tranquilizarlo—. Lo cierto es que no lo sabemos, pero según las palabras que ha utilizado Billy... parecía saber bastante más de lo que imaginábamos, además, ha dicho hasta en un par de ocasiones que iban a ir «abajo» a averiguar lo que hicimos y lo que escondimos allí. Así que, no sé cómo, pero tal vez los hemos subestimado y han estado averiguando cosas que los han llevado hasta aquello. Hay que darse prisa e ir hasta allí antes de que lo hagan ellos, si es que no lo han hecho ya.

Grady se pasó las manos por la cabeza y se agarró bien fuerte del pelo. Aquello era algo que no hacía desde niño. Cuando la rabia y la impotencia se apoderaban de él, era tal la pulsión que sentía por sacar todo eso fuera que llegaba a arrancarse mechones enteros de pelo, que fue lo que hizo en ese preciso momento, arrancarse un buen manojo de pelo.

—¿Cómo ha sido eso posible? ¿Cómo? ¿Tienen algún mapa? Por dios, ¿tienen la llave? ¿Tienen la llave? —Grady preguntó con incredulidad. No sabía cómo habían podido llegar tan lejos. Él fue el primero que los vio merodear por ahí haciendo estúpidas preguntas sobre viejas leyendas, pero nunca imaginó que pudieran llegar tan lejos, tan solo pensó que aquello no era más que una

curiosidad pasajera de mentes de dieciséis años. Pero si tenían la llave, es porque habían abierto...Dios, qué gran cagada, Hunty, qué gran cagada. Pensó.

—No lo sabemos, Grady, solo que hay que irse ya si no queremos que tanto tu hijo como los nuestros entren allí abajo. Porque si entran, consiguen llegar hasta allí y, dios no lo quiera, tienen la llave...

—...las estrellas del firmamento caerán sobre la tierra, sobre todos nosotros —intervino el padre Gabriele acariciando el crucifijo que colgaba sobre su pecho. Su respiración era ruidosa y durante la última hora se había llevado la mano al pecho hasta en siete ocasiones. Ese achaque, ese infarto que llevaba semanas acechándolo, parecía que, no solo hubiese estado llamando a la puerta con brutal insistencia, sino que ya había incluso echado la puerta abajo. Estaba dentro, tenía hambre, y él era la cena.

Grady miró a Paul con severidad, que le aguantó la mirada hasta que intervino su mujer, Margaret.

—Por el amor de dios, Paul, ve con cuidado allí abajo, y acaba con esto de una vez, por favor, lo necesito, necesito que esto termine —Margaret lo miró con los ojos llenos de lágrimas, de cansancio, abatimiento.

—Eso es lo que voy a hacer, Margaret. Te prometo que voy a terminar con todo esto de una vez, cueste lo que cueste —contestó Paul con un ligero temblor en la voz. Aunque en realidad no pudo evitar pensar que si la otra vez no pudieron destruir aquello, ¿cómo iban a hacerlo ahora? Ese tipo de mal no se destruye, se puede esconder, encerrar durante un tiempo, pero no destruir, por eso aquel Papa debió construir esa caja, para mantenerlo encerrado para siempre. Se dijo Paul mientras trataba de encontrar en su cabeza cuál era el peor de los males. Porque, siempre hay un mal peor que el anterior, de eso no tenía ninguna duda.

Margaret asintió con una desgarradora mueca de dolor y tristeza en los labios y en los ojos.

—Voy arriba a por un par de cosas, enseguida bajo —dijo Paul mirando a Joseph y a Grady con dureza.

Paul cogió las dos pistolas que guardaba en la caja fuerte de su habitación. Le dio una a Joseph y él se quedó la otra. También cogió un par de linternas del garaje y, sin tiempo para más, entraron todos al coche policial de Grady y se dirigieron rumbo al cementerio, a aquel lugar que fue testigo de algo tan horrible y que estaba a punto de rugir de nuevo. Los tres ex militares trataron de recordar, cada uno interiormente, por qué demonios no acabaron y destruyeron aquello cuando tuvieron ocasión. Pero rápidamente recordaron. Oh, claro que recordaron. No lo destruyeron precisamente porque no se podía destruir. Porque esa maldita caja llevaba más de mil años rondando por ahí sin que nadie se hubiese atrevido a acabar con ella definitivamente, una caja que guardaba en su interior cosas malas, cosas realmente malas. Scott King la abrió solo un segundo y dejó escapar de allí algo horrible. Solo dios sabía qué ocurriría si la abrían de nuevo. Pero de algún modo, intentarían de nuevo destruirla. Por supuesto que la harían.

Margaret se quedó en mitad de la calle sintiendo cómo las primeras gotas de una más que inminente tormenta mojaban su pelo y sus brazos. Viendo cómo su marido se alejaba en aquel coche acompañado por el padre Gabriele Di Fulvio y por esos dos hombres que, durante toda su vida, su presencia siempre estuvo asociada a problemas. Problemas para ella. Para su familia. Se santiguó y rezó por que, pasase lo que pasase, acabaran con todo aquello de una vez. La vida no había sido exactamente igual que aquello con lo que ella soñó cuando cumplió los quince, qué caray, no era ni remotamente parecida a esa bella imagen con la que ella soñó cuando tenía quince. Primero perdió a un hijo y, después al otro, pero en el fondo de su ser, en algún lugar de su interior, tuvo la implacable certeza de que las cosas aún podían ir a peor. De hecho, todavía podían ser mucho peor. Claro que sí.

«Abajo»

Antes de que a Jeremiah y a Teddy Chadburn les diese tiempo a terminar ese pequeño teatro con el que estaban despejando un perímetro de seguridad lo suficientemente amplio en las proximidades de la tumba de Eva, el sucio y oscuro cielo de Brooklyn les echó una mano y estalló en una repentina tormenta que despejó la zona en tiempo récord. A nadie le gustaba estar en un cementerio como el de Green-Wood mientras se escuchaba rugir a un cielo que daba la impresión de estar a punto de partirse por la mitad.

Teddy, que se encontraba en el exterior de ese perímetro de seguridad que los dos guardas habían acordonado tímidamente, le hizo una señal a Jeremiah. La señal que habían acordado previamente. Levantó su brazo derecho en alto empuñando su linterna y lo movió a izquierda y a derecha como un asistente de controlador aéreo «dándole pista» a un piloto para aterrizar.

Jeremiah le hizo un par de «luces» con la linterna y se dijo para sus adentros, buen trabajo, Teddy Chadburn. Se giró hacia los tres chicos y les hizo las dos «luces» a ellos. Camino despejado, chicos, id con dios.

Había llegado el momento.

Billy, Jules y Hunter se miraron durante un instante bajo esa cortina de agua que había empezado a arreciar. La tumba ante la que se encontraban había cambiado sus vidas totalmente en tan solo unas semanas. Una tumba que, diez años antes, fue testigo de un terrible horror que estaban a punto de conocer en toda su magnitud.

Sin tiempo que perder, cada uno cogió su barra de acero para hacer palanca y, antes de introducirla bajo la losa que cerraba el sepulcro de Eva, Billy quiso decir algo.

—Esperad —Billy había llegado hasta allí casi por inercia. La náusea, el dolor de cuello (ese maldito dolor en la parte posterior de su cuello), los dolores musculares y de piel, y esa horrible sensación de tener la boca llena de tierra y de raíces secas, se habían intensificado de tal manera que, no solo tenía la

sensación de estar a punto de volverse loco, sino de que todo aquello, tal y como le había dicho su padre, no eran más que los síntomas del final de una posesión, una que duraba ya diez años y que, al fin y al cabo, era la razón por la que se había mantenido con vida durante tanto tiempo. De nuevo, el miedo a morir, el miedo a ya estar muerto, lo apretó bien fuerte del cuello, de su pecho, de su cerebro. Pero tenía que seguir. Todavía tenía algo que hacer y que descubrir. Y lo haría.

—¿Qué ocurre, Billy? —preguntó Jules levantando su temeroso rostro completamente empapado por la intensa lluvia.

—No ocurre nada, es solo que... me gustaría decirlos que... bueno, en fin... que no podía haber tenido amigos mejores que vosotros y que, más que amigos, sois mis hermanos, eso es lo que sois para mí. Hermanos. Gracias por estar siempre ahí, chicos, gracias por... estar siempre ahí —Los ojos de Billy derramaron un par de lágrimas que, a pesar del agua que caía, fueron completamente visibles.

—Eh, Billy, no sé qué te preocupa, amigo, pero te aseguro que vas a tener que verme la cara toda la vida, porque lo creas o no, yo voy a estar siempre ahí viendo la tuya —dijo Hunter poniendo una mano sobre su hombro. Billy asintió con ternura.

—Lo mismo digo, Billy. Los dos sois mis mejores amigos, qué digo mejores, sois mis dos únicos amigos, mi familia, y pase lo que pase, quiero que sepáis que sin vosotros no sé qué sería de mí ahora, no sé qué sería de mi vida. Me habéis dado algo que está más allá de las promesas, los sueños y las ilusiones, me habéis dado realidad, una en la que creer y en la que confiar, por la que luchar y, sobre todo, por la que hacer cosas como la que estamos a punto de hacer —dijo Jules sonriendo mientras no pudo evitar que también le cayesen dos lágrimas.

Los tres se miraron con orgullo y, sin nada más que decir, se agacharon para terminar lo que habían empezado. Porque en el fondo, detrás de cada una de las razones personales que los tres pudiesen haber albergado en su interior en algún

momento, aquello lo hacían no solo por descubrir qué le pasó a Eva o a Scott, sino porque aquello era algo suyo, de los tres. Esa búsqueda los había unido aún más, esa búsqueda les había enseñado bastantes cosas más aparte de conocer unos cuantos secretos y horribles verdades. Les había enseñado no solo hasta dónde podía llegar cada uno de ellos y de lo que podía ser capaz, sino de lo que podían hacer los tres juntos y hasta dónde podían llegar. Margaret dijo alguna vez que alguna clase de objetos decorativos hacían «casa», hacían «hogar». Pero lo cierto es que también existían algunos tipos de aventuras y de vivencias que hacían «amistad», y eso era precisamente todo aquello, algo que hacía «amistad». Una de esas que solo se tiene a los dieciséis.

Introdujeron las palancas bajo la losa y, tras tres intentos sin éxito, consiguieron mover la pesada piedra lo suficiente para meterse dentro. Aunque no contaban con aquello que vieron en el fondo del agujero cuando movieron la losa. De nuevo, sus pulmones parecieron cerrarse y su corazón detenerse por completo durante un instante. No se acordaban, pero aún así, acojonaba. La cabeza de Júpiter. Claro. Allí estaba esperándolos. Jeremiah les habló de la terrible decapitación de su perro, pero no les dijo nada de qué había sido de la cabeza ni si la había recuperado. Pues no, no la había recuperado, el sepulturero se pasó tres días enteros bebiendo sin parar, y la cabeza allí estaba. Los tres se miraron con un principio de ansiedad pensando que a ver quién era el valiente que entraba allí primero y procedía a buscar ese mecanismo que abriese la compuerta que, si no estaban equivocados, debía estar bajo el suelo de tierra de esa fosa. A ver quién era el valiente con la cabeza de Júpiter por allí rodando. Nuevamente fue Billy quien dio un paso al frente. Se quitó la chaqueta de piel de Scott y, tras quedarse mirándola durante un instante, pensó, ya va siendo hora de despedirse, hermano. La echó sobre la cabeza de Júpiter y los tres le dedicaron unos segundos de respeto al mordedor de Jeremiah.

Billy saltó al interior de la fosa y Hunter y Jules lo hicieron casi inmediatamente después. Los tres empezaron a buscar por el suelo algún tipo de mecanismo, de palanca de accionamiento de esa compuerta que debía estar bajo

sus pies. La lluvia caía con fuerza, a lo lejos escucharon a Jeremiah gritar si les faltaba mucho, el sepulturero estaba casi más nervioso que ellos. Billy le gritó que esperase, y que cerrase la boca. Finalmente, fue Jules quien encontró la pequeña palanca. No estaba en el suelo, sino en una de las paredes de la fosa. Era bastante pequeña y sobre todo pasaba muy inadvertida, lo suficiente como para poder darle una patada sin darte cuenta, que fue lo que debió pasar la otra vez.

Jules accionó la palanca y los tres contuvieron el aliento esperando a que el suelo se abriera bajo sus pies y los condujera directamente a ese misterioso lugar que se encontraba «abajo». Tardó unos segundos en moverse, aquellas compuertas eran bastante rudimentarias y los pernios sobre los que se articulaban tenían un gran rozamiento, pero empezaron a moverse tras un sonoro graznido, parecido al eructo de una ballena que les recordó, naturalmente, al ruido que escucharon la primera vez. El día que salieron corriendo como locos. Antes de que las compuertas terminaran su lento movimiento de apertura, Billy asomó la cabeza por fuera y le hizo la señal a Jeremiah para que pusieran nuevamente la losa en su sitio.

Tras un par de segundos, las compuertas se abrieron lo suficiente para poder entrar.

Alumbraron con la linterna el agujero que se acababa de abrir bajo sus pies y al principio solo vieron oscuridad. Hasta que la pequeña nube de polvo que se había formado bajo ellos se disipó, no vieron absolutamente nada. Después, poco a poco, fue apareciendo ante sus trémulas miradas el dibujo del ataúd de Eva a unos dos metros más abajo. Dos metros de caída que tendrían que librar de un salto. Efectivamente, Billy no había errado en su brillante razonamiento y allí empezaba ese recorrido que los llevaría hasta... ¿hasta dónde? Los tres se miraron con una ligera sonrisa y, esta vez, fue Hunter quien se hizo el ánimo y saltó el primero. Lo siguieron Jules y Billy y los tres se quedaron observando en silencio el ataúd de Eva y cómo sobre sus cabezas, las compuertas empezaban su lento retroceso para volverse a cerrar. Ya no había marcha atrás. Solo había un

camino y una dirección, recto y hacia delante.

La caja estaba medio rota. Las esquinas partidas por la caída y el portón superior ligeramente desencajado. El golpe que se llevó con la caída había estado a punto de partirla, pero había aguantado. Y lo más importante, el cuerpo de Eva no estaba a la vista, seguía allí dentro.

Hunter sujetó el mapa con una mano y le pidió a Jules que alumbrase sobre él. Con la otra mano sujetaba un lápiz y el machete de supervivencia de Jeremiah. Trataba de establecer puntos de orientación y de interpretar hacia dónde los llevaría ese rudimentario plano de recorrido. Una vez hubo marcado unos cuantos puntos con unas aspas y haber realizado un par de anotaciones, enganchó el machete en un lateral de su pantalón y tanto él como Jules vieron que Billy se había acercado al ataúd de Eva y que... estaba acariciándolo por encima con un par de lágrimas cayéndole por los ojos.

—¿Te encuentras bien, Billy? —preguntó Hunter.

Billy se giró con los ojos empañados y asintió sin decir nada más.

—Está bien. Sigamos, es por aquí —dijo Hunter señalando un estrecho y oscuro pasadizo.

Él se colocó primero, sujetando el plano con una mano y la linterna con la otra, de tanto en tanto revisaba la brújula del machete y realizaba nuevas anotaciones en el mapa. Anotaciones para que no se perdiesen en aquellos oscuros túneles para siempre. «Puntos de apoyo», como su padre decía. Tras él iba Jules y unos dos metros más atrás estaba Billy, que caminaba arrastrando ligeramente los pies y haciendo un extraño ruido al respirar que cada vez era más elevado.

La oscuridad allí abajo era total. A pesar de llevar las tres linternas encendidas, apenas se podía ver nada a un par de metros por delante de ellos. No tenían ni idea de quién haría esos túneles, si los hicieron Paul y Joseph y ese tercer hombre o si ya estaban allí anteriormente por alguna otra razón. Jules había leído en más de una ocasión que durante la guerra de la Independencia y también posteriormente se habían excavado muchos túneles de ese tipo por esa

zona como estrategia militar y también como vías de paso y de escape para el contrabando.

Había zonas en las que la tierra estaba más seca y más suelta y se levantaba del suelo con facilidad, provocando que se formaran pequeñas nubes de polvo que dificultaban la visión y la respiración todavía más. En cambio, en otras zonas, la humedad era mayor y la tierra y las paredes por las que pasaban estaba como más mojada, más compacta. Eso hacía, por contra, que el olor a humedad y a ciénaga fuese más intenso. A medida que iban avanzando, los pasillos se iban estrechando, caminaban prácticamente agachados e iban apoyando las manos en esas paredes que soltaban tierra solo con tocarlas. Los tres guardaban silencio y, poco a poco, en el interior de cada uno de ellos empezó a crecer una asfixiante y agobiante sensación de claustrofobia como nunca antes habían sentido. Una ligera ansiedad acompañada con una más que evidente falta de oxígeno hizo que los tres se pararan durante un momento y se preguntaran, ¿dónde demonios estamos y hacia dónde narices nos dirigimos? Algo así como lo que alguien se puede preguntar, sin previo aviso y sin pensar, en cualquier momento de su vida ante la pérdida de objetivos y de perspectiva. El miedo empezó a apoderarse de cada uno de ellos. Las dudas, a crecer en su interior. En esos momentos era inevitable pensar que, un pequeño derrumbamiento en alguno de esos túneles y quedarían atrapados allí abajo para siempre. En un lugar donde gritar o llorar no servirían absolutamente de nada.

—Hunter, ¿Estás seguro que sabes por dónde vamos? —preguntó Jules entre jadeos.

—Sí, creo que sí, lo que pasa es que este plano...

—¿Qué pasa con el plano?

—Pues que no está bien hecho, ya os lo dije, no es del todo fiable, quiero decir, sí es fiable, pero no exacto. No sé cuánto de largo es un camino ni tampoco si es más o menos estrecho, mucho menos si baja o si sube. No sé quién demonios haría esto pero desde luego, o tenía prisa por terminar o... no tenía pensado volver nunca aquí abajo.

Tanto Jules como Hunter escucharon tras ellos el ruido de un mechero encendiéndose. Se giraron y vieron a Billy, más pálido y con peor aspecto que nunca, encendiéndose un cigarro.

—¿Pero se puede saber qué demonios haces, Billy? Nos vamos a ahogar — Le recriminó Jules con enfado.

Billy le dio una fuerte calda y tiró el cigarro al suelo. Levantó las manos y se disculpó en silencio.

Hunter y Jules se miraron y, sin atreverse a decirlo, los dos se preguntaron qué demonios le pasaba a Billy, qué era eso que lo tenía cada vez más apagado y más... ausente.

Mientras Hunter revisaba de nuevo el plano con la única compañía del ruido de la tierra al crujir bajo sus pies y de sus propios jadeos cargados de fatiga, los tres pudieron escuchar un fuerte ruido a lo lejos. Un ruido que hizo que se buscaran mutuamente con las miradas y se preguntaran qué demonios había sido aquello y de dónde procedía. Guardaron silencio para ver si se repetía y, apenas un par de segundos después, se volvió a escuchar, esta vez más nítido, más fuerte.

Era un ruido parecido... al de la losa moviéndose.

—¿Qué coño ha sido eso? ¿De dónde viene ese ruido —preguntó Jules con nerviosismo.

—Me parece que alguien viene, alguien viene detrás de nosotros —dijo Hunter tratando de determinar la procedencia de ese ruido.

—Son ellos, hay que darse prisa —dijo Billy alentando a Hunter a que continuase guiándolos.

—¿Ellos? ¿Quién son ellos? —preguntó Jules completamente aterrado.

—Ellos, ya os lo dije. Nuestros padres y el sacerdote, tal vez ese tercer hombre del que os hablé. No van a querer que llegemos hasta el final, así que, si no queremos que nos atrapen, hay que darse un poco más de prisa. ¿Tú qué dices, Hunter? ¿Crees que podemos ir un poco más deprisa? ¿Cuánto crees que nos falta para llegar?

Hunter se encogió de hombros sujetando el mapa con la mano.

—No lo sé, no puedo determinar con exactitud cuánto tardaremos en llegar, ya os he dicho que esto no está del todo bien hecho, a veces parece que avanzamos rápido y otras que apenas nos hemos movido del sitio. No es sencillo, ¿sabéis?, pero sí, supongo que puedo intentar acelerar un poco el paso.

—Perfecto, Hunter, pues adelante. Sigamos —dijo Billy con unas terribles ojeras de un feo color morado.

—Por cierto, ¿no habéis notado que la temperatura ha descendido bastante durante los últimos minutos? —preguntó Jules frotándose los brazos.

—Sí, claro que lo he notado. A medida que hemos ido bajando hacia abajo, por alguna razón, la temperatura también ha ido bajando —dijo Hunter.

—¿Bajando, dices? ¿Qué demonios? ¿Cómo que bajando? ¿A cuánta distancia estamos de la superficie? —preguntó Jules cada vez más preso de la ansiedad y del pánico. El miedo a no saber hacia dónde se dirigían, a no saber volver y a no volver a ver más a la pequeña Josie era cada vez más intenso y más insoportable.

—No lo sé exactamente, Jules, pero agradecería que te tranquilizases un poco, ¿quieres? No sé a cuánta distancia de la superficie estamos, pero por si no te has dado cuenta, desde que hemos salido hemos ido bajando poco a poco. Puede que... no sé, yo diría a unos treinta metros de la superficie.

—¿Treinta? ¿Treinta metros de desnivel? ¡Eso es una maldita locura, hay que volver! —dijo Jules en un susurrante y elevado tono de voz.

—Tranquilízate y respira con calma, Jules, no hemos venido aquí abajo para marcharnos a mitad de camino. Ya sabíamos que esto no iba a ser fácil y que podíamos encontrarnos con cosas que desconocíamos.

Jules cerró los ojos durante un instante y levantó las dos manos mientras asentía en silencio. No dijo nada, pero hizo un gesto que Hunter interpretó como un «está bien, sigamos».

Antes de reanudar la marcha, los dos se quedaron mirando a Billy que, no solo no había abierto la boca en ese pequeño debate, algo impropio en él, sino

que tampoco había manifestado tener ningún frío, con el añadido de que además él iba sin chaqueta, se la había quitado para tapar la cabeza de Júpiter y solo llevaba encima una camiseta.

—Vamos, sigamos, no podemos perder más tiempo si no queremos que nos alcancen —dijo Billy haciendo que sus dos amigos mirasen de nuevo hacia delante y reanudasen la marcha hacia el interior de esos túneles que, a cada paso, parecían estar conduciéndolos más y más hacia un lugar más inhóspito, más inhabitable, más terrorífico.

*

Paul, Grady y Joseph, con el padre Gabriele Di Fulvio a sus espaldas guardando silencio y tratando de llegar hasta el final de ese tormento, tardaron aproximadamente un minuto en conseguir que Jeremiah abriese la boca y confesara. El sepulturero se vino abajo al segundo tortazo que le dio Grady. Le dijo que, efectivamente, los tres chicos, sus hijos, habían entrado allí abajo. Tras mover nuevamente la losa, los tres ex militares entraron, diez años después, en el interior de aquella fosa.

Ninguno pudo evitar sobrecogerse cuando accionaron la palanca y vieron la caja de Eva allí abajo. Tirada. Silenciosa. Parecía estar esperándolos para llevar a cabo su particular venganza. Habían visto unas cuantas atrocidades en sus años como militares, algunas de ellas, bastante inolvidables y, otras, incluso difíciles de creer. Pero lo de Eva Goth... aquello era otra cosa...

—¿Estás seguro que sabrás llegar, Grady? —preguntó Paul viendo cómo Grady parecía tener problemas para saber siquiera cómo colocar el mapa.

—¿Estás de broma? ¿Quién demonios crees que dibujó el mapa?

—Tranquilo, solo te lo preguntaba, estúpido.

—Y yo solo te respondía, desgraciado...

Paul y Grady volvieron a retarse con la mirada allí abajo, justo cuando las compuertas que había sobre ellos se cerraban y quedaban completamente a

oscuras.

Tras un par de segundos de tensa pausa en los que todos pudieron escuchar a la perfección la evidente dificultad que presentaba Gabriele para respirar, fue Joseph quien cortó con esa interminable disputa que duraba ya... ¿toda la vida?

—¿Se encuentra bien, padre? —preguntó Joseph viendo los silbidos que emitía el pecho del cura cada vez que trataba de coger aire.

—Sí, estoy bien, aguantaré —dijo Di Fulvio con la voz temblorosa.

Nadie tenía la menor duda de que, en el extraño caso de que Gabriele consiguiera llegar hasta allí «abajo», lo tendría realmente complicado para volver a subir. Pero el padre Gabriele estuvo entonces, y estaría ahora. Desde luego que sí.

—Está bien, sigamos, es por aquí —dijo Grady señalando uno de los pasadizos.

Paul se situó tras él y detrás siguieron Joseph y el padre Gabriele.

Los cuatro hombres sabían hacia dónde se dirigían, qué era con lo que se encontrarían, y eso no hacía sino aumentar más y más un miedo y una tensión que creían haber dejado encerrado para siempre allí abajo. En ese tenso y molesto caminar, fue Joseph quien rompió de nuevo el hielo.

—¿No os parece curioso que nuestros tres hijos hayan terminado siendo amigos a pesar de... de haber intentado que no lo fuesen? A veces tengo la impresión de que la vida se empeña por alguna razón en llevarme siempre la contraria. Como si quisiera joderme por algún motivo y se dedicase a propiciar que pase todo aquello que yo no quiero que pase.

—Déjalo, anda, Joseph —dijo Paul con solemnidad.

—Es la verdad —reiteró Joseph.

—Ya sé que es la verdad, pero déjalo.

Grady, tratando de guardar silencio para no estallar de nuevo en una guerra con el hombre que tenía detrás y con toda su maldita familia, pensó en cómo demonios se habían hecho los tres chicos con una copia del mapa y cómo habían sabido leer e interpretar ese plano que, no era precisamente el mejor de los

planos. Por su cabeza pasó la posibilidad de que tal vez, su hijo, después de todo sí le hubiese prestado atención cuando él creía que solo pensaba en las musarañas. Tal vez, su hijo no fuese el estúpido que creía que era y a lo mejor, solo a lo mejor, se había equivocado en algunas cosas con él.

*

La temperatura había bajado unos tres o cuatro grados más y tanto Jules como Hunter habían empezado incluso a tiritar. Billy no daba muestras de encontrarse mal con ese extraño frío, aunque seguía haciendo ese molesto ruido al respirar y arrastraba los pies con pesadez como si llevase un cubo de cemento atado en cada pierna.

La sensación de estar descendiendo cada vez más se hacía más evidente a cada paso, los túneles se estaban estrechando aún más, el oxígeno empezaba a escasear de verdad y, hasta en un par de ocasiones, habían visto circular ante ellos alguna que otra lombriz y algún que otro escarabajo que, sin ser algo del todo ofensivo, sí les había resultado bastante repugnante.

Los jadeos y los pasos de las tres figuras encorvadas que descendían hacia las entrañas de la tierra era lo único que se escuchaba y, esos ruidos, no hacían sino aumentar más el nerviosismo de cada uno de ellos, sobre todo de Jules. Hacía ya rato que estaba sintiendo una opresión en el pecho cada vez más molesta y más insoportable. No sabía si llegaría hasta allí abajo, no sabía si sería capaz de volver a subir. Tenía calambres en las piernas, le dolía la espalda y, por encima de todo, había empezado a perder la esperanza y la fe en todo aquello. En el descenso.

—¿Falta mucho, Hunter? —preguntó Jules con fatiga.

—Espera —dijo Hunter deteniéndose ligeramente para observar de nuevo el mapa—. Mierda.

—¿Qué ocurre? —preguntó de nuevo Jules con pánico en la voz.

—Nada, mi linterna se ha quedado sin pilas. ¿Me prestas la tuya, Jules?

Como yo soy el que va delante, necesito ver por dónde voy.

—Sí, claro —Jules le tendió su linterna y Hunter se afanó de nuevo en ver el plano de recorrido hecho a mano—. Bien, bueno, no es seguro, pero me parece que ya falta poco, aproximadamente debe quedar de un tercio a un cuarto del recorrido. Vamos, chicos, solo un poco más y habremos llegado —dijo Hunter tratando de animar a Jules y a Billy, que asintió en silencio con ese mortecino aspecto que presentaba.

Reanudaron la marcha y Jules cogió un poco de aire al escuchar las alentadoras palabras de Hunter. Un poco de aire y una ráfaga de esperanza renovada. Esperanza de poder volver a casa sano y salvo y poder cuidar de su hermana Josie y de su madre. Se dijo, mientras sonreía internamente, que aquella era la última vez que se metía en un lío como aquel. Desde luego que sí. Un lío de tres pares de narices.

Unos cuantos metros después, fue Billy el que intervino tras bastantes minutos en ese extraño y ruidoso silencio.

—Jules.

—¿Sí, Billy?

—¿Puedo preguntarte algo?

—Sí, claro, dispara.

—¿Podrías recordarme cuáles eran los síntomas de una posesión demoníaca? Ya sabes, aquellos que nombraste cuando nos dijiste que tal vez mi hermano y Eva estaban... ya sabes.

Jules se quedó un instante pensando por qué Billy le estaba preguntando eso en ese preciso momento. Hunter seguía a lo suyo avanzando en la oscuridad con el mapa en la mano y no parecía estar demasiado pendiente de lo que se decía un poco más atrás.

—Sí, claro, Billy —dijo Jules mientras seguía el paso firme de Hunter y podía escuchar y sentir la fría presencia de Billy tras él. Esa presencia que, durante las últimas horas, se había ido haciendo cada vez más siniestra—. La posesión demoníaca, por norma general, se comporta como una especie de

infección. Digamos que es algo así como una infección parasitaria. Al principio, la persona que ha sido poseída puede no sentir nada raro, pero solo al principio, mientras dura el periodo de asentamiento en su cuerpo por parte de ese espíritu o esa entidad que ha entrado en él. Normalmente, el objetivo de ese espíritu es hacerse con el control total del cuerpo en el que está o, al menos, lograr que ese cuerpo, que esa persona, haga lo que él quiere que haga. Así que, tras haberse asentado, lo segundo que hace es tratar de ganarle terreno al espíritu, alma o lo que sea de la persona que ha poseído. Este segundo nivel se suele manifestar con síntomas tales como que la persona poseída empiece a hacer cosas y a sentir atracción por determinados objetos, sabores o lugares por las que antes no tenía demasiado interés.

—¿Como qué? —preguntó Billy tras él.

—Como por ejemplo empezar a desarrollar gustos por comidas que antes detestaba, empezar sentir deseos por hacer ciertas actividades que no había hecho nunca o, simplemente, tener la necesidad de hacer algo que hasta ese momento incluso desconocía. Bien. Tras ese periodo...

—¿Cuánto dura ese periodo?

Jules se quedó un momento pensando en las directas preguntas de Billy.

—No lo sé, Billy, no hay normas ni reglas para esto. Pero supongo que cada fase puede durar... qué se yo, puede durar lo que le dé la gana, supongo. Días, meses, años, qué sé yo, no hay normas al respecto. Bien, como iba diciendo, tras ese periodo, la posesión se vuelve cada vez más intensa, más insidiosa, y la persona poseída puede empezar a desarrollar ciertas habilidades que antes no tenía.

—¿Habilidades como cuáles?

—Las más frecuentes son tener el conocimiento de cosas del pasado que nadie más conoce y que, sobre todo, la persona que ha sido poseída, jamás podría haber conocido por sí misma. También podría conocer cosas que van a pasar en breve y, en menor medida, se han dado casos de telequinesis y piroquinesis. Ya sabes, mover objetos solo con la mente o hacer que ardan como

por arte de magia. Pero como digo, esto es mucho más infrecuente y también ha sido mucho menos documentado. Ah, sí, también se han descrito casos de levitación, ya sabes, la persona poseída se eleva del suelo y queda suspendida en el aire como si fuese un maldito globo de helio.

—¿Qué has querido decir cuando has dicho lo de saber cosas del pasado? Lo de que podría conocer cosas que nadie más conoce.

Jules se quedó de nuevo pensando en la insistencia de Billy. Concretamente en la insistencia por ese aspecto en particular.

—He querido decir exactamente lo que he dicho. La persona poseída puede tener la extraña habilidad de conocer por ejemplo algo que pasó hace muchísimos años, no sé, algo que pasó en la buhardilla de una casa victoriana hace cien años, por ponerte un ejemplo. Puede conocer cosas de la vida de una persona que nadie más conoce, como los secretos más oscuros. Es una especie de adivinación, también puede conocer cosas de un objeto o cosa con solo tocarlo, a esa habilidad en concreto se la conoce como psicometría. Pero como digo, esto, ni es una ciencia exacta ni, obviamente, ha sido científicamente probado. Todo está basado en la documentación y el testimonio de los muchos casos que se han producido a lo largo de la historia.

Tras un breve silencio en el que Billy no dijo nada, Jules reanudó su exposición.

—Ah, se me olvidaba, la persona poseída también puede dar muestras de conocer idiomas de los que anteriormente no tenía ni idea. Lenguas muertas, sobre todo. Supongo que dependerá de... qué sé yo, del tipo de entidad demoníaca que ha llevado a cabo la posesión... Y también, bueno, esto puede no parecer demasiado llamativo a primera vista, pero sí lo es cuando va a más. Es lo que se conoce como el «apagón». Es cuando la persona poseída empieza a experimentar una especie de lagunas mentales, ya sabes, como cuando no recuerdas muy bien qué ha pasado en un determinado momento o cómo has llegado a cierto lugar. A medida que pasa el tiempo, la persona que ha sido poseída encuentra que cada vez le cuesta más recordar o ser consciente de lo que

le ha ocurrido o ha hecho durante el día.

De nuevo, se produjo un pequeño y tenso silencio en el que solo se escuchaban esas respiraciones ruidosas y cargadas de dióxido de carbono exhalado. El ruido de la tierra al caminar y las pequeñas piedrecitas que se desprendían de la pared al apoyar las manos sobre ellas.

—¿Y cuál es la última fase? ¿Qué ocurre después? —preguntó Billy tras esa pequeña pausa.

Jules había empezado a sentir cómo la presencia de Billy tras él se le hacía cada vez más molesta. En realidad, más que molesta, le había empezado a aterrorizar tenerlo detrás. Se sentía como en una de esas pesadillas en las que no puedes ver nada, solo sientes la inminente llegada de una grave amenaza.

—La última fase llega cuando la posesión ha alcanzado un estado de maduración tal que, el cuerpo de la persona poseída ya no puede soportar más esa entidad demoníaca en su interior. Se inicia una especie de lucha en la que el cuerpo quiere expulsar a la entidad y esa entidad responde atacando a ese cuerpo haciéndole heridas de diferentes tipos, parecidas a las que vimos en aquellas fotos de... de Scott. Esa lucha se intensifica hasta que, o bien la entidad demoníaca se va, o bien se hace con el control definitivo, o bien... la persona muere y todo termina... que se sepa, vamos...

De nuevo se produjo ese molesto silencio en el que tan solo se escuchaban los tensos y serpenteantes jadeos de Billy.

—Creo que ya estamos llegando al final, chicos, unos cuantos minutos más y estaremos —intervino Hunter girándose ligeramente hacia atrás.

Escuchar aquello fue un verdadero alivio, sobre todo para Jules, que con cada pregunta de Billy parecía estar sintiéndose más acechado por algo que lo inquietaba cada vez más. Pero aún le faltaba una pregunta, la última.

—Perdona, Jules, pero tengo una última pregunta —dijo Billy entre jadeos.

—Si todo va bien, creo que en unos tres minutos estamos, chicos —dijo Hunter de nuevo con la voz cargada de satisfacción.

—Claro, Billy, pregunta —dijo Jules respondiendo a Billy.

—Esas posesiones de las que hablas, ¿son siempre producidas por una entidad demoníaca?

—¿Qué quieres decir?

—Que si una posesión podría estar producida por... digamos el espíritu de otra persona en lugar de por una entidad demoníaca...

—No lo sé, Billy, no puedo responderte a eso, pero imagino que... sí, podría ser —dijo Jules sintiendo cada vez más esa extraña e invisible amenaza a tan solo unos centímetros de él—. Billy...

—¿Sí?

—¿Por qué me estás haciendo todas estas preguntas? —La voz de Jules sonó a... miedo puro. Estaba a punto de echarse a llorar.

—Jules, quiero enseñarte una cosa. Gírate y mira esto —dijo Billy con esa voz arrastrada y cada vez más irreconocible.

Jules empezó a jadear y, por alguna razón, no respondió ni tampoco se giró.

—Jules —dijo de nuevo Billy levantando un poco más la voz—. Gírate y mira esto. Vamos. Quiero enseñarte una cosa. Vamos, Jules, gírate y mira esto, quiero que veas esto, Jules. Vamos.

Esta vez Hunter sí escuchó lo que estaban diciendo tras él. Y se detuvo de golpe. El tono y la voz de Billy eran... Jules se detuvo detrás de Hunter, totalmente inmóvil, no se atrevía a girarse, no se atrevía a mirar eso que Billy quería que viese. Los dos estaban aterrados, paralizados por el miedo. ¿Quién era ese que tenían justo detrás de ellos?

—Jules, anda, hazme el favor y gírate de una vez. No tengas miedo. Y mira esto, mira esto, Jules. Quiero que mires esto y me digas qué ves.

Jules apretó con fuerza los ojos y los dientes, una lágrima se escapó entre cada uno de sus párpados, y con el corazón a punto de fibrilar, empezó a girarse hacia Billy lentamente. Muy lentamente.

—¿Se puede saber qué estás haciendo, Jeremiah? ¿Acaso te has vuelto loco? —preguntó Teddy Chadburn con incredulidad mientras veía cómo Jeremiah trataba de accionar de nuevo esa palanca que abría las compuertas que había bajo la tumba de Eva. Con él estaba Saturno, el mordedor. Preparado para morder.

—Ya sabes lo que estoy haciendo, Teddy, y ni tú ni nadie me lo va a impedir. Ya estoy harto, harto de soportar toda la vida a tipos como ese malnacido de Grady, pero te aseguro que esta vez no se saldrá con la suya, no voy a dejar que le haga daño a ningún muchacho, a nadie más, maldita sea — Jeremiah tenía el labio y la ceja izquierda partida. Bien partida. Los dos tortazos con los que lo había dañado y humillado Grady habían sido implacables. La sangre corría por su cara diluida por esa incesante lluvia que apenas dejaba ver nada con claridad. Saturno, completamente empapado, brillaba con esplendor gracias a ese hipnótico reflejo que emitía su negro pelo. Estaba dispuesto a hacer lo que hiciese falta por Jeremiah. Lo que hiciese falta.

—Vamos, Jeremiah, no seas estúpido y sube aquí otra vez. No sabes lo que hay ahí abajo ni lo que te puede esperar. Sube aquí ahora mismo y espera a que regresen, vamos, Jeremiah, te ordeno que subas —Teddy Chadburn siempre se sintió el jefe de Jeremiah, aunque en realidad solo era más mayor y más frágil que él.

—Lo siento, Teddy, pero esta vez voy a hacer algo diferente a eso de lo que llevo ya diez años arrepintiéndome. Esta vez voy a hacer lo que creo que tengo que hacer, no lo que me han ordenado que haga, esta vez voy a hacerlo bien, Teddy, no voy a volver a fallar —Los ojos de Jeremiah estaban cubiertos de lágrimas y su voz se iba volviendo más temblorosa con cada palabra. En aquel momento, Teddy Chadburn comprendió que, efectivamente, Jeremiah tenía una enorme cuenta pendiente con su vida, con su pasado, y había llegado el momento de pagarla. Y ni él ni nadie debían interponerse ante alguien en semejante situación.

—Está bien, Jeremiah, ve con cuidado y... vuelve —dijo Teddy con

solemnidad.

Jeremiah asintió y, sin tiempo para más, se lanzó hacia el interior de esa fosa que todavía estaba a medio abrir. Le dio un par de besos a Saturno en la frente y lo apretó contra él con todas sus fuerzas entre lágrimas.

—Guíame hasta ellos, Saturno, ¿puedes hacerlo, amigo? Guíame hasta los chicos y acabemos con esto de una vez.

Saturno le dio un par de fuertes lametazos en la cara y salió lanzado, Jeremiah tras él con la linterna en la mano, por uno de esos estrechos pasadizos que conducían directamente a...

*

—¿Dónde demonios estamos, Grady? ¿No se supone que sabías llegar? —dijo Paul con evidente molestia en la voz. A todos les dolían las rodillas y la espalda. Les faltaba el oxígeno y, sobre todo, les aterraba llegar tarde allí abajo. Llegar cuando ya fuese demasiado tarde.

—Por supuesto que sé llegar, demonios, pero me sería más sencillo si no me anduvieses todo el tiempo preguntando y desconcentrando.

—Es la segunda vez que te pregunto y te aseguro que no lo hubiese hecho si tuvieses la menor idea de por dónde vas.

—Sé por dónde voy, maldita sea, sé por dónde voy.

—¿Queréis parar ya de una vez? —dijo Joseph tratando de apaciguar de nuevo los ánimos.

Grady y Paul volvieron a retarse con la mirada y, en medio de ese tenso silencio, todos pudieron ver cómo el padre Di Fulvio caía de rodillas al suelo con un terrible jadeo y la frente empapada de sudor, a pesar del intenso frío que hacía allí.

—¡Padre! —dijo Joseph tratando de socorrerlo. Di Fulvio lo apartó con una mano y pareció decirle que no se acercara, que no le robara el cada vez más escaso oxígeno de allí abajo.

—Estoy bien... sigamos... —dijo Gabriele tratando de levantarse de nuevo ayudándose de Joseph.

—Eh, mirad, acabo de encontrar algo —dijo Grady agachándose para recoger un objeto del suelo. Era una linterna con el cuerpo metálico. La linterna que había tirado al suelo por falta de pilas su propio hijo tan solo unos minutos antes. Grady la palpó de arriba abajo y la olisqueó como un perro. Su instinto de sabueso, de «buscador», que era como lo llamaban en el ejército, «buscador»—. Todavía está caliente, debe haberse quedado sin pilas. Sigamos, están muy cerca.

Los cuatro hombres aceleraron el paso. Tenían que llegar antes que ellos si no querían que...

*

—¿Qué demonios es eso, Billy? —dijo Jules mirando el torso desnudo de su amigo. Se había levantado la camiseta y observaba a sus dos amigos con ese color de cara mortecino, los labios totalmente cortados y la conjuntiva de los ojos amarilla. Las pupilas también se le habían dilatado de forma asombrosa y a pesar de que Hunter lo estaba alumbrando, apenas parecía sentir molestia como consecuencia del exceso de iluminación.

—No lo sé, Jules, te lo pregunto a ti —dijo Billy con esa voz rasgada y apagada.

Hunter y Jules se habían quedado totalmente paralizados al ver el torso de su Billy. Estaba lleno de feas heridas. Arañazos. Cortes. Zonas amoratadas y, en alguna que otra parte, tenía la piel como agrietada.

—¿Cómo te has hecho eso, Billy? ¿Y desde cuándo lo tienes? —Jules apenas podía hablar. Sentía su corazón palpar con fuerza y tras él, la respiración de Hunter totalmente descontrolada. No sabían si echar a correr con todas sus fuerzas o romper a llorar y a gritar con más fuerza todavía.

—Creo que ya sabes... creo que ya sabes que no me lo he hecho yo, Jules. Yo no he sido. Pero las heridas están ahí, ¿verdad? —La voz de Billy era

aterradora. Pero la expresión de su mirada era... de auténtico pavor, de un miedo tan grande como nunca antes habían visto.

Tanto Jules como Hunter al ver esa expresión en el rostro de su amigo, intuyeron de algún modo que, fuese lo que fuese lo que le estaba pasando a Billy (y no les cabía ninguna duda de qué era lo que le pasaba), frente a ellos, esa persona que los miraba con lágrimas en los ojos era su amigo, y estaba aterrado y en un verdadero aprieto, tanto o quizá más que ellos mismos.

—Billy, vamos a salir de esta, ¿de acuerdo? Tú solo... trata de mantener la calma y de... de seguir siendo tú el máximo tiempo posible, ¿crees que podrás? —Jules consiguió reunir de algún lugar de su cuerpo la serenidad y el valor suficiente para decir aquellas palabras. Porque sabía de sobra lo que pasaba con Billy. Desde luego que sí.

Billy dejó caer de nuevo su camiseta sobre su torso y asintió con los ojos llenos de lágrimas.

—Gracias, Jules, gracias, Hunter. Gracias por no abandonarme, chicos — Billy no pudo evitar decir aquello entre lamentos. Que fuese dos años mayor que ellos no quería decir que fuese capaz de soportar algo así. Nadie podía soportar algo así.

—Vamos a continuar, Billy, ya falta poco —dijo Hunter—. Vamos a llegar hasta el final y... vamos a ver qué pasa, ¿de acuerdo?

Billy asintió de nuevo entre lágrimas y, antes de que reanudasen la marcha, escucharon algo que hizo que sus corazones subieran otro peldaño sus pulsaciones.

—¡Hunter! ¡Hunter! ¡Detente ahora mismo donde estés y no sigas avanzado! ¿Me has oído? ¡No se te ocurra seguir avanzando! ¡Hunter!

Hunter se quedó totalmente paralizado al escuchar la voz de su padre muy cerca. Llena de ira y de rabia. Demasiado cerca. Sobre todo porque, aunque una parte de él lo había sospechado por alguna extraña razón, no tenía ni idea de que su padre fuese ese tercer hombre del que les había hablado Billy. Pero vaya que si lo era. Lo era y estaba enfadado. Muy enfadado. Y cerca. Muy cerca.

Los tres amigos se miraron y Hunter les hizo un gesto con la cabeza.

—Vamos, ya casi hemos llegado.

Se adentraron en ese último túnel que los conduciría hasta el final de ese plano de recorrido. Hasta ese lugar en el que debían encontrarse esas puertas del Reino de los Cielos. Seguro que sí.

*

—Vamos, Saturno, vamos amigo, guíame hasta ellos. Un poco más deprisa, amigo —dijo Jeremiah con Saturno recorriendo todos esos túneles prácticamente a la carrera. Hubo un par de veces que incluso resbaló y cayó de bruces contra ese arenoso suelo. Tenía magulladuras por casi todo su cuerpo, pero algo en su interior le decía que si no se daba prisa, si no llegaba a tiempo, iba a ocurrir algo malo. Algo malo de verdad.

*

Cuando Grady vio que apenas quedaba nada para llegar al final del recorrido, sintió cómo todo su interior ardía de impotencia y de rabia. Iban a llegar tarde, en el fondo lo sabía. Su hijo debía tener una copia de ese mapa y lo había leído a la perfección. Le iba a ganar la partida. A él. Al «buscador». Había acelerado el paso durante los últimos metros y solo Paul le seguía el ritmo. El padre Gabriele apenas podía caminar y Joseph se había quedado con él para no dejarlo allí solo. Porque el padre Gabriele tenía que llegar como fuese hasta allí, hasta el final.

Un final que estaba tan solo a...

*

Tres metros.

—Tres metros y habremos llegado, chicos, vamos, ya estamos —dijo Hunter inclinando la cabeza hacia atrás con una sonrisa de satisfacción llenando toda su cara.

Efectivamente, en unos tres metros giraron a la derecha por un estrecho pasadizo y dieron a parar al final del recorrido.

—Hemos llegado, chicos. Es aquí, este es el final del recorrido. Este es el lugar.

4

El final del recorrido

El lugar al que llegaron era una cueva de unos treinta metros cuadrados aproximadamente. Una especie de galería donde se accedía por un estrecho pasillo que se iba ensanchando poco a poco hasta el alcanzar una anchura de unos siete metros aproximadamente en la pared del fondo. Allí dentro el frío era todavía más intenso, pero al menos su irregular techo permitía adoptar una postura erguida. Aquello fue un verdadero alivio porque sus rodillas y sus espaldas las tenían totalmente engarrotadas y entumecidas.

Frente a ellos, a un lado, había una extraña caja. La «caja de Gerberto», pensó Jules lleno de orgullo y fascinación, la «caja de Gerberto» existe realmente y estoy frente a ella. Era una especie de baúl de aproximadamente un metro de largo por medio metro de ancho. Su superficie estaba toda surcada de extraños grabados y símbolos que, a excepción de uno, ninguno de los tres habían visto jamás. Ese uno era el de las dos llaves cruzadas de San Pedro. Los tres se miraron al ver aquello y asintieron. Aquello era lo que habían estado buscando, en algún lugar de esa caja debía encontrarse la cerradura que abría la llave que tenían. Ese era el secreto que Eva se llevó la tumba. Aquello que se escondía en su interior.

Pero había algo más. Algo que, de tan extraño, tardó un poco en llamar su

atención. En la pared del fondo de esa galería, había como una gruesa tela blanca que cubría al menos tres o cuatro metros de pared y que iba desde el techo hasta el suelo. Daba la impresión de ser una de esas telas que alguien coloca sobre un mueble o sobre un enorme cuadro cuando no quiere que se estropee, o que se manche, o a lo mejor, cuando no quiere que se vea lo que hay detrás.

—¿A cuántos metros de profundidad crees que estaremos ahora, Hunter? — preguntó Jules con algo más de calma.

—Es posible que a unos setenta u ochenta, por lo menos. Un buen desnivel.

Aquello, lejos de desanimar a Jules, hizo que se sintiera extrañamente orgulloso. Un buen desnivel y una buena hazaña, una buena que recordar y que contar.

Hunter y Jules se fueron directos hacia la caja. Una extraña atracción hizo que se arrodillaran ante ella y que sus manos empezaran a recorrer la extraña madera negra de la que estaba hecha. Una madera que parecía haber sido quemada o, mejor dicho, alguien la había tratado de quemar si demasiado éxito. Jules miraba con absoluta fascinación esos símbolos y esos grabados, tratando de recordar si los había visto en alguna parte y también cuándo y dónde podría haberse hecho semejante obra. En aquel momento no pudo evitar pensar en su profesor William Draper, en la cara que pondría al contemplar semejante hallazgo. La caja en la que Gerberto de Aurillac, el papa Silvestre II, encerró al rey de los demonios con todo su séquito detrás, la horrible y auténtica verdad tras “el Reino de los Cielos” y las “llaves de San Pedro” de las que se habla en la Biblia, un hallazgo propiedad de Jules Long. En ese momento pensó que, bajar hasta allí abajo sí había merecido la pena, a pesar del peligro y del sufrimiento. Hunter, en cambio, trató de descubrir cómo se abría esa caja. A simple vista no se veía la ranura de ninguna puerta, daba la impresión de ser un bloque sólido de madera en lugar de una caja. La zarandó un poco y se escuchó un ruido metálico en su interior. Un ruido metálico con una resonancia como nunca antes habían oído. Una resonancia larga y grave, hipnótica, casi como el último acorde de un órgano fúnebre. Los dos se miraron y pensaron prácticamente lo mismo,

¿había oro allí dentro? ¿O qué era aquello? Hunter, en un acto totalmente inconsciente, trató de abrir el extraño portón superior de ese baúl que parecía haber distinguido levemente, pero no tuvo esa suerte. Claro que no. Pero su cabeza no podía dejar de pensar en abrir aquello, en que su padre, tal vez, lo viese de otra manera cuando descubriese hasta dónde había sido capaz de llegar su hijo solo con la ayuda de sus dos amigos, esos con los que no quería que fuera.

—Espera, la llave, te hará falta la llave, Hunter —dijo Jules sacándola del bolsillo de su pantalón y dándosela a Hunter, que con una sonrisa de oreja a oreja, ya había localizado, medio oculta entre el grabado de las dos llaves de San Pedro, la cerradura. Los dos estaban actuando como imbuidos por una especie de trance del que apenas eran conscientes. Algo en su interior los empujaba con fuerza a abrir esa caja, a descubrir qué escondía en su interior, a pesar del peligro, a pesar de todo lo que sabían...

Billy, en cambio, se había quedado plantado mirando hacia esa pared del fondo de la cueva. Apenas había prestado atención a lo que estaban haciendo Hunter y Jules. Tan solo estaba ahí de pie, contemplando esa blanca tela que se levantaba frente a él y que parecía estar llamándolo para que la retirase, para que la apartase de una vez y viese lo que se escondía tras ella. Se acercó un poco más, la cogió por uno de sus extremos y, justo cuando iba a tirar de ella con fuerza para soltarla de la pared, algo tras él hizo que se detuviera en seco justo en el último instante.

—Ni se te ocurra, hijo, ni se te ocurra tocar esa tela —Paul acababa de llegar y estaba apuntando a Billy a la cabeza. A su lado estaba Grady, también encañonando su arma. Los dos estaban completamente empapados por el sudor y el barro. La fatiga. La desesperación.

—¡Hunter! Aparta tus manos de ahí y ven aquí ahora mismo. ¡Vamos, ya has hecho bastantes estupideces! —dijo Grady mirando a su hijo que, estaba agachado en el suelo con la llave ya metida en la cerradura de la caja, a punto de darle la vuelta—. ¡Ni se te ocurra abrir esa caja!

Hunter y Jules miraron con miedo a Grady y a Paul y pensaron que esos dos hombres no parecían estar de broma. Todo lo contrario, parecían estar dispuestos a apretar el gatillo al menor movimiento. A pesar de que eran su hijos los que tenían delante.

Billy se había quedado paralizado y retaba a su padre con la mirada. Al contrario que Hunter y que Jules, conservaba cierta calma.

—Vamos, hijo, ven aquí y no toques esa tela, por favor, no hace falta que lo hagas. Vámonos de aquí ya...

—¿O qué? ¿Qué vas a hacerme, padre? ¿Dispararme?

—O lo hace él o lo haré yo, chico —dijo Grady con rotundidad—. Ya has oído a tu padre, acércate aquí y no toques esa tela. Y tú, Hunter, no sé a qué estás esperando, levantaos los dos y venid aquí ahora mismo. Se acabó este absurdo juego que ya habéis llevado demasiado lejos.

Hunter y Jules tragaron saliva y se miraron buscando una respuesta, tratando de saber qué debían hacer. Miraron a Billy esperando su opinión, su decisión. Juntos habían llegado hasta allí, y juntos saldrían. Billy movió la cabeza a izquierda y a derecha lentamente. Esa era su opinión. Cogió la tela con su mano derecha, tanto Paul como Grady amartillaron sus armas al ver aquello y...

Todos se giraron de repente al escuchar el sonido de unos ladridos de perro acercándose a ellos poco a poco, todos menos Billy, que aprovechó ese momento de indecisión para tirar con fuerza de la tela y dejar al descubierto lo que se escondía detrás.

Su corazón se detuvo de golpe. Aquello era algo que... no esperaba. Algo que apenas reconocía y que hizo que toda su vida pasase frente a él en tan solo un instante.

Todos se giraron hacia el lugar donde estaba la tela y pudieron verlo. Hunter y Jules contuvieron el aliento. Sobrecogidos. Totalmente paralizados por el miedo. Paul y Grady entrecerraron los ojos, aquello removi6 y aviv6 el fuego del recuerdo de lo que hicieron, ese que pensaban que ya estaba prácticamente

apagado. Joseph llegó en ese momento con el padre Gabriele casi a rastras, y los ladridos de perro se escuchaban cada vez más cercanos, casi llegando.

Frente a Billy, a un metro del suelo y, clavado con largos y gruesos clavos en una cruz aspada de San Andrés, estaba su hermano Scott. Su piel, de un color entre el verde oscuro y el gris, estaba totalmente cubierta de feas y grandes heridas. Abiertas. Las más feas heridas que jamás había visto. En cada mano y en cada pie se podían contar al menos cuatro o cinco grandes clavos de unos diez centímetros de largo por medio de diámetro. Su cara también estaba cubierta de cortes y de tiras de piel a medio caer. Apenas conservaba pelo en la cabeza, tampoco el de las cejas, y el poco que se veía era sucio y quebradizo. Pero lo que sin duda alguna hizo que todos allí contuvieran la respiración durante unos segundos y no se atrevieran a decir ni media palabra, fue cuando aquello... abrió los ojos y los miró a todos. Unos ojos totalmente amarillos con un brillo, un candor rojo intenso que brillaba y emitía impulsos de intensidad desde lo más profundo de su interior.

—Hola hermano, cuánto tiempo —La voz de Scott era áspera, intensa, envolvente. Como si se metiera directamente en el interior de las cabezas de los allí presentes.

—Vamos, hijo, ven aquí y no lo escuches, por lo que más quieras, no lo escuches —dijo Paul con lágrimas en los ojos.

—Chico, o vienes aquí ahora mismo o te prometo que... —dijo Grady antes de que Billy sacara la Beretta que le quitó a su padre cuando trataron de atraparlo en el garaje.

—¿O qué? —Billy apuntó en dirección a Grady.

Scott, o lo que fuese aquello, soltó una envolvente y chirriante carcajada al ver la escena. El eco de esa carcajada rebotó por las paredes de esa galería como si aquello no fuese más que el decorado de la peor de las pesadillas.

—Vamos Paul, vamos Grady, el chico necesita saber la verdad, ¿ya se lo habéis contado? ¿Ya te han contado lo que le hicieron a Eva? —dijo Scott mirando a Billy, que tragó saliva y lo miró con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué le hicieron a Eva? Dímelo.

—Tu padre y esos otros malnacidos que ves ahí, enterraron a Eva con...

Un seco disparo inundó esa pequeña sala de ruido, resplandor, olor a pólvora. Grady acababa de disparar contra el pecho de Scott. Un montón de piedrecitas se desprendieron del techo y de las paredes y a todos se les hizo un nudo en el estómago pensando que se les iba a caer esa rudimentaria cueva encima.

—¿Qué has hecho? ¡Maldito seas! ¡No se te ocurra volver a dispararle! ¡Me has oído! —gritó Billy amartillando su arma y apuntando nervioso a Grady.

—Tranquilo, chico, ese de ahí no es tu hermano, por si no te has dado cuenta...

—¡Cállate! —gritó de nuevo Billy con los ojos llenos de lágrimas.

Scott volvió a romper a reír en una sonora carcajada.

El padre Gabriele, entre jadeos, había empezado a susurrar una oración con el antiguo libro rojo del *Rituale Romanum* en alto.

—Hermano... —dijo de nuevo Scott mirando a Billy con esos ojos que parecían emitir un brillo rojo de una intensidad cada vez mayor—. Ya has visto que no quieren que sepas... porque, es a eso a lo que has venido, ¿verdad? Necesitas saber, saber qué ocurrió, ¿verdad? Pues yo te diré qué ocurrió...

—Vamos, Billy, no lo escuches, no hagas caso de nada de lo que diga, solo trata de confundirte, de engañarte, solo trata de ponerte en nuestra contra —dijo Paul tratando de que su hijo se apartase de allí.

—Hermano... no quieren que lo sepas, ellos no quieren que sepas la verdad, esa horrible verdad que llevan ocultando durante más de diez años, pero yo te diré lo que le hicieron a Eva, a tu Eva —dijo Scott aumentando el volumen de ese envolvente e hipnótico tono de voz que parecía estar inundándolo todo en el interior de esa cueva—. Hermano, la enterraron con vida a propósito, esos malnacidos que tienes ahí detrás la durmieron y la enterraron con vida haciéndole tragar antes de malas maneras esa llave para que nadie más pudiese encontrarla, y todo porque estaba embarazada de... Scott, ¿no es eso, amigos?

¿No fue así?

El corazón de Billy empezó a estrecharse aún más tras su pecho. Aquello no podía ser cierto, no podían haber hecho algo tan horrible. Hunter y Jules contemplaban atónitos la situación. No podían creer aquello que acaban de escuchar, no podían creer que sus padres pudiesen ser responsables de una atrocidad semejante.

—Mientes —dijo Billy con los ojos llenos de lágrimas.

—Eso es, hijo, te está mintiendo, ya te lo he dicho, él siempre miente. Vamos, ven aquí y deja que acabemos con esto de una vez —dijo Paul conteniendo la respiración.

—Oh, Paul King de nuevo tratando de engañar y de mantener oculta la verdad. Billy Billy Billy, ¿o tal vez debería llamarte Scott? —dijo de nuevo aquello que hablaba desde algún lugar del interior del cuerpo de Scott—. Sabes perfectamente que digo la verdad, lo sabes en tu interior, yo no miento, nunca, solo cuento las verdades que nadie más quiere saber. Enterraron a Eva con vida porque estaba embarazada de Scott y pensaban que... ¿qué pensabais?

—Maldito seas, pensábamos lo que era en realidad —dijo Grady con rabia—. La chica estaba embarazada de... del mismo diablo, en su vientre estaba el hijo del diablo, por eso la enterramos, maldita sea, para que muriese con ella allí abajo, estaba maldita, maldita, y llevaba dentro al jodido anticristo, claro que la enterramos con vida, y volvería a hacerlo un millón de veces más, era lo que había que hacer para que aquello que había en su interior muriese con ella para siempre —dijo Grady muy nervioso y lleno de rabia y de ira tratando de justificar lo que hicieron.

Hunter no podía creer lo que acababa de escuchar. Sabía cómo era su padre, pero no que fuese capaz de algo así. Algo tan inhumano.

Billy empezó a jadear nervioso. Apuntó a Grady a la cabeza.

Las oraciones del padre Gabriele habían subido en intensidad y se estaba acercando poco a poco a Scott. Su aspecto era cada vez más decrepito. Le temblaban las piernas y los brazos al andar. Esa pulcra y ajustada sotana que se

había puesto esa mañana para tratar de exorcizar el cuerpo de Billy, ahora estaba completamente ajada, llena de barro y de jirones.

Jeremiah llegó con Saturno ladrando, lleno de rabia.

—Suelta esa pistola, Grady, y tú también, Paul —dijo Jeremiah con la respiración entrecortada y la cara llena de restos de sangre y de barro. La mano con la que sujetaba la correa de Saturno la tenía ligeramente entreabierta y Saturno tiraba cada vez con más fuerza. La luz de las linternas con la que estaba iluminada aquella cueva era cada vez más tenue. Se estaban quedando sin pilas y pronto todo sería oscuridad. Tinieblas. Y sin luz, siempre es más difícil orientarse, y mantener la calma. Sin luz sería muy sencillo perderse allí abajo para siempre.

—Billy Billy Billy, ¿o tal vez debería llamarte Scott? —dijo de nuevo el Scott que seguía clavado de la cruz de San Andrés—. Sabes de sobra que lo que acabo de contarte es la verdad, la pura verdad. No había ninguna semilla de ningún diablo en el interior de Eva, aquello fueron solo los cuentos de ese sacerdote viejo y estúpido que tenéis ahí. Eva ya estaba embarazada de varias semanas cuando ella y Scott me conocieron. Oh, claro que sí, sabes que es la verdad, yo nunca miento, yo solo cuento lo que nadie más quiere saber, en tu interior sabes reconocer la verdad, amigo, sabes que no miento.

La pistola resbalaba en la mano de Billy, el dedo en el gatillo, temblaba.

—Padre, por favor, cuéntamelo, cuéntame la verdad, te lo ruego, necesito saber la verdad, ¿lo hicisteis? ¿Le hicisteis eso a Eva y a... mi hijo? —dijo Billy llorando con esa parte de su hermano Scott emergiendo hacia la superficie, esa que llevaba diez años tratando de encontrar esa verdad que nunca pensó que pudiese llegar a ser tan sumamente horrible. Pero quería oírse lo decir a su padre. Necesitaba oírlo de su propia boca.

Paul también había empezado a llorar. Grady lo miró de reojo y le dijo que «no» moviendo el cuello.

—Lo siento, hijo —dijo Paul entre lágrimas—. El padre Gabriele dijo que había que asegurarse, que era posible que Eva llevase dentro al maldito hijo del

demonio, del mismísimo Lucifer, ese que está ahí atrapado en el interior del cuerpo de tu hermano es Lucifer, hijo, el rey de todos los demonios. Compréndelo, no podíamos arriesgarnos a que en el vientre de Eva estuviese el anticristo...

—¿Hicisteis aquello sin estar seguros, padre? ¿Entonces Eva no estaba poseída? ¿Solo lo hicisteis por si su hijo era el anticristo? ¡Tardó días en morir, padre! ¡Días gritando y arañando las paredes de esa caja! ¡Malditos seáis todos vosotros! —dijo Billy con la cara llena de lágrimas. En su interior, esa parte que había de Scott, lloraba no solo por la horrible muerte que tuvo el amor de su vida, sino porque la mataron de la peor forma posible con su hijo dentro.

—Hijo... es imposible estar seguro de algo así... pero había que tomar una decisión y nosotros la tomamos, y te juro por lo que más quiero que no ha pasado ni un solo día en el que no haya pensado en ella, y en ti, en todos vosotros, pero había que tomar una decisión, hijo, y aquella fue la decisión que tomamos. Y créeme, fue una decisión por el bien de todos.

—De todos no, padre.

Billy apretó muy fuerte los dientes, tenía los ojos llenos de lágrimas. Su dedo temblaba cada vez más en el gatillo y su rostro era la viva imagen del dolor más profundo.

—Vamos, Billy, vamos, Scott —dijo de nuevo el Scott que estaba clavado en la cruz—. Aprieta ese gatillo y acaba con esto de una vez, ellos mataron a Eva de la forma más horrible que pueda existir con tu hijo dentro, un hijo completamente normal. Vamos, Billy, vamos, Scott, ayúdame a bajar de aquí y yo te ayudaré a recuperar lo que perdiste aquel día, puedo hacerlo, compañero, puedo hacer lo que tú quieras, amigo.

—¿Puedes hacer eso, de verdad? ¿Puedes hacer que Eva y mi hijo vuelvan? —dijo Billy llorando y temblando con la pistola en la mano.

—Oh, amigo, claro que puedo, puedo hacer todo lo que tú quieras, solo tienes que ayudarme a bajar y juntos abriremos esa caja de ahí, y podrás recuperarlo todo, amigo, puedo hacerlo, puedo hacerlo, puedo hacerlo...

—No lo escuches, Billy, miente, te está tratando de confundir —dijo Paul de nuevo. Grady puso su dedo en el gatillo, si no lo hacía su propio padre, el gran Paul King de los cojones, lo haría él.

—In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti... —dijo el padre Di Fulvio levantando la voz todo lo que su exhausto cuerpo se lo permitía y acercándose aún más al cuerpo de Scott, que había empezado a dar fuertes tirones con sus brazos y piernas. La cruz de San Andrés, clavada en la pared, se estremeció con violencia y con ella cayó una fina lluvia de tierra del techo de esa pequeña cueva que, además, crujió con fuerza como si estuviese a punto de resquebrajarse. Todos alzaron la vista hacia arriba y vieron la enorme grieta que acababa de formarse sobre sus cabezas. Todos sintieron que ese oscuro y cenagoso cielo, estaba a punto de caer sobre ellos.

—Grady, Paul, soltad las armas de una maldita vez, soltadlas ya —gritó Jeremiah con Saturno ladrando y levantándose sobre sus patas traseras.

—Vamos, Billy, acaba con ellos, y ayúdame a bajar de aquí, vamos, Billy, vamos, Scott, ellos mataron a Eva, a tu hijo, yo puedo devolvértelos si me ayudas, vamos vamos vamos...

—Hunter, Jules, dadme esa llave y marchaos, salid de aquí ahora, por favor —dijo Billy mirando hacia sus dos amigos y tratando de transmitirles el profundo amor que sentía por ellos—. Por favor, amigos míos, hacedme caso, salid de aquí antes de que sea demasiado tarde.

Hunter y Jules se miraron, miraron a Billy, a esa llave que solo estaba a media vuelta de abrir esa puerta y... hicieron lo que Billy les había pedido. Le lanzaron la llave, que Billy atrapó en el aire con asombrosa habilidad, y salieron de allí no sin antes mirar con vergüenza y miedo hacia sus propios padres. Joseph no pudo ni siquiera mirar a Jules a los ojos, agachó ese rostro taciturno y eternamente arrepentido y esperó a que su hijo saliera cuanto antes de esa cueva. Grady miró con dureza a Hunter y... una extraña mezcla de orgullo y vergüenza. Hunter le sostuvo la mirada y su padre, antes de ver cómo su hijo se perdía por el estrecho pasillo por el que se accedía a esa galería, asintió levemente en señal de

reconocimiento y de... arrepentimiento.

El cielo de esa cueva volvió a crujir y otra lluvia de tierra cayó sobre sus cabezas.

Gabriele estaba ya casi sobre el cuerpo de Scott, con el libro en alto y rezando con las escasas fuerzas que le quedaban.

—Vamos, Billy, suéltame, vamos, Scott, suéltame —dijo el Scott que llevaba ya diez años encerrado en aquel lugar apretando los dientes de forma grotesca y dando tirones tan fuertes que la cruz y toda la pared del fondo dio una fuerte sacudida que hizo que una nueva capa de tierra cayese sobre ellos.

Billy tensó su dedo sobre el gatillo. Los ojos llenos de lágrimas y de profundo dolor.

Su padre le dijo que no con la cabeza.

Y entonces se escuchó un nuevo disparo procedente de la pistola de Grady. Esta vez fue dirigido a Billy, directo al centro de su estómago. Paul sintió ese disparo como si lo hubiese recibido él mismo. A Billy se le disparó la pistola al caer al suelo y, esa bala, fue a parar al hombro derecho de su propio padre, que cayó de rodillas sobre el suelo.

Toda la cueva volvió a crujir y empezó a caer tierra de una forma mucho más intensa. Esa grieta que había sobre sus cabezas se hizo más grande y empezó a caer aún más tierra sobre ellos. Como si alguien estuviese echándoles sacos enteros.

A unos treinta metros de distancia, entre jadeos, Hunter y Jules se giraron en dirección a los dos disparos que acababan de escuchar. Tragaron saliva con dificultad y continuaron su desesperado ascenso hacia la superficie.

Saturno empezó a ladrar y a tirar con tanta fuerza que a Jeremiah se le soltó la correa. Se lanzó directo hacia Grady, que empezó a disparar a lo loco viendo al enorme bulldog americano lanzarse sobre él con la boca completamente abierta.

Al menos un disparo más fue a parar a Paul, otro a Joseph, que se había mantenido ligeramente al margen en todo momento y ahora veía cómo una gran

mancha de sangre empezaba a extenderse desde el centro de su pecho hacia su abdomen. Paul, que ya había empezado con ese entrecortado jadeo previo al último aliento, apuntó a Grady a la cabeza, que lo miró con odio y con rabia mientras trataba de quitarse de encima a Saturno sin dejar de disparar a lo loco. El gran Paul King apretó el gatillo y la bala fue a parar directamente al centro de la frente de Grady, que cayó fulminado en el acto. Jeremiah consiguió hacerse de nuevo con Saturno y empezó a recorrer con pánico todo su cuerpo temiéndose que una o varias de aquellas balas perdidas lo hubiesen alcanzado.

Toda la cueva empezó a venirse abajo.

Scott tiraba con todas sus fuerzas de la cruz de San Andrés mientras el padre Gabriele ponía su crucifijo sobre él y concedía su último aliento a rezar porque aquello no saliese de allí nunca más.

Billy se arrastró como pudo hasta su padre, que yacía en el suelo agonizando, con ese jadeo cada vez más entrecortado. Llegó hasta él y le cogió la mano, se miraron con los ojos llenos de lágrimas y, antes de que sus mentes volaran hacia ese extraño lugar que hay más allá, todo a su alrededor cayó con fuerza sobre ellos, sobre todos ellos.

Hunter y Jules se detuvieron de nuevo al escuchar la vibración de la tierra temblando tras ellos, el estruendo de los disparos, el terrible y desolador sonido del derrumbamiento. Se miraron entre lágrimas y continuaron su desesperado ascenso hacia la superficie.

Estaba dejando de llover, aunque el cielo seguía gris. Hunter salió primero, después fue Jules. Llenos de heridas y de barro, se dejaron caer en el suelo respirando con todas sus fuerzas. Contemplando el cielo, una vez más, sobre sus cabezas.

Apenas unos minutos después, escucharon algo, algo que venía del interior de la fosa. Los dos se incorporaron y se miraron con cierto miedo. Eran ladridos de perro. Los ladridos de Saturno. Se miraron con una sonrisa apagada y al

asomarse a la fosa vieron al enorme bulldog americano jadeando, todo cubierto de barro, pero sin ninguna herida de bala, junto a él, todavía arrastrándose y apenas sin aliento, llegaba Jeremiah. Los ayudaron a salir de allí y le preguntaron si esperaban a alguien más.

—Nadie —dijo Jeremiah mirando a los dos chicos sabiendo lo que eso suponía, sabiendo que allí abajo estaban sus padres y su amigo Billy.

—¿Estás seguro? ¿Nadie? —preguntó Jules haciendo énfasis en esa última palabra.

—Nadie —reiteró Jeremiah.

Entre los tres cerraron de nuevo la tumba de Eva. Había dejado por completo de llover. Y entre dos grandes y oscuras nubes pareció que incluso empezaban a verse unos tímidos rayos de sol, y, tras ellos, un bonito y resplandeciente arcoíris se dibujó en el cielo llenándolo todo, por un instante, de luz y de color.

EPÍLOGO

El buen tiempo estaba volviendo y hacía días, concretamente desde aquel día, que ya no llovía. Los árboles habían empezado a florecer y los días a ser más largos. Pronto terminaría el curso y tras él, llegaría un nuevo verano. Uno diferente.

Ese día era el día grande del Luna Park de Coney Island. Muchas de las atracciones estaban a mitad de precio, un precioso y espectacular desfile de «sirenas» había estado animando el interior del parque durante gran parte del día. La zona que daba al paseo marítimo había sido ocupada por una bonita exposición de las artes escénicas más insólitas y originales que se podían ver. El famoso carrusel de los animales reabría tras tres años parado y Nathan's te regalaba uno de sus famosos perritos calientes si comprabas otro.

Había sido un día precioso. Uno de esos preciosos días de los de antes. Hunter, Jules y Josie no habían parado de reír y de divertirse durante todo el día y, antes de retirarse a casa a descansar, decidieron tomarse un helado de Paul's Daughter remojándose los pies sentados en la fina arena de Coney Island, contemplando esa preciosa puesta de sol que lo había empezado a bañar todo de un cálido color naranja.

—¿Te importa si te pregunto algo, Jules? —dijo Hunter mientras degustaba su helado y observaba cómo esos últimos rayos de sol se iban perdiendo poco a poco por el horizonte.

—Claro, pregunta lo que quieras.

—¿Qué crees que había en el interior de... ya sabes?

—¿De la caja?

—Sí.

Jules negó con la cabeza antes de responder.

—Imagino que nada bueno. Puede que incluso algo bastante peor que

aquello que infectó a Scott.

—¿Y crees que... algún día, alguien podría...?

—¿Conseguir llegar hasta allí abajo y encontrarla?

—Sí.

Jules arrugó un poco la frente y pensó qué debía responder, se preguntó a sí mismo con temor si eso podía pasar.

—Quiero pensar que no, Hunter. Aquello quedó sepultado allí abajo y... espero que no haya nunca nadie tan estúpido como para ir hasta allí a buscarlo...

Los dos se miraron con complicidad y sonrieron en silencio. Josie estaba absorta rematando su helado de fresa con nata y completamente deleitada con la puesta de sol.

—William dice que puede conseguir doscientos mil. Si aceptamos vender esta semana, esa es la cantidad que pueden darnos por la moneda —dijo Jules cambiando de tema y mirando a Hunter con una tierna sonrisa en los labios.

—Doscientos mil es una buena cifra —dijo Hunter observando cómo ese gran sol ya prácticamente se había escondido por completo tras la línea del horizonte que a lo lejos, unía cielo y mar.

—Sí, la verdad es que no está mal.

—¿Y él, cuánto se queda?

Jules miró a Hunter y movió la cabeza hacia ambos lados.

—Nada, no quiere nada, solo ayudar. Jeremiah y Teddy me han dicho que tampoco quieren nada, lo único que... estemos bien.

Hunter cerró los ojos y respiró con fuerza ese aire marino. Después miró a Josie, que estaba sentada entre los dos concentrada en rematar ese sabroso helado de fresa con nata.

—¿Tú qué dices, Josie? ¿Crees que estaremos bien? —preguntó Hunter con los ojos ligeramente humedecidos.

Josie lo miró a él y después a su hermano, tenía la boca llena de fresa y, una enorme sonrisa iluminándolo todo a su alrededor.

—Yo digo que, vamos a estar ¡bien bien bien!

Los tres sonrieron con todas sus fuerzas mientras los últimos rayos de ese primaveral sol, se escondían tras esa fina línea que se dibujaba al final de todo cuanto alcanzaban a ver.

FIN

NOTA DEL AUTOR

Estimado/a lector/a,

En primer lugar, me gustaría agradecerte que le hayas dado la oportunidad a esta novela. Si estás leyendo esto, además, significa que has llegado hasta el final y eso quiere decir que a fin de cuentas tampoco lo has pasado tan mal, ¿no?

Me gustaría pedirte un último favor, si no es demasiado pedir, sería para mí de una gran ayuda y de un valor enorme si te animases a publicar tu opinión/puntuación en la misma plataforma que adquiriste el libro, en este caso, Amazon. Tú mejor que nadie debes saber que tan importante es que te digan cuándo haces las cosas mal y cuándo las haces bien, y para mí sería muy importante poder conocer tú opinión para seguir mejorando día a día y poder seguir avanzando como autor.

Si deseas darme tu opinión en privado, puedes ponerte en contacto conmigo en la siguiente dirección:

david.orange.stains@gmail.com

También me gustaría recomendarte mis dos primeras novelas. La primera de ellas es “Género de Violencia”, una novela negra ambientada en España a principios de los años noventa. La historia contiene además una gran crítica contra el modelo social y cultural en el que vivimos hoy en día. Estoy seguro que si te animas, su lectura no te dejará indiferente. La segunda se titula “La chica del semáforo y el hombre del coche”, un adictivo thriller en el que la mente más inteligente del planeta está a punto de descubrir algo tan grande que podría cambiar para siempre el destino del ser humano. Una lectura diferente impregnada de aquello de lo que están hechas las novelas negras.

Recibe un grandísimo abrazo de mi parte, y gracias de nuevo

David Orange.